
SIEGA
NEAL SHUSTERMAN
Lectulandia
Traducción de Pilar Ramírez Tello

Antes, las personas morían por causas naturales. Existían asesinos invisibles llamados enfermedades, el envejecimiento era irreversible y se producían accidentes de los que no se podía regresar.

Y esa es la tarea de los segadores. Porque en un futuro donde la humanidad controla la muerte, ¿quién decide cuándo y cómo sembrarla?

Citra y Rowan acaban de ser seleccionados como aprendices de segadores. ¿Su objetivo? Superar las pruebas de su mentor, sean las que sean.

Aunque en el proceso renuncien a todo lo que les hace humanos.

Lectulandia

Neal Shusterman

Siega

El arco de la Guadaña - 01

ePub r1.0
Titivillus 23.03.2019

Título original: *Scythe*
Neal Shusterman, 2016
Traducción: Pilar Ramírez Tello

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0



SIEGA

Para Olga (Ludovika) Nedtvedt,
amiga y admiradora lejana.

1

Y el sol no se oscureció

El segador llegó a última hora de la tarde de un frío día de noviembre. Citra estaba sentada a la mesa del comedor, devanándose los sesos con un problema de álgebra de los difíciles, cambiando de sitio las variables, incapaz de resolver ni la equis ni la i griega, cuando una variable nueva y mucho más perniciosa entró en la ecuación de su vida.

Era habitual que el piso de los Terranova recibiera visitas, así que, cuando sonó el timbre, no hubo malos presagios: no se oscureció el sol ni se auguró la llegada de la muerte a su puerta. Puede que el universo debiera haberse dignado a proporcionar tal advertencia, pero los segadores eran tan poco sobrenaturales como los recaudadores de impuestos dentro del funcionamiento del mundo: aparecían, realizaban su desagradable trabajo y se marchaban.

Su madre fue la que abrió. Citra no veía al visitante, ya que al principio quedaba oculto por la puerta. Sí que vio a su madre allí, de pie, de repente inmóvil, como si se le hubiera solidificado la sangre en las venas. Como si, de inclinarse, fuera a caer al suelo y romperse en mil pedazos.

—¿Me permite entrar, señora Terranova?

El tono de voz del visitante lo traicionó: resonante e inevitable, como el monótono tañido de una campana de hierro, confiada en que su repicar es capaz de alcanzar a todos los que debe. Antes incluso de verlo, Citra supo que se trataba de un segador. «¡Dios mío! ¡Un segador ha venido a nuestra casa!».

—Sí, sí, claro, entre. —La mujer se apartó para dejarle entrar…, como si ella fuera la visita y no al revés.

El recién llegado cruzó el umbral; sus flexibles zapatos, que eran casi como zapatillas de andar por casa, no hacían ruido sobre el parqué. Su túnica de varias capas era de suave lino color marfil y, a pesar de ser tan larga que barría el suelo con ella, no se le distinguía ni una mancha por ninguna parte. Citra sabía que los segadores podían elegir el color de su atuendo; cualquiera menos el negro, que se consideraba poco adecuado para su trabajo. El negro era la ausencia de luz, y los segadores defendían lo contrario: luminosos e

iluminados, se consideraban lo mejor de la humanidad…, y por eso se los elegía para el trabajo.

Algunos lucían colores más vivos; otros, más apagados. Eran como las exquisitas togas vaporosas de los ángeles del Renacimiento, a la vez pesadas y más ligeras que el aire. Gracias al estilo único de las túnicas de los segadores, al margen de su tela y su color, no costaba identificarlos en público, de modo que resultaba sencillo evitarlos, si eso era lo que se deseaba. También había gente que se sentía atraída por ellos.

El color de la túnica a menudo decía mucho sobre la personalidad de un segador. La túnica marfileña de este en concreto era agradable y lo bastante alejada del blanco puro para que su luminosidad no molestara al espectador. Sin embargo, nada de eso cambiaba el hecho de quién era ni de lo que era.

El hombre se quitó la capucha para dejar al descubierto su pelo, que era gris y corto, una cara con las mejillas coloradas por culpa del frío y unos ojos oscuros que casi parecían armas en sí mismos. Citra se levantó. No por respeto, sino por miedo. Por la sorpresa. Intentaba no hiperventilar. Intentaba evitar que las rodillas se le doblasen, puesto que la estaban traicionando y le temblaban, así que tensó los músculos y obligó a sus piernas a mantenerse firmes. Fuera cual fuera el propósito del segador, no la vería derrumbarse.

—Puede cerrar la puerta —le dijo a la madre de Citra.

A pesar de que la chica era consciente de lo difícil que le resultaba, esta lo hizo: un segador en el pasillo de entrada todavía podía dar media vuelta si la puerta estaba abierta; si se cerraba del todo, pasaba a encontrarse de verdad dentro de tu casa y no había marcha atrás.

Miró a su alrededor y localizó a Citra de inmediato. Le dedicó una sonrisa.

—Hola, Citra —la saludó.

El hecho de que conociera su nombre la dejó tan helada como a su madre aquella súbita aparición.

—No seas grosera —le reprochó la mujer demasiado deprisa—. Saluda a nuestro invitado.

—Buenos días, su señoría.

—Hola —intervino su hermano pequeño, Ben, que acababa de salir por la puerta de su dormitorio tras oír el profundo tañido de la voz del segador.

Ben apenas fue capaz de graznar esa única palabra antes de mirar a Citra y después a su madre, pensando lo mismo que estaban pensando todos: «¿A por quién ha venido? ¿A por mí? ¿O seré el que quede para lamentar la pérdida?».

—He olido algo muy apetecible desde el pasillo —continuó el segador mientras inhalaba el aroma—. Ahora veo que acerté al pensar que procedía de este piso.

—Acabo de preparar *ziti*, su señoría. Nada especial.

Hasta aquel momento, Citra desconocía que su madre pudiera ser tan apocada.

—Eso está bien, porque no necesito nada especial —respondió él. Después se sentó en el sofá a aguardar pacientemente la cena.

¿Era demasiado esperar que el hombre hubiera acudido hasta allí para comer y nada más? Al fin y al cabo, los segadores tenían que comer en algún sitio. La costumbre era que los restaurantes no les cobraran, pero eso no significaba que una comida casera no les atrajera más. Se rumoreaba que algunos obligaban a sus víctimas a prepararles una comida antes de cribarlas. ¿Eso era lo que pasaba?

Fueran cuales fueran sus intenciones, se las guardó para sí, por lo que no les quedó más remedio que darle lo que quería. Citra se preguntó si perdonaría una vida si la comida era de su gusto. Con razón la gente se deshacía en esfuerzos por agradarlos: la esperanza bajo la sombra del miedo es el incentivo más poderoso.

La madre de Citra le llevó algo de beber, tal como él le pidió, y después se concentró en asegurarse de que la cena de aquella noche fuese la mejor que había servido nunca. La cocina no era su especialidad. Lo normal era que llegara a casa del trabajo y preparase algo rápido para todos. No obstante, esa noche era posible que sus vidas dependieran de sus cuestionables habilidades culinarias. ¿Y su padre? ¿Regresaría a casa a tiempo o tendría lugar la criba de su familia en su ausencia?

Por muy aterrada que estuviera Citra, no deseaba dejar al segador a solas con sus pensamientos, así que se quedó con él en la sala de estar. Ben, cuya fascinación por el hombre era tan evidente como su miedo, se sentó a su lado.

El hombre se presentó, por fin, como el honorable segador Faraday.

—Ah… pues… una vez escribí un trabajo para clase sobre Faraday —comentó Ben, y la voz sólo se le quebró un instante—. Ha elegido el nombre de un científico muy chulo.

El segador Faraday sonrió.

—Me gusta pensar que escogí un histórico patrono apropiado. Como muchos científicos, a Michael Faraday no se le apreció lo suficiente en vida y, sin embargo, nuestro mundo no sería como es sin él.

—Creo que lo tengo en mi colección de cartas de segadores —siguió diciendo Ben—. Tengo a casi todos los segadores de Midmérica… Aunque parecía más joven en la foto.

El hombre aparentaba unos sesenta años y, a pesar de tener el pelo gris, su perilla todavía estaba salpicada de negro. Era poco habitual que una persona decidiera llegar a esa edad antes de reconfigurarse a una edad menor. Citra se preguntó cuántos años tendría realmente. ¿Desde cuándo se encargaba de quitar vidas?

—¿Su aspecto refleja su edad real o está en el límite por decisión propia? —inquirió Citra.

—¡Citra! —exclamó su madre, a punto de dejar caer la bandeja que acababa de sacar del horno—. ¿Qué clase de pregunta es esa?

—Me gustan las preguntas directas —repuso el segador—; demuestran un espíritu sincero, así que te daré una respuesta sincera: reconozco que he reiniciado el contador cuatro veces. Mi edad natural ronda los ciento ochenta años, aunque he olvidado el número exacto. En los últimos tiempos he elegido esta apariencia venerable porque he descubierto que aquellos a los que cribo encuentran consuelo en ella. —Entonces se rio—. Me toman por alguien sabio.

—¿Por eso está aquí? —le soltó Ben—. ¿Para cribar a alguno de nosotros?

Faraday esbozó una sonrisa indescifrable.

—Estoy aquí para cenar.

El padre de Citra llegó cuando estaban a punto de servir la cena. Su madre, al parecer, le había informado sobre la situación y estaba mucho más preparado emocionalmente que los demás. En cuanto entró, fue derecho al segador para estrecharle la mano y fingió más jovialidad y afabilidad de las que debía de sentir.

La cena fue incómoda; casi toda se desarrolló en silencio, con algún que otro comentario de Faraday: «Tienen un hogar encantador», «¡qué buena está la limonada!», «¡diría que son los mejores ziti que he probado en Midmérica!». Aunque no hacía más que elogiarlos, las columnas vertebrales de todos los presentes sufrían un estremecimiento sísmico cada vez que hablaba.

—No lo he visto nunca por el barrio —dijo al fin el padre de Citra.

—Imagino que no. No soy una figura pública, como les gusta a otros segadores. Algunos prefieren los focos, pero para hacer el trabajo bien de verdad se requiere cierto anonimato.

—¿Para hacerlo bien? —repitió la chica; la mera idea le enfurecía—. ¿Es que hay una forma correcta de cribar?

—Bueno, sin duda hay formas incorrectas —respondió él sin añadir nada más. Se limitó a seguir comiendo sus ziti. Cuando la comida tocaba a su fin, dijo—: Cuéntenme más sobre ustedes.

No era una pregunta ni una petición; sólo cabía interpretarla como una orden. Citra ni siquiera estaba segura de si formaba parte de su baile de la muerte o si estaría interesado de verdad. Conocía sus nombres antes de entrar en el piso, así que era probable que ya supiera todo lo que pudieran contarle. Entonces, ¿por qué preguntaba?

—Yo trabajo en investigación histórica —dijo su padre.

—Yo soy ingeniera de síntesis.

El segador arqueó las cejas.

—Y, aun así, ha preparado la comida de cero.

—Todo a partir de ingredientes sintetizados —contestó ella, y apoyó el tenedor en el plato.

—Sí, pero, si ya podemos sintetizar lo que queramos, ¿por qué seguimos necesitando ingenieros de síntesis?

Citra casi veía cómo la sangre abandonaba el rostro de su madre y la dejaba pálida. Fue su padre el que se alzó para defender la existencia de su esposa:

—Siempre hay margen para la mejora.

—Sí… ¡Y el trabajo de papá también es importante! —exclamó Ben.

—¿Cuál? ¿La investigación histórica? —El segador agitó el tenedor para descartar aquella idea—. El pasado nunca cambia… Y, por lo que veo, tampoco el futuro.

Pese a la perplejidad y la inquietud de sus padres y su hermano ante el comentario, Citra comprendió a qué se refería: el crecimiento de la civilización había llegado a término. Todo el mundo lo sabía. En lo concerniente a la carrera humana, no quedaba nada más que aprender, nada que descifrar sobre nuestra propia existencia. Lo que significaba que no había ninguna persona más importante que otra. De hecho, si se veía la situación en su conjunto, todo el mundo era igual de inútil. Eso era lo que estaba diciendo, y Citra estaba furiosa porque, en cierto modo, sabía que tenía razón.

La chica era famosa por su genio. A menudo aparecía antes que la razón y no se iba hasta que el daño estaba hecho. Esa noche no sería una excepción:

—¿Por qué hace esto? Si está aquí para acabar con uno de nosotros, ¡hágalo de una vez y deje de torturarnos!

Su madre ahogó un grito y su padre echó la silla atrás como si estuviera dispuesto a levantarse y sacarla a la fuerza de la habitación.

—Citra, ¿qué estás haciendo? —La voz de su madre había empezado a temblar—. ¡Debes mostrar respeto!

—¡No! Está aquí y va a hacerlo, así que dejad que lo haga de una vez. Seguro que ya lo tiene decidido; he oído que los segadores van con la decisión tomada antes de entrar en una casa, ¿verdad?

Faraday no parecía perturbado por su exabrupto.

—Algunos sí, otros no —respondió con amabilidad—. Cada uno tenemos nuestra forma de hacer las cosas.

Ben ya estaba llorando. Su padre lo rodeó con un brazo, pero el chico estaba desconsolado.

—Sí, los segadores debemos cribar —añadió Faraday—, aunque también debemos comer, dormir y mantener conversaciones sencillas.

Citra le quitó el plato vacío.

—Bueno, pues ya ha comido, así que puede marcharse.

Entonces, su padre se acercó al visitante y se hincó de rodillas. ¡Su padre estaba arrodillado ante aquel hombre!

—Por favor, su señoría, perdónela. Asumo plena responsabilidad por sus acciones.

El segador se levantó.

—No es necesario disculparse. Resulta estimulante encontrar a alguien dispuesto a retarte. Ni se imagina lo tediosa que puede llegar a ser mi labor; los comportamientos obsequiosos, la zalamería, el interminable desfile de aduladores… Un bofetón en la cara me fortalece. Me recuerda que soy humano.

Luego se metió en la cocina y agarró el cuchillo más grande y afilado que encontró. Se puso a dar tajos en el aire para adaptarse a él.

Los gemidos de Ben se intensificaron, así como la fuerza con que lo sujetaba su padre. El segador se aproximó a su madre. Citra estaba dispuesta a lanzarse delante de ella para bloquear la hoja, pero, en vez de asestar una puñalada, el hombre alargó la otra mano.

—Béseme el anillo.

Nadie se lo esperaba, y menos Citra.

La mujer se quedó mirándolo mientras sacudía la cabeza, incapaz de creérselo.

—¿Me… me concede la inmunidad?

—Por su amabilidad y por la comida que me ha servido, le concedo un año de inmunidad a la criba. Ningún segador la tocará.

Sin embargo, ella vaciló.

—Prefiero que se la conceda a mis hijos.

El segador no apartó el anillo. Era un diamante del tamaño de su nudillo con un núcleo oscuro. El mismo anillo que lucían todos los de su oficio.

—Se la ofrezco a usted, no a ellos.

—Pero…

—Jenny, ¡hazlo de una vez! —la urgió su marido.

Así que lo hizo: se arrodilló, besó el anillo y este leyó su ADN y lo transmitió a la base de datos de inmunidad de la Guadaña. En menos de un segundo, el mundo supo que Jenny Terranova estaba a salvo de la criba durante los próximos doce meses. El hombre observó el anillo, que ahora emitía un tenue brillo rojo para indicar que la persona que tenía delante era inmune. Sonrió, satisfecho.

Y, por fin, les contó la verdad:

—He venido a cribar a su vecina, Bridget Chadwell —les informó el segador Faraday—, pero no estaba todavía en casa y me entró hambre. —Tocó con amabilidad la cabeza de Ben, como si le diera su bendición. Eso pareció calmarlo. Después, se acercó a la puerta, todavía con el cuchillo en la mano, sin dejar lugar a dudas sobre el método que usaría con su vecina. Sin embargo, antes de marcharse, se volvió hacia Citra—. Ves a través de las fachadas del mundo, Citra Terranova. Serías una buena segadora.

—Ni quiero ni querré serlo —repuso ella, retrocediendo.

—Ese es el primer requisito.

Y se fue a matar a la vecina.

Aquella noche no hablaron del asunto. Nadie tocó el tema de las cribas, como si mencionarlo pudiera provocar su advenimiento. No se oyó ningún sonido procedente del piso de al lado, ni gritos ni gemidos de súplica… O puede que el televisor de los Terranova estuviera demasiado alto para oírlos. Fue lo primero que hizo el padre de Citra en cuando se marchó el segador: encender la tele y poner el volumen al máximo para ahogar los ruidos de la criba que tenía lugar al otro lado de la pared. Aun así, no fue necesario, puesto que,

realizara su tarea como la realizara, el segador la había completado en silencio. La chica se esforzaba por oír algo, lo que fuera. Tanto Ben como ella se habían descubierto poseedores de una curiosidad morbosa que, en secreto, los avergonzaba a ambos.

Una hora después, el honorable segador Faraday regresó a su piso. Citra abrió la puerta. La túnica de color marfil no tenía ni una salpicadura de sangre. Puede que llevara consigo una de repuesto. Puede que hubiera usado la lavadora de la vecina después de la criba. El cuchillo también estaba limpio, y se lo devolvió.

—No lo queremos —le dijo ella, bastante segura de que podía hablar por sus padres en aquel tema—. No volveremos a usarlo.

—Pero debéis usarlo —insistió él—. Os servirá de recordatorio.

—¿Recordatorio de qué?

—De que la Guadaña no es más que el instrumento de la muerte, pues son vuestras manos las que nos blanden. Las tuyas y las de tus padres y las de todos los demás habitantes de este mundo. —Luego le colocó el cuchillo en las manos con suma delicadeza—. Todos somos cómplices. Debéis compartir la responsabilidad.

Quizás estuviera en lo cierto, pero, tras su partida, Citra lo tiró a la basura.

2

0,303 %

Tyger Salazar se había lanzado desde una ventana de la planta treinta y nueve y había dejado un estropicio horrible en la plaza de mármol de abajo. Sus propios padres estaban tan enfadados con él que no fueron a verlo. Sin embargo, Rowan sí. Rowan Damisch era esa clase de amigo.

Se sentó junto a la cama de Tyger en el centro de reanimación y esperó a que se despertara de la curación acelerada. A Rowan no le importaba. El centro de reanimación era un lugar tranquilo y pacífico, un agradable descanso del descontrol de su hogar, que llevaba un tiempo lleno de más parientes de los que cualquier ser humano podía soportar. Primos, primos segundos, hermanos, hermanastros… Y, encima, su abuela había regresado a casa tras reiniciar el contador por tercera vez, con un nuevo marido y un bebé en el horno. «Vas a tener otra tía, Rowan —le había anunciado—. ¿No es maravilloso?».

Todo aquello cabreaba sobremanera a su madre… porque, esta vez, la abuela se había reconfigurado para tener veinticinco años, lo que le hacía diez más joven que su hija. De modo que esta se sentía presionada para reiniciar también el contador, aunque sólo fuera para que no la dejara atrás. El abuelo era más sensato: estaba de viaje en Euroescandia, donde se dedicaba a encandilar a las damas sin que su edad descendiera de unos treinta y ocho años muy respetables.

Rowan, a sus dieciséis, había decidido que experimentaría el pelo gris antes de reiniciarse por primera vez; e incluso entonces no se reconfiguraría hasta el punto de resultar embarazoso. Alguna gente regresaba a los veintiún años, que era el máximo al que llegaba la terapia genética. No obstante, se rumoreaba que estaban estudiando el modo de reconfigurar a la gente para devolverla a la adolescencia, lo que al chico le resultaba ridículo: ¿quién en su sano juicio querría ser adolescente más de una vez?

Cuando giró la vista hacia su amigo, Tyger tenía los ojos abiertos y examinaba a Rowan.

—Hola.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó Tyger.

—Cuatro días.

El chico alzó el puño en señal de triunfo.

—¡Sí! ¡Un nuevo récord!

Se examinó las manos, como si evaluara los daños. Por supuesto, no había ningún daño, porque uno no se despertaba de la curación acelerada hasta que no quedaba nada que curar.

—¿Crees que fue por saltar desde una planta tan alta o por la plaza de mármol?

—Probablemente por el mármol —respondió Rowan—. Cuando alcanzas la velocidad límite, da igual lo alto que estuvieras al saltar.

—¿Lo rompí? ¿Han tenido que reparar el mármol?

—No lo sé, Tyger. Tío, déjalo ya.

Tyger se recostó sobre la almohada, muy satisfecho de sí mismo.

—¡Ha sido el mejor despachurramiento del mundo!

Rowan descubrió que tenía paciencia para esperar a que su amigo se despertase, pero no para soportarlo cuando recuperaba la consciencia.

—Pero ¿por qué lo haces? A mí me parece una absoluta pérdida de tiempo.

—Me gusta lo que se siente al caer —respondió Tyger, y se encogió de hombros—. Además, tengo que recordarles a mis padres que existe la lechuga.

Eso le arrancó unas risitas a Rowan, que era el que había acuñado el término «chico lechuga» para describirlos. Ambos habían nacido emparedados en medio de unas familias enormes y no eran los favoritos de sus padres ni de lejos. «Tengo un par de hermanos que son la carne del sándwich, unas cuantas hermanas que son el queso y el tomate, así que supongo que yo soy la lechuga». La idea cuajó y Rowan fundó un club llamado Las Lechugas Iceberg que podía presumir de contar con casi doce miembros, aunque Tyger a menudo bromeaba con desafiar el *statu quo* e iniciar la revuelta de las lechugas romanas.

Tyger había empezado a despachurrarse hacía unos cuantos meses. Rowan lo probó en una ocasión y le pareció un incordio monumental. Acabó retrasándose con el trabajo de todas las asignaturas y sus padres le impusieron todo tipo de castigos… que después olvidaron llevar a cabo; era una de las ventajas de ser la lechuga. Aun así, la emoción de la caída no compensaba el coste. Su amigo, en cambio, se había convertido en un adicto al despachurramiento.

—Tienes que buscarte otro *hobby*, tío —le dijo Rowan—. Sé que la primera reanimación es gratis, pero las demás les tienen que estar costando una fortuna a tus padres.

—Sí… Y por una vez tienen que gastarse el dinero en mí.

—¿No preferirías que te compraran un coche?

—La reanimación es obligatoria. Un coche es opcional. Si no se ven obligados a gastar, no lo harán.

Eso no se lo podía discutir. Él tampoco tenía coche y dudaba que sus padres le compraran uno. Como le habían explicado, los publicoches eran limpios, eficientes y se conducían solos. ¿Qué sentido tenía gastarse una importante cantidad de dinero en algo que no necesitaba? Mientras tanto, lo malgastaban en cualquier cosa menos en él.

—No somos más que hierbajos ricos en fibra —dijo Tyger—. Si no provocamos alguna molestia intestinal de vez en cuando, nadie se entera de que estamos aquí.

A la mañana siguiente, Rowan se enfrentó cara a cara con un segador. Que uno de ellos anduviera por el barrio no era inaudito; era inevitable tropezarse con alguno…, aunque no solían aparecer por los institutos.

El encuentro fue culpa suya. La puntualidad no era su fuerte, y menos ahora que se esperaba que acompañase a sus hermanos y hermanastros menores a su colegio antes de meterse en un publicoche y correr al suyo. Acababa de llegar y se dirigía a la ventanilla de asistencia cuando el segador dobló la esquina, con su impoluta túnica de color marfil flotando tras él.

Una vez, estando de excursión con su familia, el chico se alejó solo y se encontró con un puma. La opresión que sintió entonces en el pecho, al igual que la debilidad en la entrepierna, se repitieron al ver al segador. Lucha o huye, le decía su biología. Pero Rowan no hizo ninguna de las dos cosas. Con el puma, se enfrentó a su instinto y alzó los brazos con calma (tal como había leído que debía hacer) para parecer más grande. Funcionó: el animal salió corriendo y le ahorró un viaje al centro de reanimación local.

En aquel momento, ante la súbita perspectiva de tener delante a un segador, sintió el impulso de hacer lo mismo, como si levantar las manos por encima de la cabeza pudiera espantarlo. La idea le arrancó una carcajada involuntaria. Reírse de un segador no es lo más recomendable del mundo.

—¿Podrías indicarme cómo llegar a las oficinas centrales? —le preguntó el hombre.

Rowan consideró la posibilidad de señalarle el camino y marcharse en dirección contraria, pero decidió que eso era de cobardes.

—Yo también voy hacia allá. Lo llevaré.

El hombre agradecería la ayuda, y congraciarse con un segador no podía ser malo.

El chico iba primero. En el pasillo había otros chavales, alumnos que, como él, llegaban tarde a clase o tenían que realizar algún recado. Todos lo miraban boquiabiertos e intentaban fundirse con las paredes al verlo pasar con el segador. De algún modo, recorrer el sitio con él le daba menos miedo si había otros que cargaban con el temor en su lugar…, y no podía negar que era incluso emocionante abrirle camino, disfrutar del respeto que inspiraba. Llegaron al despacho y entonces asimiló la verdad: aquel hombre iba a cribar a uno de sus compañeros.

Todos los presentes se pusieron en pie en cuanto vieron al hombre de la túnica y él no perdió el tiempo:

—Por favor, que Kohl Whitlock acuda de inmediato al despacho.

—¿Kohl Whitlock? —repitió la secretaria.

El segador no respondió, puesto que sabía que la mujer lo había oído… y que simplemente no estaba dispuesta a creérselo.

—Sí, su señoría, ahora mismo.

Rowan conocía a Kohl. Bueno, todo el mundo conocía a Kohl Whitlock. Aunque sólo estaba en tercero, ya había conseguido ser el quarterback del instituto y los llevaba a ganar la liga por primera vez en su historia.

La voz de la secretaria temblaba sin control cuando llamó al alumno por megafonía. Al pronunciar su nombre se le formó un nudo en la garganta y tuvo que toser.

Y el segador esperó pacientemente a que apareciese Kohl.

Nada más lejos de las intenciones de Rowan que enfrentarse a un segador. Debería haberse acercado con sigilo a la ventanilla de asistencia, haber pedido su readmisión y haberse metido en clase. Sin embargo, como ocurrió con el puma, tenía que mantenerse firme. Aquel momento le cambiaría la vida.

—Va a cribar a nuestro *quarterback* estrella, espero que lo sepa.

El comportamiento del desconocido, tan cordial hacía un momento, se volvió glacial.

—No creo que sea asunto tuyo.

—Está en mi instituto. Supongo que eso lo convierte en asunto mío.

Entonces entró en acción su instinto de supervivencia, se acercó a la ventanilla (fuera del campo visual del segador) y entregó la nota falsa para

disculpar su tardanza mientras mascullaba por lo bajo: «Estúpido, estúpido, estúpido». Qué suerte tenía de no haber nacido en una época en la que la muerte fuera algo natural, porque es probable que no hubiera llegado a la edad adulta.

Al volverse para salir de la oficina, advirtió que el hombre conducía a un desolado Kohl Whitlock al despacho del director. El director salió por voluntad propia de su despacho y contempló a su personal en busca de alguna explicación, pero sólo recibió miradas llorosas y meneos de cabeza.

Nadie pareció percatarse de que Rowan seguía allí. ¿A quién le importaba la lechuga cuando iban a devorar la ternera?

Se coló en el despacho del director, que lo descubrió justo a tiempo de ponerle una mano en el hombro.

—Hijo, será mejor que no entres.

Tenía razón, seguro que era lo mejor, pero pasó de todos modos y cerró la puerta tras él.

Frente al organizado escritorio había dos sillas. El segador estaba sentado en una y Kohl, en la otra, encorvado y sollozando. El hombre lanzó una mirada asesina a Rowan. «El puma», pensó el chico, salvo que este tenía la prerrogativa de acabar con una vida humana.

—Sus padres no están aquí —comentó Rowan—. Debería acompañarlo alguien.

—¿Sois parientes?

—¿Importa?

Entonces, Kohl levantó la cabeza.

—Por favor, no eche a Ronald —suplicó.

—Es Rowan.

La cara de horror de Kohl se desencajó aún más, como si ese error hubiera sellado de algún modo su destino.

—¡Lo sabía! ¡En serio! ¡Lo juro!

A pesar de su corpulencia y su bravuconería, no era más que un crío asustado. ¿En eso se convertían todos al llegar al final? Rowan supuso que era algo que sólo podría saber un segador.

—Pues coge una silla —señaló el hombre en lugar de obligarle a marcharse—. Ponte cómodo.

Mientras el chico rodeaba el escritorio para sacar la silla del director, se preguntó si estaría siendo irónico, sarcástico o si ni siquiera sabría que ponerse cómodo era imposible en su presencia.

—No puede hacerme esto —suplicó Kohl—. ¡Mis padres se van a morir de pena! ¡Se morirán!

—No, no morirán —lo corrigió el segador—. Seguirán adelante.

—¿No podría al menos concederle unos minutos para prepararse? —inquirió Rowan.

—¿Me estás diciendo cómo hacer mi trabajo?

—¡Sólo pido un poco de compasión!

El hombre le lanzó otra mirada furiosa, aunque ahora era un poco distinta: no pretendía intimidarlo sin más, sino obtener algo. Estudiaba al chico.

—Llevo muchos años dedicado a esto —explicó—. Por experiencia, sé que una criba rápida e indolora es la mayor compasión que puedo demostrar.

—¡Pues dele una razón, por lo menos! ¡Dígale por qué tiene que ser él!

—¡Es aleatorio, Rowan! —exclamó Kohl—. ¡Todo el mundo lo sabe! ¡Es una suerte de mierda!

Pero los ojos del segador indicaban lo contrario, así que siguió insistiendo:

—Hay algo más, ¿no?

El interpelado suspiró. No tenía por qué decir nada; al fin y al cabo, era un segador y estaba por encima de la ley en todos los sentidos. No le debía ninguna explicación a nadie, pero decidió hacerla:

—Si sacamos el envejecimiento de la ecuación, las estadísticas de la Era de la Mortalidad indican que el siete por ciento de las muertes estaban relacionadas con accidentes de tráfico. De ellas, el treinta y uno por ciento se debían al consumo de alcohol, y de ese treinta y uno por ciento, el catorce por ciento eran adolescentes. —Le lanzó a Rowan la pequeña calculadora que había sobre la mesa—. Calcúlalo tú mismo.

Rowan se tomó su tiempo para introducir los números; sabía que cada segundo que perdía era un segundo más de vida para Kohl.

—0,303 % —dijo al fin.

—Lo que significa que, aproximadamente, tres de cada mil almas que cribe encajarán en ese perfil. Una cada trescientas treinta y tres. Tu amigo acaba de recibir un coche nuevo y en su historial consta que a menudo bebe en exceso. Por lo tanto, de los adolescentes que encajan en el perfil, lo he elegido al azar.

Kohl ocultó la cabeza entre las manos; su llanto se intensificó.

—¡Pero qué idiota he sido! —exclamó mientras se apretaba los ojos con las palmas como si intentara hundírselos en el cráneo.

—Bien, dime: ¿consideras que esta explicación le facilitará la criba o que ha empeorado su sufrimiento? —le preguntó a Rowan con mucha calma.

Este se encogió un poco en su silla.

—Ya basta, ha llegado el momento —anunció el hombre.

Entonces se sacó de uno de los bolsillos de la túnica una palita diseñada para encajarle en la mano. El dorso era de tela y la palma, metálica.

—Kohl, he elegido para ti una descarga eléctrica que te producirá un paro cardíaco. La muerte será rápida, indolora y mucho menos brutal que el accidente que habrías sufrido en la Era de la Mortalidad.

De repente, Kohl alargó el brazo para agarrar con fuerza la de Rowan. El chico se lo permitió. No era pariente suyo, ni siquiera había sido su amigo hasta aquel momento…, pero ¿cómo era el dicho?: «La muerte nos convierte a todos en hermanos». Rowan se preguntó si, en ese caso, un mundo sin muerte los convertiría a todos en desconocidos. Apretó la mano de Kohl con la promesa muda de que no lo soltaría.

—¿Quieres que les diga algo a los demás? —preguntó.

—Un millón de cosas, pero ahora mismo no se me ocurre ninguna.

Rowan decidió que se inventaría las últimas palabras del chico y se las transmitiría a sus seres queridos. Y serían bonitas. Palabras reconfortantes. Averiguaría el modo de encontrarle sentido a lo que no lo tenía.

—Me temo que tendrás que soltarlo para el procedimiento.

—No —contestó Rowan.

—La descarga podría pararte el corazón a ti también.

—¿Y? Me revivirán. —Después añadió—: A no ser que decida cribarme a mí también. —Era consciente de que acababa de retar al hombre a matarlo, aunque, pese al riesgo, se alegraba de haberlo hecho.

—Muy bien.

Y sin esperar ni un segundo más, acercó la pala al pecho de Kohl.

Rowan lo vio todo blanco y después negro. Las convulsiones le estremecieron el cuerpo, salió volando hacia atrás y se golpeó contra la pared. Quizá fuera indoloro para Kohl, pero no para él. Dolía. Dolía más que nada que hubiera sentido antes (dolía más de lo que se suponía que debía sentir una persona), aunque sólo hasta que los microscópicos nanobots analgésicos que le circulaban por la sangre liberaron sus opiáceos. Al hacerle efecto, el dolor menguó y, cuando se le aclaró la vista, distinguió a Kohl desplomado en la silla y al segador que se acercaba para cerrarle los ojos, ya ciegos. La criba había concluido. Kohl Whitlock estaba muerto.

El segador se puso de pie y le ofreció una mano a Rowan, pero el chico no la aceptó. Se levantó del suelo por sus propios medios.

—Gracias por permitirme quedarme —dijo, aunque no sentía ni una pizca de gratitud.

El segador lo contempló un segundo más de la cuenta y contestó:

—Te mantuviste firme por un muchacho al que apenas conocías. Lo consolaste antes de morir y soportaste el dolor de la descarga. Has sido testigo a pesar de que nadie te lo pidió.

—Hice lo que habría hecho cualquiera —repuso, encogiéndose de hombros.

—¿Acaso se ofreció alguien más? —preguntó el segador—. ¿El director? ¿El personal de la oficina? ¿Alguno entre el puñado de alumnos con los que nos cruzamos por el pasillo?

—No… —tuvo que reconocer—. De todos modos, ¿qué más da que lo hiciera? No por ello está menos muerto. Y ya sabe lo que dicen de las buenas intenciones.

El hombre asintió y bajó la mirada hacia el gran anillo que lucía en el dedo.

—Supongo que ahora me pedirás inmunidad.

—No quiero nada de usted.

—Me parece justo. —El segador se giró para marcharse, aunque vaciló antes de abrir la puerta—. Te advierto que nadie más que yo te dedicará una palabra amable por lo que has hecho hoy. Sin embargo, recuerda que el infierno no es lo único que está lleno de buenas intenciones. Hay muchos sitios más.

La bofetada fue tan estremecedora como la descarga eléctrica… o incluso más, dado que Rowan no se la esperaba. Llegó justo antes de comer, mientras estaba frente a su taquilla, y conectó con tanta fuerza con su mejilla que lo estrelló contra la fila de armarios metálicos, que resonó como un tambor de acero.

—¡Estuviste presente y no hiciste nada para impedirlo! —gritó Marah Pavlik con ojos llameantes, entre la pena y la indignación. Parecía dispuesta a meterle las largas uñas por la nariz para sacarle el cerebro—. ¡Lo dejaste morir!

Marah y Kohl habían sido novios durante más de un año. Al igual que Kohl, era una chica muy popular de tercer curso y, como tal, evitaba

conscientemente cualquier interacción con la basura de segundo, como él. No obstante, las circunstancias eran especiales.

—No fue así —consiguió decir el chico antes de que lo golpeara de nuevo.

En esta ocasión consiguió desviarle la mano y Marah se rompió una uña, aunque poco le importó. Al parecer, la criba de Kohl le había dado algo de perspectiva.

—¡Fue justo así! ¡Entraste en el despacho para verlo morir!

Otros se acercaban, atraídos, como ocurre casi siempre, por el aroma del conflicto. Miró a su alrededor en busca de algún rostro solidario, de alguien que se pusiera de su lado, pero lo único que encontró en las caras de sus compañeros fue un desprecio colectivo. Marah hablaba y pegaba por todos ellos.

No era lo que se esperaba. Tampoco era que quisiera recibir palmaditas en la espalda por acudir en auxilio de Kohl en sus últimos momentos, pero no se esperaba una acusación tan impensable.

—¿Qué? ¿Estás loca? —le gritó a la chica…, a todos—. ¡No puedes detener a un segador en la criba!

—¡Me da igual! —gimió ella—. ¡Podrías haber hecho algo, pero te limitaste a observar!

—¡Sí que hice algo! Le…, le sostuve la mano.

Ella lo empujó contra la taquilla con más fuerza de la que le habría creído posible.

—¡Mientes! Jamás te daría la mano. ¡Jamás se le ocurriría tocarte! —Y luego añadió—: ¡Soy yo la que debería haberle sostenido la mano!

A su alrededor, los otros chicos fruncieron el ceño y susurraron cosas que, sin duda, pretendían que Rowan oyera.

—Lo vi pasearse por el instituto con el segador como si fueran amigos de toda la vida.

—Llegaron juntos esta mañana.

—He oído que él le dio el nombre de Kohl al segador.

—Una persona me ha contado que le ayudó a cribarlo.

Rowan se acercó hecho una furia al repulsivo crío que había lanzado la última acusación… Ralphy como se llamara.

—¿Y quién te ha contado eso? ¡No había nadie más en la habitación, imbécil!

Daba igual. Los rumores no acataban más lógica que la suya.

—¿Es que no lo entendéis? No ayudé al segador, ¡ayudé a Kohl! —insistió.

—Sí, lo ayudaste a llegar a su tumba —dijo alguien, y todo el mundo gruñó para darle la razón.

No había forma, lo habían juzgado y condenado; cuanto más lo negara, más convencidos estarían de su culpabilidad. No necesitaban su acto de valentía, sino un chivo expiatorio, alguien a quien odiar. No podían descargar su rabia en el segador, pero Rowan Damisch era el candidato perfecto.

—Seguro que le han dado la inmunidad por colaborar —comentó un chaval…, un chaval que siempre había sido su amigo.

—¡No me la han dado!

—Bien —masculló Marah con un desprecio absoluto—. Pues espero que el próximo segador venga a por ti.

Sabía que lo decía en serio, que no era un exabrupto fruto del momento, sino algo para siempre, y que, si el próximo segador iba de verdad a por él, su compañera disfrutaría al conocer su muerte. Era una idea oscura que daba que pensar: ahora había personas en su mundo que deseaban verlo muerto. Una cosa era que no se fijaran en él y otra muy distinta, convertirse en el receptor de toda la hostilidad de un instituto.

Sólo entonces recordó la advertencia del segador: nadie le dedicaría ninguna palabra amable por lo que había hecho por Kohl. El hombre había estado en lo cierto…, y lo odió por ello, igual que los demás odiaban a Rowan.

3

La fuerza del destino

La invitación le llegó a Citra a principios de enero. Lo hizo por correo ordinario, y ese fue el primer indicio de que se trataba de algo fuera de lo normal. Sólo había tres tipos de comunicaciones que llegaban por correo: paquetes, asuntos oficiales y cartas de los más excéntricos (puesto que eran los únicos que seguían manteniendo correspondencia). Por lo visto, esta carta en cuestión pertenecía a la tercera variedad.

—Bueno, ábrela —apremió Ben, más emocionado con el sobre que su hermana.

Lo habían escrito a mano, lo que lo convertía en algo aún más insólito. Cierto, todavía se ofrecía la optativa de Caligrafía, aunque, aparte de ella misma, conocía a pocas personas que la hubieran elegido. Abrió el sobre, sacó una tarjeta del mismo color blanco roto que el sobre y la leyó para sí antes de hacerlo en voz alta: «Sería un placer contar con su presencia en la Gran Ópera Cívica el nueve de enero a las siete de la tarde».

No había ni firma ni remitente. Lo que sí había era una única entrada dentro.

—¿La ópera? —repitió Ben—. Puaj.

Citra no podía estar más de acuerdo.

—¿Quizás una actividad del instituto? —preguntó su madre.

Citra negó con la cabeza.

—Si lo fuera, lo pondría —añadió.

La mujer cogió la invitación y el sobre para examinarlos.

—Bueno, sea lo que sea, suena interesante.

—Seguro que es algún atontado que me pide así una cita porque le da miedo hacerlo a la cara.

—¿Crees que irás?

—Mamá, un chico que me invita a la ópera o está de broma o delira.

—O intenta impresionarte.

Citra gruñó y salió del cuarto, molesta por su propia curiosidad.

—¡No pienso ir! —gritó desde su dormitorio, aunque sabía muy bien que iría.

La Gran Ópera Cívica era uno de los lugares a los que iba la gente que quería ser vista. En cualquier representación que ofrecieran, sólo la mitad de los asistentes acudía por la ópera en sí. El resto lo hacía para participar en el gran melodrama de la escalada social y profesional. Incluso Citra, que no se movía en aquellos círculos, sabía de qué iba.

Se puso el vestido que se había comprado para el baile de bienvenida del curso anterior, cuando estaba segura de que Hunter Morrison la invitaría. Al final, Hunter invitó a Zachary Swain, cosa que, al parecer, se esperaban todos menos ella. Todavía eran pareja, y Citra, hasta entonces, no le había encontrado otro uso al vestido.

Cuando se lo puso, descubrió que le gustaba más de lo que creía. Las adolescentes cambian en un año, pero el vestido, que el curso anterior era más bien un castillo en el aire, por fin le quedaba a la perfección.

Había elaborado una lista mental con los posibles candidatos a ser su admirador secreto. Los había reducido a cinco y, de esos cinco, sólo con dos le hubiese gustado pasar una noche a solas. A los otros tres los soportaría por la novedad. Al fin y al cabo, tenía su gracia dedicar una noche a fingir ser pretenciosa.

Su padre se empecinó en dejarla en la ópera.

—Llama cuando estés lista para que te recoja.

—Cogeré un publicoche para volver.

—Llama de todos modos —insistió él.

Le repitió por décima vez que estaba preciosa; después, Citra salió del coche y su padre se fue para dejar sitio a las limusinas y los Bendey de la cola. La chica respiró hondo y subió los escalones de mármol sintiéndose tan torpe y fuera de lugar como Cenicienta en el baile.

Al entrar no la dirigieron ni hacia el patio de butacas ni hacia la escalera central que llevaba a la galería, sino que el acomodador examinó su entrada, miró a Citra, examinó de nuevo la entrada y llamó a un segundo acomodador para que la acompañara en persona.

—¿De qué va todo esto? —preguntó ella.

Lo primero que pensó fue que se trataba de una entrada falsa y que la conducían a la salida. No obstante, quizá fuera una broma; ya empezaba a repasar mentalmente la lista de sospechosos.

Sin embargo, el segundo acomodador respondió:

—Es costumbre de la casa que un acomodador acompañe en persona al público de los palcos.

Citra recordó que esos asientos eran los más exclusivos. Solían reservarse a los espectadores considerados demasiado importantes para sentarse entre las masas. La gente normal no se los podía permitir y, en caso de poder, se les prohibía el acceso. Mientras seguía al hombre por las estrechas escaleras que llevaban a los palcos, Citra comenzó a asustarse. No conocía a nadie con tanto dinero. ¿Y si la habían invitado por error? O ¿y si de verdad había una persona importante esperándola? No se podía ni imaginar cuáles serían sus intenciones…

—¡Ya hemos llegado! —anunció el acomodador mientras retiraba las cortinas del palco, donde ya había sentado un chico de su edad.

El muchacho tenía el pelo oscuro y pecas en la piel. Se levantó al verla y Citra se percató de que se le veían demasiado los calcetines por debajo del dobladillo de los pantalones.

—Hola.

—Hola.

El acomodador los dejó a solas.

—Te he dejado el asiento más cercano al escenario —comentó el chico.

—Gracias.

Citra se sentó mientras intentaba averiguar quién era su acompañante y por qué la había invitado. No le resultaba familiar. ¿Debería reconocerlo? No quería que supiera que no era así.

—Gracias —dijo él entonces sin venir a cuento.

—¿Por?

El desconocido alzó una invitación idéntica a la suya.

—No me va mucho la ópera, pero, bueno, es mejor que estar en casa sin hacer nada. Así que…, en fin… ¿Te conozco?

Citra se rio a carcajadas. No tenía un admirador secreto; aparentemente, los dos tenían un alcahuete misterioso, lo que disparó otra lista mental, al frente de la cual se encontraban sus padres. Quizá se tratara del hijo de uno de sus amigos, aunque esa clase de subterfugios era bastante torpe, incluso para ellos.

—¿Qué te hace tanta gracia? —inquirió el chico, y ella le enseñó su invitación.

Él no se rio, sino que pareció algo inquieto, pero no le contó por qué.

Se presentó como Rowan y los dos se estrecharon la mano mientras las luces se apagaban, el telón subía y la música estallaba en un despliegue

demasiado intenso y potente como para mantener una conversación. La ópera era de Verdi, *La Forza del Destino*, aunque estaba claro que no era el destino lo que los había unido, sino una intervención muy deliberada.

La música era bella y exquisita, pero llegó un momento en que a Citra le resultó excesiva. Y la historia, aunque fácil de seguir sin saber italiano, les decía poco. Al fin y al cabo, era una obra de la Era de la Mortalidad. La guerra, la venganza y el asesinato (todos los temas que trataba la narración) estaban tan lejos de la realidad moderna que pocos podían identificarse. La catarsis sólo se lograba a través del amor y, teniendo en cuenta que eran desconocidos atrapados en un palco, para ellos resultaba más incómodo que catártico.

—Bueno, ¿quién crees que nos ha invitado? —le preguntó Citra en cuanto se encendieron las luces que anunciaban el intermedio del primer acto.

Rowan estaba tan perdido como ella, así que se contaron todo lo que se les ocurrió que pudiera ayudar a elaborar una teoría. Aparte de que ambos tenían dieciséis años, no había mucho más en común. Ella era de la ciudad; él, del extrarradio. Ella tenía una familia pequeña; la de él era grande. Y las profesiones de sus padres no podían ser más diferentes.

—¿Cuál es tu índice genético? —quiso saber Rowan; era una pregunta bastante personal, pero quizá resultara relevante.

—22-37-12-14-15.

—Treinta y siete por ciento de descendencia África —comentó el chico con una sonrisa—. ¡Enhorabuena! Es bastante alto.

—Gracias.

El le contó que el suyo era 33-13-12-22-20. A ella se le ocurrió consultarle si sabía cuál era el subíndice de su componente «otros», porque un veinte por ciento era mucho, pero la pregunta podría avergonzarlo si no conocía la respuesta.

—Los dos tenemos un doce por ciento de ascendencia panasiática —comentó Rowan—. ¿Puede tener algo que ver?

Pero estaba disparando a ciegas; no era más que una coincidencia.

Entonces, hacia el final del intermedio, la respuesta se presentó en el palco, detrás de ellos:

—Me alegra comprobar que empezáis a conoceros.

Aunque habían pasado unos meses desde su encuentro, Citra lo reconoció de inmediato: el honorable segador Faraday no era de los que se olvidan fácilmente.

—¿Usted? —exclamó Rowan con tal intensidad que a la chica le quedó claro que también tenía una historia con el segador.

—Habría llegado antes, pero tenía… otros asuntos de los que ocuparme.

No abundó en el tema, de lo que ella se alegró. No obstante, su presencia no auguraba nada bueno.

—Nos ha invitado aquí para cribarnos.

No era una pregunta, sino un hecho, porque estaba convencida de ello… hasta que Rowan dijo:

—No creo que ese sea el motivo.

El segador Faraday no parecía interesado en acabar con sus vidas. En su lugar, cogió una silla vacía y se sentó a su lado.

—La directora del teatro me dio este palco. La gente siempre cree que hacer regalos a los segadores evitará que los criben. No tenía ninguna intención de cribarla, pero ahora cree que en parte ha sido gracias a su ofrenda.

—La gente cree lo que quiere creer —replicó Rowan con una autoridad que dejaba claro que lo decía por experiencia.

Faraday gesticuló hacia el escenario.

—Esta noche seremos testigos del espectáculo de la estupidez y la tragedia humanas. Mañana lo viviremos.

El telón subió para dar inicio al segundo acto antes de que pudiera explicarles el significado de sus palabras.

Durante dos meses, Rowan había sido el paria del instituto, un marginado de primer orden. Aunque esas cosas solían seguir su curso natural y desinflarse con el tiempo, no fue el caso de Kohl Whitlock. Cada partido que no jugaba se convertía en una buena dosis de sal en la herida común y, como todos aquellos partidos se perdían, el dolor se multiplicaba por dos. Rowan nunca había sido especialmente popular ni tampoco el blanco de las burlas, pero ahora lo acorralaban y a menudo recibía palizas. Se sentía aislado y hasta sus amigos lo rehuían. Tyger no era la excepción.

—Culpable por asociación, tío —le había dicho—. Lo siento por ti, pero no quiero vivirlo contigo.

—Es una situación desafortunada —alegó el director a Rowan cuando el chico se presentó en la enfermería para esperar a que se le curasen los nuevos moratones durante el almuerzo—. Quizá debas plantearte cambiar de instituto.

Un día, Rowan cedió a la presión. Se puso de pie sobre una de las mesas del comedor y les contó a todos las mentiras que querían escuchar:

—Aquel segador era mi tío —proclamó—. Yo le dije que cribara a Kohl Whitlock.

Se lo creyeron palabra por palabra, por supuesto. Los críos empezaron a abuchearlo y a tirarle comida, hasta que añadió:

—Quiero que sepáis que mi tío volverá… y que me ha pedido que elija a quién deseo que cribe entonces.

De repente, la comida dejó de volar, las miradas de odio cesaron y las palizas dejaron de producirse como por arte de magia. Lo que ocupó aquel vacío fue…, bueno, un vacío. Nadie quería mirarlo a los ojos, ni siquiera los profesores, y unos cuantos empezaron a ponerle sobresalientes cuando el trabajo que realizaba era, a lo sumo, de notables. Comenzó a sentirse como un fantasma en su propia vida, un ser que existía en un artificial punto ciego del mundo.

En casa las cosas continuaron como siempre. Su padrastro se mantenía al margen de sus asuntos y su madre estaba distraída con tantas otras preocupaciones que no prestaba demasiada atención a sus problemas. Sabían lo que había sucedido en el instituto y lo que seguía sucediendo, pero lo dejaban pasar como solían hacer los padres egoístas, fingiendo que cualquier cosa que no pudieran arreglar en realidad no constituía un problema.

—Quiero cambiar de instituto —le anunció a su madre, aceptando por fin el consejo del director, aunque la respuesta de la mujer fue tan neutral que le dolió:

—Lo que tú consideres más oportuno.

Estaba medio convencido de que, si le contaba que quería abandonar la sociedad civilizada y unirse a un culto tonista, le diría: «Lo que tú consideres más oportuno».

Por tanto, cuando recibió la invitación a la ópera, le había dado igual quién la enviara; fuese lo que fuese, era una salvación…, al menos por una noche.

La chica que conoció en el palco era bastante agradable. Guapa, segura de sí misma… La clase de chica que seguramente tendría novio, aunque no lo mencionara. Luego apareció el segador y el mundo de Rowan volvió a sumergirse en un lugar oscuro. Se trataba del responsable de su desgracia. De haber podido salir impune de ello, lo habría empujado por la barandilla del palco, pero los ataques contra los segadores no se toleraban. El castigo era la

criba de toda la familia del infractor. Aquella consecuencia garantizaba la seguridad de los venerados heraldos de la muerte.

Al final de la ópera, Faraday les dio una tarjeta y unas instrucciones muy claras:

—Os reuniréis conmigo en esta dirección mañana por la tarde a las nueve en punto.

—¿Qué les contamos a nuestros padres? —preguntó Citra, que, al parecer, tenía padres a los que les importaban esas cosas.

—Contadles lo que os plazca. Da igual, siempre que estéis allí mañana por la mañana.

La dirección resultó corresponder al Museo de Arte Mundial, el mejor de la ciudad. No abría hasta las diez, pero, en cuanto el guardia de seguridad vio que un segador subía por las escaleras de la entrada principal, abrió las puertas y les permitió pasar sin que tuvieran que pedir nada.

—Más ventajas del puesto —les explicó Faraday.

Pasearon por las galerías de los antiguos maestros en absoluto silencio, tan sólo interrumpido por el ruido de sus pasos y los ocasionales comentarios del segador: «¿Veis cómo usa el contraste El Greco para representar el anhelo emocional?», «Observad lo fluido que resulta el movimiento en este Rafael, cómo aporta intensidad a la historia visual que cuenta», «¡Ah, Seurat! ¡Un puntillismo profético un siglo antes de la aparición del píxel!».

Rowan fue el primero en plantear las preguntas necesarias:

—¿Qué tiene que ver con nosotros todo esto?

El segador Faraday suspiró, algo irritado, aunque es probable que se esperase la pregunta.

—Os ofrezco unas lecciones que no recibiréis en clase.

—Entonces, ¿nos ha sacado de nuestras vidas por una clase de arte al azar? —preguntó Citra—. ¿No es una forma de perder su valioso tiempo?

El segador se rio, y Rowan deseó haber podido hacerle reír.

—¿Qué habéis aprendido hasta ahora? —siguió el hombre.

Ninguno de los dos tenía una respuesta, así que les hizo otra pregunta:

—¿Cómo creéis que habría sido nuestra conversación de haberos llevado a las galerías de la posmortalidad en vez de a las más antiguas?

Rowan aventuró una respuesta:

—Probablemente estaríamos hablando de que el arte posmortal es más agradable a la vista. Más agradable y… despreocupado.

—¿Y qué tal poco inspirado? —apuntó el segador.

—Es cuestión de opiniones —replicó Citra.

—Puede. Pero ahora que sabéis lo que buscáis en este arte de los moribundos, quiero que intentéis sentirlo. —Dicho lo cual, los condujo a la siguiente galería.

Aunque Rowan estaba seguro de que no sentiría nada, se equivocaba.

En la sala contigua había una exposición enorme con cuadros colgados desde el techo hasta el suelo. No reconocía a los artistas, pero daba igual. El caso es que la obra tenía coherencia, como si la hubiera pintado la misma alma, aunque no la misma mano. Algunos cuadros tenían un tema religioso, otros eran retratos y otros simplemente capturaban la elusiva luz de la vida diaria con una vitalidad que no se encontraba en el arte posmortal. Anhelo y júbilo, angustia y alegría…, todo estaba allí, a veces mezclado en el mismo lienzo. En cierto sentido resultaba inquietante, pero también cautivador.

—¿Podemos quedarnos aquí un poco más? —preguntó Rowan, lo que le arrancó una sonrisa al segador.

—Por supuesto que sí.

El museo había abierto para cuando acabaron. Los demás visitantes procuraban esquivarlos, lo que al chico le recordaba a la forma en que lo trataban en el instituto. Citra todavía parecía no saber por qué los había citado el segador; él empezaba a hacerse una idea.

Después del museo, llevó a los muchachos a cenar; la camarera del restaurante los sentó de inmediato y les llevó la carta, dándoles prioridad sin prestar atención a los clientes que habían llegado antes. Ventajas del puesto. Rowan se percató de que nadie más entró en el local después de sentarse ellos: era probable que el restaurante se vaciara antes de que terminaran de comer.

—Si quiere que le proporcionemos información sobre las personas que conocemos —empezó Citra cuando llegó su comida—, no estoy interesada.

—Soy capaz de conseguir mi propia información —le respondió Faraday —. No necesito a dos críos para eso.

—Pero nos necesita para otra cosa, ¿no? —dijo Rowan.

El hombre no contestó, sino que se puso a hablar sobre la población y la tarea de los segadores en todo el mundo, si no para equilibrarla, sí para reducirla a una proporción razonable.

—Teniendo en cuenta la tasa de crecimiento demográfico y la capacidad del Nimbo para mantener a la humanidad, es imprescindible que cribemos a cierto número de personas al año —les explicó—. Para que eso suceda,

vamos a necesitar más segadores. —Sacó un anillo idéntico al que él lucía de uno de los muchos bolsillos ocultos de su túnica. Captaba la luz de la sala, la reflejaba y la refractaba, pero nunca le permitía penetrar en su oscuro corazón —. Los segadores se reúnen tres veces al año en una gran asamblea llamada cónclave. En ella tratamos los asuntos relacionados con la criba y si es necesario o no contar con más segadores en nuestra zona.

Citra pareció encogerse en la silla. Por fin lo había entendido. Aunque Rowan lo sospechaba, ver el anillo también lo intimidó un poco.

—Las gemas de los anillos las fabricaron los segadores originales en aquellos primeros días de la posmortalidad —declaró Faraday—, cuando la sociedad consideró que la muerte antinatural debía ocupar el puesto de la muerte natural. Se crearon muchas más gemas de las que necesitábamos en aquel momento, puesto que los fundadores de la Guadaña fueron lo bastante sabios como para prever esa necesidad. Cuando se requiere un nuevo segador, se engasta una gema en un anillo de oro y se le concede al candidato elegido. —Empezó a darle vueltas al anillo entre los dedos, sopesándolo; lanzaba destellos de luz refractada que bailaban por el comedor. Después, los miró a los ojos: primero a Citra, después a Rowan—. Acabo de regresar del Cónclave de Invierno y me han dado este anillo para que tome un novicio.

Citra retrocedió.

—Que lo haga Rowan. A mí no me interesa.

El chico se volvió hacia ella, deseando haber hablado primero.

—¿Qué te hace pensar que a mí sí?

—¡Os he elegido a los dos! —exclamó Faraday—. Ambos aprenderéis el oficio. Sin embargo, al final sólo uno recibirá el anillo. El otro podrá regresar a casa, a su antigua vida.

—¿Por qué íbamos a competir por algo que ninguno de los dos quiere? —preguntó la chica.

—Ahí radica la paradoja de la profesión —respondió el segador—: los que desean el trabajo no deberían tenerlo… y los que más se negarían a matar son los que sí.

Guardó el anillo. Rowan dejó escapar el aliento; ni siquiera se había dado cuenta de que lo estuviese conteniendo.

—Ambos hacéis gala de una integridad intachable —les dijo Faraday— y creo que esa moral vuestra os impulsará a aceptar mi noviciado…, no porque os obligue a ello, sino por elección propia.

Entonces se fue sin pagar la cuenta, porque nadie le cobraba ni le cobraría nunca a un segador.

¡Qué desfachatez! Creer que podría impresionarlos con sus aires de cultura y después atraparlos en su enfermizo plan. De ningún modo y bajo ninguna circunstancia tiraría Citra su vida por la ventana convirtiéndose en alguien que acababa con las de los demás.

Cuando sus padres llegaron a casa esa noche, les contó lo que había sucedido. Su padre la abrazó y ella lloró en sus brazos por haber recibido una proposición tan horrible. Después, su madre dijo algo que Citra no se esperaba:

—¿Lo vas a hacer?

El hecho de que le planteara aquella pregunta le sorprendió más que ver el anillo que le habían enseñado por la mañana.

—¿Qué?

—Sé que es una elección difícil —intervino su padre—, y te apoyaremos decidas lo que decidas.

Ella los miró como si jamás los hubiese visto de verdad antes. ¿Cómo era posible que sus propios padres la conocieran tan poco como para pensar que querría convertirse en la novicia de un segador? Ni siquiera sabía qué contestar.

—¿Vosotros… queréis que lo haga? —farfulló, aterrada por la respuesta.

—Queremos lo que tú quieras, cielo —contestó su madre—. Pero ponlo en perspectiva: un segador puede tener todo lo que desee. Todas tus necesidades y deseos se verán satisfechos y nunca temerás a la criba.

Entonces, a Citra se le ocurrió algo:

—Vosotros tampoco tendríais que preocuparos nunca por la criba… La familia de un segador es inmune mientras el segador esté vivo.

Su padre negó con la cabeza.

—No es por nuestra inmunidad.

La joven comprendió que no mentía.

—No es por la vuestra…, sino por la de Ben.

No tenían respuesta para aquello. El recuerdo de la inesperada intromisión del segador Faraday en su hogar todavía era un oscuro espectro que los perseguía. En aquel momento, no sabían por qué estaba allí; bien pudiera haber sido para cribar a Citra o a Ben. Sin embargo, si Citra se convertía en segadora, jamás tendrían que temer a otro visitante inesperado.

—¿Queréis que me pase la vida matando gente?

Su madre apartó la vista.

—Por favor, Citra, eso no es matar, es cribar. Es importante. Es necesario. Sí, a nadie le gusta, pero todo el mundo coincide en que debe suceder y en que alguien tiene que hacerlo. ¿Por qué no tú?

La chica se acostó temprano, antes de cenar, porque su apetito había sido la primera víctima del día. Sus padres se acercaron varias veces a su puerta, pero les pidió que se marcharan.

Nunca había estado segura de qué rumbo tomaría su vida. Suponía que iría a la universidad, se graduaría en alguna especialidad agradable, conseguiría un trabajo cómodo, conocería a un chico cómodo y tendría una vida cómoda, agradable y ordinaria. Tampoco era que anhelara semejante existencia, pero era lo esperado. No sólo de ella, sino de todo el mundo. Como lo cierto era que no había nada a lo que aspirar, la vida se basaba en el mantenimiento. El mantenimiento eterno.

¿Podría encontrar un propósito más importante si se dedicaba a cribar la vida humana? La respuesta seguía siendo un contundente no.

No obstante, si tal era el caso, ¿por qué le costaba tanto dormirse?

Para Rowan, la decisión no fue tan difícil. Sí, odiaba la idea de ser un segador (le revolvía el estómago), pero lo que más se lo revolvía era pensar que lo fuera cualquier otra persona de las que conocía. No se sentía moralmente superior a nadie, aunque sí que tenía una empatía más desarrollada. Se preocupaba por los demás, a veces incluso más que por sí mismo. Era lo que le había llevado hasta la criba de Kohl. Era lo que le había llevado hasta el lecho de Tyger cuando se despachurraba.

Y Rowan ya sabía lo que suponía ser un segador, que te aislaran y te apartaran del resto, porque lo estaba viviendo en esos momentos. Pero ¿sería capaz de soportarlo para siempre? Quizá no le quedara más remedio. Los segadores se reunían, ¿no? Organizaban cónclaves tres veces al año, así que debían de tener amigos. Era el club más elitista del mundo. No, no quería formar parte de él, pero lo habían convocado. Sería una carga, aunque también el honor definitivo.

No se lo contó a su familia aquel día porque no quería que influyeran en su decisión. ¿Inmunidad para todos ellos? Por supuesto que estarían de acuerdo. Por mucho que lo quisieran, no era más que uno entre un gran número de seres queridos. Si su sacrificio salvaba al resto, haría un gran servicio al bien familiar común.

Al final, fue el arte lo que le hizo decidirse. Esa noche, los lienzos le persiguieron en sueños. ¿Cómo habría sido la vida en la Era de la Mortalidad? Llena de pasiones tanto buenas como malas. El miedo que dio paso a la fe. La desesperación que dio sentido al júbilo. Incluso afirmaban que, en aquellos tiempos, los inviernos eran más fríos y los veranos, más cálidos.

Vivir entre la perspectiva de un cielo eterno y desconocido y una Tierra oscura y envolvente debía de ser glorioso, porque ¿cómo si no podría haber originado una expresión tan magnífica? Ya nadie creaba nada valioso… Si al cribar lograba recuperar una pizca de lo que antes eran las cosas, quizá mereciera la pena.

¿Sería capaz de matar a otro ser humano? Y no sólo a uno, sino a muchos, día tras día, año tras año, hasta que él mismo alcanzara la eternidad. El segador Faraday así lo creía.

A la mañana siguiente, antes de irse al instituto, le contó a su madre que un segador lo había invitado a ser su novicio y que abandonaría los estudios para aceptar el puesto.

—Lo que tú consideres más oportuno —contestó ella.

4

Asesino en prácticas

«Olvidad lo que creáis saber sobre los segadores. Dejad atrás cualquier idea preconcebida. Vuestra educación comienza hoy».

Citra no podía creerse que de verdad fuera a hacerlo. ¿Qué resquicio secreto autodestructivo de su persona le había impuesto su voluntad? ¿Qué la había poseído para aceptar el noviciado? Ahora no había vuelta atrás. El día anterior (el tercero del año nuevo), el segador Faraday acudió a su piso para concederles a sus padres y a su hermano la inmunidad durante un año. Añadió varios meses a la de su madre para que expiraran todas a la par. Claro que, si Citra era elegida como segadora de pleno derecho, la inmunidad de los tres sería permanente.

Sus padres tenían lágrimas en los ojos cuando se marchó. Ella se preguntaba si se trataría de lágrimas de tristeza, alegría o alivio; puede que una combinación de las tres.

«Sabemos que harás cosas maravillosas en este mundo», le dijo su padre, y ella se preguntó qué tenía de maravilloso decidir la muerte de los demás.

«No seáis arrogantes, no creáis que tenéis licencia para cribar. La licencia es mía y sólo mía. Como mucho, tenéis, por así decirlo, un permiso en prácticas. Sin embargo, exigiré que al menos uno de los dos esté presente en mis cribas y, si os pido que me ayudéis, lo tendréis que hacer».

Citra dejó el instituto sin más y se despidió de sus amigos con incómodas conversaciones individuales.

«No es que me marche para siempre, sólo que no estaré en clase». Pero ¿a quién pretendía engañar? Aceptar aquel noviciado la colocaba al otro lado de un muro impenetrable. Era tan desmoralizador como alentador saber que la vida seguiría sin ella, y se le ocurrió que ser una segadora era como convertirse en una muerta viviente: en el mundo, pero apartada. Testigo de las idas y venidas de los demás.

«Estamos por encima de la ley; eso no significa que la desafiemos. Nuestra posición nos exige un nivel de moralidad más allá del que dictan las normas. Debemos esforzarnos por ser incorruptibles y evaluar nuestros motivos todos los días».

Aunque no llevara anillo, Citra recibió un brazalete que la identificaba como novicia de un segador. Rowan tenía otro; se trataba de unas bandas verde chillón con el doble símbolo de la hermandad: la hoja curva de la guadaña de un campesino sobre un ojo abierto. Aquel símbolo se convertiría en un tatuaje en el brazo del novicio elegido, a pesar de que nadie lo vería, puesto que los segadores jamás aparecían en público sin su túnica.

Citra tuvo que repetirse que existía una salida. Podía fracasar. Podía ser una pésima novicia. Podía sabotearse de tal modo que el honorable segador Faraday no tuviera más remedio que elegir a Rowan, y ella regresaría con su familia al final del año. El problema era que se le daba fatal hacer las cosas a medias: le costaría mucho más fracasar que ganar.

«No toleraré acercamientos románticos entre vosotros, así que quitaos ahora mismo la idea de la cabeza».

Citra miró a Rowan tras las palabras del segador y él se encogió de hombros.

—No hay problema —soltó el chico, y eso le irritó. Al menos, podría haber fingido un leve disgusto.

—Sí —corroboró ella—, no iba a ocurrir, ni con la regla ni sin ella.

Él se limitó a sonreír, lo que la enfadó todavía más.

«Estudiaréis Historia, a los grandes filósofos, Ciencia… Entenderéis la naturaleza de la vida y lo que significa ser humanos antes de recibir el encargo permanente de arrebatarla. También os convertiréis en expertos en el arte de matar en todas sus formas».

Como a Citra, a Rowan le inquietaba haber aceptado aquello, pero no pensaba demostrarlo, y menos delante ella. Pese a su actitud indiferente, lo cierto era que sí se sentía atraído por la chica. Pero, incluso antes de que el segador se lo prohibiera, sabía que no podía acabar bien. Al fin y al cabo, eran adversarios.

Como Citra, Rowan había permanecido junto al segador Faraday mientras este ofrecía su anillo a todos los miembros de su familia y, con él, la inmunidad. Sus hermanos, sus hermanas, sus hermanastros, su abuela y su marido, que era tan perfecto que el chico sospechaba que se trataba de un bot. Todos se arrodillaron respetuosamente al llegar su turno y besaron el anillo, lo que transmitió su ADN a la base de datos mundial de inmunidad, que se alojaba en una nube especial, propiedad de la Guadaña e independiente del Nimbo.

Las reglas dictaban que todos los miembros de la casa de un novicio recibieran inmunidad durante un año, y había diecinueve personas en la

concurrida casa de Rowan. Su madre tenía sentimientos encontrados porque ahora nadie podría abandonarla, al menos durante un año, para asegurarse de que la inmunidad fuera permanente cuando Rowan recibiera su anillo de segador…, si es que lo recibía.

El único fallo se había producido cuando el anillo vibró, emitió una pequeña alarma y se negó a concederle la inmunidad al nuevo marido de su abuela, puesto que, al final, resultó ser un bot.

«Viviréis como yo: modestamente, subsistiendo gracias a la buena voluntad de los demás. No tomaréis más de lo que necesitéis y no malgastaréis nada. La gente intentará comprar vuestra amistad. Os colmarán de regalos. No aceptéis nada, salvo lo justo para cubrir vuestras necesidades humanas».

Faraday los llevó a su casa para que diesen comienzo sus nuevas vidas. Era un pequeño búngalo en una parte destartalada de la ciudad que Rowan ni siquiera sabía que existía. «Gente jugando a ser pobre», les había contado el segador, porque ya no existía la verdadera pobreza. La austeridad era una elección; siempre había quien rehuía la abundancia del mundo posmortal.

La vivienda de Faraday era espartana: escasa decoración y muebles mediocres. El cuarto de Rowan tenía el espacio justo para una cama y una pequeña cómoda. El de Citra por lo menos tenía una ventana, aunque diera a una pared de ladrillo.

«No toleraré pasatiempos infantiles ni insulsas comunicaciones con los amigos. Comprometerse con esta vida significa dejar atrás la antigua en todo lo posible. Cuando dentro de un año elija a uno de los dos, el otro podrá regresar a su antigua existencia sin mayor problema. Sin embargo, por ahora, consideradla parte de vuestro pasado».

Una vez instalados, no les dio tiempo a meditar sobre sus circunstancias. En cuanto Rowan terminó de deshacer las maletas, el segador anunció que se iban al mercado.

—¿A cribar? —preguntó el chico, al que la idea le provocaba náuseas.

—No, a comprar comida para vosotros —respondió Faraday—. A no ser que prefiráis comeros mis sobras.

Citra le dedicó una sonrisa burlona a su compañero, como si ella no hubiera estado temiendo lo mismo.

—Me caías mucho mejor antes de conocerte —le soltó Rowan.

—Todavía no me conoces —apuntó ella, lo que era cierto. Después suspiró y, por primera vez desde la noche en la ópera, le ofreció algo más que su desdén—: Nos vemos obligados a vivir juntos y a competir por algo que

ninguno de los dos desea. Sé que no es por tu culpa, pero eso no nos deja en una situación demasiado cordial.

—Lo sé —reconoció el chico. A fin de cuentas, la tensión entre ambos no era sólo cosa de ella—. Pero eso no significa que no podamos cubrirnos las espaldas.

Citra no respondió; él tampoco esperaba que lo hiciera. No era más que una semilla que deseaba plantar. A lo largo de los dos meses anteriores había aprendido que ya nadie le cubría las espaldas. Quizá nadie lo hubiera hecho nunca. Sus amigos lo rehuían. No era más que una nota a pie de página en su propia familia. La única persona que ahora compartía su angustia era Citra. Si no lograban encontrar el modo de confiar el uno en el otro, ¿qué más tenían aparte de un permiso de asesinos en prácticas?

5

«Pero si sólo tengo noventa y seis años…».

Aunque ir al mercado debería haber sido un acontecimiento corriente y moliente, Citra descubrió que comprar comida con un segador acarreaba su propia dosis de locura.

En cuanto se abrieron las puertas del mercado y los tres pasaron por ellas, el miedo que los rodeaba bastó para ponerle de punta el vello de los brazos. No se oyó nada tan obvio como jadeos ahogados y gritos, puesto que la gente estaba acostumbrada a que los segadores se cruzaran en sus vidas diarias. Reinaba el silencio, aunque era un silencio generalizado, como si acabaran de entrar por accidente en un escenario teatral y hubieran arruinado la representación.

Citra fue consciente de que, en general, había tres clases de personas:

1) Las ciegas: las que seguían adelante fingiendo que el segador no estaba allí. No se limitaban a no hacerle caso, sino que era algo activo, negaban su presencia adrede. A Citra le recordaban a los niños cuando juegan al escondite tapándose los ojos para ocultarse, creyendo que, si no los ves, ellos a ti tampoco.

2) Las escapistas: las personas que huían intentando que no se notara. De improviso recordaban que habían olvidado comprar huevos o se ponían a perseguir a un crío que en realidad no existía. Un comprador abandonó su carro mientras mascullaba que debía de haberse dejado la cartera en casa, a pesar del obvio bulto en su bolsillo de atrás. Se alejó a toda prisa y no volvió.

3) Las pelotas: las que se desvivían por interactuar con el segador y le ofrecían algo con la secreta (o no tan secreta) esperanza de que les concediera la inmunidad o, al menos, de que cribara a la persona de su derecha en vez de a ellas. «Tome, su señoría, llévese mi melón, que es más grande. Insisto». ¿Sabría aquella gente que con ese comportamiento tan servil sólo conseguían que el segador tuviera más ganas de cribarlos? Tampoco era que Citra quisiera impartir la pena de muerte por algo así, pero entre elegir a un viandante inocente y a alguien que estaba siendo adulador hasta la nausea con sus productos, habría elegido al que regalaba los melones.

Una compradora no encajaba en ninguno de los tres perfiles, una mujer que parecía de verdad contenta de verlo.

—Buenos días, segador Faraday —lo saludó cuando pasaron junto a ella cerca del mostrador de la charcutería; después miró a Citra y a Rowan, curiosa—. ¿Son tus sobrinos?

—Ni de broma —respondió él con una pizca de desdén en la voz por unos parientes a los que Citra no tenía interés en conocer—. He tomado novicios.

Ella abrió un poco los ojos.

—¡No me digas! —exclamó de tal modo que no quedaba claro si le parecía buena o mala idea—. ¿Sienten alguna inclinación por el trabajo?

—Ni la más mínima.

Ella asintió.

—Ah, entonces supongo que está bien. Ya sabes lo que dicen: «No blandas tu arma a la ligera».

El segador sonrió.

—Espero que puedan llegar a conocer tu pastel de manzana.

—Bueno, eso está hecho —respondió ella mientras saludaba a los chicos con la cabeza.

Después de que se hubiera marchado, el segador Faraday les explicó que era una vieja amiga.

—Cocina para mí de vez en cuando… y trabaja en la oficina del forense. Con mi labor, nunca viene mal tener allí a un amigo.

—¿Le concede inmunidad? —preguntó Citra.

Rowan temió que el segador se indignara, pero respondió:

—A la Guadaña no le gusta que tengamos favoritos. Sin embargo, he descubierto que puedo concederle inmunidad en años alternos sin llamar la atención.

—¿Y si otro segador decide cribarla durante los años en los que no es inmune?

—Entonces, asistiré a su funeral con todo el dolor de mi corazón.

Mientras compraban, Citra eligió algunos aperitivos que el segador examinó con suspicacia.

—¿De verdad los consideras necesarios?

—¿Acaso hay algo que sea realmente necesario? —replicó ella.

A Rowan le hacía gracia cómo se enfrentaba al segador…, aunque le funcionaba: dejó que se quedara con la bolsa de patatas fritas.

El chico intentó ser más práctico y seleccionar alimentos básicos como huevos, harina y distintas proteínas con sus respectivos acompañamientos.

—No cojas tiras de polloide —le dijo Citra mientras sopesaba sus elecciones—. Hazme caso, mi madre es ingeniera de síntesis alimentaria. Esas cosas no son de pollo de verdad; los crían en una placa de Petri.

Rowan sostuvo en alto otra bolsa de proteínas congeladas.

—¿Y esto?

—¿Filete de mar? Claro, si te gusta el plancton prensado que parece carne.

—Bueno, pues elige tú lo que vas a comer en vez de dedicarte a coger dulces y aperitivos.

—¿Siempre eres así de aburrido?

—¿No nos ha dicho que tenemos que vivir como él? No creo que el helado con sabor a masa de galletas forme parte de su estilo de vida.

Ella lo miró con desprecio; aun así, cambió el helado por otro de vainilla.

Mientras continuaban la compra, fue Citra la primera en darse cuenta de que dos adolescentes de aspecto sospechoso parecían seguirlos por la tienda a cierta distancia, fingiendo que estaban comprando. Probablemente fueran indeseables, gente que disfrutaba con actividades que bordeaban la ilegalidad. En ocasiones, los indeseables llegaban a incumplir la ley con delitos menores, aunque la mayoría perdía interés con el tiempo, ya que el Nimbo siempre los pillaba y los agentes del orden les reprendían. A los delincuentes más problemáticos se les introducían nanobots eléctricos en la sangre lo bastante fuertes como para disuadirlos de seguir mofándose de la ley. Y, si eso no funcionaba, les colocaban su propio agente del orden las veinticuatro horas del día. Citra tenía un tío en esa situación. Decía que su agente era su ángel de la guarda y acabaron casándose.

Le dio un tirón de la manga a Rowan para enseñarle a los indeseables, pero no advirtió al segador Faraday.

—¿Por qué crees que nos siguen?

—A lo mejor creen que va a haber una criba y quieren presenciarla —sugirió Rowan. Parecía una teoría plausible.

Al final resultó que tenían otras intenciones.

Cuando esperaban en la cola para pagar, uno agarró la mano del segador y le besó el anillo antes de que este pudiera detenerlo. El anillo empezó a despedir una luz roja para indicar su inmunidad.

—¡Ja! —exclamó el indeseable, muy satisfecho por su triunfo estratégico—. ¡Tengo inmunidad durante un año… y no puede deshacerlo! ¡Conozco las reglas!

Faraday ni se inmutó.

—Sí, bien por ti —sentenció—. Tienes trescientos sesenta y cinco días de inmunidad. —Y, mirándolo a los ojos, añadió—: Iré a verte cuando llegue el día número trescientos sesenta y seis.

De pronto, la expresión engreída del adolescente desapareció, como si le hubieran fallado todos los músculos que le sostenían la cara. Tartamudeó un poco y su amigo se lo llevó a rastras. Salieron corriendo de la tienda lo más deprisa posible.

—Bien jugado —dijo un hombre de la cola, que después se ofreció a pagar por la comida del segador… Lo que no tenía sentido, ya que los segadores se llevaban la comida gratis.

—¿De verdad lo buscará dentro de un año? —preguntó Rowan.

Faraday cogió un paquete de pastillas de menta del estante.

—No voy a perder mi tiempo con él. Además, ya le he infligido su castigo: se pasará todo el año preocupado por su criba. Una lección para ambos: para que la amenaza de un segador resulte efectiva, no siempre hay que llevarla a término.

Unos minutos más tarde, cuando estaban cargando la compra en un publicoche, el hombre miró hacia el otro lado del aparcamiento.

—Ahí —indicó—, ¿veis a esa mujer? ¿A la que acaba de caérsele el monedero?

—Sí —respondió Rowan.

Faraday sacó su móvil, la apuntó con la cámara y, en un instante, la información sobre ella empezó a aparecer en la pantalla. Noventa y seis años naturales de vida, aunque físicamente tuviera treinta y cuatro. Madre de nueve hijos. Técnica de gestión de datos en una pequeña empresa de transporte.

—Se irá a trabajar cuando termine de guardar sus compras —les explicó—. Esta tarde iremos a su trabajo a cribarla.

Citra dejó escapar un aliento audible. No llegaba a ser un jadeo, pero casi. Rowan se concentró para que su respiración no traicionara sus emociones, como le había pasado a su compañera.

—¿Por qué? —preguntó—. ¿Por qué ella?

El segador le lanzó una mirada fría.

—¿Y por qué no?

—Tenía una razón para cribar a Kohl Whitlock…

—¿A quién? —musitó Citra.

—Un chico de mi instituto. Así conocí a nuestro honorable segador, aquí presente.

Faraday suspiró.

—Las muertes en los aparcamientos constituían el 1,25 % del total de muertes por accidente durante los últimos días de la Era de la Mortalidad —musitó—. Anoche decidí que elegiría al sujeto de hoy en un aparcamiento.

—Así que, durante todo el tiempo que hemos estado de compras, ¿sabía que acabaría así? —inquirió Rowan.

—Me siento mal por usted —comentó Citra—. Incluso cuando va a comprar comida, la muerte se oculta detrás de la leche.

—Nunca se oculta —replicó el segador con una fatiga vital que costaba describir—. Ni duerme. No tardaréis en aprenderlo.

Sin embargo, no era algo que ninguno de los dos tuviese prisa por aprender.

Por la tarde, justo como les había informado el segador, fueron a la empresa de transporte en la que trabajaba la mujer y observaron… como Rowan había observado durante la criba de Kohl. Aunque esta vez hicieron algo más que observar.

—He elegido para usted una píldora letal —le explicó Faraday a la mujer, que temblaba y se había quedado sin habla. Después se metió la mano en un bolsillo de la túnica y sacó una pastillita dentro de un diminuto frasco de cristal—. No se activará hasta que la muerda, así que puede decidir el momento. No tiene que tragársela, sólo morderla. La muerte será instantánea e indolora.

Ella sacudió la cabeza como si tuviera un muelle.

—¿Puedo…? ¿Puedo llamar a mis hijos?

El segador negó con la cabeza.

—No, lo siento. Pero podemos entregarles el mensaje que usted quiera.

—¿Qué mal haría permitir que se despidiera? —preguntó Citra.

Faraday levantó la mano para silenciarla y le entregó a la mujer un bolígrafo y un papel.

—Escríbales todo lo que tenga que decirles en una carta. Le prometo que se la entregaremos.

Esperaron en la puerta de su despacho. El segador Faraday parecía tener una paciencia infinita.

—¿Y si abre la ventana y decide despachurrarse? —inquirió Rowan.

—En ese caso, su vida acabará según lo programado. Sería una elección más desagradable, pero el resultado final no variaría.

La mujer no saltó, sino que les dejó entrar de nuevo en la habitación, le entregó al segador el sobre con mucha educación y se sentó a su escritorio.

—Estoy preparada.

Entonces, Faraday hizo algo que no se esperaban: se giró hacia Rowan y le entregó el frasco.

—Por favor, coloca la pastilla en la boca de la señora Becker.

—¿Quién, yo?

El segador no respondió, se limitó a sostener el frasco, a la espera de que Rowan lo cogiera. El chico sabía que, oficialmente, no sería su criba, pero convertirse en un intermediario… La idea le estremecía. Tragó saliva y notó un sabor amargo, como si la píldora estuviera en su propia boca. Se negó a aceptarlo.

Faraday le concedió un momento más y después se volvió hacia Citra.

—Entonces, tú.

Citra negó con la cabeza.

El segador sonrió.

—Muy bien —les dijo—. Era una prueba. No me habría agradado que uno de los dos estuviera ansioso por conducir a alguien a la muerte.

Al oír la palabra *muerte*, la mujer dejó escapar un aliento tembloroso.

Faraday abrió el frasco y sacó con cuidado la pastilla. Era triangular y tenía una cobertura verde oscuro. ¿Quién iba a pensar que la muerte podía llegar en un envoltorio tan pequeño?

—Pero…, pero si sólo tengo noventa y seis años —se lamentó la mujer.

—Lo sabemos —le respondió el segador—. Ahora, por favor, abra la boca. Recuerde que no es para tragarla; tiene que morderla.

Abrió la boca tal como le pedía y él le colocó la pastilla en la lengua. La mujer cerró la boca, aunque no la mordió de inmediato. Los escrutó a los tres, uno a uno: primero a Rowan, después a Citra y, finalmente, clavó la mirada en el segador Faraday. Luego se oyó un ligerísimo crujido y se quedó flácida. Tan simple como eso, pero en absoluto tan sencillo.

Citra tenía los ojos húmedos. Apretó los labios. Por mucho que Rowan intentara controlar sus emociones, tenía la respiración entrecortada y se sentía mareado.

El segador se giró hacia Citra.

—Compruébale el pulso, por favor.

—¿Quién, yo?

Él tuvo paciencia. No volvió a pedírselo. Aquel hombre nunca pedía lo mismo dos veces. Como ella seguía vacilando, al final le dijo:

—Ahora no se trata de una prueba. De verdad que quiero que me confirmes que no tiene pulso.

Citra acercó una mano al cuello de la mujer.

—El otro lado —le indicó el segador.

Ella apretó los dedos contra la arteria carótida, justo debajo de la oreja.

—No hay pulso.

Satisfecho, el hombre se levantó.

—Entonces, ¿ya está? —preguntó Citra.

—¿Qué esperabas? —repuso Rowan—. ¿Un coro de ángeles?

La chica le lanzó una mirada asesina sin mucho entusiasmo.

—Quiero decir que… es tan… tranquilo.

Rowan entendía a qué se refería. Él había experimentado la descarga eléctrica que le arrebató la vida a su compañero. Fue horrible, pero, de algún modo, esto era peor.

—¿Y ahora qué? ¿La dejamos así?

—Es mejor no rezagarse —respondió Faraday mientras daba unos toquecitos a la pantalla de su móvil—. He avisado al forense para que venga a recoger el cadáver de la señora Becker. —Después cogió la carta que había escrito la mujer y se la metió en uno de los muchos bolsillos de su túnica—. Le entregaréis la carta a su familia en el funeral.

—Espere —se sorprendió Citra—, ¿vamos a asistir al funeral?

—Creía que había dicho que lo mejor era no rezagarse —añadió Rowan.

—Una cosa es rezagarse y otra, presentar nuestros respetos. Asisto a los funerales de todas las personas a las que cribo.

—¿Es una regla de los segadores? —inquirió el chico, que nunca había asistido a un funeral.

—No, esa regla es mía. Se llama ética elemental.

Se fueron tras aquello y Rowan y Citra procuraron no mirar a los ojos a los compañeros de la mujer muerta. Ambos eran conscientes de que aquel había sido su primer rito de iniciación. El verdadero momento en que su noviciado había dado comienzo.

6

Una elegía de segadores

Salían según lo previsto. Como siempre. Aunque no se pudieran controlar por completo las condiciones meteorológicas, era sencillo desviar el mal tiempo de los aeropuertos y de las trayectorias de vuelo. La mayoría de las compañías aéreas presumían de un 99,9 % de servicio puntual.

El avión estaba lleno, aunque con el lujoso diseño de los asientos de los viajes aéreos modernos no daba la impresión de estar abarrotado. Volar se había convertido en algo tan cómodo como sentarse en tu propia sala de estar, con el aliciente añadido del entretenimiento en vivo. Cuartetos de cuerda y virtuosos del canto cruzaban los cielos con una cabina llena de pasajeros satisfechos. Se trataba de algo mucho más civilizado que en la Era de la Mortalidad. Ahora resultaba una forma excepcionalmente agradable de viajar a tu destino. Sin embargo, los pasajeros del vuelo 922 de BigSky Air se dirigían a un destino distinto del que tenían planeado.

El hombre de negocios estaba muy cómodo en el asiento 15C, un asiento de pasillo. Siempre pedía el mismo, no por superstición, sino por costumbre. Cuando no lo conseguía, se ponía de mal humor y se molestaba con la persona que lo tuviera. La empresa que dirigía, que desarrollaba la tecnología de hibernación, conseguiría algún día que el viaje más largo transcurriera en cuestión de minutos; por ahora se contentaba con BigSky Air, siempre que le dieran el asiento 15C.

La gente todavía estaba entrando y acomodándose. Examinó a los pasajeros que recorrían el pasillo con un moderado interés, aunque sólo para asegurarse de que no le golpearan el hombro con los bolsos y el equipaje de mano.

—¿Está de viaje de ida o de vuelta a casa? —preguntó la mujer que tenía a su lado, en el 15A. No había 15B; el concepto del asiento B, en el que uno debía sentarse entre otros dos pasajeros, se había eliminado junto con otros detalles desagradables, como las enfermedades y el Gobierno.

—De ida —le contestó—. ¿Y usted?

—De vuelta —respondió ella con un profundo suspiro de alivio.

Cuando quedaban cinco minutos para despegar, un alboroto en la parte delantera le llamó la atención: un segador había entrado en el avión y hablaba con un auxiliar de vuelo. Si un segador quería viajar, podía elegir el sitio que deseara y desplazar a uno de los viajeros, obligándolo a sentarse en otra parte o, incluso, a embarcar en otro vuelo en caso de no haber sitio. Lo más inquietante eran las historias de segadores que habían cribado a los ocupantes de los asientos que elegían.

El hombre de negocios esperaba que aquel segador no pretendiera viajar en el 15C.

La túnica del recién llegado era poco habitual: de color azur y salpicada de relucientes gemas que parecían diamantes. Bastante ostentosa para tratarse de un segador. El hombre de negocios no sabía cómo tomárselo. Aunque el segador aparentaba treinta y muchos años, lo cierto era que eso no significaba nada. Ya nadie aparentaba su edad real, así que podía tener entre treinta y algo y doscientos treinta y algo. Llevaba el pelo oscuro y bien cuidado. Su mirada era penetrante. Intentó no mirarlo a los ojos cuando el recién llegado examinó el pasillo de la cabina.

Entonces, otros tres segadores llegaron detrás del primero. Eran más jóvenes, alrededor de los veinte años. Sus túnicas, cada una de un color alegre, también estaban decoradas con gemas. Había una mujer de pelo oscuro con una túnica verde manzana cubierta de esmeraldas, un hombre de naranja y rubíes, y otro hombre de amarillo y citrinos dorados.

¿Cuál era el nombre colectivo para referirse a un grupo de segadores? Una elegía, ¿no? Qué raro que existiera una palabra para algo tan poco común. Por experiencia, sabía que los segadores eran solitarios, que nunca viajaban juntos. Una azafata saludó a la elegía y, en cuanto pasaron junto a ella, se volvió, salió del avión y corrió por la pista.

«Se escapa», pensó el hombre de negocios, aunque descartó la idea. No podía ser. Seguro que sólo se apresuraba a informar al agente de la puerta sobre los pasajeros adicionales, nada más. No podía haber sufrido un ataque de pánico; los auxiliares de vuelo estaban entrenados para no sucumbir a ellos. Pero entonces la azafata que quedaba cerró la puerta, y su rostro no auguraba nada bueno.

Los pasajeros empezaron a hablar entre ellos. A mascullar. Algunas risas nerviosas.

De improviso, el segador jefe se dirigió a los pasajeros:

—Atención, por favor —solicitó con una sonrisa inquietante—. Lamento comunicarles que este vuelo ha sido seleccionado para su criba.

El hombre de negocios lo oyó, pero su cerebro le dijo que no podía haberlo entendido bien. O quizá se tratara de humor de segadores, si es que tal cosa existía. «Este vuelo ha sido seleccionado para su criba». No era posible. No podían permitirlo, ¿no?

Al cabo de unos segundos, los pasajeros empezaron a asimilar lo que acababa de comunicarles. Fue entonces cuando empezaron los jadeos, los gemidos, los lloriqueos y, finalmente, los sollozos incontrolables. La tristeza no habría sido mayor de haber perdido un motor durante el vuelo, como ocurría con los aviones en los días mortales, cuando la tecnología fallaba de vez en cuando.

El hombre de negocios aprendía deprisa y se le daba muy bien tomar decisiones rápidas en momentos de crisis. Supo lo que tenía que hacer. Quizá los demás estuvieran pensando lo mismo, pero él actuó primero: se levantó y corrió por el pasillo en dirección a la zona trasera del avión. Aunque otros lo siguieron, fue el primero en llegar a la salida. Examinó rápidamente su funcionamiento y tiró de la palanca roja para abrir la puerta que daba al reluciente sol de la mañana.

Un salto a la pista desde aquella altura podría haberle roto un hueso o torcido un tobillo, aunque los nanobots sanadores de su sangre habrían liberado enseguida los opiáceos necesarios para aliviar el dolor. Habría podido escapar a pesar de sus heridas. Sin embargo, antes de poder saltar, oyó que el segador jefe decía:

—Les sugiero que regresen todos a sus asientos si valoran las vidas de sus seres queridos.

El procedimiento estándar consistía en cribar a las familias de aquellos que se resistían o huían de una criba. Las cribas a los familiares ejercían un potente efecto disuasorio. Por otro lado, se trataba de un avión lleno de personas; si saltaba y huía, ¿cómo iban a saber quién era?

—Tenemos el manifiesto del avión —añadió el segador como si le leyera la mente—. Conocemos los nombres de todos los que están a bordo, incluido el de la azafata que ha demostrado una cobardía impropia de su puesto y se ha marchado. Toda su familia pagará el precio, además de ella.

El hombre cayó de rodillas y ocultó el rostro entre las manos. El que tenía detrás lo empujó a un lado y saltó de todos modos. Al pisar el suelo echó a correr, más preocupado por lo que estaba sucediendo en aquel momento que por lo que pudiera suceder mañana. Quizá no tuviera familia de la que preocuparse o quizá prefiriera que lo acompañaran en el viaje al olvido. El

caso es que el hombre de negocios no soportaba la idea de que cribaran a su mujer y a sus hijos por su culpa.

«La criba es necesaria», se recordó. Todos lo sabían, todos habían aceptado aquella necesidad crucial. ¿Quién era él para enfrentarse a ella? Sólo le parecía terrible porque le tocaba encontrarse en el frío punto de mira de la muerte.

El segador jefe alzó un brazo y lo señaló. Llevaba las uñas un poquito más largas de la cuenta.

—Usted —dijo—, el valiente. Venga aquí.

Los demás pasajeros que estaban de pie se apartaron y el hombre de negocios avanzó hacia el segador, aunque ni siquiera se había percatado de que sus piernas se movieran. Era como si el de la túnica azur tirase de él con una cuerda invisible. Así de imponente era su presencia.

—Deberíamos cribarlo el primero —comentó el segador rubio con cara de bruto, el de la túnica naranja chillón, que blandía lo que parecía ser un lanzallamas—. Para dar ejemplo.

Pero el segador jefe negó con la cabeza.

—Lo primero que debemos hacer es guardar esa cosa; no vamos a jugar con fuego en un avión. En segundo lugar, dar ejemplo presupone que quedará vivo alguien para aprender de él. No tiene sentido cuando no hay nadie para quien sentarlo.

El de naranja bajó el arma y la mirada, aceptando el sermón. Los otros dos guardaron silencio.

—Te has levantado muy deprisa del asiento —le dijo el segador jefe al hombre—. Está claro que eres el alfa de este avión y, como tal, te permitiré elegir el orden en que cribaremos a esta buena gente. Puedes ser el último si así lo deseas, pero antes debes seleccionar el orden de los demás.

—Pero…

—Vamos, sin vacilaciones. Bien decidido que estabas a huir del avión. Aplica esa voluntad tan formidable ahora.

Por mucho que no debiera, estaba claro que el segador disfrutaba con aquello, puesto que ese era uno de los preceptos de la Guadaña. Una zona aleatoria de su cerebro pensó: «Debería presentar una queja». Era consciente de lo difícil que sería hacerlo si estaba muerto.

Observó a las personas que lo rodeaban, aterradas… de él en ese instante. Se había convertido en el enemigo.

—Estamos esperando —le apremió la mujer de verde, impaciente por comenzar.

—¿Cómo? —preguntó, e intentó controlar la respiración, ganando tiempo —. ¿Cómo nos van a cribar?

El segador jefe apartó un pliegue de su túnica para dejar al descubierto la colección de armas que ocultaba debajo: cuchillos de distintos largos, pistolas y otros objetos que el pasajero ni siquiera reconocía.

—Nuestro método será el que más nos apetezca. Salvo dispositivos incendiarios, por supuesto. Ahora, por favor, empieza a escoger gente para que podamos empezar.

La segadora apretó con más fuerza el mango del machete y se apartó la oscura melena con la mano libre. ¿Se lo había imaginado o acababa de humedecerse los labios? Lo que se avecinaba no era una criba, sino un baño de sangre, y el hombre de negocios se dio cuenta de que no quería formar parte de ello. Sí, su destino estaba sellado, nada podría cambiarlo, lo que significaba que no tenía por qué participar en el retorcido juego del segador. De repente, logró canalizar su miedo y elevarse hasta un punto desde el que era capaz de mirar a los ojos oscuros de aquel hombre, que eran del mismo tono intenso de azul que su túnica.

—No —sentenció el hombre—. No elegiré y no me achantaréis, no os daré ese gusto. —Y se volvió hacia los demás pasajeros—. Os aconsejo a todos que acabéis con vuestras vidas antes de que estos segadores os pongan las manos encima. Les produce demasiado placer matar. No se merecen ni su rango ni el honor de cribaros.

El segador jefe lo miró con rabia un solo un instante. Luego se giró hacia sus tres compatriotas.

—¡Empezad! —ordenó.

Los demás sacaron sus armas y dieron comienzo a su terrible criba.

—Yo soy vuestra culminación —anunció el jefe en voz alta a los moribundos—. Soy la palabra que pone fin a la plenitud de vuestras vidas. Dad gracias y, después, despedíos.

El segador sacó su propia hoja, pero el hombre de negocios estaba listo. En cuanto apareció el arma, se lanzó contra ella…, un último gesto deliberado que convertía la muerte en algo de su elección, no en obra de otro. Y así le negaba, si no su método, sí su locura.

7

El arte de matar

—Durante el año que paséis conmigo —les informó el segador Faraday a Rowan y a Citra— aprenderéis la forma correcta de blandir distintas armas blancas, os convertiréis en tiradores de más de una docena de tipos de armas de fuego, adquiriréis conocimientos básicos de toxicología y os entrenaré en las artes marciales más mortíferas. No os convertiréis en expertos en ninguna de estas cosas, dado que para eso se requieren años de trabajo, pero contaréis con las habilidades elementales de las que partir.

—Habilidades que le resultarán inútiles a la persona a la que no escoja —comentó Citra.

—Nada de lo que aprendemos es inútil —objetó él.

Aunque la casa del segador era sencilla y sin adornos, contaba con una característica impresionante: el cuarto de las armas. Antes era el garaje de la vieja casa, pero ahora estaba forrado del arsenal completo de Faraday. De una pared colgaban las armas blancas; de otra, las de fuego. Una tercera pared tenía el aspecto de la estantería de una farmacia, mientras que en la cuarta se encontraban objetos más antiguos: arcos de elaborada talla, un carcaj con flechas de punta de obsidiana, ballestas tan potentes que asustaban… e incluso una maza, aunque a ambos les costaba imaginarse a su tutor acabando con alguien con una. La cuarta pared se asemejaba más a un museo, suponían; el hecho de no estar seguros los inquietaba.

El régimen diario era severo. Rowan y Citra entrenaban con armas blancas y varas contra el segador, que demostró poseer una fuerza y una agilidad sorprendentes para la edad que aparentaba. Aprendieron a disparar en un campo de tiro especial para segadores y novicios, donde las armas cuyo uso público estaba prohibido no sólo se permitían, sino que se alentaba su manejo. Aprendieron los movimientos básicos del bokator viuda negra, una versión letal de la milenaria arte marcial camboyana desarrollada específicamente para la Guadaña. Los dejaba exhaustos, aunque nunca habían sido tan fuertes.

No obstante, el entrenamiento físico no era más que la mitad de la instrucción. En el centro del cuarto de las armas había una vieja mesa de

roble, sin duda una reliquia de la Era de la Mortalidad. Allí era donde el segador Faraday se pasaba varias horas al día enseñándoles los entresijos del oficio.

Estudiaban agudeza mental, Historia y la química de los venenos, además de escribir todos los días en sus diarios de novicios. Había más que aprender sobre la muerte de lo que ellos se habían imaginado.

—Historia, Química, Escritura… Esto es como el instituto —le refunfuñó Rowan a Citra, porque no se habría atrevido a quejarse de ello con Faraday.

Y también estaba la criba.

—Cada segador debe satisfacer una cuota de doscientas sesenta cribas al año —les contó—, lo que supone una media de cinco a la semana.

—Así que tiene los fines de semana libres —bromeó Rowan para intentar aligerar un poco la conversación.

Sin embargo, a Faraday no le hizo gracia porque, para él, en la criba no había nada que pudiera tomarse a la ligera.

—Los días que no cribo asisto a funerales e investigo para las próximas cribas. Los segadores…, o debería decir los buenos segadores…, no se toman días libres.

Ellos jamás habían considerado la posibilidad de que no todos los segadores fueran buenos. La idea generalizada era que se ceñían a los códigos éticos y morales más exigentes, que eran sabios en su trabajo y justos en sus decisiones. Incluso los que buscaban la fama parecían merecérsela. La noción de que algunos no fueran tan honorables como Faraday les sentó mal a los nuevos aprendices.

La conmoción pura y dura de la criba nunca abandonó a Citra. Aunque, desde el primer día, Faraday no les había vuelto a pedir que fueran los que tomaran una vida, ser sus cómplices ya era lo bastante difícil. Cada uno de esos finales prematuros venía envuelto en su propia mortaja de temor, como una pesadilla recurrente que jamás perdía su intensidad. La chica creía que acabaría insensibilizándose, que se acostumbraría al trabajo, pero no había sido así.

—Eso significa que elegí bien —le dijo el segador—. Si no lloras hasta quedarte dormida de vez en cuando, es que no cuentas con la compasión necesaria para ser segadora.

Ella dudaba que Rowan llorara hasta quedarse dormido. Era la clase de chico que se guardaba sus emociones para sí, por lo que no lograba

interpretarlo. Era opaco y eso la inquietaba. O quizá fuera tan transparente que veía a través de él hasta llegar al otro lado. No estaba segura.

No tardaron en descubrir que su mentor era muy creativo en sus métodos de criba. Nunca repetía el mismo.

—Pero hay segadores que trabajan siguiendo unos rituales concretos y siempre criban usando el mismo método, ¿no? —le preguntó Citra.

—Sí, pero cada uno debe encontrar su propio camino. Su propio código de conducta. Yo prefiero ver a cada persona cribada como un individuo que se merece un final único. —Y les describió los siete métodos básicos del arte de matar—: Los más habituales son arma blanca, bala y traumatismo. Los tres siguientes son asfixia, veneno e inducción catastrófica, como electrocución o fuego, aunque el fuego me parece una forma horrible de cribar y jamás la usaría. El último método es la fuerza sin armas, y por eso os entrenamos en bokator.

Les explicó que ser segadores significaba estar versados en todos los métodos. Citra se dio cuenta de que estar versados quería decir que tendría que participar en distintos tipos de criba. ¿La obligaría a apretar el gatillo? ¿A lanzar un cuchillo? ¿A blandir una porra? Quería creer que no sería capaz de hacerlo, estaba desesperada por creer que no tenía madera de segadora. Era la primera vez en su vida que aspiraba al fracaso. Rowan tenía sentimientos encontrados respecto a ese tema. Descubrió que los imperativos morales y la elevada ética de Faraday le daban un propósito…, pero sólo en presencia del segador. Cuando se quedaba a solas con sus pensamientos, dudaba de todo. Llevaba grabada a fuego en la mente la cara de la mujer, asustada pero obediente, cuando abrió la boca para que la envenenaran. Su expresión el instante antes de morder la pastilla. «Soy cómplice del crimen más viejo del mundo —se decía en sus momentos de mayor soledad—. Y sólo puede ir a peor».

Aunque los diarios de los segadores eran de dominio público, los novicios todavía contaban con el lujo de la intimidad. Faraday les había entregado sendos volúmenes con tapas de cuero pálido y bastas hojas de pergamino. Al chico le parecían una reliquia de la Edad Media. No le habría sorprendido que también les hubiera regalado una pluma de ave a juego para escribir. Por suerte, les permitió emplear utensilios normales.

—Lo tradicional es que el diario de un segador se fabrique con pergamino de piel de cordero y cuero de cabrito.

—Supongo que por *cabrito* se referirá al animal y no a cualquier imbécil que pillen por ahí —comentó Rowan.

Aquello por fin consiguió arrancarle una risa al segador. A Citra pareció molestarle que hubiera logrado hacer reír a Faraday, como si eso lo pusiera un punto por delante. Rowan sabía que, por mucho que la chica odiara la idea de convertirse en segadora, maniobraría para colocarse en cabeza porque así era ella. Llevaba la competición en la sangre; no podía evitarlo.

A él se le daba mucho mejor elegir sus batallas. Podía competir cuando era necesario, pero rara vez se empeñaba en quedar el primero sin más. Se preguntó si eso le daría alguna ventaja sobre Citra. Y si de verdad deseaba esa ventaja.

El no habría elegido ser segador como forma de vida. Todavía no había elegido nada sobre su vida, así que no tenía ni idea de qué hacer con su futuro eterno. Sin embargo, ahora que recibía las enseñanzas de un segador, le daba la sensación de que quizá tuviera lo que hacía falta para serlo. Si Faraday lo había elegido como moralmente capaz de realizar el trabajo, puede que lo fuera.

En cuanto al diario, el chico lo odiaba. Como pertenecía a una familia en la que a nadie le importaba demasiado lo que pensara, se había acostumbrado a guardarse sus ideas para sí mismo.

—No entiendo por qué le das tantas vueltas —le dijo Citra una noche mientras escribían en las páginas después de cenar—. Eres el único que lo va a leer.

—Entonces, ¿para qué escribirlo? —le espetó él.

Citra suspiró como si hablara con un niño.

—Como preparación para cuando tengas que escribir un diario oficial. El que consiga el anillo tendrá la obligación legal, tal como ordena el sexto mandamiento, de escribirlo todos los días de su vida.

—Y seguro que nadie lo leerá —añadió Rowan.

—Pero la gente podría leerlo. El Archivo de los Segadores es de libre acceso.

—Sí, como el Nimbo. La gente puede leer lo que quiera, pero nadie lo hace. Se dedica a jugar y ver hologramas de gatos.

Citra se encogió de hombros.

—Razón de más para no preocuparse por escribirlo. Si se va a perder entre tropecientos millones de páginas, puedes escribir la lista de la compra y lo que has desayunado. A nadie le va a importar.

A Rowan le importaba. Si iba a dejar algo por escrito, si iba a hacer lo que hacía un segador, o lo hacía bien o no lo hacía. Y, por el momento, mientras

observaba la página que, por desgracia, seguía en blanco, empezaba a decantarse por el «no lo hacía».

Contempló a su compañera mientras escribía completamente absorta en su diario. Desde donde estaba sentado no era capaz de leer sus palabras, aunque sí de ver que tenía una caligrafía impecable. No le extrañaba que hubiera decidido aprender a escribir a mano en el instituto. Caligrafía era una de esas clases que los alumnos elegían para sentirse superiores, como el Latín. Rowan supuso que tendría que aprender a escribir en minúsculas si se convertía en segador, pero en aquel momento debía conformarse con sus torpes y descuidadas mayúsculas.

De haber estado ambos en el mismo instituto, ¿se habrían llevado bien? Era probable que ni siquiera se hubieran conocido. Ella era la clase de chica que participaba, mientras que Rowan era la clase de chico que evitaba a los demás. Sus círculos tenían tantas posibilidades de cruzarse como Júpiter y Marte en el cielo nocturno. Aun así, habían acabado convergiendo. No eran del todo amigos, puesto que no habían tenido la oportunidad de llegar a serlo antes de acabar juntos en el noviciado. Eran compañeros, eran adversarios…, y a Rowan le costaba cada vez más analizar lo que sentía por ella. Lo único que sabía era que le gustaba verla escribir.

El segador Faraday era muy estricto con su política de cortar los lazos familiares.

—No es buena idea mantener el contacto con vuestra familia durante el noviciado.

Para Citra era difícil. Echaba de menos a sus padres y, sobre todo, a su hermano Ben, lo que le sorprendía, ya que en su casa nunca había tenido demasiada paciencia con él.

A Rowan no parecía suponerle un problema el estar separado de la suya.

—De todos modos, prefieren tener su inmunidad que tenerme cerca —le contó a Citra.

—Bua, bua. ¿Se supone que debes darme pena?

—En absoluto. Envidia, en todo caso. A mí me resulta más sencillo dejarlo todo atrás.

Pese a ello, Faraday consintió una excepción a su regla: al cabo de un mes, permitió que Citra asistiera a la boda de su tía.

Mientras que los demás lucían vestidos largos y esmoquin, el segador no dejó que ella se arreglara para la ocasión.

—Para que no te sientas parte de ese mundo.

Y funcionó. Llevar ropa de calle entre tanta pompa y boato la hizo sentirse aún más excluida…, y el brazalete de novicia lo empeoraba todo. Quizá por eso Faraday le había dado permiso para asistir: para dejar claro como el agua la distinción entre lo que Citra había sido y lo que era.

—Entonces, ¿cómo es? —le preguntó su prima Amanda—. La criba y eso. ¿Es muy asqueroso?

—No se nos permite hablar de ello —le respondió la chica; cosa que no era cierta, pero no estaba dispuesta a charlar sobre las cribas como si fueran cotilleos de instituto.

Debería haber alimentado aquella conversación y no cortarla en seco, porque Amanda fue una de las pocas personas que se dirigió a ella. A pesar de las muchas miradas de reojo y de los invitados que hablaban de ella cuando creían que no los oía, casi todo el mundo la evitaba como si fuera la portadora de una enfermedad de la era mortal. Puede que, de haber llevado ya su anillo, hubieran intentado atosigarla a favores con la esperanza de recibir la inmunidad, pero, al parecer, como novicia lo único que les aportaba eran escalofríos.

Su hermano se mostraba distante, e incluso hablar con su madre era incómodo. Le hacía preguntas como: «¿Estás comiendo?» o «¿duermes lo suficiente?».

—Por lo que tengo entendido, hay un chico viviendo contigo —comentó su padre.

—Tiene su propio cuarto y no está interesado por mí en absoluto —contestó ella. Por el motivo que fuera, le avergonzaba un poco reconocerlo.

Citra se pasó sentada toda la ceremonia; después se disculpó para marcharse antes de la celebración y se subió a un publicoche de regreso a la casa del segador, incapaz de seguir soportando aquella situación ni un minuto más.

—Vuelves temprano —dijo Faraday cuando llegó.

Y, aunque fingiera sorpresa, ya tenía preparado su plato para la cena.

8

Cuestión de gustos

—Hoy cribaré solo —les anunció el segador Faraday un día de febrero, el segundo mes de su noviciado—. Mientras estoy fuera, tengo una tarea para cada uno. —Llevó a Citra hasta el cuarto de las armas y le dijo—: Tú, Citra, vas a sacarles brillo a todas mis hojas.

Ella había entrado casi a diario en aquel cuarto para recibir la lección correspondiente, pero estar allí sola, sin más compañía que la de esos instrumentos de muerte, era muy distinto.

El segador se dirigió a la pared de las armas blancas, en la que había de todo, desde espadas hasta navajas automáticas.

—Algunas no tienen más que una capa de polvo; otras están deslustradas. Tú decides qué cuidados necesita cada una.

Citra observó cómo los ojos del hombre pasaban de una hoja a otra, deteniéndose lo justo para, quizá, recabar algún recuerdo.

—¿Las ha usado todas?

—Sólo la mitad, más o menos… E, incluso así, sólo para una criba.

Alzó un brazo y sacó un florete de la cuarta pared, la que tenía las de aspecto más antiguo. Ese en concreto era como los que podrían haber usado los tres mosqueteros.

—Cuando era joven, tenía más talento para la teatralidad. Fui a cribar a un hombre que se consideraba un tirador de esgrima y lo reté a un duelo.

—¿Y ganó?

—No, perdí. Dos veces. La primera vez me ensartó el cuello y la segunda me desgarró la arteria femoral; era muy bueno. Cuando me despertaba en el centro de reanimación, volvía a retarlo. Sus victorias le hicieron ganar algo de tiempo, pero lo había elegido para la criba y no pensaba ceder. Algunos segadores cambian de idea. Sin embargo, eso conduce a hacer concesiones y favorece a los más convincentes. Soy firme en mis decisiones.

Durante el cuarto asalto, le atravesé el corazón con la punta de mi florete. Antes de exhalar su último aliento me dio las gracias por permitirle morir luchando. En todos mis años como segador, ha sido la única vez que me han agradecido mi trabajo.

Suspiró y dejó el florete en su sitio; Citra se dio cuenta de que se trataba de un lugar honorífico.

—Si tiene tantas armas, ¿por qué se llevó nuestro cuchillo el día que fue a cribar a mi vecina? —preguntó sin poder contenerse.

—Para evaluar tu reacción —respondió él, sonriendo.

—Lo tiré.

—Eso sospechaba. Pero estas hojas las vas a abrillantar.

Y allí la dejó.

Cuando se fue, la chica examinó las armas. A pesar de no ser demasiado morbosa, de pronto quería saber qué hojas se habían usado y cómo. Le parecía que un arma noble se merecía que se contara su historia; si no se la contaba a Rowan y a ella, ¿entonces a quién?

Descolgó una cimitarra de la pared. Se trataba de una pesada bestia capaz de decapitar de un único golpe. ¿La habría empleado Faraday para eso? En cierto modo, era su estilo: rápido, indoloro, eficiente. Mientras la usaba para cercenar el aire con torpeza, se preguntó si ella tendría la fuerza suficiente para decapitar a alguien.

«Dios mío, ¿en qué me estoy convirtiendo?».

La dejó sobre la mesa, agarró el trapo y la restregó con el abrillantador; cuando terminó, cogió la siguiente, y la siguiente, mientras procuraba no ver su reflejo en cada una de las relucientes hojas.

La tarea de Rowan no era tan visceral, aunque sí más perturbadora.

—Hoy prepararás el terreno de mi siguiente criba —le explicó el segador antes de entregarle los parámetros que debía cumplir el sujeto del día siguiente—. Toda la información que necesitas está en el Nimbo, si eres lo bastante listo para encontrarla. —Luego se fue para encargarse de su criba.

Rowan estuvo a punto de cometer el error de pasarle la lista de parámetros al Nimbo y pedirle un sujeto…, hasta que recordó que pedirle ayuda les estaba estrictamente prohibido. Tenían pleno acceso a la enorme cantidad de información almacenada en la nube, pero no podían acceder a su mente «consciente» algorítmica. Faraday les había hablado de un segador que lo había intentado. El mismo Nimbo lo denunció al sumo dalle y recibió un «duro castigo».

«¿Cómo se castiga a los segadores?», preguntó.

«Un jurado de segadores lo ejecutó doce veces y lo revivió tras cada una de ellas. Tras la número doce, lo dejaron a prueba durante un año».

Rowan supuso que un jurado de segadores idearía métodos de castigo muy creativos. Sospechaba que morir doce veces a manos de ellos sería mucho peor que despachurrarse.

Empezó a introducir parámetros de búsqueda. Le había pedido que no se limitara a la ciudad, sino a todo Midmérica, que abarcaba unos mil seiscientos kilómetros por el centro del continente. Luego delimitó la búsqueda a las ciudades con poblaciones por debajo de los diez mil habitantes que estuvieran a la orilla de un río. Después, a las casas o pisos que se encontraran en un radio de treinta metros de la orilla. A continuación, buscó gente de más de veinte años que viviera en dichas residencias.

Eso le dio un resultado de cuarenta mil personas.

Lo había conseguido en cinco minutos. Los siguientes requisitos no iban a ser tan sencillos de determinar.

«El sujeto debe ser un buen nadador».

Sacó una lista de los institutos y universidades de todas las ciudades con río y la cruzó con la gente que había pertenecido a un equipo de natación durante los últimos veinte años o que se hubiera apuntado a un triatlón. Unas ochocientas personas.

«Al sujeto tienen que gustarle los perros».

Mediante el código de acceso de Faraday, encontró las listas de suscriptores a todas las publicaciones y todos los blogs sobre perros. Entró en las bases de datos de las tiendas de mascotas para conseguir la lista de personas que hubieran comprado de manera habitual comida para perros en los últimos años. Eso redujo el número a ciento doce nombres.

«El sujeto debe haber realizado algún acto heroico de forma no profesional».

Procedió al meticuloso trabajo de buscar palabras como *héroe*, *valor y rescate* con cada uno de los ciento doce nombres. Creía que tendría suerte si encontraba aunque fuera uno. Para su sorpresa, comprobó que cuatro de ellos habían hecho algo heroico en algún momento de sus vidas.

Pinchó en cada nombre y examinó las cuatro fotos. Se arrepintió al instante; en cuanto aquellos nombres tuvieron rostro, se convirtieron en personas y dejaron de ser parámetros.

Un hombre de cara redonda y sonrisa encantadora.

Una mujer que podría haber sido la madre de cualquiera.

Un tipo con el pelo revuelto.

Un hombre que parecía llevar tres días sin afeitarse.

Cuatro personas. Y Rowan estaba a punto de decidir cuál de ellas moriría al día siguiente.

De repente se dio cuenta de que se inclinaba por el hombre mal afeitado, lo que demostraba un prejuicio. No se podía discriminar a nadie por no haberse afeitado para una foto. ¿Y estaba descartando a la mujer sólo porque era una mujer?

Vale, pues el tío de la sonrisa. ¿Acaso estaba yéndose al extremo contrario eligiendo al que parecía más agradable?

Decidió averiguar más sobre ellos y usó el código de acceso del segador para obtener más información personal de la que tenía permiso para consultar él solo. En fin, se trataba de una vida: ¿no debía utilizar todos los medios a su alcance para que su decisión fuera justa?

Una persona había entrado en un edificio en llamas cuando era joven para salvar a un miembro de su familia, pero es que otra tenía tres niños pequeños. Otra era voluntaria en un refugio para animales, y al hermano de otra lo habían cribado hacía sólo dos años…

Creía que cada uno de aquellos detalles le ayudaría, pero cuanto más sabía sobre ellos, más difícil le resultaba tomar una decisión. Siguió hurgando en sus vidas, más desesperado, hasta que se abrió la puerta principal y entró Faraday. Ya había oscurecido. ¿Cuándo había caído la noche?

El segador parecía cansado y llevaba la túnica salpicada de sangre.

—La criba de hoy ha sido… más problemática de lo esperado —dijo.

—¡Todas las armas están abrillantadas a la perfección! —exclamó Citra, que salía en ese momento del cuarto de las armas.

Faraday asintió para aprobarlo. Después se giró hacia Rowan, que seguía sentado al ordenador.

—¿Y a quién cribamos mañana?

—Pues…, bueno…, lo he reducido a cuatro posibilidades.

—¿Y?

—Las cuatro encajan en el perfil.

—¿Y? —repitió.

—Bueno, este acaba de casarse, y este acaba de comprarse una casa…

—Elige a uno.

—… y este recibió un premio humanitario el año pasado…

—¡¡Elige a uno!! —le chilló el segador con una ferocidad que hasta entonces no conocían.

Incluso las paredes parecieron retroceder ante su voz. Rowan creyó que le iba a regañar, como cuando le pidió que le entregara a la mujer la pastilla de

cianuro, pero no, esta vez era distinto. Miró a Citra, que seguía en la puerta del cuarto de las armas, paralizada como un testigo de un accidente. Aquella terrible decisión debía tomarla él solo.

Miró la pantalla, hizo una mueca y señaló al hombre con el pelo revuelto.

—Este —dijo—. Críbelo a él. —Cerró los ojos; había condenado a un hombre a muerte porque un día no había conseguido peinarse bien.

Entonces sintió que Faraday le ponía una firme mano en el hombro. Aunque creía que se avecinaba el sermón, el segador comentó:

—Buen trabajo.

Rowan abrió los ojos.

—Gracias, señor.

—Si esto no fuera lo más difícil que has hecho en la vida, me preocuparía.

—¿En algún momento cuesta menos?

—Espero que no, desde luego.

La tarde siguiente, Bradford Ziller regresó del trabajo y se encontró con un segador sentado en su sala de estar. El visitante se levantó al verlo entrar. El instinto de Bradford le decía que huyera por donde había venido, pero, antes de poder hacerlo, un adolescente con un brazalete verde, que había permanecido de pie a un lado, cerró la puerta.

Aguardó con un temor creciente a que el segador hablara, aunque este se limitó a hacerle un gesto al chico, que se aclaró la garganta y anunció:

—Señor Ziller, se le ha elegido para la criba.

—Cuéntale el resto, Rowan —le pidió el segador con paciencia.

—Quiero decir que… yo lo he elegido para la criba.

Bradford los miró a los dos, de repente muy aliviado, porque estaba claro que se trataba de una especie de broma.

—Vale, ¿quiénes sois? ¿De quién ha sido la idea?

Entonces, el segador levantó la mano y le enseñó su anillo, y el ánimo de Bradford volvió a desplomarse como la segunda bajada por una montaña rusa. Aquello no era una farsa; era real.

—El chico es uno de mis novicios —explicó el segador.

—Lo siento —se disculpó el muchacho—. No es nada personal, es que encajaba en un perfil concreto. En la Era de la Mortalidad, mucha gente moría al rescatar a alguien. De esa gente, mucha saltaba a un río crecido para salvar a sus mascotas. La mayoría eran buenos nadadores, pero eso da igual en una inundación.

«¡Los perros! —pensó Bradford—. ¡Eso es, los perros!».

—¡No pueden hacerme daño! Si lo hacen, mis perros les harán pedazos.

Aunque ¿dónde estaban?

En ese instante, una chica salió de su dormitorio; llevaba el mismo brazalete que el muchacho.

—Los he sedado a los tres —explicó ella—. No les pasará nada, aunque tampoco van a molestarnos.

Tenía sangre en el brazo. No de los perros, sino suya. Bien por ellos.

—No es nada personal —insistió el chico—. Lo siento.

—Basta con disculparse una vez —le dijo el segador al adolescente—. Sobre todo si es una disculpa sincera.

Bradford soltó una carcajada, a pesar de saber que aquello era real. Por algún motivo, le hacía gracia. Como se le doblaban las rodillas, se sentó en el sofá, y la risa se convirtió en desgracia. ¿Cómo podía ser justo lo que le estaba sucediendo? ¿Cómo?

Entonces el chico se arrodilló ante él y, cuando Bradford alzó la vista, se quedó atrapado en su mirada; parecían los ojos de un alma mucho más antigua.

—Escúcheme, señor Ziller. Sé que rescató a su hermana de un incendio cuando tenía mi edad. Sé lo mucho que ha luchado por salvar su matrimonio. Y sé que cree que su hija no lo quiere, pero no es cierto.

El hombre lo observó, incrédulo.

—¿Cómo sabes todo eso?

El chico apretó los labios.

—Nuestro trabajo consiste en saberlo. Su criba no cambiará nada de eso. Ha disfrutado de una buena vida, y el segador Faraday está aquí para ponerle el punto final.

Bradford empezó a suplicar que le permitieran hacer una llamada, que le concedieran un último día; no lo consiguió. Aunque le dijeron que podía escribir una nota, no logró encontrar las palabras.

—Sé lo que se siente —continuó el chico.

—¿Cómo lo hará? —inquirió el hombre al fin.

—Me he decidido por un ahogamiento tradicional —intervino el segador —. Le llevaremos al río. Lo sumergiré hasta que la vida lo abandone.

Bradford cerró con fuerza los ojos.

—He oído que morir ahogado no es agradable.

—¿Puedo darle lo que le he dado a los perros? —preguntó la chica—. ¿Dejarlo noqueado para que ya esté inconsciente cuando lo meta en el río?

El segador se lo pensó y asintió.

—Si quiere, podemos ahorrarle el sufrimiento.

Sin embargo, Bradford negó con la cabeza; se había dado cuenta de que deseaba sentir cada segundo que le quedara.

—No, quiero estar despierto.

Si ahogarse iba a ser su última experiencia, la experimentaría. La respiración se le aceleró, el cuerpo le tembló por culpa del chute de adrenalina. Tenía miedo, pero el miedo significaba que seguía vivo.

—Pues vamos —le dijo el segador con delicadeza—. Bajaremos todos juntos al río.

A Citra le había maravillado el comportamiento de Rowan. Aunque al principio estaba algo tembloroso cuando hablaba con el hombre, después tomó el mando, asumió las riendas del miedo del elegido y le dio paz. Esperaba que, cuando le tocara a ella elegir, lograse mantener la compostura tan bien como el chico. Lo único que había hecho ella aquel día era suministrar tranquilizante a unos perros. Sí, vale, había recibido un mordisco en el proceso, pero eso no era nada. Luego intentó convencer a Faraday de que llevara a los animales a un refugio, sin éxito. Sí que la dejó llamar al refugio para que fueran a por ellos y al forense para que recogiera al hombre. El segador se ofreció a llevarla al hospital para someterse a una curación acelerada del mordisco del brazo; ella lo rechazó. Sus propios nanobots lo habrían curado para el día siguiente y, además, algo la impulsaba a no deshacerse de aquel malestar. Le debía al muerto sufrir un poco por él.

—Ha sido impresionante —le dijo a Rowan durante el largo viaje de vuelta a casa.

—Sí, hasta que poté en la orilla.

—Pero eso fue después de la criba —señaló ella—. Le diste a ese hombre las fuerzas suficientes para enfrentarse a la muerte.

—Supongo —contestó él, encogiéndose de hombros.

A Citra le resultaba tan irritante como atractivo lo modesto que podía ser aquel chico.

9

Esme

Esme comía demasiada pizza. Su madre le decía que la pizza acabaría con ella. Jamás se habría imaginado que pudiera ser cierto.

El ataque de los segadores se produjo menos de un minuto después de que le dieran una porción caliente, recién salida del horno. Por fin había concluido aquel día lectivo, y ella estaba exhausta tras la carrera de obstáculos que era el cuarto curso. La comida había sido una pena. La ensalada de atún que le había preparado su madre estaba tibia y algo fermentada cuando llegó la hora de comérsela. No era precisamente apetecible. De hecho, la comida que su madre le metía en la cartera nunca destacaba por su buen sabor. Intentaba que Esme comiera más sano porque tenía un ligero problema de sobrepeso y, aunque podrían programar sus nanobots para acelerarle el metabolismo, su madre no quería ni oír hablar del tema. Afirmaba que sería tratar el síntoma y no el problema.

—No puedes resolverlo todo recurriendo a tus nanobots —le repetía—. Tienes que aprender a controlarte.

Bueno, pues ya aprendería a controlarse mañana. Hoy quería pizza.

Su pizzería favorita, Luigi’s, se hallaba en la zona de restaurantes de la Fulcrum City Galleria, el centro comercial por el que pasaba de camino a casa. Más o menos. Estaba examinando el queso para intentar decidir cómo darle el primer bocado sin quemarse el paladar cuando llegaron los segadores. Se encontraba de espaldas a ellos, así que al principio no los vio. Pero sí los oyó… o, al menos, oyó a uno.

—Buenas tardes, gente de bien —empezó—. Sus vidas están a punto de cambiar de un modo fundamental.

Esme se giró para observarlos. Eran cuatro. Llevaban túnicas de colores chillones que brillaban. No se parecían a nadie que hubiera visto. Nunca había conocido a un segador. Estaba fascinada. Hasta que tres de ellos sacaron unas armas que brillaban aún más que sus túnicas enjoyadas y el cuarto empuñó un lanzallamas.

—Hemos seleccionado esta zona de restaurantes para su criba —anunció el líder; y entonces empezaron con su terrible misión.

Esme sabía lo que tenía que hacer. Se olvidó de la pizza y se metió bajo una mesa para alejarse a rastras. Y no era la única. Por lo visto, todo el mundo se había tirado al suelo y se arrastraba por él, lo que no pareció desconcertar a los segadores. Les veía los pies a través de la multitud que se movía por el suelo. El hecho de que sus víctimas estuvieran a cuatro patas no los frenó en absoluto.

Ahí fue cuando Esme empezó a sentir pánico. Había oído historias sobre segadores que realizaban cribas en masa, pero hasta aquel momento había pensado que se trataba de cuentos sin fundamento.

Delante de ella veía la túnica del segador de amarillo; dio media vuelta… y se encontró con que la segadora de verde se acercaba por el otro lado. Se metió a través de un hueco entre las mesas y entre dos macetas a las que había prendido fuego el segador de naranja y, cuando salió al otro lado de las enormes plantas, se encontró sin cobijo.

Era la zona de las franquicias de alimentación. El hombre que le había servido la pizza estaba tirado sobre el mostrador, muerto. Había un hueco entre un cubo de basura y la pared. No era delgada, así que reunió los pensamientos más flacos de los que disponía y se metió en él. Aunque no era gran cosa como escondite, si salía estaría justo en la línea de fuego. Ya había visto a dos personas intentar cruzar corriendo la pasarela y las dos habían acabado derribadas por flechas de acero. No se atrevía a moverse, de modo que ocultó el rostro entre las manos. Se quedó así, sollozando y oyendo los terribles ruidos que la rodeaban, hasta que se hizo el silencio. Siguió negándose a despegar los párpados hasta que oyó a un hombre decir:

—Ah, hola.

Esme abrió los ojos y vio al jefe de los segadores, el de azul, de pie junto a ella.

—Por favor… —suplicó la niña—. Por favor, no me cribe.

El hombre le ofreció una mano.

—La criba ya ha terminado —le dijo—. Sólo quedas tú. Ahora, dame la mano.

Demasiado asustada para negarse, estiró un brazo y puso la mano sobre la del segador antes de salir de su escondite.

—Te he estado buscando, Esme.

La niña ahogó un grito de sorpresa al oírle decir su nombre. ¿Por qué la iba a estar buscando un segador?

Los otros tres se reunieron a su alrededor. Ninguno la apuntó con su arma.

—Ahora vendrás con nosotros —le dijo el de azul.

—Pero…, pero mi madre…

—Tu madre lo sabe. Le he concedido la inmunidad.

—¿En serio?

—En serio.

Entonces, la única segadora del grupo, que iba de verde esmeralda, le entregó a Esme un plato.

—Me parece que esta pizza es tuya.

Esme lo aceptó. Ya estaba lo bastante fría como para comérsela.

—Gracias.

—Ven con nosotros —añadió el segador de azul— y te prometo que, a partir de ahora, tu vida será todo lo que siempre has soñado.

Se fue con los cuatro segadores, agradecida por seguir con vida e intentando no pensar en las muchas personas que la rodeaban y que ya no lo estaban. Sin duda, no era la forma en que creía que continuaría su jornada, pero ¿quién era ella para luchar contra algo que sonaba tan claramente a su destino?

10

Respuestas prohibidas

—Tío, es lo que te digo, la gente no habla de otra cosa. ¡Todo el mundo cree que te vas a convertir en segador para vengarte del instituto!

Era un día templado de marzo, una de las pocas tardes que Faraday daba libres a Rowan, y él había ido a visitar a su amigo Tyger, que no se había despachurrado ni una vez durante los últimos tres meses. En aquel momento estaban tirando a canasta en un parque, a pocas manzanas de distancia de la casa de Rowan…, que el chico no tenía permiso para visitar; de todos modos, era poco probable que la hubiera visitado de haber podido.

Le lanzó la pelota a Tyger.

—No acepté el noviciado por eso.

—Yo lo sé y tú lo sabes, pero la gente va a pensar lo que le dé la gana. —Sonrió—. De repente ligo más que nadie porque soy tu amigo. Creen que puedo darles acceso a tu anillo. La inmunidad manda.

Casi le dio la risa al pensar en que Tyger fuera su mediador. Podía imaginárselo aprovechándose al máximo del asunto, incluso cobrando a los demás por sus servicios.

Rowan le quitó la pelota y tiró a canasta. No había vuelto a jugar desde que se mudó con el segador, pero su brazo estaba en forma, aunque no su puntería. Era más fuerte que nunca… y tenía una inagotable resistencia, todo gracias al entrenamiento de bokator.

—Entonces, cuando tengas el anillo, me darás la inmunidad, ¿no? —Tyger tiró a canasta y falló. Había sido adrede, sin duda: estaba dejándole ganar.

—En primer lugar, no sé si me elegirá para conseguir el anillo. Y en segundo lugar, no te puedo conceder la inmunidad.

—¿Qué? —preguntó su amigo. Parecía sorprendido de verdad—. ¿Por qué no?

—Porque eso sería favoritismo.

—¿No están para eso los amigos?

Unos cuantos críos llegaron a la cancha y preguntaron si podían jugar con ellos, pero en cuanto se fijaron en el brazalete de Rowan cambiaron de idea.

—No pasa nada —dijo el mayor—. Toda vuestra.

Era exasperante.

—No, podemos jugar todos…

—Naaah… Iremos a otra parte.

—¡He dicho que podemos jugar todos! —insistió Rowan, y advirtió tal miedo en los ojos del otro chaval que se sintió avergonzado por presionarlo.

—Sí, sí, claro —respondió el chico. Luego se giró hacia los demás—. ¡Ya lo habéis oído! ¡A jugar!

Entraron en la cancha con energía, y con la misma energía se empeñaron en perder, como Tyger. ¿Sería siempre así? ¿Su presencia intimidaba tanto que ni siquiera sus propios amigos se atreverían a desafiarlo? Ahora la única que lo desafiaba era Citra.

Perdió muy deprisa el interés por el juego y se fue con Tyger, a quien todo le parecía muy divertido.

—Tío, ya no eres la lechuga, eres la mortífera belladona. ¡Ahora eres un vegetal malo!

Tenía razón: si Rowan le hubiese pedido a esos críos que se pusieran a cuatro patas y lamieran la acera, lo habrían hecho. Era embriagador y horrible, y no quería pensar en ello.

No sabía por qué hizo lo que hizo después. Puede que fuera por la frustración que le producía su aislamiento… o puede que sólo quisiera introducir una diminuta parte de su antigua vida en la nueva.

—¿Quieres ir conmigo a ver la casa del segador?

—¿No le importará? —preguntó Tyger, algo vacilante.

—No está, hoy ha ido a cribar a otra ciudad. No volverá hasta tarde.

Sabía que a Faraday se le reventaría una vena si descubría que Rowan había llevado a alguien a su casa, aunque eso hacía que la idea le resultara aún más atractiva. Había sido muy bueno, muy obediente; ya iba siendo hora de hacer algo que le apeteciera a él.

Cuando llegaron, la casa estaba vacía. Citra, a la que Faraday también había dado la tarde libre, había salido. Rowan quería presentársela a Tyger, pero pensó: «¿Y si se gustan? ¿Y si Tyger la engatusa?». Siempre se le habían dado bien las chicas. Incluso había llegado a convencer a una para que se despachurrara con él sólo para poder decir: «Las chicas se mueren por mí, literalmente».

«Será como en *Romeo y Julieta* —le soltó—. Salvo que nosotros volveremos».

Huelga mencionar que los padres de la joven se enfurecieron y le prohibieron seguir viéndolo tras la reanimación.

Él le restó importancia: «¿Qué quieres que te diga? Su vida es un cuento contado por idiotas». Rowan creía que se trataba de una errónea y lamentable cita de Shakespeare.

La idea de que Citra se muriera por Tyger (aunque fuera únicamente en sentido figurado) le revolvía un poco el estómago.

—¿Aquí es? —preguntó su amigo mientras le echaba un vistazo al sitio —. No es más que una casa.

—¿Qué te esperabas? ¿Una guarida subterránea secreta?

—Pues sí, la verdad. O algo parecido. En fin, mira estos muebles… No puedo creer que os obligue a vivir en este agujero infernal.

—No está tan mal. Venga, te enseñaré algo chulo.

Llevó a Tyger hasta el cuarto de las armas y, como cabía esperar, al chico le pareció impresionante.

—¡Qué pasada! Nunca había visto tantos cuchillos juntos… ¿Eso son pistolas? ¡Sólo las había visto en foto! —Entonces descolgó una de la pared y se puso a examinar el cañón.

—¡No hagas eso!

—Tranquilo, que me van las caídas, no los disparos.

Rowan se la quitó de todos modos y, en el tiempo que tardó en dejarla de nuevo en su sitio, el otro chico ya había cogido un machete y estaba rebanando el aire con él.

—¿Me lo prestas?

—¡Claro que no!

—Venga, si tiene un montón, no lo echará de menos…

Rowan sabía que Tyger era la definición misma de una «mala idea». Por eso, en parte, siempre le había resultado tan divertido ser su amigo. Ahora se trataba de un peligro importante, así que lo agarró por el brazo, le dio una patada detrás de la rodilla para doblarle la pierna y lo lanzó al suelo, todo con un único movimiento de bokator. Después le sujetó el brazo en un ángulo forzado con la fuerza justa para que doliera un poco.

—¡Pero qué haces! —exclamó Tyger entre dientes.

—Suelta el machete. ¡Ahora!

El chico lo hizo… y justo entonces oyeron que se abría la puerta principal. Rowan lo soltó.

—Silencio —le ordenó en un enérgico susurro.

Se asomó por la puerta, pero no veía quién había entrado.

—Quédate aquí —le ordenó antes de salir y encontrarse con Citra, que estaba cerrando la puerta. Debía de haber salido a correr, porque llevaba una ropa deportiva que revelaba mucho más de lo que necesitaba su compañero en aquel momento. Le drenaba demasiada sangre del cerebro, así que se concentró en su brazalete de novicia para recordarse que las respuestas hormonales estaban absolutamente prohibidas.

Citra levantó la vista y lo saludó como estaba obligada a hacer:

—Hola, Rowan.

—Hola.

—¿Pasa algo?

—No.

—¿Por qué estás ahí de pie?

—¿Dónde iba a estar?

Ella puso los ojos en blanco, se metió en el cuarto de baño y cerró la puerta. Rowan regresó con sigilo al cuarto de las armas.

—¿Quién es? —preguntó Tyger—. ¿Es la chica, como se llame? Quiero conocer a tu competencia. Puede que ella sí quiera darme la inmunidad. U otra cosa.

—No. Es el segador Faraday, y te cribará de inmediato si te encuentra aquí.

De repente, la bravuconería de Tyger se evaporó.

—¡Ay, mierda! ¿Qué vamos a hacer?

—Cálmate. Está duchándose. Si no haces ruido, te puedo sacar.

Salieron al pasillo. Efectivamente, se oía el sonido de la ducha detrás de la puerta cerrada del baño.

—¿Está lavándose la sangre?

—Sí. Había mucha. —Dicho lo cual, condujo a su amigo hasta la puerta principal, donde poco más o menos lo echó a empujones.

Después de ser novicia durante casi tres meses, Citra no podía negar que quería que Faraday la eligiera para recibir el anillo. Por mucho que se resistía, por mucho que se aseguraba que no era vida para ella, había llegado a comprender su importancia y lo buena segadora que sería. Siempre había deseado vivir una vida con un propósito, marcar la diferencia. Como segadora, lo haría. Sí, tendría las manos manchadas de sangre, pero la sangre también podía ser purificadora.

Sin duda, así se entendía en el bokator.

Había descubierto que el bokator viuda negra era la actividad física más exigente que había realizado. Su entrenador era el segador Yingxing, que no usaba más armas que sus propias manos y pies para cribar. Había hecho voto de silencio. Daba la impresión de que todos los segadores renunciaban a parte de sí mismos (no porque tuvieran que hacerlo, sino por decisión propia) para pagar por las vidas que arrebataban.

—¿A qué renunciarías tú? —le preguntó Rowan a Citra en una ocasión. La pregunta le incomodó.

—Si me convierto en segadora, renunciaré a mi vida, ¿no? Creo que basta con eso.

—También renunciarás a formar una familia —le recordó el chico.

Ella asintió, no quería hablar del tema. La idea de formar una familia le sonaba tan lejana que el hecho de no poder hacerlo le resultaba igual de distante. Costaba sentir algo sobre un asunto sobre el que no meditaría hasta muchos años después. Además, no podía pensar en esas cosas durante el bokator. La mente debía estar despejada.

Citra nunca había practicado un arte marcial. Siempre le habían ido más los deportes que no eran de contacto: atletismo, natación, tenis… Cualquiera en el que hubiera una línea clara o una red entre ella y su oponente. El bokator era la antítesis de eso. Combate frente a frente, cuerpo a cuerpo. Incluso la comunicación en la clase era física por completo, puesto que su instructor mudo les corregía las posturas como si fueran muñecos de acción. Todo era mente y cuerpo, sin la descarada mediación de las palabras.

En su clase había ocho alumnos y, aunque la impartiera un segador, Citra y Rowan eran los únicos novicios. Los otros eran segadores novatos en los primeros años de su oficio. Sólo había otra chica, que no intentó trabar amistad con Citra. Las mujeres no recibían un tratamiento especial y se esperaba que estuvieran al mismo nivel que los hombres.

Los combates de bokator eran muy estrictos. Cada enfrentamiento empezaba de forma sencilla: con el ritual de recorrer el círculo pavoneándose; los dos combatientes se retaban en una especie de danza agresiva. Luego las cosas se ponían serias y brutales. Toda clase de patadas, puñetazos y costalazos.

Aquel día le tocaba luchar contra Rowan. Los movimientos de él eran más elegantes, pero ella contaba con la ventaja de la rapidez. Él era más fuerte y también más alto, lo que no era un punto a favor. Como Citra tenía el centro de gravedad más bajo, era más estable. Si se sumaba todo, lo cierto era que se encontraban igualados.

Giró y le propinó a Rowan una fuerte patada en el pecho que estuvo a punto de derribarlo.

—Buen golpe —comentó el chico.

Yingxing hizo el gesto de cerrarse la cremallera de los labios para recordarles que no se hablaba durante los combates.

La chica se le acercó por la izquierda y él contraatacó tan deprisa que ella no supo ni de dónde salía la mano. Fue como si Rowan de repente tuviera tres. Citra perdió el equilibrio un instante. Notó calor en el costado, donde había recibido el golpe. «Me saldrá un moratón —pensó, sonriendo—. ¡Me las va a pagar!».

Hizo un amago de atacar de nuevo por la izquierda, pero se echó sobre él por la derecha, usando todo su peso. Lo derribó y lo sujetó en el suelo… Fue como si la gravedad se invirtiera y, de pronto, se dio cuenta de que él le había dado la vuelta a la tortilla. Ahora se encontraba sobre ella, sujetándola. Aunque podría haber vuelto a tumbarlo (contaba con el apoyo suficiente), no lo hizo. En aquella postura era como si el corazón de Rowan le latiera a ella dentro del pecho, y se dio cuenta de que quería disfrutar de la sensación un poco más. Deseaba sentirlo mucho más de lo que deseaba ganar el combate.

Eso la enfureció. Tanto como para zafarse de él y poner espacio de por medio. No había línea divisoria ni red, nada para mantenerlos separados más que el muro de su voluntad. Sin embargo, el muro no dejaba de perder ladrillos.

El segador Yingxing anunció el final del combate. Citra y Rowan se inclinaron para saludarse y reocuparon sus puestos a ambos lados del círculo mientras otros dos salían a luchar. La chica observó la pelea con atención, decidida a no mirar a su compañero ni una sola vez.

11

Indiscreciones

Citra y Rowan no estaban siempre juntos en las cribas. A veces, el segador Faraday se llevaba sólo a uno de los dos. La peor criba que presenció Citra se realizó a principios de mayo, justo una semana antes del Cónclave Vernal, el primero de los tres cónclaves a los que asistirían durante su noviciado.

Su presa era un hombre que acababa de reiniciar el contador y reconfigurar su edad para volver a los veinticuatro. Estaba en casa, cenando con su mujer y sus dos hijos, que parecían tener más o menos la edad de Citra. Cuando Faraday anunció a por quién habían ido, la familia lloró y el hombre se metió en un dormitorio.

El segador había elegido una pacífica flebotomía, pero eso no fue lo que sucedió. Cuando Citra y él entraron en el cuarto, el tipo los emboscó. Estaba en plena forma física y, con la arrogancia de su nuevo rejuvenecimiento, rechazó la criba y se enfrentó al segador, al que rompió la mandíbula de un buen puñetazo. Citra fue en su ayuda con algunos de los movimientos de bokator que le había enseñado Yingxing… y aprendió que aplicar un arte marcial en la realidad era muy distinto a practicarlo en un dojo. El hombre la apartó de un manotazo y avanzó hacia Faraday, que seguía intentando recuperarse de su herida.

Citra saltó y se aferró de nuevo a él, renunciando por el momento a nada que no fuera intentar sacarle los ojos y tirarle del pelo. Lo distrajo lo suficiente para que el segador lograra sacar un cuchillo de caza que llevaba oculto en la túnica y le rebanara el cuello. El tipo intentaba respirar mientras se llevaba las manos a la garganta en un vano intento por detener el flujo de sangre.

Y el segador Faraday, con una mano sobre la mandíbula (que no dejaba de hincharse), inquirió no con malicia, sino con gran tristeza:

—¿Entiende las consecuencias de lo que ha hecho?

El hombre no podía responder. Cayó al suelo entre temblores y jadeos. Citra creía que, tras una herida así, la muerte sería instantánea; al parecer, se equivocaba. Nunca había visto tanta sangre.

—Quédate aquí —le ordenó el segador—. Contémplalo con amabilidad y que sea eso lo último que vea.

Después salió del dormitorio. Citra sabía lo que iba a hacer. La ley era muy clara en cuanto a las consecuencias de huir o resistirse a la criba. No podía cerrar los ojos porque le habían ordenado que no lo hiciera, pero deseó que hubiera un modo de taponar los oídos. Sabía lo que estaba a punto de suceder en la sala de estar.

Empezó con los ruegos de la mujer por las vidas de sus hijos y con los hijos sollozando, desesperados.

—¡No suplique! —oyó exclamar abruptamente a Faraday—. Demuéstreles a estos niños más valor del que ha demostrado su marido.

Citra mantuvo la mirada fija en el moribundo hasta que, por fin, sus ojos se vaciaron de vida. Después se preparó para lo que se avecinaba antes de unirse al segador.

Los dos chicos estaban en el sofá y sus sollozos habían remitido hasta no ser más que gemidos húmedos. La mujer estaba de rodillas, susurrándoles, consolándolos.

—¿Ha terminado ya? —preguntó Faraday con impaciencia.

Al fin, la mujer se levantó. Tenía lágrimas en los ojos, aunque ya no había ni rastro de súplica en ellos.

—Haga lo que tenga que hacer —dijo.

—Enhorabuena. Aplaudo su fortaleza. Ahora bien, resulta que su marido no se resistió a la criba. —Se tocó el rostro inflamado—. Mi novicia y yo hemos tenido un altercado en el que he sufrido estas heridas.

La mujer lo contemplaba con la boca un poco abierta. Igual que Citra. El segador se volvió hacia la chica y la miró con rabia.

—Mi novicia recibirá un duro castigo por luchar contra mí. —Después se giró hacia la mujer—. Arrodíllese, por favor.

La mujer, más que hincarse de rodillas, se derrumbó sobre ellas.

Faraday le ofreció el anillo.

—Como es costumbre, usted y sus hijos recibirán inmunidad a la criba durante un año, que se inicia en este mismo momento. Besad todos el anillo, por favor.

La mujer lo besó una y otra, y otra vez.

El segador no dijo gran cosa después de marcharse. Se montaron en un autobús porque, siempre que le era posible, Faraday evitaba los publicoches.

Lo consideraba un despilfarro.

Cuando se bajaron en su parada, Citra se atrevió a hablar:

—¿Me va a castigar por romperle la mandíbula?

Sabía que al día siguiente ya estaría curada, pero la curación de los nanobots no era espontánea. Seguía teniendo muy mala pinta.

—No hablarás con nadie de esto —ordenó el segador en tono severo—. Ni siquiera lo comentarás en tu diario, ¿está claro? Nadie debe conocer nunca la indiscreción de ese hombre.

—Sí, su señoría.

Quería decirle lo mucho que lo admiraba por lo que había hecho, por elegir la compasión antes que la obligación. En cada criba había una lección que aprender, y la de aquel día era una que tardaría en olvidar. La inviolabilidad de la ley… y la sabiduría para saber cuándo romperla.

Por mucho que Citra intentara ser una novicia ejemplar, tampoco era inmune a las indiscreciones. Una de sus tareas nocturnas consistía en llevarle a Faraday un vaso de leche tibia antes de dormir. «Como en mi infancia, la leche tibia suaviza las aristas del día —le había explicado el segador—. Sin embargo, he decidido prescindir de la galleta que antes la acompañaba».

Para ella, la idea de un segador tomando leche con galletas antes de acostarse rayaba en lo absurdo, aunque suponía que hasta un agente de la muerte disfrutaba de sus placeres culposos.

No obstante, sucedía bastante a menudo que, tras una criba difícil, el hombre se durmiese antes de que ella entrara en su dormitorio a la hora acordada para llevarle la leche. En tales casos, se la bebía ella o se la daba a Rowan, porque Faraday le había dejado claro que en aquella casa no se desperdiciaba nada.

La noche de esa horrible criba, Citra se demoró un poco más en el dormitorio.

—Segador Faraday —dijo con delicadeza. Después lo repitió. No hubo respuesta. Por su respiración, supo que estaba dormido.

Había un objeto en la mesita de noche. De hecho, estaba allí todas las noches.

Su anillo.

Captaba la luz oblicua que entraba desde el pasillo. A pesar de la penumbra, el anillo brillaba.

Se bebió de un trago la leche y dejó el vaso en la mesita; así, el segador vería por la mañana que se lo había llevado y que no se había malgastado. Luego se arrodilló allí, con los ojos clavados en el anillo. Se preguntaba por qué no dormía con él, pero temía que preguntar por ello fuera entrometerse.

Cuando recibiera el suyo (si lo recibía), ¿seguiría conservando el solemne misterio que encerraba ahora para ella o se convertiría en algo ordinario? ¿Llegaría a darlo por sentado?

Alargó una mano y la retiró de inmediato. La alargó y tomó el anillo con precaución. Le dio vueltas entre los dedos para ver cómo reflejaba la luz. La piedra era grande, más o menos del tamaño de una bellota. Se decía que era un diamante, pero en su corazón se apreciaba una oscuridad que no correspondía a la de un simple anillo de dicha piedra. Había algo en el centro de aquella gema, pero nadie sabía lo que era. Quizá ni los mismos segadores lo supieran, pensó. El centro no era del todo negro; una profunda decoloración variaba según la luz, como ocurre a veces con los ojos de una persona.

Entonces, al mirar al segador, se dio cuenta de que tenía los ojos abiertos y la estaba observando.

Se quedó paralizada, consciente de que la había pillado, de que ya no podía solucionarlo dejando el anillo en su sitio.

—¿Te gustaría probártelo?

—No. Lo siento, no debería haberlo tocado.

—No deberías, pero lo has hecho.

Se preguntó si el hombre habría estado despierto desde el principio.

—Adelante —dijo él—. Pruébatelo. Insisto.

Ella vaciló, pero hizo lo que le indicaba porque, a pesar de lo que hubiera respondido, sí que quería probárselo.

Lo notó un poco caliente. Estaba ajustado para el dedo del segador y a ella le quedaba grande. También pesaba más de lo que se imaginaba.

—¿No le preocupa que se lo roben? —preguntó.

—La verdad es que no. A cualquier persona lo bastante tonta como para robarle el anillo a un segador se la elimina rápidamente de este mundo, así que deja de constituir un problema.

El anillo se estaba enfriando a ojos vistas.

—Sin embargo, es un objeto codiciable, ¿no te parece? —preguntó Faraday.

De pronto, Citra se percató de que no era que el anillo estuviera frío; se estaba congelando. El metal, en cuestión de segundos, se había vuelto blanco

de escarcha, y ella sintió un dolor tan intenso en el dedo que gritó y se lo quitó. La joya salió volando por la habitación.

No sólo se le había congelado gravemente el dedo del anillo, sino también aquellos con los que se lo había sacado. Reprimió un gemido. Ahora sentía el calor de la morfina que habían liberado los nanobots sanadores por su cuerpo. Se mareó un poco, aunque se obligó a permanecer alerta.

—Es una medida de seguridad que instalé yo mismo —explicó el segador—. Un chip microrrefrigerante en los ajustes. Déjame ver. —Encendió la lámpara de su mesita de noche y le cogió la mano para examinarle el dedo. La carne de la articulación estaba azul pálido y rígida por la congelación—. En la Era de la Mortalidad podrías haber perdido un dedo, pero confío en que tus nanobots ya estén arreglando los desperfectos. —Le soltó la mano—. Estarás bien mañana. Quizá la próxima vez te lo pienses dos veces antes de tocar algo que no te pertenece. —Recuperó el anillo, lo dejó en la mesita y le dio a la chica el vaso de leche vacío—. A partir de ahora, Rowan me traerá la leche todas las noches —anunció.

Citra se desinfló.

—Siento haberle decepcionado, su señoría. Tiene razón, no me merezco traerle la leche.

Él arqueó una ceja.

—No me has entendido bien. No se trata de un castigo. La curiosidad es humana; simplemente te he permitido hacerlo de una vez para quitártelo de la cabeza. Y debo decir que te ha costado bastante. —Esbozó una sonrisita cómplice—. Veamos cuánto tarda Rowan en ir a por el anillo.

12

No hay margen para la mediocridad

—La Guadaña es el único organismo autónomo del mundo —les explicó el segador Faraday—. El Nimbo gobierna al resto de la humanidad, pero no a la Guadaña. Por eso, celebramos cónclaves tres veces al año para resolver disputas, revisar nuestras políticas y lamentar la pérdida de las vidas que hemos arrebatado.

Faltaban menos de siete días para el Cónclave Vernal, que tendría lugar durante la primera semana de mayo. Rowan y Citra habían estudiado lo suficiente sobre la estructura de la Guadaña como para saber que las veinticinco regiones del mundo celebraban sus cónclaves el mismo día y que en aquel momento existían trescientos veintiún segadores en la suya, que abarcaba el corazón del continente nortemericano.

—El Cónclave Midmericano es muy importante —continuó Faraday— porque solemos marcar la tendencia para gran parte del mundo. Existe incluso una expresión: «Por donde vaya Midmérica, irá el resto del planeta». Los verdugos mayores del Cónclave Mundial no nos quitan la vista de encima. —El segador les contó que los examinarían en cada uno de aquellos cónclaves —. Desconozco la naturaleza de vuestra primera prueba, y por eso debéis prepararos en todos los aspectos de vuestra formación, dentro de lo posible.

Rowan se dio cuenta de que tenía un millón de preguntas sobre el cónclave, aunque se las guardó y permitió que Citra las planteara, sobre todo porque las preguntas irritaban al segador y jamás las respondía.

—Descubriréis lo que necesitéis saber cuando lleguéis allí —aseguró el hombre—. Por ahora, procurad concentraros en vuestra formación y vuestros estudios.

El chico nunca había sido un estudiante excepcional, aunque por decisión propia; ser demasiado bueno o demasiado malo llamaba la atención. Por mucho que odiara ser la lechuga, era su zona de confort.

«Si te aplicas, estoy convencida de que serías de los primeros de la clase», le dijo su profesora de Ciencias después de sacar la nota más alta en el examen de mediados de curso el año anterior. Sólo lo había hecho por comprobar si podía. Ahora que lo sabía, no veía la necesidad de repetirlo.

Había muchas razones para ello, y una de las principales era su propia ignorancia sobre los segadores en aquellos días previos al noviciado. Pensaba que, si era un alumno excepcional, se convertiría en objetivo. Se suponía que a un amigo de un amigo lo habían cribado a los once años porque era el crío más listo de quinto. No se trataba más que de un mito urbano, pero Rowan se lo creyó lo suficiente para procurar no destacar. Se preguntaba si otros chicos también se contenían por miedo a que los cribaran.

No estaba acostumbrado a ser tan estudioso. Le resultaba agotador, y había mucho más que Química, Historia Posmortal y escribir diarios. También tenían Metalurgia Aplicada a las Armas, Filosofía de la Mortalidad, Psicología de la Inmortalidad y Literatura de la Hermandad, desde poesía hasta la sabiduría que se encontraba en los diarios de los segadores más famosos. Y, por supuesto, las estadísticas matemáticas de las que tanto dependía Faraday.

No había margen para la mediocridad, y menos con el cónclave a la vuelta de la esquina.

No obstante, Rowan sí que planteó una pregunta sobre el acontecimiento:

—¿Nos descalificarán si no superamos la prueba?

El segador se tomó un momento antes de responder.

—No, pero sí habrá consecuencias.

No les explicó de qué consecuencias se trataba. El chico concluyó que no saberlo resultaba más aterrador que saberlo.

A pocos días del inicio del cónclave, Citra y él decidieron quedarse despiertos hasta tarde para estudiar en el cuarto de las armas. Rowan empezó a dar cabezadas, pero se despertó de golpe cuando Citra cerró un libro con rabia.

—¡Odio esto! —se lamentó—. Cerberín, acónito, cicuta, polonio… Se me empiezan a mezclar todos los venenos en la cabeza.

—Seguro que eso mata a cualquiera más deprisa —repuso Rowan con una sonrisilla.

Ella cruzó los brazos.

—¿Tú ya te sabes los venenos o qué?

—Se supone que sólo tenemos que conocer cuarenta de aquí al cónclave —puntualizó él.

—¿Y te los sabes?

—Me los sabré.

—¿Cuál es la fórmula molecular de la tetrodoxotina?

Le habría gustado hacer caso omiso, pero no fue capaz de resistirse al desafío. Quizá empezara a pegársele un poco la naturaleza competitiva de su compañera. $C_{11}H_{17}N_3O_6$.

—¡No! —exclamó ella, y le apuntó con un dedo—. Es O_8, no O_6. ¡Fallaste!

No pensaba dejarse enredar porque sabía que estaba intentando picarle para no ser ella la única exasperada.

—Supongo —dijo, e intentó volver al estudio.

—¿No te preocupa ni un poquito?

Él respiró hondo y cerró el libro. Cuando Faraday empezó a darles clases, descubrió que usar libros de verdad, a la antigua usanza, era muy fastidioso. Con el tiempo acabó por reconocer que le satisfacía pasar las páginas y (como Citra ya había experimentado) que cerrar un libro de golpe podía ser catártico.

—Por supuesto que estoy preocupado. Pero te cuento cómo lo veo yo: sabemos que no nos van a descalificar y que no pueden cribarnos; además, tenemos dos oportunidades más para compensar cualquier cagada antes de que elijan a uno de los dos. Sean cuales sean las consecuencias de suspender la primera ronda de pruebas, si nos ocurre a alguno, ya nos las apañaremos.

Citra se desplomó en su silla.

—Yo nunca suspendo —puntualizó, pero tampoco sonaba demasiado convencida.

A Rowan sus pucheros le daban ganas de sonreír, aunque no lo hacía porque sabía que eso la enfurecería. En realidad, le gustaba verla enfadarse; sin embargo, tenían demasiado trabajo por delante para permitirse tales distracciones emocionales.

El chico dejó su libro de Toxicología y sacó el de Identificación de Armas. Se les exigía ser capaces de reconocer treinta distintas, además de dominar su uso y saber su historia detallada. A Rowan le preocupaba más eso que los venenos. Se arriesgó a mirar a Citra; como ella captó su mirada, se esforzó por no volver a hacerlo.

—Te echaría de menos —soltó ella sin venir a cuento.

—¿Qué quieres decir? —preguntó él al alzar la vista; ella evitó encontrarse con sus ojos.

—Quiero decir que, si las normas incluyeran la descalificación, echaría de menos tenerte por aquí.

Se le pasó por la cabeza cogerle la mano, puesto que la tenía apoyada en la mesa, pero la mesa era demasiado grande y la mano estaba demasiado

lejos. Un movimiento tan torpe habría sido una locura. Incluso de haber estado sentados más cerca, no dejaría de haber sido una locura.

—Pero las normas no son esas, lo que significa que, pase lo que pase, me vas a tener que aguantar ocho meses más —respondió.

Ella esbozó una sonrisa.

—Sí. Seguro que para entonces estaré más que harta de ti.

Fue la primera vez que a Rowan se le ocurrió pensar que quizá Citra no lo odiase tanto como él creía.

13

El Cónclave Vernal

Fulcrum City era una metrópolis posmortal situada justo en el centro de Midmérica. Allí, junto al río, entre agujas de elegante vida urbana que se internaban en los cielos, se encontraba una estructura baja y venerable de piedra, impresionante por su solidez, no por su altura. Las columnas y los arcos de mármol soportaban una gran cúpula de bronce. Era un firme homenaje a la antigua Grecia y al Imperio Romano, los cimientos de la civilización. Todavía lo llamaban el edificio del Capitolio porque antiguamente había sido la capital del estado, cuando todavía había estados, en los días anteriores a que el Gobierno se quedara obsoleto. Ahora tenía el honor de albergar la sede de las oficinas administrativas de la Guadaña midmericana, además de celebrarse allí su cónclave tres veces al año.

El día del Cónclave Vernal llovía a mares.

A Citra no solía importarle la lluvia, pero no le estaba sentando bien un día gris unido a un día de pura tensión. Por otro lado, que luciera el sol le habría parecido una burla. No existía un día bueno para que la presentaran ante una amedrentadora elegía de segadores.

Fulcrum City sólo estaba a una hora en hipertrén, pero, como era de esperar, el segador Faraday consideraba que se trataba de una extravagancia innecesaria. «Además, me gusta contemplar el paisaje, no viajar por un túnel subterráneo sin ventanas. Soy un ser humano, no un topo».

En un tren convencional se tardaban seis horas, y lo cierto era que Citra había disfrutado de las vistas por el camino, aunque se pasase casi todo el tiempo estudiando.

La ciudad estaba en el río Misisipi. Recordaba que antes había un gigantesco arco plateado en la orilla. Algo llamado terrorismo lo había destruido en la Era de la Mortalidad. Habría aprendido más cosas sobre aquel lugar de no haber estado tan concentrada en sus venenos y sus armas.

Llegaron la noche anterior al cónclave y se alojaron en un hotel del centro. Amaneció demasiado deprisa.

Cuando Citra, Rowan y Faraday salieron de su hotel a aquella horrible hora, las seis y media de la mañana, la gente de la calle empezó a acercarse a ellos para ofrecerles sus paraguas; preferían mojarse antes que ver a un segador y a sus aprendices sin protección bajo la lluvia.

—¿Saben que ha elegido a dos novicios en vez de a uno? —preguntó Citra.

—Por supuesto que lo saben —dijo Rowan—, ¿por qué no iban a saberlo?

Sin embargo, el silencio de Faraday fue una clara señal de alarma para Citra.

—Se lo consultó al sumo dalle, ¿verdad, segador Faraday?

—He descubierto que con la Guadaña es mejor pedir perdón que pedir permiso —respondió él.

Citra le echó a Rowan una mirada en plan «te lo dije», y él inclinó un poco su paraguas para no tener que verla.

—No supondrá ningún problema —les aseguró, aunque no sonaba demasiado convencido.

La chica miró de nuevo a su compañero, al que ya no eclipsaba su paraguas.

—¿Soy la única a la que le preocupa esto?

Rowan se encogió de hombros.

—Tenemos inmunidad hasta el Cónclave de Invierno y no pueden revocarla, todo el mundo lo sabe. ¿Qué es lo peor que pueden hacernos?

Algunos segadores llegaban al Capitolio a pie, como ellos; otros, en publicoches; otros, en coches privados, y bastantes, en limusina. Habían colocado cuerdas para mantener a los espectadores a ambos lados de las amplias escaleras de mármol que conducían al edificio, además de agentes del orden y miembros de la Guardia del Dalle, que era el cuerpo de seguridad de élite de la Guadaña. Los segadores que iban apareciendo estaban protegidos de su ferviente público, aunque nadie protegiera al público de ellos.

—Aborrezco «recorrer el paseíllo» —dijo Faraday, refiriéndose a subir los escalones hasta el cónclave—. Es peor todavía cuando no llueve. Se agolpa tal multitud que hay por lo menos doce filas de personas tras las cuerdas.

En aquellos momentos habría la mitad. A Citra ni se le había pasado por la cabeza que la gente quisiera ir a ver a los segadores que llegaban al

cónclave, aunque, claro, todos los acontecimientos con famosos atraían a los mirones; ¿por qué no una reunión de segadores?

Algunos de los observados saludaban casi por obligación a la multitud, mientras que otros le seguían el juego a la gente, besaban bebés y concedían inmunidad al azar. Citra y Rowan emularon a Faraday, que se limitaba a hacer caso omiso.

Había decenas de segadores en el vestíbulo. Se habían quitado los chubasqueros y ya se veían túnicas de todos los colores y de todas las texturas. Era un arcoíris que evocaba cualquier cosa menos la muerte, y Citra sabía que aquella era la intención: los segadores deseaban ser vistos como las diversas facetas de la luz, no de la oscuridad.

A través de un gran arco se entraba en una cámara aún mayor bajo una bóveda central, una rotonda en la que cientos de segadores se saludaban y charlaban alrededor de un elaborado desayuno desplegado en el centro. Citra se preguntó de qué hablarían. ¿De las herramientas de la criba? ¿Del tiempo? ¿De cómo les rozaban las túnicas? Estar en presencia de un único segador ya era intimidante, así que verse rodeada de cientos de ellos bastaba para desmoronarse.

Faraday se inclinó y habló con los novicios en un susurro:

—¿Veis a ese? —Señaló a un hombre calvo con una gran barba—. Es Archimedes, uno de los segadores vivos de más edad. Os contará que estuvo presente en el año del cóndor, cuando se formó la Guadaña, pero es mentira. ¡No es tan viejo! Y allí… —Señaló a una mujer de largo pelo plateado y túnica de color lavanda—. Esa es la segadora Curie.

—¿La Gran Dama de la Muerte? —musitó Citra con voz ahogada.

—Eso dicen.

—¿Es verdad que cribó al último presidente antes de que le cedieran el control al Nimbo?

—Y a su gabinete, sí. —Faraday la miró, quizá con algo de nostalgia, en opinión de Citra—. En aquellos tiempos, sus acciones fueron bastante controvertidas.

La mujer los pilló observándola y se giró hacia ellos. Citra se quedó helada cuando los penetrantes ojos grises de la segadora se fijaron en ella. Entonces, Curie les sonrió a los tres, asintió y regresó a su conversación.

Había un grupo de cuatro o cinco segadores más cerca de la entrada a la cámara de la asamblea, cuyas puertas seguían cerradas. Vestían túnicas de colores chillones tachonadas de gemas. El centro de su atención era un

hombre de túnica azur salpicada, al parecer, de diamantes. Había dicho algo y los demás se reían con demasiado ímpetu sólo por adularlo.

—¿Quién es ese? —preguntó Citra.

A Faraday se le agrió el gesto.

—Ese —dijo sin tan siquiera ocultar su desagrado— es el segador Goddard, y lo más aconsejable es evitar su compañía.

—Goddard… ¿No es el maestro de la criba en masa? —intervino Rowan.

—¿Dónde has oído eso? —Faraday parecía algo preocupado.

—Tengo un amigo que está obsesionado con esas cosas y se entera de los rumores —respondió el chico tras encogerse de hombros.

Citra jadeó al reparar en que había oído hablar de Goddard, no por su nombre, sino por sus actos. O, para ser más precisos, por las habladurías, porque jamás hubo un informe oficial. Como había comentado su compañero, se oían rumores.

—¿Es el que cribó a un avión entero?

—¿Por qué? —inquirió Faraday tras mirarla con expresión fría y acusadora—. ¿Eso te impresiona?

—No, todo lo contrario —contestó, aunque no pudo evitar sentirse algo deslumbrada por la forma en que la túnica de Goddard reflejaba la luz. Le pasaba a todo el mundo; seguramente esa era la intención.

Aun así, no se trataba de la túnica más ostentosa de las presentes. Entre la multitud se movía un segador con una espléndida túnica dorada. El hombre era tan grande que la túnica casi parecía una tienda de campaña.

—¿Quién es el tío gordo? —soltó Citra.

—Parece importante —comentó Rowan.

—Lo es —respondió Faraday—. El tío gordo, como tú lo llamas, es el sumo dalle, el hombre más poderoso de la Guadaña midmericana. Preside nuestro cónclave.

El sumo dalle se paseaba entre la gente como un gran planeta gaseoso que curvaba el espacio a su alrededor. Podría haber ajustado sus nabobots para eliminar al menos parte de su contorno, pero estaba claro que había decidido no hacerlo. Aquella elección era una obvia declaración de intenciones y lo convertía en una figura imponente. Cuando vio a Faraday, se disculpó con sus interlocutores y se dirigió hacia ellos.

—Honorable segador Faraday, siempre es un placer verte. —Empleó ambas manos para estrechar la de Faraday en lo que se suponía que debía ser un saludo cordial, aunque resultaba artificial y forzado.

—Citra, Rowan, os presento al sumo dalle Xenocrates —dijo el segador antes de volverse hacia el hombretón—. Estos son mis nuevos novicios.

Xenocrates se tomó un momento para examinarlos.

—Dos novicios —observó con aire jovial—. Me parece que es una novedad. La mayoría de los segadores ya tiene suficientes problemas con uno solo.

—El mejor recibirá mi bendición para acceder al anillo.

—Y el otro —añadió el sumo dalle— se sentirá profundamente decepcionado, no me cabe duda. —Después se marchó para saludar a otros segadores que acababan de abandonar la lluvia para entrar en el edificio.

—¿Ves? —comentó Rowan—. Y tú preocupada.

Pero, para Citra, en aquel hombre no había ni rastro de sinceridad.

Rowan estaba nervioso, aunque no quisiera reconocerlo. Sabía que hacerlo preocuparía aún más a Citra, lo que a su vez le preocuparía más a él. Así que se tragó el miedo y las dudas, y mantuvo orejas y ojos abiertos para quedarse con todo lo que sucedía a su alrededor. Había otros novicios. Oyó que dos comentaban que aquel era el «gran día»; un chico y una chica, los dos mayores que él, de unos dieciocho o diecinueve años, obtendrían sus anillos y se convertirían en segadores novatos. La chica lamentaba que tuvieran que esperar a que el comité de selección aprobara sus cribas durante los primeros cuatro años.

—Todas y cada una de ellas —se quejaba—. Como si fuéramos bebés.

—Al menos, el noviciado no dura cuatro años —comentó Rowan en un intento de unirse a la conversación. Los dos lo miraron con algo de aversión —. Quiero decir, para conseguir un título universitario hacen falta cuatro años, ¿no? —Rowan sabía que no hacía más que seguir cavando su propia tumba, pero ya había empezado y no podía parar—. No tardan tanto en concederte una licencia para cribar.

—¿Quién demonios eres? —preguntó la chica.

—No le hagas caso, no es más que una espat.

—¿Una qué?

A Rowan lo habían llamado muchas cosas, pero nunca eso.

Los dos le sonrieron con aire de suficiencia.

—¿Es que no lo sabes? —le soltó la chica—. *Espat*, de espátula. Así llaman a los novicios, porque no servís nada más que para darles la vuelta a las hamburguesas de vuestro segador.

Rowan se rio, lo que sólo sirvió para irritarlos más.

Citra se acercó a ellos.

—Entonces, si nosotros somos espátulas, ¿qué sois vosotros? ¿Tijeras de punta redonda? ¿O un par de adoquines?

El chico puso cara de ir a pegarle un puñetazo.

—¿Con qué segador estáis? Deberíamos informarle sobre esta falta de respeto.

—Conmigo —dijo Faraday mientras apoyaba una mano en el hombro de Citra—. Y no tienes garantizado el respeto de nadie hasta que recibas tu anillo.

El chico pareció encoger unos ocho centímetros.

—¡Honorable segador Faraday! Lo siento, no lo sabía.

La chica dio un paso atrás, como si deseara distanciarse de él.

—Os deseo buena suerte hoy —añadió el segador en un gesto magnánimo que no se merecían.

—Gracias —respondió la chica—, pero, si me permite decirlo, la suerte no tiene nada que ver. Ambos hemos entrenado mucho y nuestros segadores nos han enseñado bien.

—Muy cierto —concedió Faraday.

Los dos muchachos se despidieron con unos gestos de cabeza tan corteses que eran casi reverencias y se fueron.

Cuando se marcharon, Faraday se volvió hacia Rowan y Citra.

—La chica obtendrá su anillo hoy, pero al chico lo rechazarán.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Rowan.

—Tengo amigos en el comité que concede los anillos. El chaval es listo, pero se enfada con demasiada facilidad. Es un defecto fatídico que no podemos tolerar.

Por poco que le hubiera gustado el chico, Rowan no pudo evitar sentir una pizca de lástima por él.

—¿Qué pasa con los novicios a los que rechazan?

—Se les devuelve a sus familias para que retomen sus vidas donde las dejaron.

—Pero la vida no puede ser igual después de pasarte un año entrenando para convertirte en segador.

—Cierto, aunque nada malo puede surgir de haber obtenido un mayor entendimiento sobre lo que supone ser un segador.

Por mucho que asintiera en respuesta al comentario, Rowan pensó que, para ser tan sabio, aquella afirmación era muy ingenua. La formación de los segadores era una empresa que dejaba huella; la dejaba adrede, pero no por ello dejaba de hacerlo.

La rotonda cada vez se llenaba más, y el eco que rebotaba en los muros, el suelo y la cúpula de mármol convertía las voces en cacofonía. Rowan intentó escuchar más conversaciones individuales, pero se perdían en el barullo. Faraday les había contado que las grandes puertas de bronce que daban a la sala de la asamblea se abrirían a las siete en punto de la mañana y que los segadores saldrían de allí en cuanto dieran las siete de la tarde. Doce horas para tratar todos y cada uno de los asuntos. Cualquier cosa que quedara sin resolver tendría que esperar cuatro meses, hasta el siguiente cónclave.

—En los primeros tiempos —les explicó mientras las puertas se abrían para dejar entrar al gentío—, un cónclave duraba tres días. Pero descubrieron que la reunión degeneraba tras el primer día y no había más que discusiones y poses. Seguimos sufriendo mucho de eso, claro, aunque abreviado. A todos nos beneficia acabar deprisa con el orden del día.

La cámara era un semicírculo enorme con una gran tarima de madera delante, en la que se sentaba el sumo dalle, y unas sillas algo más abajo, a ambos lados, para el secretario del cónclave, que se encargaba de las actas, y para el parlamentario, que interpretaba las reglas y los procedimientos si surgían dudas. El segador Faraday les había explicado lo suficiente sobre la estructura de poder de la Guadaña para que Rowan supiera todo aquello.

El primer punto del día, cuando los presentes tomaron asiento, era la Entonación de los Nombres. Uno a uno, sin seguir ningún orden concreto, los segadores se colocaban frente a la audiencia para recitar los nombres de algunas de las personas a las que habían cribado en los últimos cuatro meses.

—No podemos recitarlos todos —les dijo Faraday—. Como somos más de trescientos segadores, estaríamos hablando de más de veintiséis mil nombres. Debemos elegir diez. Los que más recordamos, los que murieron con más valentía, los de vidas más notables.

Tras pronunciar cada nombre, se tocaba una campana, solemne y grave. A Rowan le gustó que Faraday incluyese a Kohl Whitlock.

La Entonación de los Nombres no tardó en aburrir a Citra. Incluso reduciendo el número a diez, aquello duraba casi dos horas. Era muy noble que los segadores decidieran rendir homenaje a los cribados, pero, si sólo contaban con doce horas para completar tres meses de trabajo, no le veía sentido.

No había un orden del día por escrito, así que ni Rowan ni ella podían saber lo que tocaba a continuación y el segador Faraday se limitaba a explicarles las cosas sobre la marcha.

—¿Cuándo es nuestra prueba? ¿Nos van a llevar a otra parte para hacerla? —preguntó Citra, pero Faraday la mandó callar.

Después de la Entonación, el siguiente punto era un lavado ceremonial de manos. Todos los segadores se levantaron y se pusieron en fila tras dos jofainas, una a cada lado de la tarima. De nuevo, la chica no le veía sentido.

—Tanto ritual… Es como en los cultos del tono —comentó cuando Faraday regresó a su asiento con las manos todavía mojadas.

El hombre se inclinó sobre ella.

—Que los demás segadores no te oigan decir eso —susurró.

—¿Se siente limpio después de meter las manos en un agua por la que han pasado otras cien manos?

Faraday suspiró.

—Nos ofrece consuelo. Nos une como comunidad. No menosprecies nuestras tradiciones; un día podrían ser las tuyas.

—O no —la provocó Rowan.

Citra se rebulló en su asiento, incómoda, y gruñó.

—Es que me parece una pérdida de tiempo.

Faraday debía de saber que su verdadero problema era no saber cuándo los iban a presentar ante el cónclave y cuándo les tocaría la prueba. No era de las que soportaban pasar mucho tiempo en la ignorancia. Quizá por eso el hombre se aseguraba de que lo estuviera; no dejaba de pincharles donde más les dolía, en sus puntos débiles.

Después se nombró a algunos segadores que habían demostrado algún sesgo en sus cribas. Esto sí que le interesaba un poco a Citra, ya que le permitía comprender mejor cómo funcionaba todo entre bambalinas.

Una segadora había cribado a demasiados ricos. La amonestaron y le avisaron de que sólo podría cribar a una persona rica desde aquel momento hasta el siguiente cónclave.

Otro segador tenía problemas con los índices raciales: demasiado espánico y poco áfrico.

—Se debe a las características demográficas de mi lugar de residencia —suplicó—. La gente tiene un porcentaje más alto de espánico en sus índices.

Pero el sumo dalle no se dejó persuadir.

—En tal caso, tendrás que ampliar tu radio de acción —le dijo—. Criba en otra parte.

Se le ordenó equilibrar sus índices si no quería enfrentarse a un castigo, que consistiría en tener que pasar por el comité de selección para que

aprobara sus cribas antes de ejecutarlas. Que le arrebataran a un segador su libertad de criba era una humillación que ninguno deseaba.

Reprendieron a dieciséis segadores. A diez los dejaron marchar con una advertencia y a los otros seis los castigaron. La situación más extraña fue la de un segador que era demasiado guapo para su propio bien. Lo amonestaron por cribar a demasiadas personas poco atractivas.

—Menuda idea —gritó uno de los otros segadores—. ¡Imaginad cómo sería el mundo si sólo cribáramos a los feos!

Eso arrancó las carcajadas de los demás.

El segador intentó defenderse citando el viejo dicho: «La belleza de las cosas existe en el espíritu de quien las contempla». El sumo dalle no se lo tragó. Al parecer, era la tercera ofensa de aquel estilo que cometía el acusado, así que lo pusieron en periodo de prueba permanente. Xenocrates declaró que podía vivir como segador, pero no cribar «hasta el próximo año reptiliano».

—Eso es una locura —comentó Citra lo bastante alto como para que la oyeran Rowan y Faraday—. Nadie sabe qué animales darán nombre a los próximos años. Vamos, que el último año reptiliano fue el año del geco, y eso fue antes de que yo naciera.

—¡Exacto! —exclamó Faraday con una pizca de regodeo culpable—. Lo que significa que su castigo podría acabar el año que viene o nunca. Ahora se pasará todo el tiempo presionando al departamento de Calendaría para que bauticen un año con el eslizón, el monstruo de Gila o algún otro reptil que todavía no se haya usado.

Antes de terminar con la parte dedicada a las medidas disciplinarias, llamaron a otro segador. No era por un tema de prejuicios.

—Tengo ante mí una nota anónima —anunció el sumo dalle— en la que se acusa al honorable segador Goddard de actividades ilícitas.

Un rumor recorrió la sala. Citra vio que el segador Goddard susurraba a su círculo interno de compañeros antes de levantarse.

—¿De qué clase de actividades ilícitas se me acusa?

—De crueldad innecesaria en tus cribas.

—¡Y se atreven a acusarme desde el anonimato! —exclamó—. No me puedo creer que un compañero demuestre semejante cobardía. Exijo que el acusador o la acusadora se presente.

Más murmullos por la sala. Nadie se levantó, nadie asumió la responsabilidad.

—Pues me niego a responder a un acusador invisible —concluyó Goddard.

Citra esperaba que el sumo dalle insistiera. Al fin y al cabo, la acusación de otro segador debía tomarse en serio…

—Bueno —dijo Xenocrates, y soltó el papel—, si no hay nada más, nos tomaremos ahora el descanso de media mañana.

Y los segadores, los portadores de la muerte en la Tierra, salieron a la rotonda para tomarse un café con donuts.

Una vez en la rotonda, Faraday se inclinó sobre sus novicios.

—No había ningún acusador anónimo —les confió—. Estoy convencido de que Goddard se acusó a sí mismo.

—¿Por qué iba a hacerlo? —preguntó Citra.

—Para restarles fuerza a sus enemigos. Es el truco más viejo del mundo: si ahora lo acusara alguien, todo el mundo dará por supuesto que se trata del cobarde anónimo. Así nadie se enfrentará ya a él en este cónclave.

Rowan descubrió que le interesaba menos la teatralidad y las escaramuzas de la asamblea que lo que ocurría fuera de ella. Empezaba a comprender lo que era la Guadaña y cómo funcionaba de verdad. Los asuntos más importantes no se dirimían tras las puertas de bronce, sino en la rotonda y los rincones en penumbra del edificio, que seguramente abundaban por ese mismo motivo.

Las conversaciones de primera hora de la mañana no habían sido más que charlas insustanciales, pero ahora, al avanzar el día, veía a varios segadores congregarse durante el descanso y formar pequeños grupos en los que se llegaba a acuerdos paralelos, se obtenían alianzas y se impulsaban objetivos secretos.

Oyó a un corro que planeaba proponer la prohibición de los detonadores remotos como método de criba, no por razones éticas, sino porque el grupo de presión de las armas de fuego había realizado una contribución importante a un segador en concreto. Otra camarilla intentaba preparar a uno de los más jóvenes para un puesto en el comité de selección, de modo que pudiera influir en las decisiones de la criba cuando necesitaran alterarlas.

La política del poder quizá fuera cosa del pasado en el resto del planeta, pero seguía vivita y coleando en la Guadaña.

Su mentor no se unió a ninguno de los conspiradores; permaneció solo y por encima de los mezquinos politiqueos, igual que la mitad de los segadores, aproximadamente.

—Conocemos las intrigas de los intrigantes —explicó mientras se comía un donut relleno de mermelada—. Sólo se salen con la suya si los demás así

lo deseamos.

Rowan procuró observar a Goddard. Muchos segadores se le acercaban para hablar con él. Otros mascullaban sobre él entre dientes. Su séquito de segadores novatos era un ramillete de especímenes multiculturales, en el antiguo sentido del término. Aunque ya nadie tenía una etnogénesis prístina, en su círculo interno se veían rasgos que se inclinaban más hacia una etnia u otra: la chica de verde parecía algo panasiática, el hombre de amarillo se inclinaba hacia el áfrico, el de naranja no podía ser más caucasoide y el mismo Goddard tendía a espánico. Estaba claro que se trataba de un segador que buscaba la mayor visibilidad posible; incluso su gran gesto de equilibrio étnico era un gesto visible.

Aunque Goddard no se volvió para mirarlo en ningún momento, Rowan tenía la clara sensación de que sabía que el chico lo observaba.

Durante el resto de la mañana, se hicieron propuestas y se debatió acaloradamente. Tal y como había dicho Faraday, los intrigantes prevalecieron sólo cuando el conjunto más noble de la Guadaña así se lo permitió. La prohibición de los detonadores remotos salió adelante, y no por los sobornos del grupo de presión de las armas de fuego; se decidió que volar gente en pedazos era vulgar, cruel e indigno de los segadores. Y se rechazó al joven segador presentado para entrar en el comité de selección porque en dicho comité nadie debía estar en el bolsillo de nadie.

—Algún día me gustaría estar en un comité de segadores —comentó Rowan.

Citra le echó una mirada extraña.

—¿Por qué hablas como Faraday?

—Cuando a Roma fueres… —Y se encogió de hombros.

—No estamos en Roma —le recordó ella—. Si lo estuviéramos, tendríamos un sitio mucho más chulo para la reunión.

Los restaurantes locales competían por la oportunidad de servir al cónclave, así que la comida consistió en un bufé más lujoso que el del desayuno…, y Faraday se llenó el plato hasta arriba, lo que no era propio de él.

—No se lo tengáis en cuenta —les dijo la segadora Curie en tono melifluo, a la par que mordaz—. Para los que nos tomamos en serio nuestros votos de austeridad, el cónclave es la única ocasión en la que nos permitimos

el lujo de disfrutar de comida y bebida de calidad. Nos recuerda que somos humanos.

Citra, que era de ideas fijas, aprovechó la oportunidad para obtener información:

—¿Cuándo examinarán a los novicios?

Curie esbozó una sonrisa de superioridad y se apartó la sedosa melena plateada.

—Los que esperan recibir hoy su anillo se examinaron anoche. En cuanto a los demás, no tardaréis mucho —respondió la mujer.

La frustración de Citra le arrancó a Rowan una risita disimulada, con la que se ganó una mirada de rabia de su compañera.

—Tú calla y come —le espetó, y Rowan estuvo encantado de cumplir la orden.

A pesar de lo concentrada que estaba Citra en la inminente prueba, empezó a preguntarse qué se perdería del cónclave cuando los llamaran para examinarlos. Como a Rowan, aquella reunión le parecía una oportunidad educativa inigualable. Pocas personas, además de los segadores y sus novicios, habían sido testigos del proceso, y esas personas apenas podían echar un breve vistazo, como la serie de comerciales que aparecieron después de la comida y que contaban con diez minutos cada uno para exponer las virtudes del veneno o el arma que intentaran venderle a la Guadaña y, más importante todavía, al maestro de armas, que era quien tomaba la decisión final sobre lo que compraba la organización. Sonaban como los horribles actores de la holotienda: «¡Corta y pica! ¡Pero, espere, que aún hay más!».

Un comercial estaba vendiendo un veneno digital que convertía los nanobots sanadores del torrente sanguíneo de una persona en unos cabroncetes hambrientos que devoraban a la *víctima* desde dentro en menos de un minuto. Llegó a usar de verdad la palabra víctima, lo que de inmediato puso a los segadores en su contra. El maestro de armas lo echó sin más.

La comercial con más éxito ofrecía un producto llamado Caricia de Paz, que sonaba más a producto de higiene femenina que a dispositivo mortífero. La mujer que lo vendía enseñó una pildorita, aunque no para dársela al sujeto, sino para el segador.

—Si se toman esto con agua, sus dedos secretarán un veneno transdérmico en cuestión de segundos. Con él cribarán al instante y sin dolor a cualquier persona a la que toquen en el plazo de una hora.

El maestro de armas estaba tan impresionado que subió al escenario a tomar una dosis y, a continuación, en la demostración definitiva, procedió a cribar a la comercial. Vendió cincuenta frascos del veneno a la Guadaña con carácter póstumo.

El resto de la tarde consistió en más debates, discusiones y votos sobre políticas. Faraday decidió hacerse oír en una única ocasión: cuando llegó el momento de formar un comité de inmunidad.

—Me parece evidente que debería supervisarse la concesión de inmunidad, igual que el comité de selección supervisa las cribas.

A Rowan y Citra les agradó comprobar que su opinión tenía mucho peso. Varios segadores que en un principio habían votado en contra de formar el comité cambiaron su voto. Antes del recuento final, el sumo dalle Xenocrates anunció que se había agotado el tiempo para tratar los asuntos legislativos.

—Este tema será el primero del orden del día en el siguiente cónclave —concluyó.

Varios segadores aplaudieron, pero otros tantos se levantaron y expresaron su profundo descontento ante la demora. Faraday no lo hizo; respiró hondo y se limitó a comentar:

—Interesante…

Aquello quizás hubiera hecho sonar una alerta en las mentes de Rowan y Citra, si no fuera porque el sumo dalle comunicó justo después que el siguiente punto del día eran los novicios.

La chica sintió el impulso de agarrarle la mano a Rowan y apretársela hasta dejarla exangüe, pero se contuvo.

Él, por otra parte, siguió el ejemplo de su mentor: respiró hondo e intentó relajarse para deshacerse de la ansiedad. Había estudiado todo lo que podía estudiar, había aprendido todo lo que podía aprender. Lo haría lo mejor que pudiese. Si suspendía, habría oportunidades de sobra para redimirse.

—Buena suerte —le deseó a Citra.

—Igualmente. ¡Que Faraday se sienta orgulloso de nosotros!

Rowan sonrió y pensó que Faraday también lo haría, pero no, el hombre se limitó a mantener la vista clavada en Xenocrates.

Primero llamaron a los candidatos a la Guadaña. Había cuatro personas que ya habían terminado el noviciado. Como sus exámenes habían sido la noche anterior, lo único que quedaba era ordenarlos. O no, según el caso. Se decía que existía un quinto candidato que había suspendido la prueba final y que ni siquiera lo habían invitado al cónclave.

Se sacaron tres anillos que descansaban sobre unas almohadas de terciopelo rojo. Los cuatro candidatos se miraron entre sí, ya conscientes de que, a pesar de haber aprobado el último examen, a uno de ellos no lo ordenarían y lo enviarían de vuelta a casa, abochornado.

Faraday se giró hacia el segador que tenía a su lado.

—Desde el último cónclave sólo se ha cribado a un segador —dijo—, pero están confirmando a tres… ¿Tan drástico ha sido el crecimiento demográfico como para que en tres meses necesitemos dos segadores de más?

El segador Mándela, que presidía el comité que concedía los anillos, llamó uno a uno a los tres novicios elegidos. Cuando se arrodillaban frente a él, decía algo sobre ellos y les entregaba los anillos, que los jóvenes procedían a colocarse en los dedos y después los alzaban para mostrarlos al cónclave, que a su vez respondía con el obligatorio aplauso. Entonces anunciaban su histórico patrono, el personaje célebre de la historia cuyo nombre adoptaban. El cónclave aplaudía tras cada anuncio y, así, aceptó a los segadores Goodall, Schrodinger y Colbert en la Guadaña midmericana.

Cuando abandonaron el escenario, el chico de genio rápido continuaba en él, justo como Faraday les había avisado. Permaneció solo después de los aplausos.

—Ransom Paladini —empezó entonces el segador Mándela—, hemos decidido no ordenarte segador. Te deseamos lo mejor allá donde te lleve la vida. Puedes marcharte.

El joven se quedó inmóvil unos segundos, como si pensara que se trataba de una broma… o quizá de una última prueba. Frunció los labios, se puso rojo y recorrió rápidamente el pasillo central. Y después, empujó las pesadas puertas de bronce, cuyas bisagras se quejaron de su salida.

—Es horrible —reconoció Citra—. Al menos podrían aplaudirle por haberlo intentado.

—No hay elogios para los indignos —dijo Faraday.

—Uno de nosotros saldrá así —replicó Rowan. De ser él, decidió, se tomaría su tiempo para recorrer el pasillo. Miraría a los ojos y saludaría con la cabeza a todos los segadores que pudiera de camino al exterior. Si lo expulsaban, abandonaría el último cónclave con dignidad.

—Ya pueden acercarse los novicios restantes —anunció Xenocrates.

Rowan y Citra se levantaron, dispuestos a enfrentarse a lo que les tuviera preparado la Guadaña.

14

Una pequeña condición

Rowan pisó a Citra de camino al pasillo y ella le soltó un gruñidito, aunque no tuvo ninguna salida ocurrente.

Estaba demasiado ocupada repasando mentalmente armas y venenos. La torpeza de Rowan era la menor de sus preocupaciones.

Creía que los conducirían a otra habitación del edificio (a un lugar tranquilo para hacer su examen), pero los novicios que ya habían asistido a un cónclave se dirigían por el pasillo central hacia el espacio abierto frente a la tarima. Se pusieron en fila sin ningún orden concreto, de cara al cónclave, como si fueran un coro, así que Citra se unió a la fila al lado de Rowan.

—¿Qué es esto? —susurró.

—No estoy seguro —murmuró él.

Había ocho en total. Algunos tenían gestos duros, controlaban sus emociones, mientras que otros intentaban no demostrar su terror. Citra no sabía bien qué imagen proyectaba y le fastidió comprobar que Rowan estaba tan tranquilo como cuando esperaba el autobús.

—La honorable segadora Curie será la examinadora de hoy —anunció Xenocrates.

El silencio se hizo en la cámara cuando la segadora Curie, la Gran Dama de la Muerte, entró en escena. Recorrió dos veces la fila de novicios para tomarles la medida.

—Cada uno de vosotros —anunció después— deberá contestar una pregunta. Sólo tendréis una oportunidad para dar una respuesta aceptable.

¿Una pregunta? ¿Qué clase de examen consistía en una única pregunta? ¿Cómo iban a comprobar los conocimientos de nadie así? A Citra le latía el corazón con tanta fuerza que se lo imaginaba reventándole en el pecho. Se despertaría en un centro de reanimación al día siguiente. El hazmerreír de la Guadaña.

La segadora empezó por el extremo izquierdo de la fila, lo que significaba que Citra sería la cuarta.

—Jacory Zimmerman —le dijo al chico desgarbado que estaba en primer lugar—, una mujer se abalanza sobre tu hoja como sacrificio para evitar que

cribes a su hijo y muere. ¿Qué haces?

El muchacho vaciló un instante y después respondió:

—Ha violado el tercer mandamiento al resistirse a la criba. Por lo tanto, tengo la obligación de cribar al resto de su familia.

Curie guardó silencio un momento.

—¡La respuesta no es aceptable!

—Pero…, pero… —tartamudeó Jacory— ¡se resistió! La regla dice que…

—La regla habla de una persona que se resiste a su propia criba. De haber sido ella la elegida, sin duda habría que aplicar el tercer mandamiento. En caso de incertidumbre, estamos obligados a pecar de compasivos. En este caso, lo correcto sería cribar al niño y organizar el traslado de la mujer a un centro de reanimación, tras lo cual se le garantizaría un año de inmunidad, igual que al resto de su familia. —Entonces hizo un gesto hacia la asamblea —. Baja. Tu mentor se encargará de decidir un castigo para ti.

Citra tragó saliva. ¿No bastaba como castigo saber que habías fracasado estrepitosamente? ¿Qué clase de sanciones prepararían los segadores para sus discípulos caídos en desgracia?

Curie pasó a una chica de aspecto fuerte y altos pómulos en un rostro que parecía capaz de soportar un huracán.

—Claudette Caralino, has cometido un error con tu veneno…

—Eso no puede pasar —puntualizó la chica.

—No me interrumpas.

—Pero es que su premisa es falsa, honorable segadora Curie. Conozco tan bien los venenos que no cometería un error. Jamás.

—Bueno —repuso Curie con socarrona ironía—, tu segador debe de sentirse muy orgulloso de poder contar con la primera alumna perfecta de la historia de la humanidad.

Aquello arrancó algunas risitas de la concurrencia.

—De acuerdo —continuó la segadora—, digamos que alguien, irritado por tu arrogancia, ha saboteado tu veneno. Tu sujeto, un hombre que no te ha ofrecido resistencia, empieza a sufrir convulsiones y parece que tendrá un final lento y, seguramente, mucho más doloroso de lo que pueden mitigar sus nanobots. ¿Qué haces?

—Saco la pistola que llevo siempre para emergencias y acabo con el sufrimiento del sujeto de un solo tiro en el lugar correcto —respondió Claudette sin vacilar—. Pero primero ordenaría a los miembros de su familia que salieran del cuarto, para evitarles el trauma de presenciar una criba balística.

La segadora Curie arqueó las cejas mientras meditaba la respuesta.

—Aceptable —concluyó—. Y pensar en la familia es un bonito detalle, aunque sea hipotético. —Luego sonrió—. Me decepciona no haber podido demostrar tu imperfección.

A continuación, un chico que mantenía la vista fija en un punto de la pared de atrás, con el claro propósito de intentar ocultarse en su mundo feliz.

—Noah Zbarsky.

—Sí, su señoría —respondió con voz temblorosa.

Citra se preguntó cómo reaccionaría Curie ante eso. ¿Qué le preguntaría a una persona tan asustada?

—Nómbrame cinco especies que generen neurotoxinas lo bastante potentes como para resultar efectivas en la punta de un dardo.

El chico, que había estado aguantando la respiración, dejó escapar el aliento con evidente alivio.

—Bueno, *Phyllobates aurotaenia*, por supuesto, más conocida como la rana de dardo envenenado. El pulpo de anillos azules, el *Conus marmoreus*, el taipán del interior y…, eeeh…, el escorpión amarillo.

—Excelente —lo felicitó Curie—. ¿Puedes añadir alguno más?

—Sí —respondió Noah—, pero dijo que sólo haría una pregunta.

—¿Y si te respondiera que he cambiado de idea y quiero seis en lugar de cinco?

Noah respiró hondo, aunque no contuvo el aliento.

—En ese caso, le contestaría con todo el respeto posible que no estaba siendo fiel a su palabra y que un segador está obligado a mantenerla.

La segadora Curie sonrió.

—¡Respuesta aceptable! ¡Muy bien!

Y pasó a Citra.

—Citra Terranova.

La chica se había percatado de que conocía los nombres de todos, pero, aun así, oírla pronunciar el suyo la impresionó.

—Sí, honorable segadora Curie.

La mujer se acercó a ella y se asomó a lo más profundo de sus ojos.

—¿Qué es lo peor que has hecho?

Citra estaba preparada para cualquier otra pregunta. Para cualquier pregunta menos para esa.

—¿Perdone?

—Es una pregunta muy sencilla, querida: ¿qué es lo peor que has hecho?

Citra apretó la mandíbula. Se le secó la boca. Conocía la respuesta. Ni siquiera tenía que pensárselo.

—¿Puedo tomarme un momento?

—Tómate el tiempo que necesites.

—Ha cometido tantos actos horribles que le cuesta elegir uno —soltó uno de los segadores presentes.

Risas por todas partes. En aquel momento, los odió a todos.

Ella no dejó de mirar a Curie a los ojos. A aquellos ojos grises que todo lo veían. Sabía que no podía eludir la pregunta.

—Cuando tenía ocho años —empezó—, le puse la zancadilla a una chica para que se cayera por las escaleras. Se rompió el cuello y tuvo que pasarse tres días en un centro de reanimación. Nunca le conté que había sido yo. Es lo peor que he hecho.

La segadora Curie asintió y esbozó una sonrisa compasiva.

—Estás mintiendo, querida —dijo entonces. Se volvió hacia la multitud y sacudió la cabeza, quizá con algo de pena—. La respuesta no es aceptable. —Se giró hacia ella—. Baja. El segador Faraday elegirá tu castigo.

La chica no discutió, ni siquiera insistió en que su historia fuera cierta. Porque no lo era. No tenía ni idea de cómo lo había averiguado Curie.

Regresó a su sitio, incapaz de mirar a Faraday; él tampoco le comentó nada.

Luego Curie pasó a Rowan, que parecía tan engreído que a Citra le entraron ganas de pegarle.

—Rowan Damisch, ¿qué te asusta? ¿Cuál es tu mayor temor?

Rowan no vaciló al responder. Se encogió de hombros y contestó:

—No me asusta nada.

Citra creyó no haberlo entendido bien. ¿De verdad había dicho que no le asustaba nada? ¿Se había vuelto loco?

—Puede que necesites tomarte otro momento antes de responder —le sugirió Curie, pero Rowan negó con la cabeza.

—No necesito más tiempo. Esa es mi respuesta. No voy a cambiarla.

Silencio absoluto en la sala. Citra advirtió que negaba con la cabeza sin querer… y entonces cayó en la cuenta de que lo hacía por ella, para que no tuviera que sufrir sola el castigo que la esperara, para que no sintiera que había quedado por detrás de él. Aunque seguía queriendo pegarle, ahora era por una razón completamente distinta.

—Bueno, hoy tenemos una novicia perfecta y un novicio sin miedo —comentó la segadora Curie, y suspiró—. Aun así, me temo que todo el mundo

teme algo, así que tu respuesta es, como seguro que ya sabes, inaceptable. —Aguardó, tal vez pensando que Rowan respondería ante aquello, cosa que no hizo. Sólo esperó a que la mujer le dijera—: Baja. El segador Faraday elegirá tu castigo.

El chico regresó con su compañera con toda la tranquilidad del mundo.

—¡Eres idiota! —le susurró ella.

El le dedicó el mismo encogimiento de hombros que a Curie.

—Supongo.

—¿Crees que no sé por qué lo has hecho?

—Quizá lo haya hecho porque así quedaré mejor en el siguiente cónclave. Puede que si hoy hubiese dado una respuesta demasiado buena, la siguiente pregunta fuera más difícil.

Citra sabía que era una lógica falsa e incorrecta. Rowan no pensaba así. En aquel instante, Faraday habló en tono tranquilo y controlado, aunque con una intensidad estremecedora:

—No deberías haber hecho eso.

—Aceptaré el castigo que crea más adecuado —respondió Rowan.

—No es por el castigo —le espetó él.

Llegados a ese punto, Curie ya había interrogado a unos cuantos novicios más. A uno lo envió a sentarse, los otros dos se quedaron.

—Puede que a la segadora Curie le parezca un gesto noble —sugirió el chico.

—Sí, igual que a todos los demás —repuso Faraday—. Los motivos pueden convertirse en armas con asombrosa facilidad.

—Lo que demuestra que eres idiota —le dijo Citra a su compañero, aunque él se limitó a sonreír como tal.

Creía que esa era la última palabra sobre el asunto y que el tema no volvería a surgir hasta que regresaran a casa, donde, sin duda, Faraday les encontraría un castigo irritante pero justo, a la altura del delito. Se equivocaba.

Después de traumatizar a los novicios, los segadores empezaron a perder la concentración. Se oía un murmullo constante mientras hablaban sobre sus planes para cenar, puesto que casi eran las siete. Los temas que quedaban por tratar interesaban poco a la gente: el mantenimiento del edificio o si los segadores tendrían o no que anunciar que reiniciaban el contador para que no resultara tan sorprendente cuando aparecieran en el siguiente cónclave con treinta años menos.

Cuando ya terminaban, una segadora se levantó y se dirigió a Xenocrates en voz alta. Era la que llevaba la túnica verde con esmeraldas bordadas, uno de los miembros de la camarilla de Goddard.

—Perdone, excelencia —empezó, aunque estaba claro que se dirigía a toda la asamblea y no sólo al sumo dalle—. Me inquieta este nuevo grupo de novicios. En concreto, los elegidos por el segador Faraday.

Tanto Citra como Rowan alzaron la vista. Faraday no. Parecía paralizado, con la cabeza gacha, casi como si meditara. O quizá como si se preparara para lo que estaba por venir.

—Por lo que yo sé, un segador nunca ha tomado a dos novicios para que compitieran por el anillo —continuó.

Xenocrates miró al parlamentario, que tenía jurisdicción en tales asuntos.

—No existe ninguna ley contra ello, segadora Rand —informó el parlamentario.

—Sí —reconoció ella—, pero está claro que la competición se ha convertido en camaradería. ¿Cómo vamos a saber quién es el mejor candidato si no dejan de apoyarse mutuamente?

—Tomamos nota de tu queja —respondió Xenocrates, pero la segadora Rand no había terminado:

—Propongo que, para asegurarnos de que la competición sea real, añadamos una pequeña condición.

El segador Faraday se puso en pie como si lo hubieran lanzado de la silla.

—¡Protesto! —gritó—. ¡Este cónclave no puede estipular cómo entreno a mis novicios! ¡Estoy en mi derecho de enseñarles, entrenarlos y disciplinarlos como considere oportuno!

Rand alzó las manos en un gesto de falsa magnanimidad.

—Sólo pretendo que tu decisión definitiva sea justa y honesta.

—¿Crees que puedes seducir a este cónclave con tus fruslerías y tu vanidad? No somos tan viles como para dejarnos deslumbrar por el brillo de las joyas.

—¿Cuál es tu propuesta, segadora Rand? —le pregunto Xenocrates.

—¡Protesto! —gritó Faraday.

—¡No puedes protestar por algo que todavía no he dicho!

Faraday se mordió la lengua y esperó.

Citra lo contemplaba todo como desde el exterior, como si se tratara de tenis y fuera punto de partido. Pero no era una mera observadora, ¿no? Era la pelota. Igual que Rowan.

—Propongo —declaró la segadora Rand con la destreza de un escorpión amarillo— que, cuando se confirme al ganador, el primer orden del día sea que ese ganador cribe al perdedor.

Se oyeron jadeos y gritos ahogados por toda la sala. Y (Citra no se lo podía creer) algunas risas y afirmaciones. Quería pensar que la mujer no hablaba en serio, que aquello era otra parte más de la prueba.

Faraday estaba tan encolerizado que no dijo nada. Ni siquiera encontraba las palabras correctas para protestar. Al final, dio rienda suelta a su furia, como una fuerza de la naturaleza, como una ola rompiendo contra la orilla:

—¡Esto va en contra de todo lo que somos! ¡De todo lo que hacemos! Cribar es nuestro trabajo, pero tú, el segador Goddard y todos sus discípulos ¡queréis convertir esto en un deporte sangriento!

—Tonterías —replicó Rand—. Tiene todo el sentido del mundo. La amenaza de la criba garantizará que gane el mejor de los dos.

Entonces, Citra, horrorizada, presenció cómo Xenocrates, en vez de descartarlo por ridículo, se volvía hacia el parlamentario y le preguntaba:

—¿Existe alguna regla en contra?

El parlamentario lo meditó.

—Como no existen precedentes de un doble noviciado —respondió—, tampoco existen reglas sobre cómo regularlo. La propuesta entra dentro de nuestras directrices.

—¿Directrices? —gritó Faraday—. ¿Directrices? ¡Nuestra única directriz debería ser la fibra moral! ¡El mero hecho de plantearse esta posibilidad es una barbarie!

—Oh, por favor —dijo Xenocrates con un gesto exagerado de la mano—. Ahórranos el melodrama, Faraday. Al fin y al cabo, esto es consecuencia directa de tu decisión de admitir a dos novicios, cuando con uno habría bastado.

En ese momento, el reloj empezó a dar las siete en punto.

—¡Exijo un debate completo y una votación! —suplicó Faraday, pero ya habían sonado tres campanadas y Xenocrates no le hizo caso.

—Hago uso de mi prerrogativa como sumo dalle para estipular que, en el caso de Rowan Damisch y Citra Terranova, el que derrote al otro tendrá que cribarlo cuando reciba su anillo. —Después dejó caer con fuerza su martillo sobre la tarima para cerrar la sesión y sellar su destino.

15

El espacio intermedio

La noche era sombría, y la lluvia que se deslizaba por las ventanas del tren distorsionó las luces de más allá hasta que ya no quedó ninguna. Rowan sabía que recorrían el campo, aunque, con tanta oscuridad, bien podría tratarse de una extensión de espacio sin aire.

—No lo haré —dijo al final Citra, rompiendo el silencio que los había envuelto desde que salieron del cónclave—. No pueden obligarme a hacerlo.

Faraday no pronunció palabra, ni siquiera la miró, así que Rowan decidió responder por él:

—Sí que pueden.

Por fin, Faraday los miró.

—Rowan está en lo cierto. Encontrarán el botón que te haga bailar a su ritmo y bailarás, por muy abominable que te parezca la melodía.

Citra le dio una patada al asiento que tenía delante.

—¿Cómo pueden ser tan horribles? ¿Y por qué nos odian tanto?

—No son todos —respondió Rowan—, y no creo que esto esté relacionado con nosotros…

Estaba claro que Faraday era un segador respetado y, aunque no se hubiera enfrentado directamente a Goddard aquel día, su opinión resultaba evidente. Goddard debía de considerarlo una amenaza; atacar a Rowan y a Citra era un disparo de advertencia.

—¿Y si fracasamos los dos? —sugirió Citra—. Si somos unos novicios lamentables, no podrán elegir a ninguno.

—Y, aun así, lo harán —respondió Faraday con una autoridad y una rotundidad que no dejaba lugar a dudas—. Por muy mal que lo hagáis, elegirán a uno de los dos, aunque sólo sea por el espectáculo. —Frunció el ceño, asqueado—. Y para sentar precedente.

—Seguro que Goddard cuenta con los amigos suficientes para asegurarse de que suceda —dijo Rowan—. Además, creo que tiene al sumo dalle de su lado.

—Sin duda —confirmó el segador con un suspiro cansado—. Nunca antes habían existido tantos engranajes ocultos en la Guadaña.

El chico cerró los ojos y deseó poder hacer lo mismo con la mente para ocultarse de sus pensamientos. «Dentro de ocho meses, Citra me matará —pensó—. O yo la mataré a ella». Y llamarlo criba no cambiaba el hecho de lo que era. Citra le importaba, pero ¿lo bastante como para renunciar a su vida y dejarla ganar? Ella no se haría a un lado para permitir que él ganara el anillo.

Cuando abrió los ojos, vio que la chica lo miraba, y no dejó de hacerlo.

—Rowan —empezó Citra—, pase lo que pase, quiero que sepas…

—No —la interrumpió él—. No lo hagas.

Y el resto del viaje transcurrió en silencio.

Citra, que no tenía un sueño demasiado profundo, se pasó la noche en vela después de que llegaran a casa. Las imágenes de los segadores que había visto en el cónclave se le aparecían hasta en el más leve atisbo de sueño y la despertaban de golpe. Los sabios, los intrigantes, los compasivos y aquellos a los que, al parecer, no les importaba nada. Una tarea tan delicada como podar a la raza humana no debería depender de las peculiaridades del carácter de cada uno. Se suponía que los segadores estaban por encima de las vilezas, igual que estaban por encima de la ley. En el caso de Faraday, así era. Si ella se convertía en segadora, seguiría su ejemplo. Y si no, daría igual porque estaría muerta.

Quizás hubiera cierta sabiduría retorcida en la decisión de obligar a uno a cribar al otro. El que ganara empezaría su vida de segador sumido en una pena absoluta y jamás olvidaría el precio de aquel anillo.

La mañana llegó sin gran ostentación. No era más que un día corriente, como cualquier otro. La lluvia había pasado y el sol se asomaba por detrás de las veloces nubes. Le tocaba a Rowan preparar el desayuno: huevos y patatas fritas. Nunca cocinaba las patatas lo bastante: Citra las llamaba patatas crujientes. Faraday no se quejaba si la comida que preparaban era de mala calidad, sino que se comía lo que le servían y tampoco toleraba que ellos se quejaran: el castigo por cocinar algo apenas comestible era tener que comérselo.

Citra comió aunque no tuviera hambre, aunque el mundo se hubiera desplazado de su eje. El desayuno era el desayuno. ¿Cómo se atrevía a seguir siendo tan común?

Cuando Faraday rompió el silencio, fue como si un ladrillo entrara volando por la ventana.

—Hoy saldré solo. Los dos os dedicaréis a vuestros estudios.

—Sí, segador Faraday —respondió Citra, y Rowan repitió lo mismo medio segundo después, como un eco.

—Para vosotros, nada ha cambiado.

La chica se quedó mirando sus cereales. Fue Rowan el que se atrevió a exponer lo obvio:

—Todo ha cambiado, señor.

Entonces, Faraday dijo algo enigmático que les daría que pensar mucho tiempo después:

—Quizá todo vuelva a cambiar de nuevo.

Y se fue.

El espacio entre Rowan y Citra se había convertido de golpe en un campo de minas. Se trataba de una peligrosa tierra de nadie que no prometía más que desgracia. Ya costaba lo suficiente recorrerlo cuando estaba allí Faraday, pero su ausencia los dejó sin nadie que navegara por el espacio intermedio.

Rowan se quedó en su habitación para estudiar allí, en vez de en el cuarto de las armas, en el que se habría sentido fatal con Citra sentada a su lado. Aun así, mantuvo la puerta abierta una rendija con la vana esperanza de que ella quisiera recortar la distancia. La oyó marcharse, probablemente a correr, y se pasó fuera un buen rato. Su forma de enfrentarse a la oscura incomodidad de su nueva situación era alejarse de todo aún más que Rowan.

Cuando regresó, el chico supo que no habría paz entre ellos, ni dentro de él, si no daba el primer paso para cruzar aquel campo de minas.

Se quedó un minuto frente a la puerta del dormitorio de Citra antes de conseguir reunir el valor suficiente para llamar.

—¿Qué quieres? —preguntó ella con la voz amortiguada por la puerta.

—¿Puedo entrar?

—No está cerrada.

El chico giró el pomo y abrió despacio. Ella estaba en el centro del cuarto con un cuchillo de cazador, practicando contra el aire vacío, como si combatiera fantasmas.

—Buena técnica —comentó Rowan, y luego añadió—: si estás pensando en enfrentarte a una manada de lobos furiosos.

—La habilidad es la habilidad, la uses o no —replicó ella mientras envainaba la hoja, la lanzaba sobre su escritorio y se apoyaba las manos en las caderas—. Bueno, ¿qué quieres?

—Sólo quería decirte que siento haberte acallado antes. En el tren, me refiero.

—Estaba barboteando —dijo ella, y se encogió de hombros—. Hiciste bien en mandarme callar.

El momento empezaba a volverse incómodo, así que Rowan fue al grano:

—¿Deberíamos hablar del asunto?

Citra le dio la espalda y se sentó en la cama, cogió un libro de anatomía y lo abrió como si pretendiera ponerse a estudiar. Ni siquiera se había dado cuenta de que lo sostenía al revés.

—¿De qué hay que hablar? O te mato o me matas. En cualquier caso, no quiero pensar en ello hasta que no me quede más remedio que hacerlo. —Le echó un vistazo al libro, lo puso del derecho y después renunció por completo a la farsa, lo cerró y lo tiró al suelo—. Sólo quiero estar sola, ¿vale?

A pesar de sus palabras, Rowan se sentó en el borde de la cama. Y como ella no le pidió que se fuera, se acercó un poco más. Citra lo observaba sin decir nada.

El joven quería tocarla, puede que acariciarle la mejilla, pero pensar en eso le recordaba a la comercial a la que cribaron de un solo toque. Qué veneno tan perverso. Quería besarla, no podía seguir negándolo. Llevaba varias semanas reprimiendo el impulso porque sabía que los segadores no lo tolerarían. Sin embargo, Faraday no estaba, y la tormenta política en la que se habían visto envueltos había limpiado la mesa de apuestas.

Entonces, para su sorpresa, fue Citra la que se abalanzó sobre él y lo besó, pillándolo completamente desprevenido.

—Ya está, ya lo hemos hecho —espetó la chica—. Ahora que ya nos lo hemos quitado de encima, puedes irte.

—¿Y si no quiero?

Ella vaciló lo bastante para dejar claro que quedarse era una clara posibilidad.

—En serio, ¿qué bien nos haría? —murmuró al final. Se apartó de él en la cama y se llevó las rodillas al pecho—. No me he enamorado de ti, Rowan. Y quiero que siga siendo así.

El chico se levantó y no se giró hacia ella hasta alcanzar la seguridad del umbral.

—No pasa nada, Citra —declaró—. Yo tampoco me he enamorado de ti.

16

El chico de la piscina

Había un segador a la puerta de la mansión del ejecutivo. En realidad, había cuatro, aunque los otros tres permanecieron detrás para cederle el liderazgo al de azul.

El ejecutivo estaba asustado (aterrado, de hecho), pero no había llegado a ser un hombre de éxito haciendo públicas sus emociones. Era una persona sagaz y un experto en poner cara de póquer. No se dejaría intimidar por la muerte que acudía a su puerta, por mucho que la túnica de la muerte estuviera tachonada de diamantes.

—Me sorprende que hayan llegado hasta aquí sin que me avisaran los guardias —comentó el ejecutivo con toda la tranquilidad del mundo.

—Te habrían alertado, pero los cribamos —respondió uno de los otros segadores, una mujer de verde con rasgos panasiáticos.

El hombre no permitió que aquella información lo atemorizara.

—Ah, así que necesitan que les proporcione su información personal para avisar a las familias.

—No del todo —respondió el segador jefe—. ¿Podemos entrar?

Y como el ejecutivo sabía que no tenía derecho a negarse, se hizo a un lado.

El segador de los diamantes y su arcoíris de subalternos lo siguieron mientras miraban en derredor para contemplar la sutil opulencia de la mansión.

—Soy el honorable segador Goddard. Estos son mis socios novatos, los segadores Volta, Chomsky y Rand.

—Bonitas túnicas —comentó el ejecutivo, que todavía era capaz de dominar su miedo.

—Gracias —contestó Goddard—. Veo que eres un hombre con gusto. Mis felicitaciones al decorador.

—La decoradora es mi mujer —respondió, y por dentro hizo una mueca porque, sin querer, había llamado la atención de los cribadores sobre ella.

El segador Volta (el de amarillo y rasgos áfricos) se paseaba por el vestíbulo asomándose por los arcos que daban a las otras zonas de la mansión.

—Un *feng shui* excelente —observó—. El flujo de la energía es muy importante en una casa tan grande.

—Supongo que habrá una piscina de buen tamaño —dijo el de la túnica del color de las llamas, salpicada de rubíes. El segador Chomsky. Era rubio, pálido y con aspecto de bruto.

El ejecutivo se preguntó si disfrutaban prolongando el encuentro. Cuanto más les seguía el juego, más poder les daba, así que dejó de parlotear para evitar que vieran cómo se hundía.

—¿Puedo preguntarles a qué se debe la visita?

El segador Goddard lo miró, pero no hizo caso de la pregunta. Les hizo un gesto a sus subordinados y dos de los tres se fueron. El de amarillo subió por las escaleras de caracol mientras la mujer de verde se disponía a explorar el resto de la planta baja. El pálido, el de naranja, se quedó cerca. Era el más grande y puede que el guardaespaldas del líder…, como si hubiera alguien tan estúpido como para atacar a un segador.

El ejecutivo se preguntó dónde estarían sus hijos en ese momento. ¿En el patio de atrás con la niñera? ¿Arriba? No estaba seguro, y no le gustaba nada que aquellos segadores vagaran por su casa sin que él pudiera verlos.

—¡Un momento! —exclamó—. Sean cuales sean sus intenciones, seguro que podemos llegar a un acuerdo. Saben quién soy, ¿no?

El segador Goddard examinaba una obra de arte expuesta en el vestíbulo en lugar de mirarlo a él.

—Alguien lo bastante rico como para poseer un Cézanne.

¿Sería posible que no lo supiera? ¿Que su presencia allí no fuera planeada, sino aleatoria? Se suponía que los segadores debían elegir a sus objetivos al azar, pero ¿tanto? Descubrió que la presa que contenía su miedo empezaba a agrietarse.

—Por favor —insistió el ejecutivo—. Soy Maxim Easley… ¿No le suena el nombre?

El segador le miró sin parecer reconocerlo. El que reaccionó fue el de la túnica de fuego:

—¿El propietario de Regenesis?

Goddard por fin lo entendió.

—Ah, ya, tu compañía es la segunda del mercado de reinicio.

—Pronto será la primera —presumió Easley sin pensar—. Cuando lancemos la tecnología que permite la regresión celular más allá de los veintiún años.

—Tengo amigos que han usado tus servidos. Yo todavía no he reiniciado nunca el contador.

—Podría ser el primero en usar oficialmente nuestro nuevo proceso.

Goddard se rio y se volvió hacia su socio.

—¿Me imaginas de adolescente?

—Ni de coña.

Cuanto más se divertían ellos, más horrorizado estaba Easley. No tenía sentido seguir ocultando su desesperación.

—Debe de haber algo que deseen, algo de valor que pueda ofrecerles…

Y, al fin, Goddard puso sus cartas sobre la mesa:

—Quiero su propiedad.

Easley resistió el impulso de preguntar: «¿Cómo dice?». La afirmación era cualquiera cosa menos ambigua. Se trataba de una exigencia audaz, pero Maxim Easley era un gran negociador.

—Tengo un garaje con más de una docena de vehículos de motor de la edad mortal. De valor incalculable, todos ellos. Puede quedarse con el que quiera. Puede quedárselos todos.

El segador se le acercó más y el hombre de pronto notó una hoja contra su cuello, a la derecha de su nuez. Ni siquiera había visto al segador sacarla; tan veloz era que el cuchillo parecía haber brotado de la nada junto a su yugular.

—Vamos a dejar clara una cosa —dijo con calma Goddard—. No hemos venido para regatear ni negociar. Somos segadores, lo que significa que, por ley, podemos quedarnos con lo que queramos. Si queremos arrebatar una vida, lo hacemos. Es así de simple. Aquí no tienes ningún poder. ¿Me explico?

Easley asintió, y la hoja estuvo a punto de cortarle la piel mientras lo hacía. Satisfecho, Goddard se la apartó del cuello.

—Una propiedad como esta debe necesitar un cuerpo de casa importante: limpiadores, jardineros, puede que incluso personal para el establo. ¿A cuántas personas tienes contratadas?

Easley intentó hablar, pero no le salía nada. Se aclaró la garganta y probó de nuevo:

—A doce —respondió—. Doce empleados a tiempo completo.

Entonces, la mujer de verde (la segadora Rand) salió de la cocina con un hombre al que había contratado hacía poco la mujer de Easley. Tenía poco más de veinte años, o eso parecía. El empresario no recordaba su nombre.

—¿Y quién es este? —preguntó Goddard.

—El chico de la piscina.

—El chico de la piscina —lo imitó Rand.

Goddard le hizo un gesto con la cabeza al fornido segador de naranja, que se acercó al joven, levantó una mano y le tocó la mejilla. El chico se desplomó y se golpeó la cabeza contra el mármol del suelo. Los ojos se le quedaron abiertos, pero sin vida. Lo habían cribado.

—¡Funciona! —exclamó el segador Chomsky, y se miró la mano—. Vale lo que el maestro de armas ha pagado por él, sin duda.

—Bueno —dijo Goddard—, aunque estamos en nuestro derecho de tomar todo lo que deseemos, soy un hombre justo. A cambio de esta preciosa propiedad, os ofreceré a tu familia, a ti y al personal que haya sobrevivido inmunidad por cada año que decidamos vivir aquí.

El alivio del ejecutivo fue intenso e inmediato. Qué curioso que alguien le robara la casa y que, a la vez, se sintiera tan agradecido, pensó.

—De rodillas —le ordenó Goddard, y él obedeció—. Bésalo.

Easley no vaciló: plantó los labios en el anillo con fuerza y sintió que el borde del engarce se le enganchaba en ellos.

—Ahora irás a tu despacho y dimitirás con efecto inmediato.

—¿Cómo dice? —preguntó Easley sin poder contenerse.

—Otra persona podrá ocuparse de tu puesto; seguro que hay más de uno deseoso de aprovechar la oportunidad.

Easley se levantó, con las piernas aún algo temblorosas.

—Pero…, pero ¿por qué? ¿No podrían dejarnos marchar a mi familia y a mí? No les molestaremos. No nos llevaremos nada más que la ropa que llevamos puesta. No volverán a vernos.

—Oh, mucho me temo que no podemos dejaros ir —respondió Goddard —. Necesito un nuevo chico de la piscina.

17

El séptimo mandamiento

Los golpes en la puerta principal despertaron a Citra y a Rowan en algún momento después de la medianoche. Salieron de sus dormitorios, se encontraron en la entrada y los dos miraron instintivamente hacia la puerta cerrada de Faraday. Citra giró el pomo, advirtió que no estaba cerrada con llave y la abrió lo justo para comprobar que el segador no se encontraba allí: nadie había dormido en su cama aquella noche.

Era poco habitual, aunque no inaudito, que estuviera fuera hasta tan tarde. No tenían ni idea de qué hacía en las pocas noches en las que regresaba a esas horas, ni tampoco se lo preguntaron. La curiosidad era una de las primeras víctimas del noviciado. Hacía mucho que habían aprendido que preferían permanecer en la ignorancia sobre algunos temas de la vida de un segador.

Seguían llamando a la puerta principal con insistencia; no se trataba de unos nudillos, sino de un puño entero.

—No pasa nada, se le olvidaron las llaves, ya está —dijo Rowan.

Era la explicación más sensata, ¿y no solía la explicación más sensata ser la correcta? Se acercaron a la puerta y se prepararon para la reprimenda.

«¿Cómo es que no me oíais llamar? —les regañaría—. Por lo que sé, hace doscientos años que no existen los sordos».

Sin embargo, cuando abrieron, no se enfrentaron al segador Faraday, sino a un par de agentes. Y tampoco eran agentes de la paz normales; eran miembros de la Guardia del Dalle, con el símbolo de la Guadaña claramente estampado en el pecho de sus uniformes.

—¿Citra Terranova y Rowan Damisch? —preguntó uno de ellos.

—¿Sí? —respondió Rowan. Dio un pasito para poner un hombro delante de Citra en una especie de postura protectora. A él le parecía caballeroso, pero a ella le resultó irritante.

—Vais a tener que venir con nosotros.

—¿Por qué? —inquirió Rowan—. ¿Qué está pasando?

—No estamos autorizados a contestar —respondió el segundo guardia.

Citra apartó a un lado el hombro protector de Rowan.

—Somos novicios de segador —indicó ella—, lo que significa que la Guardia del Dalle nos sirve a nosotros, no al revés. No tenéis derecho a llevarnos en contra de nuestra voluntad. —Lo que seguramente no era cierto, pero sirvió para que los guardias vacilaran.

En ese momento, oyeron una voz que salía de las sombras:

—Yo me encargo.

De la oscuridad surgió una figura conocida, totalmente fuera de lugar en el barrio de Faraday. La túnica dorada del sumo dalle no brillaba en la penumbra del umbral; parecía mate, casi marrón.

—Por favor, debéis acompañarme de inmediato. Enviaremos a alguien a por vuestras cosas.

Como Rowan estaba en pijama y Citra llevaba una bata, ninguno de los dos estaba demasiado dispuesto a obedecer, aunque ambos tenían la sensación de que su ropa de dormir era la menor de sus preocupaciones.

—¿Dónde está el segador Faraday? —preguntó Rowan.

El sumo dalle respiro hondo y suspiró.

—Invocó el séptimo mandamiento —contestó Xenocrates—. El segador Faraday se ha cribado.

El sumo dalle era un manojo hinchado de contradicciones. Llevaba una túnica de rico brocado barroco, aunque calzaba unas pantuflas raídas y deshilachadas. Vivía en una sencilla cabaña de troncos que, sin embargo, había reconstruido en la azotea del edificio más alto de Fulcrum City. Sus muebles eran una mezcla de piezas cochambrosas de tiendas de segunda mano, pero el suelo que tenían debajo estaba cubierto de tapices dignos de un museo y podían poseer un valor incalculable.

—No sabéis cuánto lo siento —les dijo a Rowan y a Citra, que seguían demasiado conmocionados para hacerse a la idea de lo sucedido.

Ya era por la mañana; los tres habían viajado en un hipertrén privado hasta la ciudad y en ese momento se encontraban sentados a un pequeño escritorio de madera que daba al cuidado césped que acababa en una simple cornisa y una caída de setenta plantas. El sumo dalle no quería que nada le tapara la vista…, y merecía la pena el tiempo y el coste de la reanimación si alguien era tan estúpido como para caerse por el borde.

—Siempre es algo terrible que nos deje un segador —se lamentaba Xenocrates—, sobre todo uno tan respetado como Faraday.

El sumo dalle contaba con un séquito completo de ayudantes y lacayos en el mundo exterior para asistirlo en sus negocios, pero allí, en su casa, no tenía ni un solo empleado. Otra contradicción más. Él mismo les había preparado el té que les estaba sirviendo y para el que les ofreció leche, pero no azúcar.

Rowan se lo bebía poco a poco, pero Citra rechazaba cualquier gesto amable del hombre, por pequeño que fuera.

—Era un gran segador y un buen amigo —añadió Xenocrates—. Se le echará mucho de menos.

Era imposible saber hasta qué punto era sincero. Como todo lo demás que le rodeaba, sus palabras parecían a la vez sinceras y falsas.

Les había contado los detalles del fallecimiento de Faraday durante el viaje en hipertrén. Aproximadamente a las diez y cuarto de la noche anterior, el segador estaba en un andén de tren local. Entonces, al acercarse el transporte, se lanzó a las vías. Había varios testigos; probablemente, todos muy aliviados al presenciar que el segador se cribaba en lugar de cribarlos a ellos.

De haber sido cualquier otra persona y no un segador, su cuerpo roto habría acabado en el centro de reanimación más cercano, pero las reglas para ellos eran muy claras: no habría reanimación.

—Pero no tiene sentido —objetó Citra, que luchaba, con poco éxito, por reprimir las lágrimas—. Él no habría hecho algo semejante. Se tomaba su responsabilidad como segador (y como mentor) muy en serio. No puedo creer que se rindiera así, sin más…

Rowan guardó silencio sobre el asunto, a la espera de la respuesta del sumo dalle.

—En realidad, tiene todo el sentido del mundo —contestó este, y le dio un trago interminable al té antes de volver a hablar—: Lo tradicional es que, cuando un mentor se criba, se corte el vínculo con su novicio.

Citra ahogó un grito al comprender las implicaciones.

—Lo hizo para evitar que uno de vosotros tenga que cribar al otro —concluyó Xenocrates.

—Lo que significa que es culpa suya —apuntó Rowan, y luego añadió con una pizca de mofa—: su excelencia.

El sumo dalle se enderezó.

—Si te refieres a la decisión de que compitáis a muerte, no fue idea mía —se defendió—. Yo no hacía más que cumplir con la voluntad de la Guadaña y, si te soy sincero, lo que insinúas me ofende.

—No llegamos a escuchar la voluntad de la Guadaña —le recordó Rowan — porque no hubo votación.

Xenocrates se levantó.

—Lamento vuestra pérdida. —Y dio por terminada la conversación.

No obstante, no era sólo la pérdida de Citra y Rowan, sino la pérdida de toda la organización, y el sumo dalle lo sabía, lo dijera o no.

—Entonces, ¿se acabó? —preguntó Citra—. ¿Nos vamos a casa?

—No exactamente —respondió Xenocrates. Ahora sí que no los miraba a los ojos—. Aunque lo tradicional es que los novicios de los segadores muertos queden libres, otro segador puede presentarse voluntario para continuar con la formación. Es poco común, pero sucede.

—¿Usted? —balbució ella—. ¿Se ha ofrecido a entrenarnos?

Fue Rowan el que advirtió la verdad en sus ojos.

—No, no es él. Es otro…

—Mis responsabilidades como sumo dalle me impedirían ocuparme de vosotros. Aun así, deberíais sentiros halagados, puesto que no uno, sino dos segadores se han ofrecido. Uno para cada uno.

Citra negó con la cabeza.

—¡No! ¡Nos comprometimos con el segador Faraday y con nadie más! ¡Murió por nosotros, para que quedáramos libres!

—Me temo que ya he dado mi bendición, así que el asunto está zanjado. —Después se dirigió a cada uno de ellos—: Tú, Citra, te convertirás en la novicia de la honorable segadora Curie…

Rowan cerró los ojos. Sabía lo que venía a continuación, incluso antes de que Xenocrates pronunciara las palabras.

—Y tú, Rowan, completarás tu formación en las capaces manos del honorable segador Goddard.

18

La Cascada

En el extremo oriental de Midmérica, cerca de la frontera con Estemérica, había una casa por debajo de la que circulaba un río que se derramaba desde sus cimientos formando una cascada.

—La diseñó un arquitecto muy conocido de la edad mortal —le explicó Curie a Citra cuando la condujo por una pasarela hasta la puerta principal—. La casa estaba abandonada; como podrás imaginar, un lugar como este no sobreviviría sin atención constante. Se encontraba en unas condiciones lamentables y a nadie le importaba lo suficiente como para conservarla. Sólo la presencia de una segadora atraería los fondos necesarios para salvarla. Ahora ha recuperado su antigua gloria. —Abrió la puerta y dejó que Citra entrara primero—. Bienvenida a la Casa de la Cascada.

La planta principal era una enorme habitación abierta con suelo de piedra pulida, muebles de madera, una chimenea enorme y ventanas. Muchas ventanas. La cascada estaba justo debajo de una enorme terraza. El sonido del agua que discurría bajo la casa y descendía por la caída era un ruido blanco continuo, aunque relajante.

—Nunca había estado en una casa con nombre —comentó Citra mientras miraba a su alrededor, haciendo lo que podía por no parecer impresionada—. Pero es algo excesiva, ¿no? Sobre todo para un segador. ¿No se supone que deben llevar vidas sencillas? —Sabía que su comentario podría enfadar a Curie, pero le daba igual. Su presencia allí significaba que la muerte de Faraday no había servido para nada. Una casa preciosa no era consuelo.

La segadora no respondió con ira, sino que se limitó a decir:

—No vivo aquí por su extravagancia; es el único modo de preservar este sitio.

La decoración parecía haberse quedado congelada en el siglo XX, cuando construyeron la vivienda. Los únicos atisbos de modernización eran unas cuantas interfaces de ordenador muy sencillas en esquinas discretas. Hasta la cocina recordaba a tiempos pretéritos.

—Ven, te enseñaré tu cuarto.

Subieron por unas escaleras que estaban alineadas a la izquierda y compuestas por láminas de granito en capas; el eco de los pasos retumbaba en la multitud de estantes con libros de la derecha. La primera planta la ocupaba en su totalidad el dormitorio de la segadora. En la segunda había un dormitorio más pequeño y un estudio. El dormitorio tenía muebles sencillos y, como el resto de la casa, contaba con unas ventanas enormes con marcos de cedro pulido que envolvían dos paredes enteras. Citra tenía la impresión de haber subido a la casita de un árbol; tales eran las vistas del bosque. Le gustaba. Y odiaba que le gustara.

—Sabe que no quiero estar aquí —comentó.

—Por fin un poquito de sinceridad por tu parte —observó Curie con una leve sonrisa.

—Además, sé que no le gusto —añadió Citra—. ¿Por qué me acogió?

La segadora la miró con aquellos ojos grises tan fríos e inescrutables.

—Que me gustes o no es irrelevante —dijo—. Tengo mis razones.

Y dejó sola a la chica en su cuarto sin tan siquiera despedirse.

Citra no recordaba haberse quedado dormida. No se había parado a pensar en lo cansada que estaba. Recordaba haberse tumbado en el edredón mientras contemplaba los árboles, escuchando el eterno rugido del río de abajo y preguntándose si el sonido acabaría pasando de calmante a insoportable. Cuando abrió los ojos y se encontró con una incandescencia absoluta, tuvo que entornarlos para ver a Curie, que estaba de pie en el umbral, junto al interruptor de la luz. Fuera había oscurecido. Más que oscuridad, era la ausencia de luz, como en el espacio. Todavía oía el río, aunque ni siquiera se intuían los árboles.

—¿Se te ha olvidado la cena? —preguntó Curie.

Citra se levantó sin hacer caso del repentino vértigo.

—Debería haberme despertado usted.

—Creo que acabo de hacerlo —repuso la segadora con una sonrisa.

La chica bajó las escaleras en dirección a la cocina. La segadora la dejó pasar delante y entonces se dio cuenta de que no recordaba el camino. La casa era un laberinto. Dobló unas cuantas esquinas que no eran; la segadora no la corrigió, sólo esperó a que la chica encontrara la cocina por su cuenta.

¿Qué querría para comer aquella mujer?, se preguntó Citra. ¿Aceptaría en silencio cualquier cosa que le preparara, como Faraday? Pensar en el segador

la entristeció y después la enfadó, aunque no sabía bien con quién enfadarse, así que la rabia empezó a enconársele dentro.

Llegó a la planta baja dispuesta a evaluar los contenidos de la despensa y el frigorífico. No obstante, comprobó con sorpresa que la mesa estaba puesta para dos y que había unos humeantes platos de comida sobre ella.

—Me apetecía *hasenpfeffer* —dijo la segadora—. Creo que te va a gustar.

—No sé lo que es eso.

—Mejor que no lo sepas.

La segadora se sentó e invitó a Citra a imitarla. Pero esta no estaba del todo lista porque todavía se preguntaba si no sería una trampa.

Curie metió la cuchara en el sustancioso estofado, aunque se detuvo al ver que la chica seguía de pie.

—¿Estás esperando una invitación formal? —inquirió.

La joven no sabía si la mujer estaba irritada o si le hacía gracia.

—Soy una novicia. ¿Por qué iba a cocinar para mí?

—No lo he hecho. Cociné para mí. Daba la casualidad de que tu ruidoso estómago estaba en las inmediaciones.

Al final, la chica se sentó y probó el estofado. Sabroso. Un poco fuerte, pero no estaba mal. El dulzor de las zanahorias glaseadas compensaba un poco la intensidad de la carne de caza.

—La vida de los segadores sería horrible si no nos permitiéramos el placer culpable de una afición. La mía es la cocina.

—Está bueno —reconoció Citra—. Gracias.

Comieron sin decir mucho más. La chica se sentía rara sin servir de algo en la mesa, así que se levantó y volvió a llenarle el vaso de agua a la segadora. Faraday no tenía aficiones o, al menos, no se las confesó a ellos.

Al pensar en Rowan, le tembló la mano y derramó un poco de agua en la mesa.

—Lo siento, segadora Curie.

Cogió su servilleta y secó todo antes de que se extendiera.

—Vas a necesitar una mano más firme si quieres ser segadora.

De nuevo, la chica no supo si lo decía en serio o con ironía. Le costaba más leer sus ojos que los de Faraday y, además, interpretar los actos de la gente no era su punto fuerte, ni de lejos. No se percató hasta después de pasar un tiempo con Rowan de que, a su discreta manera, era un maestro de la observación. Citra tuvo que recordarse que ella poseía otras habilidades: velocidad y decisión, coordinación. Tendría que emplearlas si quería…

No pudo terminar la idea; no se lo permitió. El territorio al que conducía seguía siendo demasiado horrible para considerarlo.

Por la mañana, Curie preparó tortitas de arándanos azules y después salieron a cribar.

Mientras que Faraday siempre revisaba sus notas sobre el sujeto elegido y empleaba el transporte público, la segadora tenía un deportivo de la vieja escuela cuya conducción requería bastante habilidad, y más en una serpenteante carretera de montaña.

—Este Porsche fue un regalo de un vendedor de coches antiguos —le explicó a la chica.

—¿Quería la inmunidad? —preguntó ella, suponiendo que esa sería la intención del hombre.

—Todo lo contrario. Yo acababa de cribar a su padre, así que ya tenía la inmunidad.

—Espere. ¿Usted cribó a su padre y él le regaló un coche?

—Sí.

—¿Es que odiaba a su padre?

—No, lo quería mucho.

—¿Me estoy perdiendo algo?

La carretera que tenían delante se enderezó, Curie cambió de marcha y aceleraron.

—Agradecía el consuelo que le ofrecí después de la criba —le contó a Citra—. El verdadero consuelo vale su peso en oro.

Aun así, la chica no terminaba de entenderlo… ni lo haría hasta bastante después, aquella misma noche.

A la hora de comer llegaron a una ciudad que estaba a cientos de kilómentros.

—Algunos segadores prefieren las ciudades grandes; yo, las más pequeñas —explicó Curie—. Ciudades en las que quizá no se haya producido una criba desde hace años.

—¿A quién vamos a cribar? —quiso saber Citra mientras buscaban aparcamiento, uno de los inconvenientes de tener un coche desconectado de la red.

—Lo averiguarás cuando llegue el momento.

Aparcaron en una calle principal y después caminaron (no, pasearon) por ella. Había gente, pero no estaba abarrotada. El ritmo relajado de la segadora

incomodaba a la novicia, aunque no estaba segura del porqué. Se le ocurrió que, cuando iba a cribar con Faraday, el hombre siempre estaba concentrado en su destino, y su destino era una persona, no un lugar. El sujeto. El alma que iba a cribar. Aunque fuera terrible, de algún modo le hacía sentir más segura. Con Faraday, su empresa tenía un fin tangible. Pero nada en la conducta de Curie indicaba premeditación. Y había una razón para ello.

—Sé una estudiante de la observación —le aconsejó la mujer.

—Si quería a alguien observador, debería haber elegido a Rowan.

La segadora no le hizo caso.

—Examina los rostros de la gente, sus ojos, cómo se mueve.

—¿Qué estoy buscando?

—La sensación de que llevan aquí demasiado tiempo. De que están listos para… concluir, lo sepan o no.

—Creía que no se nos permitía discriminar por edad.

—No se trata de edad, sino de estancamiento. Hay quien se estanca antes de reiniciar el contador por primera vez. Otros pueden tardar cientos de años.

Citra examinó a las personas que se movían a su alrededor, todas intentando evitar mirarlas a los ojos y alejarse de la segadora y su novicia lo más deprisa posible, aunque siempre procurando que no fuera demasiado obvio. Una pareja que salía de una cafetería, un hombre de negocios con su teléfono, una mujer que empezaba a cruzar la calle antes de que se pusiera en verde, pero que después retrocedía, a lo mejor por miedo a que esa imprudencia la llevara a la criba.

—No veo nada en nadie —comentó Citra, irritada tanto por la tarea como por su incapacidad para llevarla a cabo.

Un grupo de personas salió de un edificio de oficinas, quizás el más alto de la ciudad, con unas diez plantas. Curie se fijó en un hombre. Le cambió la expresión, que se tornó casi depredadora, mientras lo seguía de lejos con Citra.

—¿Ves la postura de los hombros, como si cargara con un peso invisible?

—No.

—¿Ves cómo camina, con algo menos de intensidad que los que lo rodean?

—No.

—¿Ves que lleva los zapatos rozados, como si ya no le importara?

—Puede que tenga un mal día —sugirió Citra.

—Sí, puede —reconoció Curie—, pero decido creer lo contrario.

Se acercaron más al hombre, que no parecía ser consciente de que lo acosaban.

—Lo único que me falta es verle los ojos para asegurarme —dijo la segadora.

Curie le tocó el hombro, él se giró y se miraron fijamente una fracción de segundo. Después, el hombre jadeó…

… porque la hoja de la segadora ya se le había introducido bajo las costillas y le había atravesado el corazón. Había sido tan rápida que Citra ni siquiera la vio hacerlo. Ni siquiera la vio sacar la hoja.

La mujer no ofreció respuesta a la horrible sorpresa del hombre; no le dijo nada. Se limitó a sacar el cuchillo y el hombre cayó. Estaba muerto antes de tocar la acera. A su alrededor, la gente dejaba escapar gritos ahogados y se alejaba a toda prisa, aunque no demasiado, lo justo para poder observarlo todo a una distancia segura. La muerte era algo desconocido para la mayoría. Necesitaba existir en su propia burbuja, siempre que ellos pudieran permanecer al otro lado y asomarse al interior.

La segadora limpió la hoja con una gamuza del mismo color lavanda que su túnica, y entonces fue cuando Citra perdió el control:

—¡No le avisó antes! —le espetó—. ¿Cómo ha podido hacerlo? ¡Ni siquiera lo conocía! ¡Ni siquiera le dejó prepararse!

La nube de rabia que emanó de la segadora Curie fue tan potente que era casi visible, y Citra supo que había cometido un terrible error.

—¡¡¡Al suelo!!! —chilló Curie tan fuerte que el eco rebotó una y otra vez entre los edificios de la calle.

Citra se hincó de rodillas al instante.

—¡¡¡La cara sobre la acera!!! ¡¡¡Ahora!!!

La chica obedeció, su furia apagada por el miedo. Se postró en el suelo con las piernas separadas y la mejilla derecha contra el pavimento, que ardía por culpa del sol. Ahora veía al hombre muerto, que estaba a pocos centímetros de ella y cuyos ojos, a pesar de encontrarse vacíos, no dejaban de contemplarla. ¿Cómo podían unos ojos sin vida seguir mirando?

—¡¡¿Te atreves a decirme cómo desempeñar mi tarea?!!

Era como si el mundo se hubiera paralizado a su alrededor.

—¡¡¡Te disculparás por tu insolencia y recibirás tu castigo!!!

—Lo siento, segadora Curie.

Al oír mencionar el nombre de Curie, un murmullo surgió de los mirones: era legendaria en todas partes.

—¡¡¡Convénceme!!!

—Lo siento muchísimo, segadora Curie —insistió Citra en voz más alta, gritándoselo a la cara del muerto—. Jamás volveré a faltarle el respeto.

—Levanta.

La segadora ya no hervía de rabia. La chica se puso de pie, furiosa con sus piernas por ser tan débiles, puesto que le temblaban, y furiosa con sus ojos por su incontinencia, ya que derramaban lágrimas que ojalá se evaporaran antes de que las advirtiera la mujer o cualquiera de los presentes.

La mundialmente conocida como Gran Dama de la Muerte se volvió, y su novicia la siguió humillada, renqueante, deseando poder quitarle el cuchillo y clavárselo en la espalda… Y, después, furiosa consigo misma por haber pensado semejante cosa.

Entraron en el coche y dejaron atrás la acera. Sólo cuando estuvieron a una manzana de distancia, volvió a hablar Curie:

—Bueno, ahora tu tarea consistirá en identificar al hombre, encontrar a sus parientes directos e invitarlos a la Casa de la Cascada para que pueda concederles la inmunidad. —Hablaba sin el menor rastro de la furia de hacía unos instantes.

—¿Q-qué?

Era como si la escena de la calle no hubiera sucedido. Aquello pilló a Citra desprevenida… y un poco mareada, como si le hubieran sacado todo el aire al vehículo.

—Tengo cuarenta y ocho horas para concederles la inmunidad. Me gustaría reunirlos en mi casa esta noche.

—Pero…, pero ahí atrás…, cuando me tenía en el suelo…

—¿Sí?

—Y estaba tan enfadada…

La segadora suspiró.

—Hay una imagen que mantener, querida. Me has desafiado en público, así que no me quedó otra opción que ponerte en tu sitio. En el futuro, es necesario que te guardes tus opiniones hasta que estemos solas.

—Entonces, ¿no está enfadada?

Curie meditó la pregunta.

—Estoy molesta —respondió—, pero, bueno, debería haberte advertido sobre lo que iba a hacer. Tu reacción fue… justificada. Igual que sus consecuencias.

Incluso en aquel extremo de la montaña rusa emocional, Citra tuvo que reconocer que la mujer tenía razón: los novicios debían mantener cierto decoro. Otro segador podría haber elegido un castigo mucho más duro.

Regresaron dando una vuelta y Curie dejó a Citra en un callejón a una manzana del lugar de la criba. Tenía una hora para encontrar a la familia y extenderles la invitación.

—Y si vive solo, tanto tu trabajo como el mío serán más sencillos —comentó la segadora.

La novicia dudaba que hubiera algo sencillo en una criba.

Su nombre era Barton Breen. Había reiniciado el contador muchas veces, había sido padre de más de veinte hijos a lo largo de los años, algunos de los cuales ya tenían más de un siglo. En aquel momento, su familia la formaban su mujer más reciente y sus tres hijos menores. Ellos serían los que recibieran inmunidad durante un año.

—¿Y si no vienen? —le preguntó Citra a Curie de camino a casa.

—Siempre vienen.

Y estaba en lo cierto. Llegaron poco después de las ocho de la tarde, sombríos y conmocionados. La segadora les pidió que se arrodillaran en la misma puerta para besarle el anillo y concederles la inmunidad. Después, entre las dos les sirvieron la cena que había preparado Curie. Comida para el consuelo: estofado, judías verdes y puré de patatas con ajo. Se notaba que la familia no tenía hambre, pero comieron por obligación.

—Háblame de tu marido —le pidió la segadora a la mujer con voz amable y sincera.

Aunque al principio parecía reacia a contar demasiado, pronto no pudo parar de hablar de la vida de su marido. Los críos no tardaron en unirse con sus recuerdos. El hombre pasó rápidamente de ser un sujeto anónimo que encontraron por la calle a un individuo cuya vida incluso Citra empezó a echar de menos, a pesar de no haberlo conocido.

Y Curie escuchó —escuchó de verdad— como si pretendiera memorizar todo lo que le contaban. En más de una ocasión se le humedecieron los ojos, reflejo de las lágrimas de la familia.

Y entonces la segadora hizo algo muy extraño: se sacó de la túnica la hoja con la que le había quitado la vida al hombre y la dejó sobre la mesa.

—Puedes quitarme la vida, si lo deseas —le dijo a la mujer.

La interpelada se quedó mirándola sin comprender.

—Es lo más justo. Te he arrebatado a tu marido y a ellos les he arrebatado a su padre. Seguro que me desprecias por ello.

La mujer miró a Citra, como si ella supiera qué hacer, pero la chica se encogió de hombros, igual de sorprendida por la oferta.

—Pero… atacar a un segador se castiga con la criba.

—No si cuentas con el permiso del segador. Además, ya has recibido la inmunidad. Te prometo que no habrá castigo.

El cuchillo seguía en la mesa, entre ellas, y de repente Citra se sintió como los peatones que habían sido testigos de la criba: paralizada al otro lado de un horizonte de sucesos impensables.

Curie sonrió con auténtico cariño.

—No pasa nada. Si me atacas ahora, mi novicia me llevará al centro de reanimación más cercano y en un par de días estaré como nueva.

La mujer contempló el cuchillo y los niños, a su madre.

—No, no será necesario —dijo al final.

Curie guardó el cuchillo.

—Bueno, en tal caso, a por el postre.

Y la familia devoró la tarta de chocolate con una pasión que no habían demostrado por el resto de la comida, como si les hubieran quitado un gran peso de encima.

Una vez que se hubieron marchado, Curie ayudó a Citra con los platos.

—Cuando seas segadora —empezó—, seguro que no harás las cosas a mi manera. Ni tampoco a la manera de Faraday. Encontrarás tu propio camino. Puede que eso no te procure la redención, puede que ni siquiera te procure la paz, pero evitará que te odies.

Entonces, Citra le hizo una pregunta que ya le había planteado antes, porque esta vez sospechaba que quizás obtuviera respuesta:

—¿Por qué me acogió, señoría?

La segadora lavó un plato, Citra lo secó y, por fin, Curie dijo algo muy extraño:

—¿Alguna vez has oído hablar de un «deporte» llamado pelea de gallos?

La novicia negó con la cabeza.

—En la edad mortal, los indeseables cogían a dos gallos, los metían en una pequeña arena y observaban cómo se peleaban a muerte mientras apostaban por el resultado.

—¿Y eso era legal?

—No, pero la gente lo hacía de todos modos. La vida antes del Nimbo era una mezcla de extrañas atrocidades. Lo que no te han contado es que el

segador Goddard se ofreció a acogeros tanto a Rowan como a ti.

—¿Se ofreció para hacerse cargo de los dos?

—Sí. Y yo sabía que sólo lo hacía para poder enfrentaros un día tras otro y divertirse a vuestra costa, como en una pelea de gallos. Así que intervine y me ofrecí para acogerte, quise evitaros a los dos la sangrienta arena de Goddard.

Citra asintió, lo comprendía, aunque decidió no comentar que no les había ahorrado pelea alguna: todavía se enfrentaban a una lucha mortal. Nada cambiaría eso.

Intentó imaginarse lo que habría sucedido si Curie no hubiera dado aquel paso. La idea de continuar junto a Rowan no resultaba tan atractiva al saber en manos de quién habrían estado. Ni siquiera quería imaginarse cómo se las estaría apañando su amigo con Goddard.

Como aquello se había convertido en una noche de respuestas, la chica se atrevió a hacer la pregunta que había planteado de un modo tan poco apropiado en la calle, antes de que el cadáver del hombre se hubiera enfriado:

—¿Por qué cribó a ese hombre sin previo aviso? ¿No se merecía al menos un momento de comprensión antes de la hoja?

Esta vez, a la segadora no le ofendió la pregunta.

—Cada segador tiene su método. Este es el mío. En la Era de la Mortalidad, la muerte a menudo llegaba sin previo aviso. Nuestro deber es imitar lo que hemos robado a la naturaleza, y esa es la faceta de la muerte que he decidido recrear. Mis cribas siempre son instantáneas y públicas para que la gente no olvide lo que hacemos y por qué debemos hacerlo.

—Pero ¿qué pasó con la segadora que cribó al presidente? ¿La heroína que perseguía la corrupción corporativa que ni siquiera el Nimbo logró erradicar? Creía que la Gran Dama de la Muerte siempre cribaba con un propósito elevado.

Una sombra cubrió el rostro de Curie durante un instante, el fantasma de una tristeza que Citra ni siquiera lograba imaginar.

—Creías mal.

19

Un acto abominable

Citra no sabía bien qué la llevó a sacar el tema de la pregunta que Curie le había planteado en el cónclave. Quizá fuera la inesperada cercanía que sintió con la segadora tras verla alimentar a la familia de luto y escuchar —escuchar de verdad— sus historias sobre el hombre al que había cribado.

Aquella noche, Curie entró en el dormitorio de la chica con sábanas limpias. Hicieron la cama juntas.

—En el cónclave me acusó de mentir —dijo Citra justo al terminar.

—Mentías.

—¿Cómo lo supo?

La mujer no sonrió, aunque tampoco la juzgó.

—Cuando has vivido casi doscientos años, algunas cosas resultan obvias. —Le lanzó a Citra una almohada y ella la metió dentro de su funda.

—No empujé a esa chica por las escaleras —confesó.

—Eso sospechaba.

La joven aferraba la almohada con fuerza. De haber estado viva, la habría asfixiado.

—No la empujé por las escaleras, sino delante de un camión en marcha. —Se sentó y le dio la espalda a Curie. No podía mirar a la mujer a la cara y ahora se arrepentía de haber confesado su oscuro secreto de la infancia. Si la Gran Dama de la Muerte te ve como un monstruo, ¿qué clase de monstruo eres?

—Es un acto abominable —comentó la segadora con voz tranquila, no horrorizada—. ¿Murió?

—Al instante —reconoció—. Estaba de vuelta en clase tres días después, claro, pero eso no cambia lo que hice… Y lo peor es que nadie lo supo. La gente creía que había tropezado y los demás críos se reían de ella; ya sabe lo gracioso que es cuando alguien acaba morturiento por su torpeza. Pero no había sido un accidente y nadie lo sabía. Nadie me vio hacerlo. Y, cuando regresó, ni siquiera ella lo sabía. —Citra se obligó a mirar a la Gran Dama de la Muerte, que estaba sentada en una silla al otro lado de la habitación,

observándola con esos ojos grises suyos tan invasivos—. Me preguntó por lo peor que había hecho. Ahora ya lo sabe.

La segadora no habló al instante. Se quedó allí sentada, alargando el momento.

—Bueno —contestó al fin—, vamos a tener que hacer algo al respecto.

Rhonda Flowers estaba en pleno aperitivo de media tarde cuando llamaron a la puerta. No le dio mayor importancia hasta unos momentos después, cuando levantó la vista y vio a su madre de pie en el umbral de la cocina, con cara de angustia profunda, y supo que algo iba muy mal.

—Quieren…, quieren verte —anunció.

Rhonda sorbió los fideos del ramen que le colgaban de la boca y se levantó.

—¿Quiénes?

La mujer no respondió, sino que le dio un abrazo de oso y se deshizo en lágrimas. Entonces, por encima del hombro de su madre, Rhonda las vio: una chica más o menos de su edad y una mujer con una prenda color lavanda…, como las túnicas de los segadores.

—Sé valiente… —le susurró su madre al oído, desesperada.

No obstante, la valentía estaba tan lejos como el terror. No había tiempo para reunir ni fortaleza ni miedo. Lo único que notaba era un repentino cosquilleo en las extremidades y la sensación de estar muy lejos, como en un sueño, como si observara una escena de la vida de otra persona. Dejó a su madre y se acercó a la puerta, donde esperaban las dos figuras.

—¿Querían verme?

La segadora, una mujer de sedoso pelo plateado y mirada de acero, sonrió. Rhonda jamás habría creído que un segador pudiera sonreír. En las raras ocasiones en que se había cruzado con uno, siempre parecían muy sombríos.

—Yo no, pero mi novicia sí —dijo la mujer mientras señalaba a la chica.

Aun así, Rhonda no conseguía apartar la mirada de la segadora.

—¿Su novicia va a cribarme?

—No hemos venido a cribar —respondió la chica.

Después de aquello, brotó el terror que Rhonda debía haber sentido antes. Se le llenaron los ojos de lágrimas y se las limpió deprisa mientras llegaba el alivio.

—Podrían habérselo dicho a mi madre —protestó, y se volvió hacia ella para calmarla—. No pasa nada, no han venido a cribar.

Después salió fuera y cerró la puerta, puesto que sabía que, de otro modo, su madre pegaría la oreja para enterarse de lo que sucedía. Había oído que los segadores viajeros aparecían en las casas de la gente para pedir comida y cobijo para pasar la noche. O, a veces, necesitaban información de alguien por razones que sólo ellos conocían. ¿Por qué querrían hablar con ella?

—Es probable que no te acuerdes de mí —comenzó la chica—, pero íbamos juntas al colegio hace años, antes de que te mudaras aquí.

Mientras Rhonda examinaba el rostro de la visitante, surgió un recuerdo lejano e intentó dar con un nombre:

—Cindy algo, ¿no?

—Citra. Citra Terranova.

—Ah, sí.

Y la situación se volvió incómoda. Como si estar de pie en tu porche con una segadora y su novicia no fuera ya lo bastante incómodo de por sí.

—Bueno…, ¿qué puedo hacer por ustedes…, sus señorías? —No estaba segura de si un aprendiz se merecía el título de «su señoría», pero prefería pecar por exceso de respeto que por defecto. Ahora que había tenido tiempo para asimilar aquel rostro y meditar sobre el nombre, Rhonda la recordaba. Y recordaba que no se habían caído demasiado bien.

—Verás, ¿recuerdas el día que te caíste delante del camión?

Rhonda se encogió de hombros sin querer.

—¿Cómo iba a olvidarlo? Cuando regresé a clase del centro de reanimación, todos se pasaron varios meses llamándome Rhonda Papilla.

El atropello del camión quizá fuera lo más molesto que le había pasado en la vida. Estuvo morturienta tres días enteros y acabó perdiéndose las últimas interpretaciones de su recital de baile. Las demás chicas dijeron que les había ido bien sin ella, lo que sólo servía para empeorarlo. Lo único bueno fue la comida del centro de reanimación cuando recuperó la consciencia: tenían el mejor helado casero que había probado; era tan bueno que una vez se despachurró sólo por volver a probarlo. Pero, por supuesto, sus padres decidieron llevarla a un centro de reanimación baratucho con una comida horrible.

—¿Es que estabas allí cuando pasó?

—Bueno, verás… —repitió Citra; luego respiró hondo y añadió—: No fue un accidente. Yo te empujé.

—¡Ja! —exclamó Rhonda—. ¡Lo sabía! ¡Sabía que me había empujado alguien! —En aquel momento, sus padres la habían convencido de que no había sido intencionado, que alguien había tropezado con ella. Acabó por

creérselo, aunque, en el fondo, siempre había albergado sus dudas—. ¡Así que fuiste tú! —siguió gritando, sonriente. Saber que no se había inventado nada era una victoria.

—En fin, que lo siento —se disculpó Citra—. Lo siento mucho, de verdad.

—¿Y por qué me lo cuentas ahora?

—Bueno, verás —dijo de nuevo la chica, como si fuera un tic nervioso—, ser una segadora significa que debo reparar el daño causado por mis…, bueno, por mis malos actos. Así que… quería darte la oportunidad de hacerme a mí lo mismo. —Se aclaró la garganta—. Quiero que me empujes delante de un camión.

Rhonda soltó una carcajada ante la sugerencia. Se le escapó sin querer.

—¿En serio? ¿Quieres que te empuje delante de un camión en marcha?

—Sí.

—¿Ahora mismo?

—Sí.

—¿Y a tu segadora le parece bien?

La segadora asintió.

—Apoyo por completo a Citra.

Rhonda meditó la propuesta. Suponía que era capaz de hacerlo. ¿Cuántas veces se había encontrado con alguien de quien le hubiera gustado librarse, aunque fuera sólo de forma temporal? Sin ir más lejos, el año pasado había estado a punto de electrocutar «accidentalmente» a su compañero de laboratorio de Ciencias porque era un imbécil. Al final se dio cuenta de que el chico se ganaría unos días de vacaciones, mientras que ella tendría que terminar el trabajo sola. La situación a la que se enfrentaba ahora era distinta. Era un pase gratis a la venganza. La pregunta era: ¿hasta qué punto deseaba esa venganza?

—Mira, es tentador y tal, pero tengo deberes y clase de baile después.

—Entonces…, ¿no quieres?

—No es que no quiera, es que hoy estoy ocupada. ¿Puedo empujarte otro día?

Citra vaciló antes de responder:

—Vale.

—O, mejor todavía, casi prefiero que me invites a comer o algo así.

—Vale…

—Pero la próxima vez, por favor, avisa antes para que no le provoques un ataque a mi madre.

Después se despidieron, Rhonda entró en casa y cerró la puerta.

—Qué raro… —comentó.

—¿De qué iba todo eso? —le preguntó su madre.

Y como no quería entrar en el tema, la chica respondió:

—Nada importante.

Lo que irritó a la mujer, como ella pretendía.

A continuación, regresó a la cocina, donde descubrió que el ramen se había quedado frío. Genial.

Citra estaba tan aliviada como humillada. Se había pasado años aferrada a aquel delito secreto. Su rencilla con Rhonda había sido mezquina, como suelen serlo casi todas las de la infancia. Era por la forma en que la otra chica hablaba de su danza, como si fuera la bailarina con más talento del mundo. Citra estaba en la misma clase que ella, en aquellos tiempos mágicos en los que las niñitas albergaban la ilusión de ser gráciles y lindas.

Rhonda era la líder de la manada empeñada en desengañar a Citra de esa ilusión mediante ojos en blanco y exasperados suspiros cada vez que la niña ejecutaba un paso incorrecto.

El empujón no había sido premeditado, fue un crimen de oportunidad, y aquel único acto había proyectado una sombra sobre Citra de la que no había sido consciente hasta enfrentarse a la chica.

Y a Rhonda ni siquiera le había importado. Era agua pasada hacía tiempo. Citra se sentía estúpida por todo.

—Te das cuenta de que en la Era de la Mortalidad te habrían tratado de un modo muy distinto, ¿no?

La segadora Curie no la miraba mientras hablaba; jamás apartaba la vista de la carretera cuando conducía. Citra todavía no se había habituado del todo a esa extraña costumbre. Qué raro le resultaba tener que ver el sendero de su viaje para poder recorrerlo.

—De haber sido en la Era de la Mortalidad, no lo habría hecho —alegó con confianza—, porque habría sabido que no volvería. Empujarla habría sido como cribarla.

—Tenían una palabra para eso: asesinato.

Citra soltó una risita al oír aquel término arcaico.

—Qué gracia. Suena raro.

—Seguro que entonces no les hacía gracia. —Curie hizo una rápida maniobra para esquivar un ardilla que estaba en medio de la serpenteante

carretera. Después se tomó un momento, cosa poco usual en ella, para mirar a Citra, aprovechando que estaban en un tramo recto—. Y el castigo que te has impuesto como penitencia por ese único acto infantil es convertirte en segadora, condenada a arrebatar vidas durante toda la eternidad.

—No me lo he impuesto yo.

—¿Ah, no?

Citra abrió la boca para responder, pero se detuvo. Porque ¿y si lo que decía Curie era cierto? ¿Y si, en el fondo, había aceptado el noviciado con el segador Faraday para castigarse por un delito que sólo le importaba a ella? De ser así, era una decisión más dura de lo normal. Si la hubieran descubierto o si hubiera confesado, le habría supuesto unos días de expulsión del colegio, como mucho, además de una multa para sus padres y una seria reprimenda. Incluso habría tenido un lado bueno: el miedo de sus compañeros a volver a contrariarla.

—La diferencia entre la mayoría de la gente y tú, Citra, es que otra persona no habría vuelto a pensar en el asunto después de que reanimaran a la niña. Se les habría olvidado. Faraday vio algo en ti cuando te escogió, quizás el peso de tu conciencia. —Y después añadió—: Fue ese mismo peso el que me permitió advertir que mentías en el cónclave.

—La verdad es que me sorprende que el Nimbo no me viera empujarla —comentó Citra, sin darle importancia.

En ese momento, Curie dijo una cosa que desató la reacción en cadena que lo cambiaría todo en la mente de la chica.

—Seguro que lo vio. Hay poco que no vea el Nimbo con tantas cámaras por todas partes. Pero también decide qué infracciones merece la pena perseguir y cuáles no.

«Hay poco que no vea el Nimbo».

Contaba con grabaciones de casi todas las interacciones humanas desde el instante en que cobró conciencia; pero, a diferencia de lo que sucedía en los días mortales, nunca se abusaba de esa información. Antes de que el Nimbo alcanzara la conciencia, cuando lo conocían como «la nube», sin más, los criminales (e incluso los organismos públicos) encontraban el modo de espiar las vidas privadas de forma ilegal para utilizar esa información en su beneficio. Cualquier escolar conocía abusos de ese tipo que estuvieron a punto de acabar con la civilización antes de que el Nimbo subiera al poder. Desde entonces no se había filtrado ningún dato personal. La gente esperaba

que ocurriera. Profetizaba el fin del mundo a manos de una máquina sin alma. Sin embargo, al parecer, la máquina tenía un alma más pura que los humanos.

Observaba a través de un millón de ojos, escuchaba a través de un millón de oídos. Actuaba o decidía no hacerlo en todas las situaciones que percibía.

Lo que significaba que, en algún punto de su memoria, acechaba una grabación de los movimientos de Faraday el día en que había acabado con su vida.

Citra sabía que realizar el seguimiento de dichos movimientos quizá fuera una tarea inútil, pero ¿y si el segador no había decidido cribarse? ¿Y si lo habían empujado, como Citra a Rhonda hacía tantos años? En ese caso no se trataría de un delito infantil fruto del momento, sino de algo cruelmente premeditado. ¿Y si la muerte de Faraday era, por usar la palabra que le había enseñado Curie, un asesinato?

20

Invitado de honor

«Voy a morir».

Rowan había empezado a repetírselo como un mantra, con la esperanza de que eso lo ayudara a digerirlo. Aun así, no parecía aceptarlo mejor. Incluso bajo la tutela de distintos segadores, el edicto pronunciado en el cónclave seguía vigente: al final de su noviciado, él mataría a Citra o Citra lo mataría a él. Era un drama demasiado jugoso para que los segadores lo cancelaran sólo porque ya no fueran novicios de Faraday. Rowan sabía que no podría matar a Citra, así que el único modo de evitar esa posibilidad era dejarse ganar; hacerlo tan mal desde ese momento hasta el último cónclave para que no tuvieran más alternativa que concederle el anillo a ella. Y su primer deber como segadora juramentada sería cribarlo. Confiaba en que lo hiciera deprisa y fuera compasiva. El truco era que el fracaso no resultara obvio. Debía parecer que lo intentaba con todas sus fuerzas. Nadie podía conocer su verdadero plan. Estaba a la altura de las circunstancias.

«Voy a morir».

Antes de aquel fatídico día en el despacho del director con Kohl Whitlock, Rowan ni siquiera había conocido a nadie que hubiera muerto. La criba siempre había estado, al menos, a tres grados de separación. El pariente de alguien que conocía a alguien que él conocía. Sin embargo, en los últimos cuatro meses había sido testigo de primera mano de decenas de cribas.

«Voy a morir».

Ocho meses. Llegaría vivo a su diecisiete cumpleaños, pero no mucho más. Aunque fuera por elección propia, la idea de convertirse en otra estadística de los registros de los segadores le enfurecía. Su vida había sido un gran montón de nada. El chico lechuga. Creía que la etiqueta era graciosa, como una medalla de honor, pero se había convertido en una acusación. La suya era una vida insulsa y ahora llegaría a su fin. Jamás debería haber aceptado la invitación de Faraday para convertirse en aprendiz. Debería haber seguido adelante con su anodina vida porque así, quizá, sólo quizá, hubiera tenido la oportunidad de hacer algo extraordinario con ella en algún momento.

—Apenas has pronunciado palabra desde que entraste en el coche.

—Hablaré cuando tenga algo que decir.

Iba con Volta en un Rolls Royce desconectado de la red que se había mantenido a la perfección desde la Era de la Mortalidad, y el contraste entre la túnica amarilla del segador y los oscuros tonos tierra del interior del vehículo era notable. Volta no conducía; tenía un chófer. Recorrían un barrio en el que las casas aumentaban poco a poco de tamaño, al igual que sus terrenos, hasta que las residencias desaparecieron del todo detrás de cancelas y muros cubiertos de yedra.

Volta, uno de los discípulos de Goddard, llevaba citrinos dorados cosidos en la túnica amarilla. Estaba claro que era un segador novato, que hacía poco que había terminado su noviciado y que tendría unos veinte años; todavía estaba en una edad en la que numerar la vida parecía importante. Sus rasgos y su piel mostraban tendencias áfricas, lo que hacía que el color de su ropa resultara aún más intenso.

—Bueno, ¿algún motivo por el que decidieras que tu túnica fuera color meado?

Volta se rio.

—Creo que vas a encajar bien aquí. Al segador Goddard le gusta que la gente que lo rodee tenga la lengua tan afilada como sus hojas.

—¿Por qué lo sigues?

La sinceridad de la pregunta pareció molestarle más que la pulla urinaria. Volta se puso un poquito a la defensiva:

—El segador Goddard es un visionario. Ve nuestro futuro. Me interesa mucho más formar parte del futuro de la Guadaña que de su pasado.

Rowan se giró hacia la ventanilla. Lucía el sol, aunque los cristales tintados lo filtraban, como si se encontraran en medio de un eclipse parcial.

—Cribáis a cientos de personas de una vez. ¿A ese futuro te refieres?

—Tenemos la misma cuota que los demás segadores. —Eso fue lo único que comentó Volta.

Rowan miró al segador, al que de repente le costaba mantener el contacto visual.

—¿Con quién te formaste? —le preguntó.

—Con el segador Nehru.

Rowan creía recordar que Faraday había estado charlando con Nehru durante el cónclave. Parecían llevarse bien.

—¿Qué opina de que ahora te juntes con Goddard?

—Para ti es el honorable segador Goddard —replicó Volta, algo indignado—. Y no me podría importar menos lo que opine Nehru. Los segadores de la vieja guardia tienen ideas obsoletas. Son demasiado tercos para comprender la sabiduría del Cambio.

Había dicho «el Cambio» como si fuera algo tangible. Algo que, por su propio peso, pudiera fortalecer a cualquiera que lo impulsara.

Se detuvieron frente a unas puertas de hierro forjado que se abrieron poco a poco para dejarlos pasar.

—Aquí estamos —anunció Volta.

Un sendero de medio kilómetro acababa en una propiedad palaciega. Un criado los recibió en la entrada y los condujo al interior de la mansión.

Rowan se sintió de inmediato agredido por una música de baile muy alta. Había gente por todas partes, de fiesta, como si fuera Nochevieja. Toda la finca parecía ondularse con los estertores de aquel ritmo incesante. Los juerguistas reían, bebían y seguían riendo. Algunos de los invitados eran segadores, y no sólo los obvios discípulos de Goddard, sino también otros. Había algunos famosos de poca importancia. El resto era gente guapa, probablemente invitados profesionales. Su amigo Tyger aspiraba a convertirse en uno de ellos; aunque muchos críos lo decían, Tyger iba en serio.

El criado los condujo a la parte de atrás, donde había una piscina enorme más propia de un complejo turístico que de una casa. Tenía cascadas y un bar dentro del agua, aparte de más gente guapa que se asomaba a la superficie. Goddard se encontraba en la cabaña que había más allá de la parte profunda de la piscina y que tenía el frontal abierto para poder disfrutar de las festividades. Lo atendía más de una aduladora tecnobarbie. Llevaba su habitual túnica azur, aunque, al acercarse, Rowan comprobó que se trataba de una versión algo más fina que la que había vestido en el cónclave. Su túnica informal. Se preguntó si también guardaría un bañador tachonado de diamantes en el armario.

—¡Rowan Damisela! —exclamó Goddard cuando se le acercaron.

Le pidió a un criado que pasaba por allí con una bandeja de bebidas que le diera al chico una copa de champán. Como Rowan no la cogió, Volta lo hizo por él y se la puso en la mano antes de desaparecer entre la muchedumbre y dejar a su acompañante que se las apañara solo.

—Por favor, disfrútalo —dijo Goddard—. Sólo sirvo Dom Pérignon.

El chico le dio un trago mientras se preguntaba si un novicio menor de edad podría perder puntos por beber alcohol. Luego recordó que tales normas ya no se le aplicaban, así que le dio otro trago.

—He organizado esta pequeña bacanal en tu honor —explicó el segador, señalando la fiesta que los rodeaba.

—¿Qué quiere decir con «en mi honor»?

—Justo lo que parece. Esta fiesta es para ti. ¿Te gusta?

El surrealista despliegue de excesos era aún más embriagador que el champán, pero ¿le gustaba? Sobre todo, se sentía raro, y más todavía sabiendo que él era el invitado de honor.

—No lo sé. Nunca me habían organizado una fiesta —respondió, y era cierto: sus padres habían visto ya tantos cumpleaños cuando nació él que dejaron de celebrarlos. Tenía suerte si al menos se acordaban de regalarle algo.

—Bueno, pues que sea la primera de muchas.

Rowan tuvo que recordarse que aquel hombre de sonrisa perfecta y que secretaba carisma en vez de sudor era el mismo hombre que los había manipulado a Citra y a él para enfrentarlos en una competición mortal. Costaba no dejarse deslumbrar por su estilo. Y por poco gusto que tuviera el espectáculo, estaba claro que le disparaba la adrenalina.

El segador le dio unas palmaditas al asiento contiguo para que se sentara y Rowan ocupó el lugar a su derecha.

—¿No dice el octavo mandamiento que los segadores no pueden poseer más que su túnica, su anillo y su diario?

—Correcto —respondió Goddard alegremente—. Y yo no poseo nada de esto. La comida la donan unos generosos benefactores, los invitados acuden por decisión propia y el dueño de esta bella propiedad ha tenido la gentileza de prestármela durante todo el tiempo que desee honrar sus habitaciones.

Al mencionar la propiedad, el hombre que limpiaba la piscina los miró un momento antes de regresar a sus labores.

—Deberías releer los mandamientos —le recomendó Goddard—. Descubrirás que no hay nada en ellos que exija renunciar a las comodidades que hacen que la vida merezca la pena. Esa deprimente interpretación de los segadores de la vieja guardia es una reliquia de otros tiempos.

Rowan no se pronunció al respecto. Había sido la naturaleza humilde y seria de Faraday, característica de la vieja guardia, lo que había impresionado al chico. De haberse acercado a él Goddard, con sus reclamos de glamour de estrella del rock a cambio de arrebatar vidas, lo habría rechazado. Pero Faraday estaba muerto y Rowan se encontraba allí, mirando a unos desconocidos que habían acudido por él.

—Si es mi fiesta, ¿no debería haber gente que conozca?

—Un segador es amigo del mundo. Abre los brazos y dale la bienvenida. —Goddard tenía respuesta para todo—. Tu vida está a punto de cambiar, Rowan Damisch —dijo mientras agitaba el brazo para señalar la piscina, a los fiesteros, a los criados y la elaborada selección de alimentos que habían desplegado cerca del lado menos profundo y que no dejaba de reponerse—. De hecho, ya ha cambiado.

Entre los invitados había una niña que parecía completamente fuera de lugar. Era pequeña, unos nueve o diez años como mucho, y no hacía ningún caso de lo que la rodeaba mientras se dedicaba a juguetear en la zona menos profunda de la piscina.

—Parece que uno de sus invitados se ha traído a su hija —comentó Rowan.

—Esa es Esme, y será mejor que la trates con amabilidad. Es la persona más importante que vas a conocer hoy.

—¿Y eso?

—Esa niña regordeta es la clave para el futuro. Así que procura caerle bien.

El chico habría seguido intentando sonsacarle más respuestas enigmáticas, pero le llamó la atención una chica preciosa que llevaba un biquini que casi parecía pintado en la piel y que se acercaba a ellos. Se dio cuenta demasiado tarde de que se había quedado mirándola. Ella sonrió; él se ruborizó y apartó la vista.

—Ariadne, ¿serías tan amable de darle un masaje a mi novicio?

—Sí, su señoría —contestó la chica.

—Eeeh…, puede que más tarde —intervino Rowan.

—Tonterías —replicó el segador—. Tienes que relajarte un poco, y Ariadne tiene unas manos mágicas, muy hábiles con la técnica sueca. Tu cuerpo te lo agradecerá.

Ariadne tomó a Rowan de la mano y, con aquel gesto, terminó con toda su resistencia. El chico se levantó y se dejó llevar.

—Si nuestro joven acaba contento con tus servicios —exclamó desde lejos Goddard—, permitiré que me beses el anillo.

«Voy a morir dentro de ocho meses. Quizá pueda permitirme algún que otro capricho por el camino», pensó Rowan mientras Ariadne lo conducía a la caseta de masajes.

21

Marcado

La fiesta continuó durante otro día más. Era un festival de excesos a todos los niveles. Rowan se unió a la juerga, aunque más por obligación que por otra cosa. Era el centro de atención, la celebridad del momento. En la piscina, la gente guapa se le acercaba; en el bufé, los invitados se apartaban para que pudiera ser siempre el primero de la cola. Era incómodo pero embriagador. No podía negar que una parte de él disfrutaba de la naturaleza surrealista de la atención. La lechuga elevada a la categoría de honor.

Aunque, cuando los demás segadores presentes le estrecharon la mano y le desearon buena suerte en la competición mortal contra Citra, se despejó y recordó lo que estaba en juego.

Consiguió robar unos minutos de sueño en la cabaña, pero siempre lo despertaban la música, las risotadas o los fuegos artificiales. Entonces, a última hora de la tarde del segundo día, cuando Goddard ya estaba harto, lo susurró sin más y se corrió la voz rápidamente. En menos de una hora se habían marchado los invitados y los criados empezaron a limpiar los restos de la fiesta del terreno; de improviso, reinaba un silencio espeluznante. Sólo quedaban los residentes: Goddard, sus tres segadores novatos, los criados y la niña, Esme, que miraba a Rowan desde la ventana de su dormitorio como si fuera un espectro, mientras él permanecía sentado en la cabaña de Goddard, a la espera de lo que tocara a continuación.

El segador Volta se le acercó con la túnica ondeando al aire.

—¿Qué haces todavía aquí? —le preguntó.

—No tengo adonde ir.

—Ven conmigo. Ha llegado el momento de iniciar tu formación.

En el sótano de la casa principal había una bodega en la que cientos, quizá miles, de botellas descansaban en nichos de ladrillo. Escasas bombillas iluminaban el espacio y proyectaban alargadas sombras que daban a los nichos todo el aspecto de portales a infiernos aún sin revelar.

Volta condujo a Rowan hasta la cámara central de la bodega, donde Goddard y los otros segadores lo esperaban. Rand sacó un dispositivo de su túnica verde; era como una mezcla de pistola y linterna.

—¿Sabes qué es esto? —le preguntó ella.

—Un modificador —contestó Rowan.

Hacía tiempo, sus profesores decidieron que había cruzado la línea que separaba el mal humor de la depresión, de manera que le modificaron los nanobots. Haría unos cinco o seis años de aquello. La modificación era indolora y el efecto, sutil. No había notado un gran cambio, aunque todos coincidían en que había empezado a sonreír más.

—Brazos extendidos, piernas abiertas —dijo Rand.

Rowan hizo lo que le ordenaba y Rand le recorrió el cuerpo con el modificador como si se tratara de una especie de varita mágica. Sintió un cosquilleo en las extremidades, aunque desapareció muy deprisa. La joven dio un paso atrás y Goddard se acercó.

—¿Alguna vez has oído la expresión «rito de paso»? —inquirió—. ¿O «rito de iniciación»?

Rowan negó con la cabeza y se percató de que los demás segadores se habían colocado a su alrededor, dejándolo a él en el centro del círculo.

—Bueno, estás a punto de averiguar lo que significa.

Los otros se quitaron sus molestas túnicas exteriores y se quedaron en ropa interior y sayo; después, adoptaron posturas agresivas. Se les veía la determinación en el rostro y tal vez una pizca de expectación. Rowan supo lo que iba a suceder un instante antes de que empezara.

Chomsky, el más grande de todos, dio un paso adelante y, sin previo aviso, le propinó tal puñetazo en la mandíbula que Rowan se giró, perdió pie y cayó al polvoriento suelo.

Sintió la conmoción del golpe y el relámpago de dolor, y esperó al delator calorcito que emitían los nanobots al liberar los opiáceos analgésicos por su torrente sanguíneo. Sin embargo, el alivio no llegó y el dolor no hizo más que aumentar.

Era horrible.

Abrumador.

Nunca había experimentado un dolor semejante, ni siquiera sabía que ese dolor pudiera existir.

—¿Qué me habéis hecho? —gimió—. ¿Qué me habéis hecho?

—Hemos desconectado tus nanobots —respondió Volta con calma— para que puedas experimentar lo mismo que nuestros antepasados.

—Existe una expresión muy antigua —añadió Goddard—: «Sin dolor no hay gloria». —Le dio un apretón cariñoso en el hombro—. Y yo deseo que alcances la gloria.

Luego retrocedió, les hizo un gesto a los demás para que avanzaran y ellos le molieron a palos.

Sin la ayuda de los nanobots, la recuperación fue un proceso lento y desagradable que pareció empeorar antes de mejorar. El primer día, quería morirse. El segundo, temió hacerlo de verdad. Le palpitaba la cabeza; los pensamientos le daban vueltas sin control. Ganaba y perdía la consciencia sin previo aviso. Le costaba respirar y sabía que tenía varias costillas rotas. Y aunque el segador Chomsky le había dado un doloroso tirón para que el hombro dislocado volviera a su lugar cuando terminó la paliza, todavía le dolía con cada latido del corazón.

Volta lo visitaba varias veces al día. Se sentaba con él, le daba sopa con una cuchara y lo limpiaba si se le escapaba entre los labios rotos e hinchados. Aunque Rowan le veía un halo alrededor, se daba cuenta de que era un efecto causado por el daño en el nervio óptico. No le habría sorprendido descubrir un desprendimiento de retina.

—Quema —le dijo a Volta cuando la sopa salada se le derramó entre los labios.

—Ahora mismo sí —respondió el joven con auténtica compasión—, pero pasará y habrás aprendido de ello.

—¿Cómo voy a aprender algo de esto? —preguntó, horrorizado por lo distorsionadas y líquidas que sonaban sus palabras, como si hablara a través del espiráculo de una ballena.

Volta le dio otra cucharada de sopa.

—Dentro de seis meses ya me dirás si tenía razón.

Le agradeció a Volta que se hubiese tomado la molestia de visitarlo cuando nadie más lo hacía.

—Puedes llamarme Alessandro —le dijo él.

—¿Es tu nombre real?

—No, idiota, es el nombre propio de Volta.

Rowan suponía que era lo máximo que se podía conocer a alguien dentro de la Guadaña.

—Gracias, Alessandro.

La noche del segundo día, la niña (la que Goddard decía que era tan importante) entró en su cuarto cuando él descansaba entre un desvarío y el siguiente. ¿Cómo se llamaba? ¿Amy? ¿Emmy? Ah, sí: Esme.

—Odio que te hayan hecho esto —comentó con lágrimas en los ojos—. Pero te pondrás bien.

Por supuesto que se pondría bien. No tenía otra elección. En los tiempos mortales, o morías o te recuperabas. Ahora era la única opción.

—¿Por qué has venido?

—Para ver cómo estabas.

—No… Me refiero aquí, a este lugar.

La niña vaciló antes de responder; cuando lo hizo, procuró apartar la mirada:

—El segador Goddard y sus amigos fueron a un centro comercial que hay cerca de donde yo vivía. Cribaron a todos los que estaban en la zona de restaurantes, menos a mí. Después me pidió que fuera con él, así que lo hice.

Aquello no aclaraba nada, pero fue la única razón que le ofreció, puede que la única que tuviera. Por lo que veía, la niña no tenía ninguna función evidente en la propiedad. No obstante, Goddard dejaba bien claro que si alguien se portaba mal con ella recibiría un severo castigo. No debían molestarla de ningún modo, y ella tenía libertad para moverse por allí. Para el chico, era el mayor misterio del mundo de Goddard.

—Creo que serás mejor segador que los demás —le dijo Esme, aunque no le explicó el porqué. Quizá fuera un presentimiento, pero no podía estar más equivocada.

—No seré segador —contestó él. Era la primera persona a la que se lo confesaba.

—Lo serás si quieres —insistió ella—. Y creo que quieres.

Entonces lo dejó solo para sopesar el dolor y la posibilidad.

El segador Goddard no asomó la cara por el dormitorio de Rowan hasta el tercer día.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

Rowan quería escupirle, pero sabía que le dolería demasiado y que quizá le supusiera otra paliza.

—¿Cómo cree que me encuentro?

El segador se sentó en el borde de la cama y examinó la cara del chico.

—Ve a verlo tú mismo.

Lo ayudó a salir de la cama, y Rowan renqueó hasta un recargado armario en el que había un espejo de cuerpo entero.

Apenas se reconocía: tenía el rostro tan hinchado que parecía una calabaza, además de cardenales por toda la cara y el cuerpo, morados con motas en todos los tonos del espectro.

—Así es como empieza tu vida —le dijo Goddard—. Lo que ves es la muerte del niño. De él nacerá el hombre.

—Menuda mierda —masculló sin importarle la reacción de Goddard.

Este apenas arqueó una ceja.

—Puede…, pero no me negarás que esto es un punto de inflexión en tu vida, y todo punto de inflexión debe señalarse con un acontecimiento, uno que se te grabe a fuego.

Así que ahora estaba marcado. En cualquier caso, sospechaba que aquel no era más que el comienzo de una prueba de fuego mayor.

—El mundo desea ser como nosotros —le contó el segador—. Tomar y hacer lo que deseamos, sin consecuencias ni remordimientos. Si pudieran, nos robarían las túnicas para vestirlas ellos. Se te ha concedido la oportunidad de alzarte por encima de la realeza, así que ¿qué menos que superar el rito de iniciación que te hemos preparado? —El hombre se quedó allí, mirando a Rowan, unos segundos más. Después se sacó el modificador de la túnica—. Brazos arriba, piernas abiertas.

Rowan respiró todo lo profundamente que pudo y obedeció. Goddard le pasó la varita por encima. El chico sintió el cosquilleo en las extremidades, pero, cuando acabó, no notó el calor de los opiáceos ni que le doliera menos.

—Me sigue doliendo —comentó.

—Por supuesto. No he activado tus analgésicos, tan sólo tus nanobots sanadores. Estarás como nuevo por la mañana, listo para empezar tu entrenamiento. Sin embargo, a partir de este momento, sentirás todo el dolor que le corresponda a tu cuerpo.

—¿Por qué? —se atrevió a preguntar Rowan—. ¿Qué persona en su sano juicio querría sentir ese dolor?

—La cordura está sobrevalorada. Prefiero tener una mente clara que una mente «sana».

22

El símbolo del bidente

Los días de Citra transcurrían entre entrenamiento y cribas.

Todos ellos, viajaba con Curie a ciudades seleccionadas al azar. La observaba merodear por las calles, los centros comerciales y los parques, convertida en una leona en busca de una presa vulnerable. Aprendió a ver las señales del «estancamiento», como lo llamaba la segadora…, aunque no estaba tan convencida como ella de la predisposición a la criba. Se preguntaba en cuántos de sus propios días habría demostrado aquel cansancio antes de convertirse en aprendiza de la muerte. De haberse cruzado con ella en uno de esos días, ¿la habría cribado?

Un día se detuvieron delante de una escuela de primaria cuando salían los niños, y Citra tuvo el terrible presentimiento de que cribarían a uno de los alumnos.

—Nunca cribo niños —reconoció Curie—. Nunca me he encontrado con uno que pareciera estancado, pero, aunque lo encontrara, no lo haría. En los cónclaves me han reprendido por ello, pero jamás me han impuesto un castigo.

Faraday no tenía esa regla; era muy estricto con las estadísticas de la Era de la Mortalidad. Pocos preadolescentes morían entonces, pero sucedía. En el tiempo que habían pasado juntos, Citra sabía que sólo había realizado una de esas cribas. No invitó a sus novicios a acompañarlo, y durante la cena rompió a llorar desconsoladamente y tuvo que excusarse. Si la ordenaban segadora, la chica se juró que seguiría una política como la de Curie, aunque eso la metiera en líos con el comité de selección.

Casi todas las noches, la segadora y su novicia preparaban la cena para familias de luto. La mayoría de los invitados se marchaba con mejor ánimo. Algunos seguían acongojados, resentidos y llenos de odio, pero eran la minoría. Así transcurrían la vida y la muerte para ella los días anteriores al Cónclave de la Cosecha. No podía evitar pensar en Rowan y preguntarse cómo le iría. Tenía muchas ganas de verlo, aunque también temía el momento; sabía que en cuestión de pocos meses se encontrarían por última vez, de un modo u otro.

Así que se aferraba a la tenue esperanza de que, si lograba probar que a Faraday lo había eliminado otro segador, quizá pudiera convertirlo en el palo que parara la incesante rueda de la Guadaña. Un palo que evitaría que tuviera que cribar a Rowan o que él la cribara a ella.

Casi todos los dolientes a los que había tenido que notificar un fallecimiento eran iguales: esposos, hijos, padres. Al principio le molestaba que Curie la enviara a la primera línea de fuego de aquella gente de corazón roto, pero no tardó en comprender el porqué: no era para que la segadora lo evitara, sino para que Citra lo experimentara y aprendiera a demostrar compasión ante la tragedia. Era emocionalmente agotador, aunque también satisfactorio. La preparaba para ser segadora.

Su experiencia posterior a la criba sólo fue distinta en una ocasión. La primera parte del trabajo consistía en buscar a los familiares del cribado, y esa mujer en concreto parecía no tener más familia directa que un hermano con el que había perdido el contacto. Era extraño en una época en que las familias grandes solían ser una enrevesada red que abarcaba seis generaciones vivas o más. No obstante, esa pobre mujer no tenía más que un hermano. Citra localizó la dirección y fue hasta allí, pero no prestaba demasiada atención. No supo adonde iba hasta que se encontró frente al lugar.

No era una vivienda (no en el sentido tradicional), sino un monasterio, un complejo amurallado de adobe al estilo de las misiones históricas. A diferencia de esas antiguas estructuras, lo que coronaba la punta de la aguja central no se trataba de una cruz: era un diapasón de dos dientes. El bidente. El símbolo de los cultos del tono.

Se trataba de un monasterio tonista.

Citra se estremeció como cualquier persona ante la perspectiva de algo vagamente desconocido y oscuramente místico.

«Aléjate de esos lunáticos —le había dicho su padre en una ocasión—. La gente entra ahí y no se la vuelve a ver».

Lo que era ridículo. Nadie desaparecía en estos tiempos. El Nimbo sabía muy bien dónde estaba todo el mundo en todo momento. No tenía por qué decirlo, claro.

En otras circunstancias, puede que hubiera seguido el consejo de su padre. Pero estaba en misión de duelo y aquello prevalecía sobre cualquier inquietud.

Entró en el complejo a través de un arco con puerta, que no estaba cerrada. Se encontró en un jardín lleno de flores blancas de intenso perfume: gardenias. Los cultos del tono se concentraban en los aromas y los sonidos, y no otorgaban demasiado valor al sentido de la vista. De hecho, en los grupos tonistas más extremos llegaban a cegarse, y el Nimbo lo permitía a regañadientes y evitaba que sus nanobots sanadores les devolvieran la visión. Era horrible, aunque también una de las pocas expresiones de libertad religiosa que quedaban en un mundo que había acabado con sus dioses.

Citra siguió un sendero de piedra por el jardín hasta la iglesia en la que destacaba el símbolo del diapasón y empujó las pesadas puertas de roble para entrar en una capilla llena de bancos. Se encontraba en penumbra, aunque había vidrieras a ambos lados. No pertenecían a la era mortal, sino a la naturaleza tonista. En ellas se representaban varias escenas extrañas: un hombre sin camisa cargado con un enorme diapasón sobre la espalda vencida, una piedra que se fracturaba y disparaba rayos, multitudes que huían de una criatura vermiforme muy desagradable y que parecía una hélice doble brotando del suelo en espiral.

No le gustaban las imágenes e ignoraba en qué creía esa gente; sólo sabía que era ridículo. Disparatado. Todo el mundo pensaba que su supuesta religión no era más que un revoltijo de las fes de la edad mortal unidas en un desconcertante mosaico. A pesar de todo, había personas a las que les atraía ese extraño collage ideológico.

Un sacerdote, un monje o como se llamaran los clérigos del culto estaba en el altar y entonaba un canto monótono mientras apagaba una a una las velas.

—Perdone —dijo Citra. Su voz sonó mucho más alta de lo que pretendía; un truco de la acústica de la capilla.

El hombre no se sobresaltó. Apagó otra vela, dejó a un lado su matacandelas de plata y se acercó a ella con un cojeo muy pronunciado. Se preguntó si sería fingido o si su libertad religiosa le permitía conservar la herida que hubiera provocado el renqueo. Por las arrugas de su rostro, Citra veía que hacía tiempo que debería haber reiniciado el contador.

—Soy el coadjutor Beauregard —se presentó—. ¿Has venido a purificarte?

—No —respondió ella mientras le enseñaba el brazalete con el sello de los segadores—. Necesito hablar con Robert Ferguson.

—El hermano Ferguson está en su reposo vespertino. No debería molestarle.

—Es importante.

El coadjutor suspiró.

—De acuerdo. Lo que se avecina no puede evitarse.

Entonces se alejó cojeando y dejó sola a Citra.

Ella miró en derredor para asimilar aquel lugar estrafalario. El altar del frente contenía una jofaina de granito llena de agua…, pero el agua estaba turbia y olía mal. Justo detrás se encontraba el punto central de la iglesia: un diapasón de acero similar al del tejado. El bidente tenía casi dos metros de altura y sobresalía de una base de obsidiana. A su lado, en su propia plataforma de menor tamaño, había un mazo de goma sobre un cojín de terciopelo negro. Pero era el bidente lo que le llamaba la atención. El enorme bidente era cilíndrico, delicado como la plata y frío al tacto.

—Quieres golpearlo, ¿verdad? Adelante, no está prohibido.

Citra dio un brinco y se reprendió en silencio por haber bajado la guardia.

—Soy el hermano Ferguson —saludó el hombre al acercarse—. ¿Querías verme?

—Soy la novicia de la honorable segadora Marie Curie —anunció Citra.

—He oído hablar de ella.

—He venido en misión de luto.

—Adelante.

—Me temo que hoy, a la una y cuarto, la segadora Curie cribó a su hermana, Marissa Fergusson. Siento mucho su pérdida.

El hombre no parecía ni molesto ni sorprendido, solamente resignado.

—¿Eso es todo?

—¿Que si eso es todo? ¿No me ha oído? Acabo de contarle que hoy han cribado a su hermana.

El hombre suspiró.

—Lo que se avecina no puede evitarse.

Aunque antes no tuviera nada en contra de los tonistas, ahora sí.

—¿Y ya está? —exclamó ella—. ¿Ese es el dicho «sagrado» de su gente?

—No es un dicho; no es más que la verdad por la que nos regimos.

—Sí, lo que usted diga. Tendrá que encargarse del cadáver de su hermana…, porque eso también se avecina y no puede evitarse.

—Pero, si no lo hago, ¿no le proporcionará el Nimbo un funeral?

—¿Es que no le importa nada?

El hombre se tomó un momento antes de contestar:

—La muerte por segador no es una muerte natural. Los tonistas no la reconocemos.

Citra se aclaró la garganta, se tragó la contestación que quería darle e hizo lo que pudo por seguir siendo profesional:

—Una cosa más: aunque no viviera con ella, es su único familiar documentado. Eso le da derecho a un año de inmunidad a la criba.

—No quiero inmunidad.

—Por qué será que no me sorprende.

Era la primera vez que se encontraba con alguien que la rechazaba. Incluso los más abatidos besaban el anillo.

—Ya has cumplido con tu trabajo. Puedes marcharte —le dijo el hermano Ferguson.

Citra sólo era capaz de contener la frustración hasta cierto punto y acababa de rebasarlo. No podía gritarle, no podía usar sus movimientos de bokator para encajarle una patada en el cuello o derribarlo de un codazo. Así que hizo lo único que podía: agarró el mazo y concentró toda su rabia en un único golpe al diapasón.

El bidente resonó con tal fuerza que lo sintió en los dientes y en los huesos. No tañía como una campana, que emite un sonido hueco. Aquel tono era lleno y denso, y le arrebató la ira de la pura conmoción. La difuminó. Le soltó los músculos, le aflojó la mandíbula. El eco le retumbó en el cerebro, en las tripas y en la columna. El tono se alargó mucho más de lo que debería, hasta que empezó a apagarse poco a poco. Jamás había experimentado nada que fuera a la vez tan discordante y tranquilizador.

—¿Qué ha sido eso? —fue lo único que pudo decir.

—Sol sostenido —respondió el hermano Ferguson—. Aunque todavía se mantiene el debate entre los hermanos de si, en realidad, se trata de la bemol.

El bidente seguía sonando débilmente. Citra lo veía vibrar; su borde parecía algo borroso. Lo tocó y el símbolo guardó silencio al instante.

—Tienes preguntas —observó el hombre—. Te responderé en la medida de mis posibilidades.

Citra quería negar que tuviera tales preguntas, pero, de improviso, se dio cuenta de que sí que las tenía.

—¿En qué cree su gente?

—En muchas cosas.

—Dígame una.

—Creemos que las llamas no fueron creadas para arder para siempre.

Citra contempló las velas del altar.

—¿Por eso las estaba apagando el coadjutor?

—Forma parte de nuestro ritual, sí.

—Así que adoran a la oscuridad.

—No. Eso es una confusión habitual que la gente usa para vilipendiarnos. Adoramos a las longitudes de onda y las vibraciones que se encuentran más allá de los límites de la vista humana. Creemos en la Gran Vibración y en que ella nos librará de estancarnos.

«Estancarnos».

Era la palabra que usaba la segadora Curie para describir a aquellos que decidía cribar. El hermano Ferguson sonrió.

—Vaya, algo de lo que te he contado resuena en tu interior, ¿verdad?

Ella apartó la mirada, ya que no deseaba enfrentarse a sus indiscretos ojos, y acabó por posarla en la jofaina de piedra. La señaló.

—¿A qué viene el agua sucia?

—¡Es el caldo primigenio! ¡Está lleno de microbios! En la Era de la Mortalidad, esta jofaina, sin más ayuda, podría haber acabado con poblaciones enteras. Se llamaba *enfermedad*.

—Sé cómo se llamaba.

El hombre metió los dedos en el agua viscosa y la removió.

—Viruela, polio, ébola, carbunco… Todas reunidas aquí, pero ahora resultan inofensivas. No podríamos enfermar ni queriendo. —Sacó el dedo del asqueroso fango y lo lamió—. Podría beberme la palangana entera y no me daría ni indigestión. Pardiez, ya no podemos convertir el agua en gusanos.

Citra se marchó sin añadir nada y sin volver la vista atrás… Pero no logró quitarse de encima el hedor del agua tonista durante lo que quedaba del día.

23

La madriguera virtual del conejo

Justo al otro extremo del pasillo en el que se encontraba el dormitorio de Citra había un estudio. Como todas las demás estancias de la residencia, tenía ventanas en varias paredes y, como todo lo demás en la vida de la segadora Curie, estaba en perfecto orden. Allí había una interfaz de ordenador que la joven usaba para estudiar porque, a diferencia de Faraday, Curie no rehuía lo digital en cuestiones de aprendizaje. Como novicia, Citra tenía acceso a bases de datos e información vedada a otra gente. Lo llamaban el «cerebro trasero», y allí se encontraban todos los datos puros de la memoria del Nimbo que no se habían organizado para consumo humano.

Antes del noviciado, cuando hacía una búsqueda estándar, el Nimbo siempre se entrometía y le decía cosas como: «Veo que buscas un regalo, ¿te importa decirme para quién? Quizá pueda ayudarte a encontrar algo apropiado». A veces dejaba que el Nimbo la ayudara; otras, disfrutaba buscando sola. Sin embargo, desde que era novicia, este guardaba un inquietante silencio, como si no friera más que el conjunto de sus datos.

«Tendrás que acostumbrarte —le comentó Faraday al principio—. Los segadores no pueden hablar con el Nimbo y el Nimbo no habla con nosotros. Llegará un momento en el que agradecerás el silencio y la independencia que su ausencia te proporciona».

Ahora más que nunca, podría haber usado la guía de la IA del Nimbo mientras navegaba entre archivos de datos, puesto que el sistema de cámaras públicas mundial parecía diseñado para entorpecer sus esfuerzos. Seguirle los pasos a Faraday el día de su muerte estaba resultando más complicado de lo que esperaba. Las grabaciones en vídeo del cerebro trasero no estaban organizadas por cámaras, ni siquiera por ubicación. Al parecer, el Nimbo las enlazaba por concepto. Relacionaba momentos con patrones idénticos de tráfico en partes completamente distintas del mundo. Relacionaba grabaciones en las que se veía a gente que caminaba de un modo similar. Un hilo de asociaciones conducía a imágenes de puestas de sol, a cada cual más bella, todas captadas por las cámaras de la calle. Citra acabó por reparar en que la memoria digital del Nimbo se estructuraba como un cerebro biológico. Cada

instante de cada grabación se conectaba con otros cientos de instantes usando distintos criterios; lo que significaba que cada conexión que seguía Citra la dejaba caer por una madriguera de conejo de neuronas virtuales. Era como intentar leerle la mente a alguien a través de la disección de su corteza cerebral. Se estaba volviendo loca.

Sabía que la Guadaña había creado sus propios algoritmos para buscar en los imposibles contenidos del cerebro trasero, pero no podía preguntarle a Curie sin despertar sus sospechas. La mujer ya había demostrado ser capaz de distinguir cualquier mentira que la chica le contara, así que mejor no ponerse en una situación en la que se viera obligada a hacerlo.

La búsqueda comenzó como un proyecto y enseguida evolucionó a un reto, para convertirse al fin en una obsesión. Se pasaba un par de horas al día intentando encontrar en secreto grabaciones de los últimos movimientos de Faraday, aunque sin éxito.

Se preguntaba si, a pesar de su silencio, el Nimbo observaba lo que hacía. «Vaya, vaya, has estado hurgándome en el cerebro —diría si se le estuviera permitido, y después añadiría un guiño virtual—. Qué niña más traviesa».

Al cabo de muchas semanas, Citra tuvo una epifanía: si todo lo que se cargaba en el Nimbo se almacenaba en el cerebro trasero, allí no estaban sólo las grabaciones públicas, también las personales. No podía acceder a las grabaciones privadas de los demás, pero cualquier cosa que ella misma subiera estaría a su disposición. Lo que significaba que podía alimentar la búsqueda con datos propios…

—No existe ninguna ley real que diga que no pueda visitar a mi familia durante mi noviciado.

Citra sacó el tema una noche mientras cenaban, sin advertencia ni contexto dentro de la conversación. Era un intento de pillar por sorpresa a Curie. Se dio cuenta de que funcionaba por el tiempo que tardó la segadora en responder: se tomó dos cucharadas de sopa antes de hacerlo.

—Es nuestra práctica estándar… Y es bastante sabia, en mi opinión.

—Es cruel.

—¿No asististe ya a una boda familiar?

Citra no sabía cómo se había enterado, pero no pensaba dejarse desviar del tema.

—Es posible que muera dentro de unos meses. Creo que tengo derecho a ver a mi familia unas cuantas veces antes de que ocurra.

La segadora se tomó otras dos cucharadas antes de decir:

—Me lo pensaré.

Al final, aceptó, como Citra sabía que haría; a pesar de todo, Curie era una mujer justa. Y la chica no había mentido (sí que quería ver a su familia), de modo que la segadora no percibió el engaño porque no lo había. Aunque ver a su familia no era su única razón para regresar a casa.

En la calle de Citra todo tenía el mismo aspecto de siempre cuando la recorrió con Curie y, a la vez, todo era distinto. Una débil nostalgia tiraba de ella, aunque no estaba segura de qué era lo que extrañaba. Lo único que sabía era que, de repente, pasear por allí era como caminar por un país extranjero en el que la gente hablaba un idioma desconocido. Subieron en ascensor al piso de Citra con una mujer regordeta que llevaba una perra aún más regordeta y que estaba aterrorizada. La mujer, no la perra. A la perra le daba todo igual. La señora Yeltner, así se llamaba. Antes de irse de casa, la señora Yeltner había reconfigurado su punto lípido a «esbelto». Por lo que parecía, el procedimiento se enfrentaba a un apetito voraz, porque la mujer volvía a rebosar por los lugares menos oportunos.

—Hola, señora Yeltner —la saludó, y se sintió culpable por disfrutar del terror, apenas velado, de la mujer.

—M-me alegro de verte —respondió ella; era evidente que no recordaba su nombre—. ¿No hubo una criba en tu planta este mismo año? Creía que no estaba permitido repetir tan pronto en el mismo edificio.

—Está permitido, pero no hemos venido a cribar.

—Aunque todo es posible —añadió Curie.

Cuando el ascensor llegó a su planta, la señora Yeltner se tropezó con la perra por la prisa que se dio al salir de ahí.

Era domingo, así que los padres de Citra y su hermano estaban en casa esperando. La visita no era por sorpresa; a pesar de ello, notó algo sorprendido a su padre al abrir la puerta.

—Hola, papá.

Él le dio un abrazo cálido aunque también algo forzado.

—Te hemos echado de menos, cielo —dijo su madre mientras la abrazaba.

Ben mantuvo las distancias y se limitó a mirar a la segadora.

—Esperábamos al segador Faraday —le comentó su padre a la mujer vestida de lavanda.

—Es una larga historia —dijo la chica—. Ahora tengo una nueva mentora.

—¡Es la segadora Curie! —soltó Ben.

—Ben —le regañó su madre—, no seas maleducado.

—Pero lo es, ¿verdad? La he visto en fotos. Es usted famosa.

Ella esbozó una sonrisa modesta.

—Tristemente célebre, más bien.

El señor Terranova señaló la sala.

—Adelante, por favor.

Pero la segadora Curie no cruzó el umbral.

—Tengo trabajo en otra parte —respondió—. Regresaré al anochecer para recoger a Citra. —Saludó con la cabeza a los padres de la chica, le guiñó un ojo a Ben y se volvió para marcharse.

En cuanto se cerró la puerta, ambos progenitores parecieron desinflarse un poco, como si hubieran estado conteniendo la respiración.

—No me puedo creer que te esté enseñando la segadora Curie. ¡La Granada de la Muerte!

—La Gran Dama, no la granada.

—Ni siquiera sabía que siguiera existiendo —comentó la madre de Citra —. ¿No se tienen que cribar todos los segadores tarde o temprano?

—No tenemos que hacer nada —replicó la chica, algo sorprendida de lo poco que sabían sus padres sobre el funcionamiento de la Guadaña—. Los segadores sólo se criban si lo desean. —«O si los asesinan», pensó.

Su dormitorio estaba tal como lo había dejado, aunque más limpio.

—Y si no te ordenan, puedes volver a casa y será como si nunca te hubieras ido —le dijo su madre.

Citra no le contó que, pasara lo que pasara, nunca volvería a casa. Si conseguía convertirse en segadora, probablemente viviría con otros segadores novatos y, si no la ordenaban, no viviría. Sus padres no tenían por qué saberlo.

—Es tu día —intervino su padre—. ¿Qué te gustaría hacer?

La chica rebuscó en el cajón de su escritorio hasta que encontró la cámara.

—Vamos a dar un paseo.

La charla insustancial fue de naturaleza microscópica y, aunque sentaba bien estar de nuevo con su familia, la barrera que los separaba nunca había sido tan alta. Había muchas cosas de las que habría deseado hablarles, pero jamás las

entenderían. Jamás se sentirían identificados con ellas. No podía debatir con su madre sobre las complejidades del arte de matar. Su padre no podía consolarla si le hablaba del instante en que la vida abandonaba los ojos de una persona. Su hermano era el único con el que se encontraba más o menos cómoda.

—Soñé que venías a mi colegio y que cribabas a todos los imbéciles —le dijo el crío.

—¿En serio? ¿De qué color era mi túnica?

—Turquesa, creo —respondió él, algo vacilante.

—Entonces, elegiré ese color.

Ben esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Cómo te llamaremos cuando te ordenen? —preguntó su padre como si fuera algo seguro.

No se lo había planteado. Nunca había oído que se refirieran a un segador por un nombre que no fuera el de su histórico patrono o «su señoría». ¿Se aplicaba la misma regla a los familiares? Ni siquiera había elegido patrono todavía.

—Sois mi familia, podéis llamarme como queráis —contestó para evitar la pregunta, con la esperanza de estar en lo cierto.

Pasearon por la ciudad. Aunque no se lo dijo, pasaron junto a la casita en la que había vivido con Rowan y Faraday. Dejaron atrás la estación de tren que se encontraba al lado. Y Citra procuró hacer una fotografía familiar en cada uno de aquellos lugares, todas desde un ángulo parecido al de la cámara pública más cercana.

El día fue agotador desde un punto de vista emocional. Quería quedarse más, aunque una importante parte de ella deseaba que llegara Curie. Decidió no sentirse culpable por ello; ya cargaba con culpa de sobra. «La culpa es la prima idiota del remordimiento», le gustaba decir a Faraday.

En el camino de vuelta, Curie no le preguntó nada sobre su visita a casa, y a Citra le pareció perfecto. Sin embargo, ella sí que le preguntó algo a la segadora:

—¿Alguna vez la llaman por su nombre de pila?

—Sí; los demás segadores, los que son amigos, me llaman Marie.

—¿Por Marie Curie?

—Mi histórica patrona era una gran mujer. Acuñó el término *radiactividad* y fue la primera mujer que ganó un premio Nobel, cuando

todavía los concedían.

—Pero ¿y su nombre real? ¿El que le pusieron al nacer?

La segadora se tomó su tiempo para responder.

—No hay nadie que me conozca por ese nombre —reconoció entonces.

—¿Y su familia? Imagino que seguirán vivos… Al fin y al cabo, tienen inmunidad a la criba mientras usted siga en el mundo.

Curie suspiró.

—Perdí el contacto con mi familia hace más de cien años.

Citra se preguntó si a ella le pasaría lo mismo. ¿Todos los segadores cortaban los lazos con la gente que conocían, con lo que eran antes de que los ordenaran?

—Susan —dijo al final la mujer—. Cuando era pequeña, me llamaban Susan. Suzy. Sue.

—Es un placer conocerla, Susan.

A la chica le resultaba imposible imaginarse a la segadora Curie de niña. Cuando llegaron a casa, Citra subió sus fotos al Nimbo sin preocuparse de que la viera o no la segadora, puesto que no había nada raro ni sospechoso en ello: todo el mundo subía sus fotos. Lo sospechoso habría sido no hacerlo.

Después, entrada la noche, tras asegurarse de que Curie dormía, entró en el estudio, se conectó a la red y recuperó las imágenes, lo que le resultó sencillo porque las había etiquetado. Luego se sumergió en el cerebro trasero y siguió todos los vínculos a sus imágenes que había creado el Nimbo. La condujeron a otras fotografías de su familia, además de a otras familias que se parecían a la suya por algún motivo. Lo que esperaba. También había enlaces a vídeos tomados por cámaras públicas en las mismas ubicaciones. Eso era precisamente lo que buscaba. Después de crear su propio algoritmo para descartar las fotos irrelevantes de las cámaras de la calle, se quedó con el resto de los vídeos de vigilancia. Seguían siendo millones de archivos al azar y sin ordenar, pero, al menos, se trataba de grabaciones de las cámaras del barrio de Faraday.

Subió una imagen del segador para comprobar si lograba aislar vídeos en los que apareciera él, pero, tal como sospechaba, no recuperó nada. La política no intervencionista del Nimbo en lo tocante a los segadores significaba que la imagen de Faraday no se etiquetaba de ningún modo. Aun así, había logrado reducir el campo de búsqueda de varios miles de millones de registros a sólo millones. Aunque seguir los pasos del hombre el día de su muerte era como encontrar una aguja en un campo lleno de pajares hasta

donde alcanzaba la vista. Daba igual: estaba decidida a encontrar lo que buscaba, tardase lo que tardase.

24

Una vergüenza para quienes somos y lo que somos

Entumecido. Rowan notaba que se quedaba entumecido y, aunque quizá fuera algo bueno para su atormentada cordura, no lo era para su alma.

«No pierdas nunca la humanidad si no quieres acabar siendo una simple máquina de matar», le había advertido el segador Faraday. Empleó la palabra *matar* en vez de *cribar*. En aquel momento, Rowan no le había concedido importancia al detalle, pero ahora lo entendía; dejaba de ser una criba en cuanto te volvías insensible.

No obstante, aquella yerma planicie de entumecimiento no era el peor de los lugares posibles. El entumecimiento era un mero purgatorio gris. No, había un sitio mucho peor: la oscuridad disfrazada de iluminación. Se trataba de un lugar de un tono azur salpicado de diamantes que brillaban como estrellas.

—¡No, no, no! —lo regañó Goddard mientras Rowan practicaba con una espada de samurái contra muñecos rellenos de algodón—. ¿Es que no has aprendido nada?

El chico estaba exasperado, aunque lo dejó reposar y contó hasta diez en su cabeza antes de volverse hacia el segador, que se le acercaba a través del patio delantero, ahora cubierto de restos mullidos y algodonosos.

—¿En qué me he equivocado esta vez, su señoría? —Para Rowan, decir «su señoría» se había convertido en una profanación, así que no podía evitar escupirlo como tal—. He decapitado limpiamente a cinco de ellos, he destripado a tres y he cortado las aortas del resto. Si alguno hubiera estado vivo de verdad, los habría matado. He hecho lo que me ha pedido.

—Ese es el problema —replicó el segador—. No es lo que yo quiera, sino lo que tú quieras. ¿Dónde está tu pasión? ¡Atacas como si fueras un robot!

El chico suspiró y envainó la hoja. Ahora tendría que soportar un sermón o, para ser más exactos, un discurso, porque a Goddard no había nada que le

gustara más que actuar para un público, aunque fuera un público compuesto por una sola persona.

—Los seres humanos son depredadores por naturaleza —empezó—. Puede que la fuerza aséptica de la civilización nos haya ofuscado, pero no nos ha cegado por completo. Abrázalo, Rowan. Mama de su transformador seno. Quizá creas que cribar es un gusto adquirido, pero no: la emoción de la caza y la alegría de matar a la presa bullen en todos nosotros. Si las sacas a la superficie, serás la clase de segador que necesita este mundo.

Rowan deseaba despreciar todo aquello, pero había algo en la idea de perfeccionar las habilidades propias, fueran cuales fueran que le resultaba satisfactorio. Lo que odiaba era que no lo odiaba.

Los criados sustituyeron los muñecos por otros nuevos. Eran unos espantapájaros con una expectativa de vida muy breve. Goddard le quitó la espada de samurái y le entregó un cuchillo de caza de aspecto peligroso para una muerte mucho más íntima.

—Es un cuchillo Bowie, como el que usan los segadores tejanos —le dijo —. Disfruta y regocíjate con tu trabajo, Rowan, o no serás más que una máquina de matar.

Todos los días eran idénticos: una carrera matutina con Rand, entrenamiento de halterofilia con Chomsky y un desayuno nutricionalmente preciso preparado por un jefe de cocina. Después tocaba el arte de matar, que impartía el propio Goddard: hojas, arcos, balas o uso del cuerpo como arma letal. Nunca venenos, a no ser que estuvieran en la punta de un arma.

—La criba se realiza, no se administra —le explicó Goddard—. Es una acción voluntaria. Volverse pasivo y permitir que un veneno haga todo el trabajo es una vergüenza para quienes somos y lo que somos.

El segador no dejaba de pontificar y, aunque Rowan a menudo discrepaba, no le discutía ni expresaba su disconformidad en alto. Así, la voz de Goddard empezó a suplantar a su propio moderador interno. Se convirtió en la voz que lo juzgaba todo en su cabeza. El chico no sabía por qué. El caso era que ahora tenía a ese hombre allí dentro, opinando sobre todo lo que hacía.

Las tardes se dedicaban al entrenamiento mental con Volta: ejercicios de memoria y juegos para aumentar la precisión cognitiva. Una pequeña parte del día de Rowan, justo antes de la cena, se reservaba al aprendizaje a través de los libros, pero descubrió que la formación mental le ayudaba a retener la información sin necesidad de repetir el estudio.

—Conocerás la historia, la bioquímica y las toxinas hasta la saciedad para impresionar al cónclave —le dijo Goddard con un gesto asqueado de la mano —. A mí siempre me ha parecido una tontería, pero hay que impresionar a los académicos de la Guadaña, aparte de a los pragmáticos.

—¿Eso es usted? —preguntó Rowan—. ¿Un pragmático?

—El segador Goddard es un visionario —respondió Volta por él—. Eso lo pone en un nivel superior al de cualquier otro segador de Midmérica. Quizá del mundo.

Goddard no le llevó la contraria.

Y después estaban las fiestas. Se apoderaban de la casa como si fueran ataques epilépticos. Todo lo demás se detenía. Tenían incluso prioridad frente a su educación. Desconocía por completo quién las organizaba y de dónde llegaban los asistentes, pero siempre llegaban, además de suficiente comida para alimentar a varios ejércitos y todo tipo de decadencia.

Aunque temía que fuera cosa de su imaginación, le daba la impresión de que cada vez había más segadores y más famosos en las fiestas de Goddard.

En tres meses, el cambio en el físico del joven resultaba obvio, y se pasaba más tiempo del que confesaría frente al alto espejo de su dormitorio. Se habían definido los abdominales, los pectorales. Los bíceps parecían haberse inflado como globos, y Rand no dejaba de darle palmadas en los glúteos mientras lo amenazaba con todo tipo de actos lascivos cuando llegara a la mayoría de edad.

Por fin le había pillado el truco a su diario y escribía cosas que rozaban lo reflexivo, aunque no dejara de ser una farsa. Jamás plasmaba lo que sentía de verdad; sabía que su diario «privado» no era privado y que Goddard leía hasta la última palabra. Así que ponía lo que creía que Goddard quería leer.

Aunque no olvidaba su promesa secreta de entregarle el anillo a Citra, había momentos en los que lo reprimía y se permitía imaginar cómo sería convertirse en segador ordenado. ¿Sería como Faraday o aceptaría las enseñanzas de Goddard? Por mucho que intentara negarlo, el enfoque de su nuevo mentor tenía su lógica. Al fin y al cabo, ¿qué criatura despreciaba su propia existencia y se avergonzaba de su forma de sobrevivir?

«Nos convertimos en seres antinaturales en cuanto conquistamos la muerte», habría declarado Faraday, pero ¿no era eso razón suficiente para buscar en nuestro interior la naturaleza que nos fuera posible? Si aprendía a disfrutar de la criba, ¿de verdad sería una tragedia?

Se guardaba aquellas ideas para sí, aunque el segador Volta se daba cuenta, a grandes rasgos, de lo que se le pasaba por la cabeza.

—Sé que te eligieron como novicio por unas cualidades muy diferentes a las que Goddard admira —le dijo una vez—. Él ve la compasión y la contención como debilidades. Aun así, tienes otros atributos que empiezan a despertar. ¡Al final te convertirás en un segador del nuevo orden!

De todos los segadores novatos de Goddard, Volta era el más admirable y con el que más se identificaba Rowan. Se imaginaba que, cuando fueran iguales, podrían ser amigos.

—¿Recuerdas el dolor que sentiste después de que te diéramos la paliza? —le preguntó Volta una tarde, cuando concluyó el entrenamiento de memoria.

—¿Cómo iba a olvidarlo?

—Hay tres razones para ello. La primera es conectarte con tus antepasados, revivir el dolor y el miedo al dolor, porque eso es lo que condujo a la civilización y a la humanidad a superar su propia mortalidad. La segunda es un rito de paso; algo que, por desgracia, ya no existe en nuestro pasivo mundo. La tercera quizá sea la más importante: sufrir dolor nos libera para sentir la alegría de ser humanos.

A Rowan le sonaban a clichés vacíos, pero Volta no era como Goddard en ese aspecto: no solía hablar de ideas elevadas y sin sentido.

—Ya estaba muy alegre sin necesidad de que me hicierais papilla —objetó Rowan.

El segador asintió.

—Sentías algo de alegría, pero no era más que una sombra de lo que puede ser. Sin la amenaza del sufrimiento no podemos experimentar la verdadera felicidad. Como mucho, llevamos vidas agradables.

El chico no pudo rechistar porque se dio cuenta de que era cierto. Su vida había sido agradable. Su mayor queja era que lo marginaban. Pero ¿no se sentía marginado todo el mundo? Vivían en un planeta en el que ya no importaba nada de lo que hiciera nadie. La supervivencia estaba garantizada. La renta estaba garantizada. La comida era abundante y la comodidad se daba por hecha. El Nimbo atendía a las necesidades de todos. Cuando no necesitabas nada, ¿qué otra cosa podía ser la vida, aparte de agradable?

—Al final lo comprenderás —le dijo Volta—. Ahora que tus nanobots analgésicos están a cero, es inevitable.

Esme seguía siendo un misterio. A veces bajaba a comer con ellos, mientras que otras veces no. En ocasiones, Rowan la pillaba leyendo en distintos

lugares de la mansión: libros de papel de la edad mortal que, al parecer, coleccionaba el dueño antes de entregárselo todo a Goddard. Siempre se escondía de él leyera lo que leyera, como si se avergonzara de hacerlo.

—Cuando te conviertas en segador, ¿te quedarás? —inquirió la niña.

—Puede. O puede que no. Quizá no me convierta en segador, así que quizá no esté en ninguna parte.

Ella no prestó atención al final de la respuesta.

—Deberías quedarte —concluyó.

El hecho de que una niña de nueve años pareciera estar enamorada de él no era más que otra complicación innecesaria. Esme conseguía todo lo que quería. ¿Quería eso decir que también lo conseguiría a él si se empeñaba?

—Me llamo Esmerelda, pero todos me llaman Esme —le dijo una mañana, después de seguirlo a la sala de las pesas.

Normalmente, Rowan era amable con los críos, pero como le habían ordenado que tenía que ser amable, de pronto descubrió que no quería serlo.

—Lo sé, Goddard me lo contó. No deberías estar aquí, estas pesas pueden ser peligrosas.

—Y se supone que tú no deberías estar aquí sin que Chomsky te supervise —protestó ella antes de sentarse en un banco, sin intención de marcharse—. Si quieres, podemos jugar a algo cuando acabes el entrenamiento.

—Yo no juego a nada.

—¿Ni siquiera a las cartas?

—Ni siquiera a las cartas.

—Ser tú tenía que ser muy aburrido.

—Sí, bueno, ya no.

—Te enseñaré a jugar a las cartas esta noche, después de cenar —anunció la niña.

Y como Esme siempre conseguía lo que quería, Rowan se presentó a la hora acordada, quisiera estar allí o no.

—Debemos tener a Esme contenta —le recordó Volta después de que Rowan jugase a las cartas con ella.

—¿Por qué? A Goddard no parece importarle nadie que no vista una túnica de segador, así que ¿por qué se preocupa por ella?

—Tú limítate a ser bueno con ella.

—Soy bueno con todo el mundo —puntualizó el chico—. Por si no te habías dado cuenta, soy una buena persona.

Volta se rio.

—Pues procura serlo durante todo el tiempo que puedas —le aconsejó, como si pensara que le iba a costar mucho.

Entonces llegó el día en que Goddard arrugó un poco más el tenso tejido de la vida de Rowan. Llegó sin previo aviso, como todo lo que le lanzaba el segador a la cara, durante las clases en el arte de matar. El chico estaba trabajando con dos hojas, una daga en cada mano. Aquello le resultaba complicado; era diestro y tenía poca habilidad con la izquierda. A Goddard le encantaba ponérselo difícil y siempre lo juzgaba con dureza cuando no estaba a la altura de su estándar imaginario de perfección. Aun así, Rowan estaba sorprendido, ya que cada vez se le daba mejor manejar las armas, e incluso le había arrancado algún tibio comentario de aprobación a su maestro. «Adecuado», le diría, o «no ha sido un desastre total». Aquello eran palabras mayores para Goddard.

A pesar de sí mismo, se sentía satisfecho cuando el segador expresaba su aprobación. Y tenía que reconocer que empezaba a gustarle usar armas mortales. Había llegado a apreciarlo como si fuera un deporte: la habilidad por el gusto de la habilidad y la sensación de sentirse realizado cuando lo hacía bien.

Aquel día en concreto, el asunto dio un giro radical. Fue evidente que algo sucedía desde el preciso instante en que pisó el césped, puesto que los muñecos todavía no estaban colocados. Lo que sí había era una docena de personas dando vueltas por el patio, como mínimo. Al principio no lo entendió. Debería haberse percatado de que algo se cocía porque todos los segadores novatos habían acudido a ver su entrenamiento. Lo normal era que estuviera sólo Goddard.

—¿Qué está pasando? —preguntó Rowan—. No puedo entrenarme con tanta gente en medio… Dígales que se vayan.

Rand se rio de él.

—Pero mira que eres tonto, encanto.

—Esto va a ser divertido —comentó Chomsky mientras cruzaba los brazos, listo para disfrutar de lo que se avecinaba.

Fue entonces cuando Rowan lo comprendió: las personas del césped no estaban dando vueltas por allí, sino paradas a intervalos regulares. Lo estaban esperando. No habría más muñecos. Iba a practicar con objetivos de verdad. El arte de matar sería, ahora sí, el arte de matar.

—No —dijo, y negó con la cabeza—. No, ¡no puedo hacerlo!

—Ah, pero lo harás —replicó Goddard con calma.

—Pero…, pero todavía no me han ordenado. ¡No puedo cribar!

—No vas a cribar —le explicó Volta. A continuación le puso una mano en el hombro para tranquilizarlo—. Hay ambudrones esperándolos. En cuanto acabes con ellos, se los llevarán al centro de reanimación más cercano y estarán como nuevos en un par de días.

—Pero…, pero… —Rowan no encontraba ningún argumento viable salvo—: ¡es que no está bien!

—Escúchame —ordenó Goddard, y dio un paso adelante—: hay trece personas en ese patio. Todas están aquí por decisión propia y todas recibirán una buena remuneración por el servicio proporcionado. Todas saben por qué están aquí, saben en qué consiste su trabajo, están más que dispuestas a hacerlo y esperan lo mismo de ti. Así que haz tu trabajo.

Rowan sacó las dagas y las observó. Aquellas hojas ya no cortarían algodón, sino carne.

—Corazones y yugulares —le indicó Goddard—. Elimina a tus sujetos con velocidad. Te cronometraremos.

Quería protestar, insistir en que no podía hacerlo, pero, por mucho que su corazón le repitiera eso, su mente conocía la verdad.

Sí que podía.

Se había entrenado para aquello. Lo único que tenía que hacer era dejar su conciencia en blanco. Sabía que era capaz, y la idea le asustaba.

—Tienes que acabar con doce de ellas —añadió Goddard— y dejar viva a la última.

—¿Por qué dejar viva a la última?

—Porque lo digo yo.

—Venga, que no tenemos todo el día —gruñó Chomsky.

Volta le lanzó una mirada asesina y después se dirigió a Rowan con mucha más paciencia:

—Es como meterse en una piscina de agua fría: lo que te imaginas es mucho peor que la realidad. Métete de golpe y te prometo que todo irá bien.

Rowan podría haberse ido.

Podría haber soltado las armas y haber vuelto a la casa. Podría haber demostrado que era un fracaso en aquel mismo instante y, quizá, librarse de seguir con la formación. Sin embargo, Volta creía en él. Y también Goddard, aunque no lo reconociera en voz alta; ¿por qué iba a ponerle delante aquel reto si no creyera que estaría a la altura?

Respiró hondo, aferró con fuerza las dagas con ambas manos y, con un grito gutural de guerra que ahogó las alarmas que resonaban en su alma, se abalanzó sobre los presentes.

Había hombres y mujeres. Los sujetos tenían distintas edades, mezclas étnicas y forma física, desde musculosos a obesos, pasando por demacrados. El chico chilló, gritó y gruñó con cada puñalada, tajo y giro. Lo habían entrenado bien. Las hojas se clavaban con perfecta precisión. Una vez que hubo comenzado, descubrió que no podía parar. Los cadáveres caían, y él pasaba al siguiente y al siguiente. No se resistían, no huían aterrados; se quedaban quietos y lo soportaban. No se diferenciaban de los muñecos. Estaba cubierto de sangre. Se le metía en los ojos y le escocían; el olor le impregnaba las fosas nasales. Por fin llegó a la última. Era una chica de su edad y tenía cara de resignación, casi de pena. El quería acabar con aquella pena. Quería terminar lo que había empezado, pero consiguió reprimir el brutal imperativo del cazador que llevaba dentro. Se obligó a no usar las armas.

—Hazlo —susurró ella—. Si no lo haces, no me pagarán.

El dejó caer las armas en la hierba. Doce morturientos, una con vida. Se volvió hacia los segadores y todos empezaron a aplaudir.

—¡Bien hecho! —exclamó Goddard, y Rowan nunca lo había visto tan satisfecho—. ¡Muy bien hecho!

Los ambudrones empezaron a bajar del cielo para recoger a sus víctimas y llevárselas volando al centro de reanimación más próximo. Y Rowan sonrió. Algo se había roto dentro de él. No sabía si eso era bueno o malo. Y mientras una parte del chico deseaba hincarse de rodillas y vomitar el desayuno, la otra parte quería aullar a la luna como un lobo.

25

El apoderado de la muerte

Al ingeniero le gustaba creer que su trabajo en Magnetic Propulsión Laboratories era útil, a pesar de que siempre le había dado la sensación de que no lo era. Los trenes magnéticos ya se movían con toda la eficacia posible. Las aplicaciones para el transporte público no necesitaban más que unos ajustes menores. Ya no había nada «nuevo y mejorado», sólo el truco de que era «distinto» (nuevos estilos y anuncios para convencer a la gente de que aquello era la última moda), pero la tecnología básica seguía siendo exactamente la misma.

En teoría, había nuevos usos que todavía no habían aprovechado… Si no, ¿por qué iba a ponerlos a trabajar el Nimbo?

Algunos gestores de proyectos sabían más sobre el objetivo final del trabajo que realizaban, pero nadie contaba con todas las piezas del puzle. Aun así, se especulaba. Desde hacía tiempo se creía que sería necesaria una combinación de viento solar y propulsión magnética para moverse en el espacio con eficacia. Era cierto que la perspectiva del viaje espacial se había pasado de moda hacía mucho, pero eso no significaba que fuese a permanecer siempre así.

Hubo una época en que se organizaron misiones para colonizar Marte, para explorar las lunas de Júpiter e incluso para viajar a las estrellas de más allá. Sin embargo, todas esas misiones acabaron siendo absolutos desastres. Las naves volaban en pedazos. Los colonos morían… Y, en el espacio profundo, la muerte era la muerte, tan definitiva como una criba. La idea de la muerte irrevocable sin la mano controlada de un segador era demasiada carga para un mundo que había conquistado la mortalidad. El clamor popular puso fin a las exploraciones espaciales. La Tierra era nuestro único hogar y seguiría siéndolo.

El ingeniero sospechaba que por eso el Nimbo había seguido adelante con tanta precaución con esos proyectos y a un ritmo pausado que no llamara la atención pública. No era un secreto porque era incapaz de hacer algo deshonesto. Sólo era discreto. Sabiamente discreto.

Quizás algún día el Nimbo anunciara que, mientras todos miraban hacia otro lado, la humanidad había logrado mantener una presencia sostenible más allá de los límites del planeta Tierra. El ingeniero esperaba con ansia aquel momento y estaba convencido de que viviría para verlo. No tenía razón para suponer lo contrario.

Hasta que un grupo de segadores accedió su centro de investigación.

A Rowan lo despertaron al alba lanzándole una toalla a la cara.

—Arriba, bello durmiente —le apremió Volta—. Dúchate y vístete, que hoy es el día.

—¿El día de qué? —preguntó él, todavía demasiado atontado para sentarse.

—¡El día de cribar!

—¿Quieres decir que cribáis de verdad? Creía que os pasabais el día de fiesta y gastando el dinero de los demás.

—Tú prepárate, listillo.

Cuando Rowan cerró el grifo de la ducha, oyó el ruido de las palas de un helicóptero y al salir al patio allí estaba, esperándolos. No le sorprendió que estuviera pintado de azur y tachonado de relucientes estrellas. En la vida de Goddard, todo era un testimonio de su ego.

Los otros tres segadores ya estaban delante, practicando sus mejores movimientos letales. Sus túnicas eran voluminosas, estaba claro que llevaban todo tipo de armas entre los pliegues. Chomsky prendió fuego a una maceta con un lanzallamas.

—¿En serio? —dijo Rowan—. ¿Un lanzallamas?

El segador se encogió de hombros.

—No hay ninguna ley contra ellos. Además, no es asunto tuyo.

Goddard salió de la mansión.

—¿A qué estáis esperando? ¡Vamos! —exclamó, como si no estuviesen todos esperándole a él.

La escena estaba cargada de la adrenalina por la expectación y, mientras se acercaban al helicóptero, el chico los vio por un instante como superhéroes… Hasta que recordó cuál era su verdadero propósito y la imagen se resquebrajó.

—¿A cuántos vais a cribar? —le preguntó a Volta, que sacudió la cabeza y se señaló las orejas. Los rotores hacían demasiado ruido para oír nada,

además de agitar las túnicas de los segadores mientras cruzaban el patio, como si fueran banderas en plena tormenta.

Rowan hizo sus cálculos. Los segadores tenían que realizar cinco cribas a la semana y, por lo que él sabía, aquellos cuatro no habían arrebatado ninguna vida en los tres meses que llevaba con ellos. Eso significaba que podían cribar a unos doscientos cincuenta en un día y seguirían estando dentro de la cuota asignada. No iban a cribar, iban a masacrar.

El chico vaciló y se quedó un poco atrás. Volta se dio cuenta.

—¡¿Hay algún problema?! —le gritó por encima del ensordecedor rugido del helicóptero.

Pero, aunque Rowan pudiera hacerse oír, jamás podría hacerse entender. Goddard y sus discípulos se dedicaban a aquello. Así funcionaban. Era el trabajo habitual. ¿Podría serlo alguna vez para él? Pensó en sus dos últimas sesiones de entrenamiento, las que tenían blancos vivos. En la sensación después de haberlos dejado a todos morturientos, menos a uno; en el asco que pugnaba contra una primitiva sensación de triunfo. Volvió a sentirlo ante la puerta del helicóptero. Con cada paso que daba dentro del mundo de Goddard, más difícil le resultaba retroceder.

Los cuatro segadores estaban mirándolo, listos para emprender su misión. Lo único que los retenía era Rowan.

«No soy uno de ellos. No voy a cribar. Sólo estaré allí para observar».

Se obligó a subir al helicóptero, cerró la puerta y todos juntos ganaron altura.

—Nunca habías viajado en uno de estos, ¿verdad? —inquirió Volta, malinterpretando el recelo del chico.

—No, nunca.

—Es la única forma de viajar —comentó Rand.

—Somos los ángeles de la muerte —dijo Goddard—. Lo más adecuado es que descendamos de los cielos.

Volaron al sur, por encima de Fulcrum City, hacia los barrios de las afueras. Durante todo el camino, deseó en silencio que el helicóptero se estrellara…, pero se daba cuenta de que no serviría de nada porque, aunque lo hiciera, todos habrían revivido para el fin de semana.

Aterrizaron en el helipuerto de la azotea del edificio principal. Fue algo inesperado; eso nunca sucedía. El Nimbo pilotaba todo lo que volaba por el cielo; incluso aunque se tratara de un vehículo desconectado de la red, alguien

de a bordo siempre anunciaba su acercamiento y solicitaba que despejaran la pista.

Aquella cosa se limitó a caer del cielo y posarse sobre el tejado.

El vigilante de seguridad más cercano corrió escaleras arriba desde la sexta planta hasta la azotea justo a tiempo para ver salir a los segadores. Eran cuatro (azul, verde, amarillo y naranja) y un chico con brazalete de novicio.

El vigilante se quedó allí, con la boca abierta, sin saber qué hacer. Pensó en informar a la oficina central, pero se dio cuenta de que hacerlo podría costarle la vida.

La segadora de verde con oscuro pelo de hechicera y rasgos panasiáticos se le acercó, sonriente.

—Toc, toc.

El hombre estaba demasiado aturdido para responder.

—He dicho toc, toc.

—¿Q-quién es?

Ella se metió la mano en la túnica y sacó el cuchillo más horrendo que el vigilante había visto en su vida, pero el segador de azul le sujetó el brazo antes de que pudiera usarlo.

—No pierdas el tiempo con él, Ayn.

La de verde guardó el cuchillo y se encogió de hombros.

—Supongo que te vas a perder el chiste. —Después, pasó junto a él con los demás y bajó las escaleras del edificio.

El hombre captó la mirada del novicio, que se había quedado rezagado unos cuantos metros.

—¿Qué hago? —le preguntó al chico.

—Sal de aquí —le recomendó él—. Y no mires atrás.

Así que hizo lo que le pidió: se dirigió a la otra escalera, descendió a toda velocidad, usó la salida de emergencia y no dejó de correr hasta estar lo bastante lejos para no oír los gritos.

—Empezaremos aquí, en la sexta planta, e iremos bajando —les dijo Goddard a los demás.

Al salir del hueco de las escaleras, descubrieron a una mujer que esperaba el ascensor. La desconocida abrió la boca y se quedó paralizada.

—¡Bu! —gritó el segador Chomsky.

La mujer dio un respingo y dejó caer las carpetas que llevaba en las manos. Rowan sabía que cualquiera de ellos podría haberla eliminado por

puro capricho. Y ella también debía de saberlo, porque se preparó para la posibilidad.

—¿De qué nivel es tu autorización de seguridad? —le preguntó Goddard.

—Uno.

—¿Eso es bueno?

Ella asintió y él le quitó la tarjeta de identificación.

—Gracias —añadió acto seguido—. Te dejaremos con vida. —Y se dirigió a una puerta cerrada y pasó la tarjeta por delante para abrirla.

Rowan empezó a marearse y notó que hiperventilaba.

—Será mejor que espere aquí —les dijo—. No puedo cribar; debería quedarme aquí.

—De ningún modo —replicó Chomsky—. Te vienes con nosotros.

—Pero…, pero ¿de qué voy a servir? No haré más que estorbar.

Entonces, la segadora Rand le dio una patada al cristal de un armario de emergencia, sacó un hacha contra incendios y se la dio.

—Toma. Rompe cosas.

—¿Por qué?

—Porque puedes —respondió ella, y le guiñó un ojo.

Los empleados de la oficina 601, que ocupaba toda la mitad norte del edificio, no recibieron ninguna advertencia. Goddard y sus segadores se metieron directamente en el centro de la actividad.

—¡Atención! —anunció el hombre con su voz más teatral—. ¡Atención todo el mundo! Os hemos seleccionado para la criba de hoy. Se os ordena dar un paso adelante y aceptar vuestro fin.

Murmullos, jadeos y gritos de sorpresa. Nadie se movió. Nadie lo hacía nunca. Goddard le hizo un gesto con la cabeza a Chomsky, Volta y Rand, y los cuatro avanzaron a través del laberinto de cubículos y despachos sin dejar nada vivo a su paso.

—¡Yo soy vuestro final! —entonaba Goddard—. ¡Soy vuestra liberación! ¡Soy vuestro portal a los misterios de la otra vida!

Hojas, balas y llamas. La oficina empezó a arder. Las alarmas atronaron, los aspersores escupieron agua helada desde el techo. Los condenados se quedaron atrapados entre el agua, el fuego y las mortíferas visiones de los cuatro maestros cazadores. No tenían ninguna oportunidad.

—¡Soy vuestra última palabra! ¡Vuestro omega! El que os traerá paz y reposo. ¡Abrazadme!

Nadie lo abrazó. La mayoría de los presentes se encogió de miedo y suplicó piedad, pero la única que les demostraron fue la velocidad con la que los eliminaban.

—Ayer erais dioses. Hoy sois mortales. Vuestra muerte es mi regalo. Aceptadlo con elegancia y humildad.

Los segadores estaban tan concentrados que ninguno de ellos se fijó en que Rowan se escabullía detrás de ellos y se metía en la oficina 602. Golpeó la puerta de cristal hasta que alguien se acercó y él pudo advertirle de lo que sucedía:

—Salid por las escaleras de atrás —le dijo al hombre—. Saca a todos los que puedas. No hagas preguntas, ¡vete!

Si el hombre tenía sus dudas, los gritos de desesperación y angustia que llegaban del otro lado del pasillo se las disiparon por completo.

Unos minutos después, cuando Goddard, Volta y Chomsky terminaron con la oficina 601, cruzaron el pasillo y se encontraron la 602 vacía, salvo por Rowan, que atacaba con su hacha los ordenadores, los escritorios y todo lo que se encontraba en su camino; justo lo que le habían ordenado que hiciera.

Los segadores avanzaban más deprisa que las llamas, más deprisa que el flujo de trabajadores que intentaban escapar. Volta y Chomsky bloquearon dos de las escaleras. Rand se dirigió a la entrada principal y se quedó allí, como una guardameta, para acabar con cualquiera que intentara escapar. Goddard soltaba su letanía ritualista entre la muchedumbre aterrada y cambiaba de armas según le apetecía. Mientras tanto, Rowan descargaba el hacha sobre cualquier cosa susceptible de romperse y después conducía en secreto a quien podía hacia la única escalera sin vigilar.

Todo acabó en menos de quince minutos. El edificio era pasto de las llamas, el helicóptero lo sobrevolaba y los segadores salieron por la puerta principal como los cuatro jinetes del Apocalipsis posmortal.

Rowan iba el último, arrastrando el hacha sobre el mármol, hasta que la dejó caer con estrépito.

Ante él había media docena de camiones de bomberos y ambudrones, y detrás, hordas de supervivientes. Algunos echaron a correr cuando vieron que salían los segadores; otros se quedaron donde estaban, puesto que su fascinación era mayor que su terror.

—¿Ves? —le dijo Goddard a Rowan—. Los bomberos no pueden obstaculizar nuestras acciones. Permitirán que arda todo el complejo. En

cuanto a los supervivientes, es una oportunidad estupenda para nuestras relaciones públicas. —Luego dio un paso y habló en voz bien alta a los que no habían huido—: Nuestra criba ha terminado —anunció—. Concederemos la inmunidad a todos los supervivientes. Acercaos para reclamarla.

Extendió la mano, la mano que lucía el anillo. Los otros segadores siguieron su ejemplo.

Al principio, nadie se movió, seguramente pensando que se trataba de un truco. Sin embargo, al cabo de unos segundos, un empleado manchado de ceniza se acercó dando tumbos, seguido de otro, y después otro, hasta que toda la masa de gente empezó a aproximarse, no sin algo de aprensión. Los primeros se arrodillaron y besaron los anillos de los segadores… y, en cuanto los otros vieron que era real, se abalanzaron sobre ellos.

—¡Tranquilos! —gritó Volta—. ¡Uno a uno!

Pero la misma mentalidad de turba que había impulsado su huida ahora los empujaba hacia esos anillos salvadores. De improviso, nadie parecía recordar a sus compañeros muertos.

Justo cuando la muchedumbre que los rodeaba era más densa y aparentaba estar más inquieta, Goddard retiró la mano, se quitó el anillo y se lo entregó a Rowan.

—Esto me cansa. Cógelo. Comparte la adoración con nosotros.

—Pero… no puedo. No me han ordenado.

—Puedes usarlo si te doy permiso como mi apoderado. Y ahora mismo lo tienes.

El chico se lo puso, pero se le caía, así que se lo cambió al dedo índice, donde se le ajustaba mejor. Después extendió la mano como hacían los demás segadores.

A la gente le daba igual en qué dedo estuviera el anillo y de quién fuera la mano. Prácticamente trepaban unos sobre otros para besarlo y para darle a él las gracias por su justicia, su amor y su piedad, llamándolo «su señoría», sin tan siquiera darse cuenta de que no era un segador.

—Bienvenido a la vida de los dioses —le dijo Volta.

Detrás de ellos, el edificio ardía hasta los cimientos.

26

No eres como los demás

Esa noche celebraron un banquete, pero Rowan no conseguía recuperar su apetito por mucho que lo intentaba. Goddard comió de sobra por todos. La caza del día lo había revigorizado, como un vampiro que les chupara la fuerza vital a sus víctimas. Estaba más encantador y más afable que nunca, y procuraba hacer reír a los demás. «Qué fácil es dejarse llevar por él —pensó el chico—. Dejarse engatusar por su club de élite como todos los demás».

Chomsky y Rand estaban cortados por el mismo patrón que Goddard; no tenían ni la más leve ilusión de una conciencia. No obstante, a diferencia de Goddard, tampoco tenían delirios de grandeza. Cribaban por deporte (por placer) y, como bien había explicado Rand, porque podían. Se sentían más que satisfechos usando sus armas mientras Goddard representaba su papel de ángel de la muerte. Rowan no sabía si el hombre se lo creía de verdad o si era todo artificio, teatralidad para añadirle más emoción al espectáculo.

Por otro lado, Volta era diferente. Sí, entró hecho una furia en el edificio de oficinas y cribó lo que le correspondía, como los demás, pero casi no habló cuando su máquina divina los transportó a casa surcando los cielos, y durante la cena apenas tocó la comida de su plato. No dejaba de levantarse para lavarse las manos. Es probable que creyera que nadie se fijaría, pero Rowan sí. Y Esme.

—Volta siempre se pone gruñón después de una criba —le dijo la niña al chico tras inclinarse sobre él—. No te quedes mirándolo si no quieres que te lance algo.

En medio de la cena, Goddard pidió el recuento final.

—Hemos cribado a doscientos sesenta y tres —le informó Rand—. Vamos un poco por delante de lo asignado. Tendremos que cribar menos la próxima vez.

El segador estrelló el puño contra la mesa, asqueado.

—¡Esa maldita cuota nos limita demasiado! Si no fuera por ella, todos los días serían como hoy.

Se volvió hacia Volta y le preguntó cómo iba su tarea. El trabajo de Volta consistía en concertar citas con las familias de los fallecidos para poder darles

la inmunidad obligatoria.

—Me he pasado todo el día poniéndome en contacto con las familias —respondió—. Estarán haciendo cola en la cancela mañana a primera hora.

—Deberíamos dejarles entrar en la propiedad —comentó Goddard con una sonrisita—, así verán a Rowan entrenando en el patio.

—Odio a los dolientes —soltó Rand mientras apuñalaba otro trozo de carne con el tenedor y se lo echaba en el plato—. Tienen una higiene oral pésima… El anillo siempre me apesta después de pasarme una hora concediéndoles la inmunidad.

Incapaz de soportar nada más, Rowan se excusó:

—Le prometí a Esme que jugaría a las cartas con ella después de cenar y se está haciendo tarde. —Era falso, pero le lanzó una mirada a la niña y esta asintió, encantada de formar parte de una conspiración improvisada.

—Te vas a perder la *créme brúlée* —apuntó Goddard.

—Así hay más para nosotros —dijo Chomsky mientras se metía un buen pedazo de entrecot entre las fauces.

Rowan y Esme encaminaron a la sala de juegos para echar una partida de Gin Rummy, donde por suerte no les molestaron con conversaciones sobre cribas, cuotas y besos a anillos. El chico se alegraba de que el único que sufriera en aquel cuarto fuera el rey de corazones.

—Tendríamos que pedirles a los demás que vinieran con nosotros —comentó Esme—. Así podríamos jugar a corazones o a picas. A eso no se puede jugar sólo con dos personas.

—No estoy interesado en jugar a las cartas con los segadores —respondió él sin más.

—Con ellos no, tonto… Me refería a los criados. —La niña recogió el nueve que había descartado Rowan; era el segundo que le dejaba, como si no supiera que los estaba reuniendo. Dejarla ganar aquel día era su forma de pagarle el permitirle escapar del comedor—. A veces juego con el encargado de la piscina —musitó ella—. Pero no le caigo muy bien porque antes la casa era suya y eso. Ahora todos comparten una habitación en el ala de los criados. —Luego añadió—: Tú estás durmiendo en uno de sus dormitorios, ¿sabes? Seguro que tampoco les caes demasiado bien.

—Seguro que ninguno de nosotros les cae demasiado bien.

—Es probable.

Quizá fuera por su juventud, pero Esme parecía ajena a las cosas que tanto le pesaban a Rowan. Tal vez fuera lo bastante lista como para no cuestionarse nada y no juzgar lo que veía. Aceptaba su situación por lo que era y jamás

hablaba mal de su benefactor… o, para ser más exactos, de su secuestrador, puesto que estaba claro que se trataba de la prisionera de Goddard, aunque ella no lo viera así. La suya era una jaula dorada, pero jaula de todos modos. Aun así, su ignorancia era una bendición y Rowan decidió no destruir su ilusión de ser libre.

El chico eligió un as y lo descartó, a pesar de necesitarlo para su mano.

—¿Goddard habla contigo? —curioseó él.

—Por supuesto que sí. Siempre me está preguntando cómo estoy o si necesito algo. Y si lo necesito, siempre se asegura de que me lo den. La semana pasada le pedí un…

—No, no me refiero a eso —la cortó—. Me refiero a hablar de verdad. ¿Alguna vez te ha dado una pista de por qué le importas tanto?

Esme no respondió; se limitó a desplegar las cartas sobre la mesa. Dobles parejas de nueves y treses.

—Rummy —dijo—, el que pierde, baraja.

Rowan recogió las cartas.

—El segador Goddard debe de haber tenido una buena razón para mantenerte viva y concederte la inmunidad. ¿No sientes curiosidad?

Esme se encogió de hombros y no abrió la boca. No habló hasta que Rowan repartió la siguiente mano:

—En realidad, el segador Goddard no me concedió la inmunidad. Puede cribarme cuando quiera, pero no lo hace. —Y sonrió—. Eso me hace más especial, ¿no crees?

Jugaron cuatro partidas. Una la ganó Esme sin ayuda, dos las ganó porque se lo permitió Rowan y otra la ganó el chico para que no resultara tan obvio que se había dejado ganar en las demás. Para cuando hubieron terminado, los demás ya habían cenado y se dedicaban a sus rutinas nocturnas. Rowan los evitó a todos e intentó irse derecho a su habitación, pero por el camino oyó algo que lo detuvo en seco: del dormitorio de Volta surgían sollozos ahogados. Se quedó escuchando junto a la puerta para asegurarse de que no eran imaginaciones suyas antes de girar el pomo. No estaba cerrada con pestillo. La empujó un poco y se asomó al interior.

El segador estaba allí, sentado en su cama, con la cabeza entre las manos. Los sollozos le sacudían el cuerpo; intentaba controlarlos, sin éxito. Tardó unos segundos en levantar la mirada y advertir su presencia.

La tristeza de Volta se convirtió en furia al instante:

—¿Quién demonios te ha dicho que podías entrar? ¡Sal de aquí! —Agarró el objeto más cercano (un sujetapapeles de cristal) y se lo lanzó, justo como Esme le había advertido que haría.

De haber acertado, le habría dejado un corte muy desagradable en la cabeza, pero Rowan se agachó, el cacharro golpeó la pared y dejó una abolladura considerable en la madera, no en su cráneo. El chico podría haberse marchado. Habría sido la decisión más juiciosa, aunque dejar las cosas como estaban no era su punto fuerte; tenía una habilidad pasmosa para meterse donde no le llamaban.

Entró en el cuarto y cerró la puerta, preparado para esquivar el siguiente objeto que volara hacia él.

—Si no quieres que nadie te oiga, no hagas tanto ruido —le susurró a Volta.

—Si se lo cuentas a alguien, convertiré tu vida en un infierno.

Rowan se rio, porque aquella frase daba a entender que no lo era.

—¿Crees que tiene gracia? Te vas a enterar de lo que tiene gracia.

—Lo siento, no pretendía reírme. No me reía de ti, si eso es lo que piensas.

Como Volta ya no lanzaba cosas ni lo echaba, el chico cogió una silla y se sentó lo bastante lejos del segador como para darle algo de espacio.

—Hoy ha sido un día difícil —comentó—. No te culpo.

—Qué sabrás tú.

—Sé que no eres como los demás. No del todo.

Entonces, Volta lo miró con los ojos rojos por las lágrimas, que ya no intentaba ocultar.

—Quieres decir que tengo algo malo. —Volvió a bajar la vista y apretó los puños, aunque Rowan no se movió porque no esperaba que le pegase. Sospechaba que Volta usaría los puños contra sí mismo, si pudiera—. Goddard es el futuro —añadió el segador—. No quiero formar parte del pasado. ¿Es que no lo entiendes?

—Pero has odiado lo de hoy, ¿no? Incluso más que yo, porque tú no estabas observando; formabas parte de ello.

—Y tú también lo harás dentro de poco.

—Puede que no.

—Oh, sí. En cuanto consigas tu anillo y mates a esa novia tuya tan guapa, sabrás que tampoco hay vuelta atrás para ti.

Rowan tragó saliva para intentar retener lo poco que había comido en la cena. Se le apareció el rostro de Citra, pero apartó la imagen. No podía

permitirse pensar en ella en esos momentos.

Sabía que se la estaba jugando con Volta. Lo único que podía hacer era avanzar con cautela hasta el precario final.

—Sólo finges que te gusta cribar, a pesar de que lo odias más que nada en el mundo. Tu mentor fue el segador Nehru, ¿no? Es de la vieja escuela, lo que significa que te eligió por tu conciencia. No quieres arrebatar vidas… y está claro que no quieres arrebatarlas de cien en cien.

Volta se puso en pie de un salto y se movió más deprisa de lo que parecía posible. Levantó a Rowan en el aire y lo empujó contra la pared con un golpe tan fuerte que el chico echó mucho de menos sus nanobots analgésicos.

—No vuelvas a repetir eso delante de nadie, ¿me oyes? ¡He llegado demasiado lejos para que ahora pongas mi puesto en peligro! ¡No dejaré que un mocoso novicio me chantajee!

—¿Eso es lo que crees que estoy haciendo? ¿Chantajearte?

—¡No juegues conmigo! —gruñó—. ¡Sé por qué estás aquí!

Rowan se sintió decepcionado de verdad.

—Creía que me conocías.

Tras un instante, Volta lo soltó un poco.

—Nadie conoce a nadie, ¿no?

—Te prometo que no se lo contaré a nadie. Y no quiero nada de ti.

Volta por fin retrocedió.

—Lo siento —murmuró—. Cuando te ves rodeado por tantas intrigas, empiezas a creer que todo el mundo funciona así. —Se sentó de nuevo en la cama—. Te creo porque sé que estás por encima de eso. De hecho, lo sabía desde que te trajo Goddard. Te ve como un desafío porque… si puede convertir a su causa a uno de los novicios de Faraday, puede convertir a cualquiera.

Entonces fue cuando Rowan cayó en que Volta no era mucho mayor que él. Siempre había fingido una seguridad que le hacía parecer más adulto, pero la verdad quedaba patente en aquel momento tan vulnerable. Tenía veinte años como mucho. Lo que significaba que era segador desde hacía tan sólo un par de años. Rowan desconocía qué lo había llevado desde un segador de la vieja guardia hasta Goddard, aunque se lo imaginaba. Entendía que un segador novato gravitara hacia la ostentación y el carisma de Goddard. Al fin y al cabo, prometía a sus discípulos todo lo que pudieran desear a cambio de renunciar por completo a su conciencia. En una profesión en la que la conciencia era un lastre, ¿quién iba a querer una?

El chico se sentó y acercó la silla a Volta lo suficiente como para poder susurrar:

—Te diré lo que pienso: Goddard no es un segador, sino un asesino. —Era la primera vez que se atrevía a expresarlo en voz alta—. Se escribió mucho sobre los asesinos de la edad mortal, monstruos como Jack el Destripador, Charlie Manson o Cyber Sally. La única diferencia entre ellos y Goddard es que la gente permite que el segador se salga con la suya. Los mortales sabían que era algo malo, pero nosotros, de algún modo, lo hemos olvidado.

—Sí, pero incluso si fuera cierto, ¿qué se puede hacer para evitarlo? El futuro llegará queramos o no. Rand, Chomsky y todos los demás cabrones enfermos y morbosos que están deseando entrar en el círculo de Goddard van a dominar ese futuro. Sé que los segadores fundadores deben de estar revolviéndose en sus tumbas. Pero el tema es que están en sus tumbas y no van a volver. —Volta respiró hondo y se limpió las últimas lágrimas—. Por tu propio bien, Rowan, espero que llegue a gustarte matar tanto como a Goddard. Te haría la vida mucho más fácil. Mucho más satisfactoria.

La idea le pesaba. Un mes antes, Rowan habría negado ser capaz de convertirse en semejante monstruo, pero ya no estaba tan seguro. La presión para rendirse crecía con cada día que pasaba. Tenía que basar sus esperanzas en que, si Volta había conseguido resistirse a la oscuridad, quizás él también fuera capaz de hacerlo.

27

El Cónclave de la Cosecha

La investigación secreta de Citra la condujo a varias sorpresas que estaba deseando contarle a Rowan cuando se encontrasen en el Cónclave de la Cosecha. Estaba claro que no podía mantener esa conversación con la segadora Curie. Las dos habían establecido una relación de confianza, así que, si la segadora se hubiera enterado de que usaba sus credenciales en línea en secreto, lo habría considerado una traición.

La vida de Citra había tomado un rumbo muy distinto a la de Rowan. No asistía a fiestas pantagruélicas ni entrenaba con sujetos vivos, sino que ayudaba a preparar tranquilas cenas para familias destrozadas por el dolor y combatía contra un robot cinturón negro en bokator. Creaba tinturas y estudiaba el uso práctico de los venenos letales en la botica personal y el huerto de hierbas tóxicas de Curie. Aprendía sobre los actos infames de los mejores y los peores segadores de la historia.

Había descubierto que, en el pasado, eran la pereza, los prejuicios o la falta de previsión lo que caracterizaba a los malos segadores. Los había que cribaban a demasiados vecinos porque no se molestaban en ir más allá de su barrio. Los había que, a pesar de repetidas acciones disciplinarias, cribaban a personas de determinados rasgos étnicos. En cuanto al mal criterio, también había muchos ejemplos. Como el segador Sartre, que creyó que era buena idea realizar todas sus cribas en rodeos, hasta tal punto que destruyó por completo el deporte; nadie quería asistir a un rodeo por miedo a que lo cribaran.

Obviamente, los malos segadores no habían existido tan sólo en el pasado. Sin embargo, en vez de «malos», ahora los consideraban «innovadores» y «avanzados».

Como las innovadoras matanzas del segador Goddard y sus compinches asesinos.

La criba en masa en el Magnetic Propulsión Laboratories, aunque no se anunciara de manera oficial, fue una noticia importante. Y había vídeos privados más que de sobra subidos al Nimbo en los que se veía a Goddard y

sus discípulos repartiendo inmunidad como si fuera pan para los pobres. Rowan estaba allí, en el centro de todo. Citra no sabía qué pensar al respecto.

—Al mundo se le da bien recompensar el mal comportamiento con el estrellato —comentó Curie mientras veía algunos de los vídeos subidos. Después se volvió, algo pensativa—. Conozco los inconvenientes de convertirse en una segadora célebre —confesó, aunque Citra ya lo sabía—. En mis inicios, era cabezota y estúpida. Creía que, si cribaba a la gente correcta en el momento correcto cambiaría el mundo para bien. Creía, en mi arrogancia, que era capaz de comprender mejor que los demás la visión de conjunto. Pero, claro, tenía las mismas limitaciones que ellos. Cuando cribé al presidente y a su gabinete, el mundo tembló…, pero es que el mundo ya temblaba lo suficiente sin mí. Me llamaron «doña Masacre» y con el tiempo el término se cambió por «la Gran Dama de la Muerte». Aunque me pasé más de cien años intentando volver al anonimato, hasta los niños pequeños me conocen. Soy el coco que usan los padres para que se porten bien: «Si no eres bueno, la Gran Dama de la Muerte vendrá a por ti». —Curie sacudió la cabeza, triste—. La fama suele ser algo efímero. No obstante, cuando eres segadora, las hazañas que te definan permanecerán para siempre. Hazme caso, Citra: no te definas.

—Puede que usted sea una segadora célebre —puntualizó la chica—, pero ni siquiera en sus peores momentos se parecía a Goddard.

—No, es cierto, y menos mal. Jamás maté a nadie por deporte. Verás, algunos buscan la fama para cambiar el mundo, mientras que otros la buscan para dominarlo. Goddard es de los segundos. —Entonces dijo algo que a Citra le supuso muchas noches en vela—: Yo en tu lugar no seguiría confiando en tu amigo Rowan. Goddard es tan corrosivo como el ácido en los ojos. Lo más amable que puedes hacer es ganar ese anillo cuando llegue el Cónclave de Invierno y cribar al chico deprisa, antes de que el ácido provoque más daños internos de los que ya ha causado.

Citra se alegraba de que todavía quedaran varios meses para el Cónclave de Invierno. Ahora le tocaba preocuparse por el de la Cosecha. Al principio, estaba deseando que llegara septiembre y la reunión, pero, cuanto más se acercaba el momento, más lo temía. Lo que le inquietaba no era la prueba, ya que se sentía preparada para cualquier cosa que plantearan a los novicios. Lo que temía era ver a Rowan; no tenía ni idea de lo que habían supuesto para él todos esos meses con Goddard. «Gana ese anillo y críbalo deprisa», le había aconsejado Curie. Bueno, no tenía que preocuparse por eso ahora. Le

quedaban varios meses para tomar esa decisión. Pero el reloj seguía marcando las horas y avanzaba, inexorable, hacia la muerte de uno de los dos.

El Cónclave de la Cosecha se celebró un claro pero tempestuoso día de septiembre. Mientras que la tormenta había mantenido alejados a muchos espectadores del anterior cónclave, esta vez se reunió una importante multitud ante el edificio del Capitolio de Fulcrum City. Había incluso más agentes del orden que antes para contener a la boquiabierta multitud. Algunos segadores (sobre todo los de la vieja guardia) llegaron a pie, ya que preferían un humilde paseo desde sus hoteles a una entrada más vistosa. Otros aparecían en coches de alta gama para aprovechar al máximo su condición de celebridades. Los equipos de reporteros apuntaban con sus cámaras, aunque en general mantenían las distancias. Al fin y al cabo, no se trataba de una alfombra roja: no había preguntas, no había entrevistas… Lo que sí había era un montón de pavoneo. Los segadores saludaban a las cámaras y cuadraban los hombros para estar más erguidos y dar mejor aspecto en pantalla.

Goddard y su grupo aparecieron en una limusina de color azur con diamantes falsos… para que no cupiera duda de quién viajaba dentro. Al salir con su séquito, el público estalló en gritos de admiración, como si su deslumbrante apariencia rivalizara con una exhibición de fuegos artificiales.

—¡Ahí está!

—¡Es él!

—¡Qué guapo!

—¡Qué miedo da!

—¡Qué elegante!

Goddard se tomó un momento para girarse hacia la muchedumbre y mover la mano con un saludo propio de los reyes. Luego se concentró en una chica, la miró a los ojos, la señaló y siguió subiendo las escaleras sin decir nada.

—¡Qué raro es!

—¡Qué misterioso!

—¡Qué encantador!

En cuanto a la chica a la que había señalado, se quedó impresionada, aterrorizada y desconcertada por su momentánea atención, que era lo que él pretendía.

Tan concentrada estaba la multitud en Goddard y su colorido séquito que nadie se fijó demasiado en Rowan, que los seguía escalones arriba.

Los de Goddard no eran los únicos segadores a los que les gustaba dar el espectáculo. Kierkegaard llevaba una ballesta al hombro. No tenía ninguna intención de usarla aquel día, sino que formaba parte de su puesta en escena. Aun así, podría haber apuntado con ella a cualquiera y haberlo eliminado. Saberlo emocionaba aún más a los presentes. Nunca antes se había cribado a alguien en un cónclave, pero eso no significaba que no pudiera ocurrir.

Mientras que la mayoría de los segadores se acercaba por la avenida principal, Curie y Citra lo hicieron por un callejón para evitar convertirse en el centro de atención durante el mayor tiempo posible. Cuando la majestuosa segadora se abrió paso entre los espectadores, los que tenía más cerca se percataron de quién se movía entre ellos y empezaron a murmurar. Intentaban tocarle la sedosa túnica de color lavanda. Ella lo soportó como si fuera algo habitual, hasta que un hombre agarró la tela y ella le dio un manotazo para apartarlo.

—Cuidado —le dijo, mirándolo a los ojos—, no permito que atenten contra mi persona impunemente.

—Mis disculpas, su señoría. —Y fue a cogerle la mano para tocarle el anillo, pero ella la retiró.

—Ni se te ocurra.

Citra se colocó delante de Curie para ayudarla a despejar el paso.

—Quizá deberíamos haber venido en limusina —comentó—. Al menos así no tendríamos que luchar por abrirnos paso.

—Siempre me ha parecido demasiado elitista.

En el momento en que se alejaban de la gente, una repentina ráfaga de viento bajó por los escalones del Capitolio, levantó el largo pelo plateado de la segadora y se lo echó atrás como un velo nupcial; parecía casi mística.

—Sabía que tenía que habérmelo trenzado —se lamentó.

Mientras Citra y ella subían los escalones de mármol blanco, alguien a su izquierda gritó:

—¡Te queremos!

La segadora Curie se detuvo y se volvió; como no logró localizar al que había hablado, se dirigió a todos:

—¿Por qué? —exigió saber, aunque ahora, bajo su escrutinio, nadie respondió—. Podría acabar con vuestra existencia en cualquier momento. ¿Por qué me queréis?

Seguían sin contestar, pero el intercambio atrajo a un cámara que se acercó más de la cuenta. La segadora golpeó con tal fuerza el aparato que consiguió que el hombre se tambaleara y estuviera a punto de soltarlo.

—Cuida tus modales —le espetó Curie.

—Sí, su señoría. Lo siento, su señoría.

Después, la mujer siguió su camino con Citra detrás.

—Me cuesta creer que antes disfrutara de tanta atención. Ahora la evitaría por completo si pudiera.

—No parecía tan tensa en el último cónclave —señaló Citra.

—Eso es porque no tenía una novicia a la que fueran a examinar. Era yo la que examinaba a los novicios de los demás.

Un examen que Citra había suspendido estrepitosamente, pero no le apetecía sacar ese tema.

—¿Sabe en qué consistirá la prueba de hoy? —preguntó mientras terminaban de subir las escaleras y llegaban al vestíbulo de entrada.

—No, pero sé que se encarga de ella el segador Cervantes, y el hombre suele darle importancia al estado físico. Por lo que he visto, es posible que os ponga a luchar contra molinos de viento.

Como la vez anterior, los segadores se saludaban en la gran rotonda, a la espera de que se abrieran las puertas de la sala de la asamblea. El desayuno se había servido en unas mesas en el centro del lugar e incluía una pirámide de brioches con pasas que debían de haber estado varias horas montando, aunque tardó pocos segundos en caer en cuanto todos empezaron a coger sin ningún cuidado los bollos sin importarles los que había encima. Los camareros corrieron a recoger los caídos antes de que los aplastaran a pisotones. A Curie le parecía todo muy divertido.

—Ha sido una temeridad por parte de la empresa de catering pensar que los segadores dejarían algo en orden.

Citra localizó a la segadora Goodall, la joven a la que habían ordenado en el anterior cónclave. Llevaba una túnica de Claude DeGlasse, uno de los diseñadores más preeminentes de la industria de la moda. Un error monumental, puesto que la principal misión de los diseñadores actuales era sacar a la gente de su zona de confort. La túnica de rayas naranjas y azules de Goodall la hacía asemejarse más a una payasa que a una segadora.

No pudo evitar fijarse en que Goddard y su séquito atraían aún más la atención que en el Cónclave Vernal. Aunque había varios segadores que procuraban no hacerles ni caso, era mayor el número de los que se pegaban a ellos para intentar congraciarse.

—Cada vez hay más segadores que piensan como Goddard —advirtió Curie en voz baja—. Se cuelan por las grietas como serpientes. Se infiltran en nuestras filas. Reemplazan a los mejores como mala hierba.

Citra pensó en Faraday, un segador decente que, sin duda, había acabado ahogado por las malas hierbas.

—Los asesinos quieren tomar el poder —siguió la mujer—. Y, si lo hacen, este mundo vivirá días muy oscuros. La misión de los segadores realmente honorables consiste en mantenernos firmes contra ellos. Estoy deseando que llegue el día en que te unas a la lucha.

—Gracias, su señoría.

A Citra no le suponía ningún problema unirse si se convertía en segadora. Lo que no soportaba era pensar en los acontecimientos que la conducirían a ello.

Curie se acercó a saludar a varios de los segadores de la vieja guardia que permanecían fieles a los ideales de los fundadores. Entonces, Citra por fin localizó a Rowan. El chico no disfrutaba del falso relumbrón de Goddard, sino que se había convertido en otro centro de atención. Estaba rodeado de novicios e incluso de algunos segadores novatos. Charlaban, reían, y la chica sintió que su amigo le había hecho un desaire al no ir a buscarla. Lo cierto era que Rowan lo había intentado, pero esos inesperados admiradores ya se habían abalanzado sobre él cuando ella llegó a la rotonda. Algunos envidiaban su puesto con Goddard, otros sentían curiosidad y estaba claro que otros esperaban estar arrimándose a una estrella en auge. El posicionamiento político empezaba pronto en la Guadaña.

—Estabas en ese edificio de oficinas, ¿verdad? —preguntó uno de los otros novicios, un espat de los nuevos, que asistía al cónclave por primera vez —. ¡Te he visto en los vídeos!

—No es que estuviera allí sin más —intervino otro espat—, ¡es que tenía el puñetero anillo de Goddard y concedía inmunidad a la gente!

—¡Vaya! ¿Eso está permitido?

Rowan se encogió de hombros.

—Goddard dijo que sí y, de todos modos, el anillo no se lo pedí yo: me lo entregó él.

Uno de los novatos suspiró con melancolía.

—Tío, debes de caerle muy bien para que hiciera eso.

La idea de caerle bien al segador le incomodó…, porque Rowan despreciaba por completo las cosas que al segador le gustaban.

—Bueno, ¿y cómo es? —inquirió una chica.

—Pues… no se parece a nadie que haya conocido antes.

—Ojalá fuera su novicio —dijo uno de los espats; después puso cara de haber mordido un bollo de queso rancio—. A mí me seleccionó el segador

Mao.

Rowan sabía que Mao era otro fanfarrón que disfrutaba de la fama de su imagen pública. Su independencia era por todos conocida y no se unía a ningún bando ni de la vieja guardia ni de la nueva. No sabía si era un hombre que votaba según su conciencia o si vendía su voto al mejor postor. Faraday se lo podría haber aclarado. Echaba de menos muchas cosas de ser su novicio. La información interna era una de ellas.

—Goddard y sus segadores novatos fueron el centro de todas las miradas cuando subieron los escalones del Capitolio —comentó un novicio al que Rowan recordaba del anterior cónclave; el que conocía muy bien los venenos —. Estaban increíbles.

—¿Has decidido de qué color será tu túnica y qué gemas llevarás? —le preguntó una chica que de repente se le había colgado del brazo, como una enredadera acelerada.

No sabía qué sería más incómodo, si quitársela de encima o dejarla hacer.

—Invisible —respondió—. Subiré las escaleras del parlamento completamente desnudo.

—Eso sí que serían las joyas de la corona —dijo uno de los novatos, y todos se rieron.

Entonces, Citra se abrió paso y Rowan se sintió como si lo hubiera pillado haciendo algo que no debía.

—¡Hola, Citra! —exclamó.

Sonó tan forzado que le entraron ganas de tragarse las palabras y buscar otra cosa que decir. Se zafó de la chica enredadera, aunque era demasiado tarde; Citra ya la había visto.

—Parece que has hecho muchos amigos.

—No, la verdad es que no —contestó, y se dio cuenta de que los había insultado—. Quiero decir que todos somos amigos, ¿no? Todos estamos en el mismo barco.

—En el mismo barco —repitió ella en tono apagado, pero con unos puñales tan afilados en los ojos como los que colgaban del cuarto de las armas de Faraday—. Me alegro de verte, Rowan —concluyó, y se alejó de él.

—Deja que se vaya —intervino la chica enredadera—. De todos modos, será historia después del próximo cónclave, ¿no?

Rowan ni siquiera se excusó antes de largarse.

No tardó en alcanzar a Citra, lo que le dejó claro que, en realidad, no se había esforzado mucho por perderlo de vista. Era buena señal.

La agarró con delicadeza por el brazo y ella se giró para mirarlo.

—Oye, siento lo de ahí atrás.

—No, lo entiendo. Ahora eres una estrella. Tienes que aprovecharlo.

—No es eso. ¿Crees que quería que se me echaran todos encima de ese modo? Venga, ya me conoces.

Citra vaciló.

—Han pasado cuatro meses. Cuatro meses pueden cambiar a una persona.

Aquello era cierto, aunque algunas cosas no cambiaban. Rowan sabía lo que quería escuchar su amiga, pero no sería más que marear la perdiz, más poses. Así que le contó la verdad:

—Me alegro de verte, Citra, pero también me duele. Duele mucho, y no sé qué hacer al respecto.

Se dio cuenta de que le había tocado la fibra sensible cuando empezaron a brillarle los ojos por las lágrimas que procuró reprimir parpadeando.

—Lo sé. Y odio que tenga que ser así.

—Vamos a hacer una cosa: nada de pensar en el Cónclave de Invierno —dijo Rowan—. Mejor disfrutar del aquí y ahora, y que el Cónclave de Invierno se las apañe solo.

—De acuerdo —aceptó ella; después, respiró hondo—. Vamos a dar un paseo. Tengo que enseñarte una cosa.

Recorrieron el borde exterior de la rotonda y pasaron bajo los arcos por los que los segadores revoloteaban y pactaban.

La chica sacó su móvil y proyectó una serie de hologramas en la palma de su mano, curvándola para que nadie salvo Rowan pudiera verlos.

—Los he sacado del cerebro trasero del Nimbo.

—¿Cómo lo has hecho?

—Da igual. Lo importante es que lo he hecho… y lo que he encontrado.

Los hologramas eran de Faraday en las calles cercanas a su casa.

—Estos son de su último día —explicó Citra—. Conseguí seguir parte de sus pasos.

—Pero ¿por qué?

—Tú mira.

El holograma lo mostraba entrando en casa de alguien.

—Es la casa de la mujer que nos presentó en el mercado. Se pasó allí unas cuantas horas. Luego fue a esta cafetería. —Citra pasó a otro vídeo en el que se le veía entrar en un restaurante—. Creo que allí se reunió con alguien, aunque no sé con quién.

—Vale, así que estaba despidiéndose de la gente. Hasta ahora, parece encajar con lo que haría alguien en su último día sobre la Tierra.

Citra cambió de imagen. El siguiente vídeo lo mostraba subiendo las escaleras de una estación de tren.

—Fue cinco minutos antes de morir. Sabemos lo que sucedió en esa estación…, pero, alucina: la cámara del andén estaba rota; se supone que la habían destrozado unos indeseables. Se pasó desconectada todo el día, ¡así que no existe un registro visual de lo que de verdad pasó en ese andén!

Un tren salió de la estación y un segundo tren entró un instante después en sentido contrario. Aquel era el que había matado a Faraday. Aunque Rowan no lo veía, hizo una mueca como si se lo imaginara.

—¿Crees que alguien lo mató y lo hizo pasar por una criba voluntaria? —Rowan miró a su alrededor para asegurarse de que no los observaban y siguió hablando en voz queda—: Si es tu única prueba, es bastante endeble.

—Lo sé, así que seguí indagando.

Movió el dedo hacia atrás para volver a reproducir la escena de Faraday camino de la estación.

—Hay cinco testigos. No podía seguirles la pista sin meterme en los registros de la Guadaña, y eso habría supuesto revelarles lo que hacía. Pero tiene sentido que esos testigos también subieran por estas escaleras, ¿no? Dieciocho personas las subieron más o menos a la hora en que murió Faraday. Es probable que algunas se subieran en el primer tren. —Señaló el que salía de la estación—. Pero no todas. De esas dieciocho, conseguí identificar a la mitad. Y tres de ellas recibieron la inmunidad ese mismo día.

Eso bastó para dejar a Rowan sin aliento y mareado.

—¿Las sobornaron para que dijeran que se había cribado él?

—Si fueras un ciudadano corriente, presenciaras el asesinato de un segador a manos de otro y después te ofrecieran inmunidad a cambio de mantener la boca cerrada, ¿qué harías?

Rowan quería creer que intentaría hacer justicia, pero pensó en los días anteriores a convertirse en novicio, cuando ver a un segador era lo más aterrador que pudiera imaginarse.

—Besaría el anillo y cerraría la boca.

Al otro lado de la rotonda, las puertas de la cámara del cónclave se abrieron y los segadores empezaron a entrar.

—¿Quién crees que lo hizo? —preguntó el chico.

—¿Quién ganó más al quitar de en medio a Faraday?

Ninguno de los dos necesitaba decirlo en alto. Ambos conocían la respuesta. Rowan sabía que Goddard era capaz de actos impensables. Pero ¿mataría a otro segador?

Negó con la cabeza, no quería creerlo.

—¡No es la única explicación! —soltó—. Puede que ni siquiera se tratara de un segador. Quizá fuera un miembro de la familia de alguien a quien había cribado. Alguien que buscaba venganza. Cualquiera podría haberle quitado el anillo antes de empujarlo a las vías y haber concedido después inmunidad a los testigos. ¡No les quedaría más remedio que callarse si no querían que los acusaran de cómplices!

Citra abrió la boca para refutarlo, pero volvió a cerrarla. Era posible. Aunque el anillo de Faraday congelara el dedo del asesino, era posible.

—No había pensado en eso.

—¿Y qué me dices de un tonista? Los cultos del tono odian a los segadores.

La rotonda se vaciaba a toda prisa. Salieron de su rincón y caminaron hacia las puertas de la cámara.

—No cuentas con suficientes hechos para acusar a nadie de nada —apuntó Rowan—. Por el momento, deberías dejarlo estar.

—¿Dejarlo estar? No hablarás en serio.

—¡He dicho por el momento! Tendrás acceso completo a los registros de la Guadaña cuando te ordenen y así podrás demostrar lo que sucedió exactamente.

Citra se paró en seco.

—¿Qué quieres decir con eso de «cuando te ordenen»? Podrían ordenarte a ti. ¿O se me escapa algo?

Rowan apretó los labios, furioso consigo mismo por el desliz.

—Vamos a entrar antes de que cierren.

Los rituales del cónclave fueron los mismos que la vez anterior. La entonación de los nombres, el lavado de manos, las reclamaciones y los castigos. De nuevo se presentó una acusación anónima contra el segador Goddard; ahora por conceder la inmunidad tan a la ligera.

—¿Quién presenta esa acusación? —exigió saber Goddard—. ¡Que el acusador o la acusadora se identifique!

Por supuesto, nadie lo hizo, lo que permitió a Goddard conservar la palabra.

—Reconoceré que la acusación tiene cierta base, puesto que soy un hombre generoso y quizás haya repartido inmunidad con demasiada

munificencia. No pienso disculparme porque no me arrepiento. Me pongo en manos del sumo dalle para que él decida cuál debería ser mi castigo.

Xenocrates agitó una mano para restarle importancia al asunto.

—Sí, sí, siéntate, Goddard. Tu castigo consistirá en permanecer callado cinco largos minutos.

Aquello provocó una oleada de risas. Goddard se inclinó ante el sumo dalle y volvió a sentarse. Y aunque unos cuantos segadores (incluida Curie) intentaron protestar y señalar que, históricamente, se castigaba a los segadores que usaban en exceso su anillo obligándoles a conceder inmunidad tan sólo a las familias de los cribados, sus quejas cayeron en saco roto. Xenocrates las descartó por acelerar el orden del día.

—Asombroso —le susurró Curie a Citra—. Goddard se está volviendo intocable. Puede librarse de cualquier cosa. Ojalá alguien hubiera tenido la previsión de cribarlo de niño. El mundo sería un lugar mejor.

Citra evitó a Rowan durante la comida; temía que alguien sospechara algo si los veían juntos más de la cuenta. Se quedó con Curie, y la segadora le presentó a varios de los mejores segadores vivos: Meir, que había sido delegada en el Cónclave Mundial de Ginebra; Mándela, que estaba a cargo del comité que entregaba los anillos, y Hideyoshi, el único segador que había logrado dominar el arte de la criba a través de la hipnosis.

La chica intentaba no dejarse deslumbrar por tanto famoso. Conocerlos casi hacía que albergase esperanzas de que la vieja guardia fuera capaz de triunfar sobre los segadores como Goddard. No dejaba de mirar hacia Rowan, que, de nuevo, se veía acosado por los demás novicios, aunque no sabía si de verdad se estaría esforzando lo suficiente por librarse de ellos.

—Es mala señal que nuestros jóvenes graviten tan abiertamente hacia el enemigo —comentó Hideyoshi.

—Rowan no es el enemigo —se le escapó a Citra, pero Curie le puso una mano en el hombro para silenciarla.

—Representa al enemigo —replicó—. Al menos, para esos otros novicios.

Mándela suspiró.

—No deberían existir enemigos en la Guadaña. Tendríamos que estar todos en el mismo bando. En el bando de la humanidad.

En general, la vieja guardia coincidió en que eran tiempos preocupantes, aunque, aparte de presentar objeciones que se descartaban a toda prisa, nadie hacía nada.

Citra empezó a sentirse más nerviosa después de comer, mientras los fabricantes de armas promocionaban sus productos y se debatían

acaloradamente las distintas mociones. Se trataba de cosas como que si el anillo debía lucirse en la mano izquierda o en la derecha, o si un segador debía o no ser la imagen de un producto comercial, como zapatillas de deporte o cereales para el desayuno. A Citra le parecía todo insignificante. ¿Qué más daba eso si el acto sagrado de la criba se convertía poco a poco en un asesinato al estilo de la era mortal?

Por fin llegó el momento de las pruebas de los novicios. Como la vez anterior, los candidatos a la Guadaña fueron los primeros, ya que los habían examinado la noche anterior. De los cuatro que pasaron la prueba final, sólo se ordenó a dos. Los otros tuvieron que sufrir el paseo de la vergüenza y salir por donde habían entrado para regresar a sus antiguas vidas. Citra disfrutó del placer culpable de ver que rechazaban a la chica que había estado haciéndole la pelota a Rowan.

Después de que los nuevos segadores recibieran sus anillos y adoptaran sus nuevos nombres, llamaron a los novicios restantes.

—La prueba de hoy —anunció Cervantes— consistirá en una competición del arte marcial de bokator. Pondremos a los candidatos por parejas y juzgaremos su habilidad.

Colocaron una colchoneta en un espacio semicircular frente a la tarima. Citra respiró hondo. Lo tenía controlado. El bokator era un equilibrio entre fuerza, agilidad y concentración, y ella había encontrado su equilibrio perfecto. Entonces le clavaron una estaca justo en el centro de su confianza.

—Citra Terranova luchará contra Rowan Damisch.

Un murmullo general hizo que se diera cuenta de que no se trataba de un emparejamiento al azar: lo había hecho adrede; los condenaban a ser adversarios. No podía ser de otro modo. Miró a Rowan a los ojos, pero su expresión no le reveló nada.

Los otros combates fueron primero. Cada novicio puso lo mejor de su parte, pero el bokator era una disciplina dura que no estaba al alcance de cualquiera. Algunas victorias estuvieron reñidas, mientras que otras fueron derrotas aplastantes. Y llegó el momento de luchar contra Rowan.

La cara de su antiguo compañero seguía sin decirle nada; no veía ni camaradería ni compasión ni tristeza por tener que luchar entre ellos.

—Venga, vamos a ello —fue lo único que dijo antes de empezar a moverse el uno alrededor del otro.

Rowan sabía que aquella era su primera prueba de verdad, aunque no la que los segadores pretendían. Para él la prueba consistía en parecer convincente cuando perdiera el combate. Goddard, Xenocrates y Cervantes (y todos los reunidos, en realidad) tenían que creerse que lo había hecho lo mejor posible, pero que no era suficiente.

Empezó con el rítmico paseo en círculo ritual. Después, poses y provocaciones físicas. Rowan se abalanzó sobre Citra, lanzó una patada que antes telegrafió con su lenguaje corporal y falló por un milímetro. Perdió pie y cayó sobre una rodilla. Un comienzo muy bueno. Se giró rápidamente, se levantó sin recuperar el equilibrio y ella se lanzó sobre él. Creía que lo derribaría con un codazo, pero lo agarró y lo levantó al tiempo que simulaba empujarlo hacia atrás. Lo ayudó a recuperar el equilibrio, aunque consiguió que pareciera que había fallado en su ataque, que no tenía el punto de apoyo necesario para completarlo. Rowan volvió la cabeza y captó la mirada de Citra: le sonreía mientras lo miraba a los ojos. Formaba parte de las provocaciones por las que era conocido el bokator, aunque aquello era mucho más. Podía leerla con tanta claridad como si lo dijera en voz alta:

«No te permitiré perder a posta —decían sus ojos—. Como te atrevas a luchar mal, encontraré el modo de que parezca que lo haces bien, por mucho que te empeñes».

Frustrado, Rowan se abalanzó sobre ella con la palma abierta para golpearla en el hombro, aunque procuró desviarse cinco centímetros del punto de apoyo perfecto… Sin embargo, ella se movió para que la mano acertara, se volvió con la fuerza del golpe y cayó al suelo.

«Maldita seas, Citra. ¡Maldita seas!».

Era capaz de ganarle en todo. Incluso en perder.

En cuanto Rowan dio su primera patada, Citra supo lo que tramaba y eso le enfureció. ¿Cómo se atrevía a pensar que tenía que luchar mal para que ella ganara el combate? ¿Tan arrogante se había vuelto con Goddard que de verdad creía que no sería una lucha justa? Sí, se había entrenado, pero ella también. ¿Qué más daba que él estuviera más fuerte? Eso también significaba que era más pesado y se movía más despacio. Una lucha justa era la única forma de mantener limpias sus conciencias. ¿No se daba cuenta Rowan de

que, al sacrificarse, la condenaba también a ella? Prefería que su primer acto como segadora fuera cribarse a sí misma antes que aceptar su sacrificio.

El la miraba con furia, lo que le arrancó una carcajada.

—¿Eso es lo mejor que sabes hacer? —le preguntó Citra.

El chico intentó darle una patada baja lo bastante despacio para que ella la anticipara y sin ninguna fuerza detrás. Lo único que tenía que hacer para neutralizarla era bajar un poco. No obstante, respondió elevando su centro de gravedad lo justo para que la patada la derribara. Cayó a la colchoneta, pero se enderezó deprisa para que no se notara que lo había hecho a propósito. Después lo atacó con el hombro y enganchó la pierna derecha en la de él, aplicando fuerza, aunque no la suficiente para doblarle la rodilla. Él la agarró, giró y los tiró a ambos en el suelo, dejándola a ella encima, en la posición dominante. La chica contraatacó obligándolo a rodar para sujetarla bajo él. Rowan intentó liberarla, pero ella le agarraba los brazos para que no pudiera.

—¿Qué te pasa, Rowan? —susurró Citra—. ¿No sabes qué hacer cuando estás encima de una chica?

Al final, él consiguió zafarse y levantarse. Se miraron cara a cara una vez más, recorriendo en círculo el famoso baile de la batalla mientras Cervantes los rodeaba en dirección contraria, como un satélite, sin darse cuenta de lo que sucedía en realidad.

Rowan sabía que el combate casi había terminado. Estaba a punto de ganar y, si ganaba, perdería. Debía de haber estado loco para pensar que Citra le permitiría perder. A los dos les importaba demasiado el otro. Ese era el problema. Citra jamás aceptaría de buen grado el anillo de segadora mientras sus sentimientos se interpusieran.

Y, de improviso, él supo perfectamente lo que debía hacer.

Cuando tan sólo quedaban diez segundos para el final, lo único que tenía que hacer Citra era seguir bailando. Estaba claro que Rowan había ganado. Diez segundos más de caminar en círculo sin bajar la guardia y Cervantes tocaría el silbato.

Pero Rowan hizo algo que ella no había previsto: se lanzó hacia delante a la velocidad del rayo. No con torpeza, no fingiendo falsa incompetencia, sino con una habilidad perfecta y ensayada. En un instante la tenía agarrada con una llave de cabeza y le apretaba con fuerza el cuello… Tan fuerte que sus

nanobots analgésicos entraron en acción. Y entonces se inclinó sobre ella y le gruñó al oído:

—Has caído en mi trampa. Ahora tendrás lo que te mereces.

Después lanzó su cuerpo por los aires mientras le retorcía la cabeza en dirección contraria. Se le rompió el cuello con un chasquido horrible, y la oscuridad cayó sobre ella como una avalancha.

Rowan soltó a Citra en el suelo mientras la multitud ahogaba un grito al unísono. Cervantes sopló con fuerza el silbato.

—¡Movimiento ilegal! ¡Movimiento ilegal! —gritó, justo como Rowan esperaba—. ¡Descalificación!

Los presentes empezaron a rugir. Algunos estaban furiosos con Cervantes, otros escupían insultos al chico por lo que había hecho. Rowan permaneció donde estaba, estoico, y no se permitió demostrar emoción alguna. Se obligó a mirar el cuerpo de Citra, que tenía la cabeza casi del revés. Los ojos estaban abiertos, aunque ya no veía. Estaba todo lo morturienta que se podía estar. Él se mordió la lengua hasta que le sangró.

La puerta de la cámara se abrió de golpe y los guardias entraron corriendo en dirección a la joven morturienta que estaba en el centro de la sala.

El sumo dalle se acercó a Rowan.

—Vuelve con tu segador —dijo sin tan siquiera intentar ocultar su desprecio—. Seguro que te impondrá el castigo apropiado.

—Sí, su excelencia.

Descalificación. Nadie entendía que, para Rowan, era la victoria perfecta.

Se quedó observando mientras los guardias recogían a la chica y se la llevaban, floja como un saco de patatas, al exterior, donde sin duda esperaba un ambudrón para llevarla al centro de reanimación más cercano.

«Todo irá bien, Citra. Regresarás con Curie enseguida… Aunque no olvidarás lo que ha sucedido hoy. Y espero que nunca me lo perdones».

28

Hidrógeno que arde en el corazón del sol

«Citra Terranova —dijo una voz potente aunque amable—. Citra Terranova, ¿puedes oírme?».

«¿Quién es? ¿Hay alguien ahí?».

«Curioso —comentó la voz—. Muy curioso…».

Estar morturienta era un grano en el culo, no cabía duda.

Cuando volvieron a declararla legalmente viva, se encontró con el rostro desconocido y profesional de una enfermera de reanimación que comprobaba sus constantes vitales. A pesar de que intentó mirar a su alrededor, seguía teniendo el cuello inmovilizado.

—Bienvenida, cielo —saludó la enfermera.

La habitación parecía darle vueltas cuando movía los ojos. Era algo más que los nanobots analgésicos; debían de haberle metido dentro toda clase de productos químicos y microbots entumecedores y rejuvenecedores.

—¿Cuánto tiempo? —preguntó con voz ronca.

—Sólo dos días —respondió la enfermera en tono alegre—. Fractura simple de columna. No ha sido demasiado complicado.

Le habían robado dos días de vida; dos días que no le sobraban.

—¿Y mi familia?

—Lo siento, cielo, pero esto era un asunto de los segadores. No se les ha notificado. —Le dio una palmadita en la mano—. Podrás contárselo todo la próxima vez que los veas. Ahora lo mejor que puedes hacer es relajarte. Pasarás un día más aquí y, después, como nueva.

A continuación le ofreció el mejor helado que había probado en su vida.

Esa noche, Curie fue a verla y le informó sobre todo lo que se había perdido. A Rowan lo habían descalificado y había recibido una severa reprimenda por su poca deportividad.

—¿Me está diciendo que he ganado gracias a su descalificación?

—Por desgracia, no. Estaba claro que iba a ganarte. Se decidió que los dos perdíais. Tenemos que trabajar más con las artes marciales, Citra.

—Bueno, pues genial —le espetó ella, exasperada por razones distintas a las que Curie suponía—. Así que ahora tanto Rowan como yo estamos a cero para el siguiente cónclave, ¿no?

—A la tercera va la vencida —dijo Curie con un suspiro—. Ahora todo depende de cómo lo hagas en el Cónclave de Invierno. Y tengo fe en que los deslumbrarás en la prueba final.

Citra cerró los ojos y recordó la expresión de Rowan cuando la sujetó en la llave de cabeza. La frialdad. El cálculo. En aquel momentó, descubrió un lado de él que desconocía. Era como si estuviera deseando hacer lo que estaba a punto de hacerle. Como si disfrutara con ello. ¡Estaba tan desconcertada! ¿De verdad tenía pensado aquel movimiento desde el principio? ¿Acaso no sabía que lo descalificarían? ¿O es que la descalificación era su plan?

—¿Cómo estaba Rowan después? —le preguntó a Curie—. ¿Parecía afectado de algún modo por lo que había hecho? ¿Se arrodilló a mi lado? ¿Ayudó a llevarme al ambudrón?

Curie se tomó un momento antes de responder:

—Se quedó allí plantado, sin más —contestó por fin—. Parecía tallado en piedra. Desafiante y tan impenitente como su segador.

Citra intentó girar la cabeza, pero, a pesar de que ya no estaba inmovilizada, seguía teniendo el cuello demasiado rígido para moverlo.

—Ya no es el que tú crees —afirmó Curie despacio para que lo asimilara.

—No, no lo es.

Aunque por más que se devanaba los sesos, no lograba averiguar quién era ahora.

Rowan creía que iba a recibir otra brutal paliza cuando regresara a la mansión, pero no podía estar más equivocado.

Goddard rebosaba rimbombancia y animada charla. Pidió al mayordomo que les llevara champán y copas a todos, allí mismo, en el vestíbulo, para poder brindar por la audacia de Rowan.

—Has demostrado más coraje del que te suponía, chaval.

—Lo mismo digo —lo secundó Rand—. Puedes pasarte por mi dormitorio para romperme el cuello cuando quieras.

—No es sólo que le rompiera el cuello —puntualizó Goddard—. ¡Le partió la columna sin pestañear! Todos lo oyeron. ¡Seguro que despertó a los

segadores que dormían en la última fila!

—¡Un puntazo! —exclamó Chomsky mientras se tragaba el champán sin esperar al brindis.

—Has hecho una poderosa declaración de intenciones —dijo Goddard—. Le has recordado a todo el mundo que eres mi novicio y que no te pueden tratar a la ligera. —Entonces bajó un poco el tono de voz y añadió, casi con delicadeza—: Sé que sentías algo por esa chica y que aun así hiciste lo que tenías que hacer y más.

—Me han descalificado —les recordó Rowan.

—Oficialmente, sí, pero te has ganado la admiración de unos cuantos segadores importantes.

—Y otros tantos enemigos —añadió Volta.

—Trazar una línea en la arena no tiene nada de malo —respondió Goddard—. Hace falta un hombre fuerte para eso. La clase de hombre por la que me alegra brindar.

Rowan levantó la vista y se encontró con que Esme estaba sentada en lo alto de la gran escalera, observándolos. Se preguntó si sabría lo que había hecho y la idea le avergonzó.

—¡Por Rowan! —exclamó Goddard, alzando la copa—. Azote de los estirados y partidor de espaldas.

Fue la copa más amarga que Rowan había tenido que tomar.

—Y ahora creo que nos merecemos una fiesta.

La fiesta posterior al Cónclave de la Cosecha bien merecería haber entrado en un libro de récords, y nadie fue inmune a la contagiosa energía de Goddard. Incluso antes de que empezaran a llegar los invitados y los primeros cinco DJ subieran la música, extendió los brazos en la recargada sala de estar de la mansión, como si pudiera abarcar de pared a pared, y dijo sin referirse a nadie en concreto:

—Estoy en mi elemento, ¡y mi elemento es hidrógeno que arde en el corazón del sol!

Era una frase tan excesiva que incluso Rowan se rio.

—Es un capullo —le susurró Rand a Rowan—, pero hay que quererlo.

Cuando las habitaciones, terrazas y los alrededores de la piscina se llenaban de juerguistas, el chico empezó a librarse del bajón que le ahogaba desde la horrible pelea con Citra.

—Lo he mirado por ti —le dijo Volta—. Citra está consciente y le queda otro día en el centro de reanimación. Volverá a casa con Curie, recuperada por completo, y aquí no ha pasado nada. Bueno, ha pasado mucho, pero es lo que tú querías, ¿no?

Rowan no respondió. Se preguntó si alguien más sería lo bastante observador como para averiguar por qué lo había hecho. Esperaba que no.

Volta se puso serio en medio del jolgorio que los rodeaba.

—No pierdas frente a ella, Rowan. Al menos, no a propósito. Si te vence limpiamente, que así sea, pero someterte a su espada por culpa de tu revuelo hormonal es una estupidez.

Tal vez el segador estuviera en lo cierto. Quizá debiera dar lo mejor de sí mismo en la prueba final y, si superaba a Citra, aceptar el anillo. Y puede que después pudiera cribarse como su primer y único acto. Así no tendría que enfrentarse nunca a la decisión de cribarla a ella. Le consolaba contar con una salida, aunque fuera en la peor situación posible. Los ricos y famosos llegaban en helicóptero, en limusina y, en una entrada tan estrafalaria como memorable, en mochila cohete. Goddard procuró presentarle a Rowan a todo el mundo, como si fuera un premio del que tuviera que presumir.

—No perdáis de vista a este chico —les decía a sus invitados más importantes—. Va a lograr grandes cosas.

Rowan jamás se había sentido tan valorado y validado. Costaba odiar a un hombre que lo trataba como si fuera la carne y no la lechuga.

—Así es como debería vivirse la vida —le comentó Goddard mientras disfrutaban de su cabaña de fachada abierta y contemplaban la celebración—: experimentando todo lo que se pueda experimentar y disfrutando de la compañía de los demás.

—¿Incluso de los que cobran por venir?

El segador miró hacia la abarrotada zona de la piscina, que estaría mucho menos concurrida y sería mucho menos bella sin la presencia de los invitados profesionales.

—Toda producción cuenta con sus extras —respondió—. Rellenan los huecos y adornan el escenario. No sería buena idea traer tan sólo a famosos, ¿verdad? ¡No harían más que pelearse entre ellos!

En la piscina se alzó una red y decenas de personas acudieron a jugar al voleibol.

—Mira a tu alrededor, Rowan —continuó Goddard, plenamente satisfecho—. ¿Alguna vez te lo has pasado mejor que ahora? La gente

corriente nos ama no por cómo cribamos, sino por cómo vivimos. Debemos aceptar nuestro papel como la nueva realeza.

Aunque el chico no se veía como miembro de la realeza, estaba dispuesto a seguirle el juego, al menos ese día. Así que se fue a la piscina, saltó al agua y se declaró capitán del equipo, uniéndose así a los leales sujetos de Goddard en su partido.

En las fiestas del segador costaba mucho no pasárselo bien, por mucho que te empeñaras. Y con tantas sensaciones agradables, era fácil olvidar que aquel hombre era un carnicero despiadado.

Sin embargo, ¿sería también un asesino de segadores?

Aunque Citra no hubiera acusado directamente a Goddard, estaba claro que se trataba de su principal sospechoso. A pesar de que su investigación era inquietante, por mucho que lo intentaba, Rowan no recordaba haber presenciado ningún caso en el que Goddard hubiera incumplido la ley de los segadores. Quizá forzara un poco la interpretación de los mandamientos, pero no llegaba a violarlos. Ni siquiera sus cribas desmadradas estaban prohibidas, salvo por costumbre y tradición.

«La vieja guardia me desprecia porque vivo y cribo con un estilo del que ellos carecen —le había contado Goddard—. Son una manada de traidores amargados que envidian que yo haya descubierto el secreto de cómo ser el segador perfecto».

Bueno, la perfección era subjetiva (Rowan tenía claro que no era el segador perfecto), aunque en el repertorio de infracciones de Goddard no había nada que indicara que pudiera haber matado a Faraday.

El tercer día de aquella celebración en apariencia interminable aparecieron dos invitados inesperados o, al menos, inesperados para Rowan. El primero fue el sumo dalle Xenocrates.

—¿Qué está haciendo aquí? —le preguntó Rowan a Chomsky cuando vio que el sumo dalle se acercaba a la piscina.

—A mí no me preguntes, que yo no lo he invitado.

Era raro que Xenocrates se presentara en la fiesta de un segador tan controvertido. No parecía nada cómodo allí, sino cohibido, y pretendía que no lo reconocieran. Aun así, costaba no ver a un hombre de su imponente tamaño y engalanado de oro. Destacaba como un globo aerostático en un campo vacío.

Pero fue el segundo invitado el que más sorprendió al chico. Se quedó en bañador a los pocos segundos de llegar a la zona de la piscina, y no era otro que su amigo Tyger Salazar, al que no veía desde el día en que le enseñó el cuarto de las armas de Faraday.

Rowan fue directo hacia él y se lo llevó a un lado, detrás de un arbusto ornamental.

—¿Qué narices haces aquí?

—¡Hola, Rowan! —exclamó Tyger con su característica sonrisa torcida—. ¡Yo también me alegro de verte! Tío, ¡pero qué músculos! ¿Qué te han inyectado?

—Nada, son de verdad… Y no has respondido a mi pregunta. ¿Por qué estás aquí? ¿Es que no sabes el lío en el que te vas a meter si descubren que te has colado? ¡Esto no es como en las fiestas del instituto!

—¡Tranquilo! No me he colado, vengo con Guests Unlimited. ¡Ahora soy un fiestero profesional!

El chico a menudo había afirmado que la ambición de su vida era convertirse en invitado profesional. Rowan nunca se lo había tomado en serio.

—Tyger, esto es muy mala idea… Peor que cualquier otra de tus malas ideas. —Luego susurró—: Los fiesteros profesionales a veces tienen que… hacer cosas para las que quizá no estés preparado. Lo sé, lo he visto.

—Tío, ya me conoces; voy donde me lleve la corriente.

—¿Y a tus padres les parece bien?

Tyger bajó la vista, con su optimismo algo apagado de repente.

—Mis padres han renunciado a mí.

—¿Qué? ¿En serio?

El chico se encogió de hombros.

—El último despachurramiento colmó su vaso. Se rindieron. Ahora estoy bajo la tutela del Nimbo.

—Lo siento, Tyger.

—Oye, no lo sientas. Lo creas o no, el Nimbo es mejor padre que mi padre. Ahora me dan buenos consejos, y todos los días hay alguien que me pregunta qué tal ha ido mi día y al que de verdad parece importarle la respuesta.

Como todo lo que hacía el Nimbo, sus habilidades paternales eran innegables. Aun así, que tus propios padres renunciaran a ti tenía que doler.

—No sé por qué, pero dudo que el Nimbo te haya aconsejado que te conviertas en juerguista profesional.

—No, pero no puede impedírmelo. Es una decisión que debo tomar yo. Además, pagan muy bien. —Miró a su alrededor para asegurarse de que nadie los escuchaba, se acercó más a él y susurró—: ¿Y sabes qué se paga aún mejor?

A Rowan casi le daba miedo preguntar.

—¿El qué?

—Por ahí se cuenta que has estado entrenando con sujetos vivos. ¡Ese trabajo sí que se paga de coña! ¿Crees que podrías recomendarme? Total, me paso media vida morturiento. ¡Estaría bien que me pagasen por hacerlo!

Rowan lo miró con incredulidad.

—¿Te has vuelto loco? ¿Sabes lo que estás diciendo? Dios mío, ¿qué te estás chutando?

—Sólo mis nanobots, tío, sólo mis nanobots.

Volta se sentía afortunado de pertenecer al círculo interno de Goddard. Casi siempre. Era el más joven de sus segadores novatos y se veía como el que equilibraba la balanza. Chomsky era el músculo sin cerebro; Rand, el alma, la fuerza salvaje de la naturaleza. Volta era el sensato, el que veía más de lo que los demás creían. Fue el primero en fijarse en la llegada de Xenocrates a la fiesta y observó cómo intentaba, sin éxito, evitar encontrarse con nadie. Acabó estrechando las manos de varios segadores invitados, algunos de regiones tan lejanas como Panasia y Euroescandia. Todo de tan mala gana por parte del sumo dalle que no le cupo duda de que el hombre no estaba allí por decisión propia.

El joven se colocó cerca de Goddard por si podía enterarse mejor de lo que estaba sucediendo.

Cuando Goddard vio a Xenocrates, se levantó; era una señal de respeto obligatoria.

—Excelencia, es un honor contar contigo en mi pequeña reunión.

—No es tan pequeña —respondió el otro.

—¡Volta! Acércanos dos asientos al borde de la piscina para que podamos estar más cerca de la acción —ordenó Goddard.

Y aunque era una tarea normalmente reservada a los criados, Volta no se quejó porque le daba la excusa perfecta para espiarlos. Colocó dos sillones en el patio de adoquines, junto al extremo más profundo de la piscina.

—Más cerca —le pidió Goddard.

Así que puso los asientos tan cerca que cualquiera que saltara desde el trampolín salpicaría a los dos hombres.

—Quédate por aquí —añadió el segador en voz baja, que era justo lo que el joven pretendía.

—¿Le apetece comer algo, su excelencia? —dijo Volta mientras señalaba la mesa del bufé, que estaba a pocos metros.

—No, gracias —respondió el dalle. Para un hombre con fama de glotón, aquello decía mucho—. ¿Tenemos que reunirnos aquí? —le preguntó a Goddard—. ¿No preferirías hablar en una habitación más tranquila?

—Hoy ninguna de mis habitaciones está tranquila.

—Sí, pero estamos en un foro demasiado público.

—Tonterías. Esto no es el foro, sino más bien el palacio de Nerón.

Volta intervino con una risa franca, aunque en realidad era ensayada. Si le tocaba representar el papel de lamebotas, lo haría en condiciones.

—Bueno, esperemos que no se convierta en el Coliseo —replicó Xenocrates, algo mordaz.

Goddard soltó una risita al pensarlo.

—Créeme, no me importaría lanzar a unos cuantos tonistas a los leones.

Uno de los invitados (de los de pago) saltó del trampolín con un perfecto holandés triple y la salpicadura dejó una mancha en la pesada túnica del sumo dalle.

—¿No crees que este estilo de vida tan ostentoso te pasará factura? —inquirió Xenocrates.

—No podrá pasármela si no dejo de moverme —contestó Goddard con una sonrisa de suficiencia—. Ya casi he terminado con este sitio. He estado mirando propiedades en el sur.

—No es a lo que me refiero y lo sabes.

—¿Por qué estás tan tenso, excelencia? Te he invitado porque quería que vieras de primera mano lo positivas que son mis fiestas para la Guadaña. ¡Relaciones públicas de calidad! Deberías organizar galas en tu casa.

—Se te olvida que vivo en una cabaña de madera.

Goddard entornó los ojos en algo que no llegaba a ser una mirada de odio, pero casi.

—Sí, una cabaña de madera en la azotea del edificio más alto de Fulcrum City. Al menos yo no soy un hipócrita, Xenocrates. No finjo ser humilde.

Entonces, el sumo dalle le dijo a Goddard algo que sorprendió a Volta, aunque, volviendo la vista atrás, no debería haberlo hecho:

—Mi mayor error fue elegirte como novicio hace ya tantos años.

—Esperemos que así sea. No quiero ni pensar en que quizá no hayas cometido todavía tu mayor error. —Era una amenaza que no llegaba a ser una amenaza. Esas cosas se le daban muy bien—. Bueno, dime, ¿sonríe la fortuna a mi aprendiz tanto como al tuyo?

Volta prestó atención mientras se preguntaba a qué fortuna se referiría.

Xenocrates tomó aire despacio y lo dejó salir.

—La fortuna le sonríe. La chica dejará de ser un problema en menos de una semana. Estoy seguro.

Otro saltador los salpicó y Xenocrates alzó las manos para protegerse; Goddard ni pestañeó.

«Dejará de ser un problema». Aquello podía significar muchas cosas. Volta miró a su alrededor hasta que localizó a Rowan, que parecía mantener una acalorada discusión con uno de los invitados de pago. Que Citra «dejara de ser un problema» sería lo mejor para él, en su opinión.

—¿Hemos acabado ya? ¿Puedo marcharme?

—Un momento —lo detuvo Goddard, y entonces se giró y llamó a alguien que estaba en la zona menos profunda de la piscina—. ¡Esme! Esme, ven aquí, quiero que conozcas a alguien.

La mirada de terror que se adueñó de las facciones del sumo dalle era estremecedora. Sin duda, aquello se ponía interesante por momentos.

—Por favor, Goddard, no.

—¿Qué mal puede hacer?

Esme, con manguitos y todo, trotó por el borde de la piscina hacia ellos.

—¿Sí, segador Goddard?

Él le hizo un gesto y la niña se sentó en su regazo, de cara al hombre de ropajes dorados.

—Esme, ¿sabes quién es este señor?

—¿Un segador?

—No un segador cualquiera; es Xenocrates, el sumo dalle de Midmérica. Es el pez gordo.

—Hola —saludó la niña.

Xenocrates hizo un gesto con la cabeza, incómodo, sin mirarla a los ojos. El malestar que le producía el encuentro irradiaba de él como si fuera calor. Volta se preguntó si Goddard tenía un objetivo o sólo lo hacía por crueldad.

—Creo que nos hemos visto antes —comentó Esme—. Hace mucho tiempo.

Xenocrates no dijo nada.

—Nuestro estimado amigo es demasiado estirado —añadió Goddard—. Debería unirse a la fiesta, ¿no crees, Esme?

Esme se encogió de hombros.

—Debería divertirse como todo el mundo.

—Jamás he oído palabras más sabias —observó Goddard, y echó una mano hacia atrás, en dirección a Volta, fuera del campo visual de la niña, antes de chascar los dedos.

El joven suspiró. Sabía lo que le pedía el segador, pero no quería hacerlo. Ahora se arrepentía de formar parte de todo aquello.

—Tal vez debas enseñarnos tus movimientos en la pista de baile, excelencia —dijo Goddard—. Así mis invitados se podrán reír de ti, igual que la Guadaña entera se rio de mí en el cónclave. ¿Creías que se me había olvidado?

El segador seguía con la mano estirada hacia Volta y agitaba los dedos con impaciencia, de modo que no le quedó más remedio que darle lo que quería. Se metió la mano en uno de los muchos bolsillos secretos de la túnica amarilla, sacó una pequeña daga y se la entregó por la empuñadura.

El segador la cogió y, con mucha delicadeza, sin llamar la atención, acercó el filo de la daga al cuello de Esme.

La niña no lo vio. No tenía ni idea de que estaba allí. Pero Xenocrates, sí. Se quedó paralizado, con los ojos como platos y la boca entreabierta.

—¡Ya sé! —exclamó Goddard alegremente—. ¿Por qué no te das un baño?

—Por favor —suplicó Xenocrates—. Esto no es necesario.

—Insisto.

—Creo que no quiere bañarse —comentó Esme.

—¡Pero si todo el mundo se baña en mis fiestas!

—No lo hagas —imploró el sumo dalle.

La respuesta del otro segador fue acercar la hoja aún más al incauto cuello de la niña. En aquel momento, hasta Volta sudaba. Nunca habían cribado a nadie en las fiestas de Goddard, pero había una primera vez para todo. El joven sabía que se trataba de una batalla de voluntades, y lo único que evitó que interviniera y le arrebatara la daga a Goddard fue saber quién pestañearía primero.

—¡Maldito seas, Goddard! —gritó Xenocrates.

Después se levantó y se lanzó a la piscina, adornos de oro incluidos.

Rowan no oyó nada de lo ocurrido entre Xenocrates y Goddard, pero sí que vio al sumo dalle tirarse de bomba a la piscina y crear una ola que llamó la atención de todo el mundo.

Xenocrates se hundió y no volvió a la superficie.

—¡Se ha ido al fondo! —dijo alguien—. ¡Lleva demasiado oro encima!

Rowan no sentía especial cariño por el sumo dalle, pero tampoco quería que el hombre se ahogara. No se había caído; había saltado y, si se ahogaba, atrapado por la túnica dorada, se consideraría que se había cribado. Así que el chico se lanzó a la piscina, al igual que Tyger, que siguió su ejemplo. Bucearon hasta el fondo, donde Xenocrates dejaba escapar su última burbuja de aire. Rowan agarró la pesada túnica de varias capas, tiró de ella para sacársela por la cabeza y entre los dos lo ayudaron a salir a la superficie, donde el hombre jadeó, tosió y escupió agua. La multitud que los rodeaba aplaudió.

En esos instantes no parecía un sumo dalle, sólo un gordo con la dorada ropa interior mojada.

—Imagino que habré perdido el equilibrio —anunció, intentando darle un giro humorístico a lo sucedido.

Tal vez los demás se lo creyeran, pero Rowan lo había visto tirarse. No se podía confundir con una caída accidental. ¿Por qué demonios lo habría hecho?

—Un momento —dijo Xenocrates mientras se miraba la mano derecha—. ¡Mi anillo!

—¡Voy a por él! —exclamó Tyger, que se había convertido en el invitado del momento, antes de zambullirse para buscarlo.

Chomsky acababa de llegar a la escena, y Volta y él se acercaron al borde de la piscina para sacar a Xenocrates del agua. Aquello no podía ser más humillante para el sumo dalle. Era como echar una red abarrotada de peces a la cubierta de un arrastrero.

Goddard lo envolvió con una gran toalla mientras lo miraba con una expresión de arrepentimiento muy impropia de él.

—Me disculpo de corazón —dijo—. Ni se me había pasado por la cabeza que pudieras ahogarte. Eso no habría sido bueno para nadie.

Y, entonces, Rowan se dio cuenta de que Xenocrates se había lanzado al agua por un único motivo: Goddard se lo había ordenado.

Lo que significaba que Goddard tenía al sumo dalle mucho más controlado de lo que la gente creía. Pero ¿cómo?

—¿Puedo irme ya? —preguntó Esme.

—Por supuesto —respondió el segador, y le dio un beso en la frente.

Esme se alejó en busca de algún compañero de juegos entre los hijos de las estrellas.

Tyger salió a la superficie con el anillo. Xenocrates lo cogió sin tan siquiera darle las gracias y se lo colocó en el dedo.

—He intentado recuperar la túnica también, pero pesa demasiado —explicó el chico.

—Buscaremos a alguien que baje con un equipo de buceo en busca del tesoro —bromeó Goddard—. Aunque quizá reclamen derechos de salvamento.

—¿Has terminado ya? —inquirió Xenocrates—. Porque me gustaría irme.

—Por supuesto, excelencia.

El sumo dalle de Midmérica abandonó la zona de la piscina, atravesó la casa chorreando y dejó atrás toda la dignidad que tuviera al llegar.

—Maldita sea… Debería haberle besado el anillo cuando tuve la oportunidad —se lamentó Tyger—. He rozado la inmunidad con la punta de los dedos y la he fastidiado.

Cuando se fue el dalle, Goddard se dirigió a la multitud:

—¡Si a alguien se le ocurre subir fotos del sumo dalle Xenocrates en ropa interior, lo cribaremos de inmediato!

Y todos se rieron… hasta que se dieron cuenta de que hablaba muy en serio.

Cuando la fiesta tocaba a su fin y el segador Goddard se despedía de los invitados más importantes, Rowan lo observó sin perder detalle.

—Bueno, nos veremos en la próxima fiesta, ¿no? —le dijo Tyger, desconcentrándolo—. Tal vez a la siguiente me envíen antes y pueda quedarme más de un día.

El hecho de que Tyger fuera menos profundo que la fuente que adornaba la entrada de la casa irritaba a Rowan. Lo curioso era que nunca antes le había molestado aquel rasgo de la personalidad de su amigo, puede que porque él era más o menos igual. Sí, no se dedicaba a buscar emociones fuertes, como hacía Tyger, pero, a su modo, Rowan patinaba por la superficie de la vida.

¿Cómo iba a saber que el hielo era tan fino? Ahora estaba tan hundido que era imposible que Tyger lo entendiera.

—Claro, Tyger. La próxima vez.

El chico se fue con el resto de invitados profesionales, con los que ahora parecía tener mucho más en común que con el aprendiz de segador. Rowan se preguntó si podría volver a sentirse identificado con alguien de su antigua vida.

Mientras estaba de pie en la entrada, Goddard pasó junto a él.

—Si estás practicando para convertirte en estatua neoclásica, te traigo un pedestal. Aunque la verdad es que por aquí ya tenemos esculturas de sobra.

—Lo siento, su señoría; estaba pensando.

—Pensar demasiado es peligroso.

—Me preguntaba por qué habría saltado así a la piscina el sumo dalle.

—Se cayó por accidente, él mismo lo ha dicho.

—No, yo lo he visto —insistió Rowan—. Se tiró.

—Bueno, entonces, ¿cómo voy a saberlo yo? Tendrás que preguntárselo a él, aunque no creo que sacar un tema tan bochornoso obre a tu favor. Parecías estar llevándote muy bien con uno de los chicos de la fiesta —añadió, cambiando de tema—. ¿Quieres que invite a más para ti la próxima vez?

—No, no, no es eso —contestó el chico, que se ruborizó sin poder evitarlo —. Es un amigo de casa.

—Ya veo. ¿Y lo has invitado tú?

Rowan negó con la cabeza.

—No, se apuntó sin que yo lo supiera. De haber dependido de mí, no habría estado en la fiesta.

—¿Por qué no? Tus amigos son mis amigos.

Rowan no respondió. Ni siquiera sabía si lo decía en serio o le tomaba el pelo.

Su silencio provocó la risa del segador.

—¡Anímate, chaval! Era una fiesta, no la inquisición. —Le dio una palmada en el hombro y se alejó contoneándose.

Como Rowan no tenía sentido común, siguió insistiendo en vez de dejarlo estar:

—La gente dice que al segador Faraday lo mató otro segador.

Goddard se paró en seco y se giro hacia él, despacio.

—¿Ah, sí?

El chico respiró hondo y se encogió de hombros para que pareciera que no le daba importancia, para intentar recular. Pero era demasiado tarde.

—No es más que un rumor.

—¿Y crees que yo podría estar involucrado?

—¿Lo está?

Goddard se acercó y escrutó a Rowan como si fuera capaz de atravesar su fachada y llegar a ese lugar oscuro y helado en el que ahora residía.

—¿De qué me estás acusando, chaval?

—De nada, su señoría. No es más que una pregunta. Para despejar el ambiente. —Intentó devolverle la mirada, contemplar el lugar frío de Goddard, pero descubrió que era opaco e insondable.

—Considera el ambiente despejado —replicó el segador con una ligereza sarcástica—. Mira a tu alrededor, Rowan. ¿De verdad crees por un solo segundo que pondría en peligro todo esto rompiendo el séptimo mandamiento para librar al mundo de un marchito segador de la vieja escuela? Faraday se cribó porque, en el fondo, sabía que sería el acto más significativo de todos los realizados en los últimos cien años de su vida. El momento de los suyos había llegado a su fin y lo sabía. Y si tu amiguita intenta argumentar juego sucio, será mejor que se lo piense dos veces antes de acusarme, porque podría cribar a toda su familia el día que expire su inmunidad.

—Eso constituiría premeditación, su señoría —respondió Rowan con educación, pero sin achantarse—. Podrían acusarlo de romper el segundo mandamiento.

Por un momento, Goddard pareció dispuesto a cortar al chico en pedacitos allí mismo. Sin embargo, aquellas insondables profundidades se tragaron el fuego de sus ojos.

—Siempre velando por mis intereses, ¿eh?

—Hago lo que puedo, su señoría.

Goddard se quedó mirándolo durante otro momento antes de decir:

—Mañana entrenarás con pistolas contra objetivos móviles. Dejarás morturientos a todos los sujetos, con una bala por cabeza, salvo al último o yo mismo (sin prejuicios ni premeditación) cribaré a ese amigo juerguista tuyo.

—¿Qué?

—¿Es que he sido poco claro?

—No, su señoría. Lo…, lo entiendo.

—Y la próxima vez que acuses a alguien, más te vale asegurarte de que sea cierto y no sólo un insulto. —El segador se alejó hecho una furia y dejó que su túnica se inflara tras él como una capa. No obstante, cuando todavía podía oírlo, añadió—: Claro que, de haber matado al segador Faraday, sería muy estúpido por mi parte reconocerlo delante de ti.

—Lo ha dicho por liarte. —Volta pasaba el rato con Rowan en la sala de juegos, echando una partida de billar—. Pero creo que lo has insultado de verdad. Quiero decir, ¿matar a otro segador? Eso no pasa nunca.

—Creo que quizá sí que pasara —afirmó Rowan mientras tiraba y no conseguía acertar a ninguna bola. No estaba concentrado. Ni siquiera recordaba si las suyas eran las lisas o las rayadas.

—Creo que es posible que Citra también intente liarte. ¿Se te había ocurrido? —En su turno, el segador metió una bola rayada y una lisa, lo que no ayudaba a Rowan a averiguar cuáles eran las suyas—. En fin, mírate —siguió diciendo Volta—. Estás hecho una pena. ¡Citra está jugando con tu mente y ni siquiera lo ves!

—Ella no es así —respondió el chico mientras elegía una bola rayada y la metía. Al parecer, era la elección correcta, porque Volta dejó que siguiera jugando.

—La gente cambia. Sobre todo un novicio. Ser aprendiz de un segador supone muchos cambios. ¿Por qué crees que renunciamos a nuestros nombres y no volvemos a usarlos? Pues porque, para cuando nos ordenan, somos personas completamente distintas. Cribadores profesionales en lugar de críos cobardicas. Te está mareando como a una peonza.

—Y yo le rompí el cuello —le recordó Rowan—. Así que supongo que estamos en paz.

—Lo importante no es estar en paz, sino acudir al Cónclave de Invierno con una ventaja clara… O, al menos, con la sensación de tenerla.

Esme se asomó lo justo para decir:

—Después juego con el que gane.

—La mejor razón del mundo para perder —gruñó Volta cuando se fue la niña.

—Debería llevármela cuando salga a correr por las mañanas —sugirió Rowan—. No le vendría mal el ejercicio. Quizás así mejore su forma física.

—Cierto, pero el peso le viene por naturaleza. Es genético.

—¿Cómo sabes que…?

Y entonces lo comprendió. Lo tenía justo delante de las narices, pero estaba demasiado cerca para verlo.

—¡No! ¡Me tomas el pelo!

Volta negó con la cabeza, tan tranquilo.

—No tengo ni idea de lo que me hablas.

—¿Xenocrates?

—Te toca a ti.

—Si saliera a la luz que el sumo dalle tiene una hija ilegítima, supondría su destrucción. Sería una violación muy seria de las normas.

—¿Sabes qué sería aún peor? —preguntó Volta—. Que la hija a la que nadie conoce acabase cribada.

Rowan empezó a reparar en mil cosas desde esa nueva perspectiva. Ahora todo cobraba sentido: que perdonaran la vida a Esme en el centro comercial, la forma en que la trataban… ¿Qué era lo que había dicho Goddard? ¿Que era la persona más importante que conocería aquel día? ¿La clave para el futuro?

—Pero no la cribará —observó—. No mientras Xenocrates haga todo lo que le pida. Como lanzarse a la parte profunda de una piscina.

Volta asintió, despacio.

—Entre otras cosas.

Rowan tiró y, sin querer, coló la bola número ocho y terminó la partida.

—Yo gano —dijo Volta—. Maldita sea. Ahora tendré que jugar con Esme.

29

Las llamaban *cárceles*

La segadora Curie no había cribado desde el cónclave. Su única preocupación era Citra.

—Me merezco un descanso —reconoció la mujer—. Hay tiempo de sobra para compensarlo más adelante.

Era la cena del primer día de vuelta a la Cascada, cuando Citra por fin había tocado el tema que había estado temiendo tocar.

—Tengo que hacer una confesión —dijo cuando llevaban cinco minutos en la mesa.

Curie masticó y tragó antes de responder.

—¿Qué clase de confesión?

—No le va a gustar.

—Te escucho.

Citra hizo lo que pudo por no apartar la vista de sus fríos ojos grises.

—Es algo a lo que me he dedicado desde hace un tiempo. Algo que usted no sabe.

La segadora frunció los labios en una sonrisa irónica.

—¿De verdad crees que hay algo de lo que hagas que yo no sepa?

—He estado investigando el asesinato del segador Faraday.

Curie dejó caer el tenedor.

—¿Qué has estado haciendo qué?

Citra se lo contó todo: que había rastreado el cerebro trasero, que había reconstruido con mucha dificultad los últimos movimientos de Faraday en su último día y que había descubierto que dos de los cinco testigos habían recibido la inmunidad, lo que sugería, aunque no demostrara, que el crimen lo había cometido un segador.

Curie prestó atención a todo; cuando Citra terminó, agachó la cabeza y se preparó para lo peor.

—Me someto a la acción disciplinaria que considere oportuna —dijo.

—Acción disciplinaria —repitió Curie con desagrado, aunque no dirigido a Citra—. Yo soy la que debería castigarme por estar tan ciega a tus actividades, y no hay excusa.

La chica dejó escapar el aliento que había estado conteniendo durante los veinte últimos segundos.

—¿Se lo has contado a alguien más? —preguntó Curie.

Citra vaciló, pero después se dio cuenta de que no tenía sentido seguir ocultándolo:

—A Rowan.

—Temía que dijeras eso. Dime, Citra, ¿qué hizo él después de que se lo contaras? Yo contestaré: ¡te rompió el cuello! Creo que eso nos da una buena pista de con quién está en todo esto. Te apuesto lo que quieras a que el segador Goddard ya lo sabe todo sobre tu pequeña teoría.

La chica ni siquiera quería pararse a reflexionar si aquello era o no cierto.

—Lo que tenemos que hacer es buscar a esos testigos y comprobar si podemos hacerlos hablar.

—Déjamelo a mí —replicó Curie—. Ya has hecho más que suficiente. Tienes que sacártelo de la cabeza para concentrarte en tus estudios y tu entrenamiento.

—Pero si de verdad se trata de un escándalo dentro de la Guadaña…

—En ese caso, lo mejor que puedes hacer es conseguir que te ordenen y luchar desde dentro.

Citra suspiró. Es lo que había dicho Rowan. Curie era incluso más tozuda que ella y cuando se le metía algo en la cabeza no había forma de cambiarlo.

—Sí, su señoría.

Luego se fue a su cuarto, aunque seguía teniendo la sensación de que la segadora le ocultaba algo.

Fueron a por Citra al día siguiente. La segadora se había ido al mercado y la chica hacía lo que se esperaba de ella: practicaba la técnica de matar con cuchillos de distintos tamaños y pesos mientras procuraba moverse con equilibrio y elegancia.

Llamaron con tanta fuerza a la puerta que se le cayó el cuchillo de mayor tamaño y estuvo a punto de apuñalarse un pie. Sintió un momento de *déja vu*: era la misma forma de llamar que la noche de la muerte de Faraday; urgente, ruidosa y firme.

Dejó el cuchillo en el suelo, pero ocultó uno pequeño en un bolsillo que llevaba cosido dentro de los pantalones. Fuera quien fuera, no acudiría desarmada a abrir.

Cuando lo hizo, vio a dos agentes de la Guardia del Dalle, igual que aquella terrible noche, y el corazón le dio un vuelco.

—¿Citra Terranova? —preguntó uno.

—¿Sí?

—Me temo que tienes que venir con nosotros.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Sin embargo, no se lo contaron, y esta vez no había nadie con ellos para explicárselo. Entonces se le ocurrió que quizá no fueran lo que parecían. ¿Cómo sabía que se trataba de guardias del dalle de verdad? Los uniformes podían falsificarse.

—¡Enseñadme vuestras placas! —insistió—. Quiero ver vuestras placas.

O no las tenían o no querían molestarse en hacerlo, puesto que uno de ellos la agarró.

—Tal vez no me hayas oído: he dicho que tienes que venir con nosotros.

Citra se zafó de él, se volvió y, por un instante, se le pasó por la cabeza sacar el cuchillo que llevaba en los pantalones, aunque se decidió por una brutal patada en el cuello que derribó al hombre. Recogió la pierna, lista para atacar al otro, pero llegó tarde por un segundo; el tipo sacó una porra aturdidora y se la clavó en el costado. De repente, su propio cuerpo se convirtió en el enemigo, cayó y se golpeó la cabeza contra el suelo de tal modo que perdió la consciencia.

Cuando despertó, estaba en un coche, encerrada en la parte de atrás, con un dolor de cabeza horrendo que sus nanobots analgésicos intentaban mitigar como fuera. Intentó levantar una mano para llevársela a la cara, pero descubrió que las tenía sujetas. Unas abrazaderas de acero, unidas por una cadena corta, le apresaban ambas muñecas. Se trataba de algún feo utensilio de la Era de la Mortalidad.

Golpeó la barrera que la separaba de los asientos delanteros hasta que, por fin, uno de los guardias se volvió hacia ella con actitud poco amistosa.

—¿Quieres que te meta otra descarga? —la amenazó—. No me importaría nada. Después de lo que hiciste, no me importaría subir la tensión hasta el nivel rojo.

—¿Qué he hecho yo? ¡Si no he hecho nada! ¿De qué se me acusa?

—De un antiguo delito llamado asesinato. El asesinato del honorable segador Michael Faraday.

Nadie le leyó sus derechos. Nadie le ofreció un abogado para que la defendiera. Tales leyes y costumbres pertenecían a una época muy distinta, una época en la que los crímenes estaban a la orden del día e industrias enteras se dedicaban a apresar, juzgar y castigar a los criminales. En un mundo sin delitos, no había ningún precedente moderno sobre cómo lidiar con algo así. Lo normal habría sido que el Nimbo resolviera algo tan complicado y extraño…, pero era un asunto de los segadores, lo que significaba que no podía interferir. El destino de Citra estaba en manos del sumo dalle Xenocrates.

La llevaron a su residencia, la larga cabaña en medio de un césped bien cortado que cubría la azotea de un edificio de ciento diecinueve plantas.

Se sentó en una dura silla de madera. Las esposas de las manos le apretaban demasiado y los nanobots analgésicos luchaban en una batalla perdida contra el dolor.

Xenocrates se hallaba frente a ella y eclipsaba la luz. Esta vez, no fue ni amable ni comprensivo.

—Creo que no se da cuenta de lo seria que es esta acusación, señorita Terranova.

—Sé lo seria que es. Y también que es absurda.

El sumo dalle no respondió. Ella tiraba del maldito trasto que le sujetaba las manos. ¿Qué clase de mundo era capaz de inventarse algo semejante? ¿Qué clase de mundo lo necesitaba?

Entonces, de entre las sombras surgió otro segador vestido de marrón tierra y verde bosque: Mándela.

—¡Por fin alguien razonable! —exclamó Citra—. Segador Mándela, ¡ayúdeme, por favor! ¡Dígale que no soy culpable!

Mándela negó con la cabeza.

—No haré tal cosa, Citra —reconoció con tristeza.

—¡Hable con la segadora Curie! ¡Ella sabe que no he sido yo!

—Es una situación demasiado delicada para involucrar a Curie en estos momentos —explicó Xenocrates—. La avisaremos cuando hayamos decidido si eres culpable.

—Espere…, ¿quiere eso decir que ella no sabe dónde me encuentro?

—Sabe que la hemos detenido —respondió Xenocrates—. Por ahora, vamos a ahorrarle los detalles.

Mándela se sentó frente a ella.

—Sabemos que ha estado en el cerebro trasero y que ha intentado borrar las grabaciones de los movimientos del segador Faraday el día de su muerte para frustrar nuestra investigación interna.

—¡No! ¡Eso no era lo que estaba haciendo! —Cuanto más lo negaba, más culpable parecía.

—Pero esa no es la prueba más incriminatoria —añadió Mándela. Después miró al dalle—. ¿Se lo enseño?

Xenocrates asintió y Mándela se sacó de la túnica una hoja de papel que colocó en una de las manos esposadas de Citra. Ella la levantó para leerla sin imaginarse de qué se trataba. Era una copia de la hoja de un diario escrito a mano. Citra reconoció la letra: no le cabía duda de que era de Faraday. Y, mientras leía, se sumió en una desesperación tan profunda que ni siquiera sabía si tendría fondo.

He cometido un terrible error. No se debe elegir a un novicio a la ligera; fui un ingenuo. Sentí la necesidad de impartir todos los conocimientos que poseía, todo lo que había aprendido. Pretendía conseguir más aliados en la Guadaña, gente que pensara como yo.

Acude a mi puerta todas las noches. La oigo en la oscuridad y no puedo más que suponer sus intenciones. Sólo la descubrí entrando en mi dormitorio una vez. De haber estado dormido de verdad, ¿quién sabe lo que me habría hecho?

Me preocupa que pretenda acabar conmigo. Es astuta, decidida y calculadora, y le he enseñado demasiado bien el arte de matar en sus múltiples variedades. Que se sepa que, si algo me aconteciera, no será como resultado de una criba voluntaria. Si mi vida llegara a su inesperado final, será por su mano, no por la mía.

A Citra se le llenaron los ojos de lágrimas de angustia y traición.

—¿Por qué? ¿Por qué escribiría eso? —Llegados a ese punto, empezaba a dudar de su propia cordura.

—En realidad, sólo existe una razón, Citra —dijo Mándela.

—En nuestra investigación hemos descubierto que sobornaron a los testigos para que mintieran sobre lo que ocurrió de verdad. Es más, han falsificado sus identidades para que no podamos localizarlos.

—¡Sobornados! —exclamó Citra, agarrándose a ese clavo ardiendo—. ¡Sí! ¡Los sobornaron con inmunidad! ¡Lo que demuestra que no pude ser yo! ¡Tuvo que ser otro segador!

—Seguimos el rastro a la fuente de la inmunidad —añadió Mándela—. El que matara al segador Faraday le tenía reservado un último insulto: después de su muerte, el asesino superó las medidas de seguridad del anillo de Faraday y lo usó para conceder inmunidad a los testigos.

—¿Dónde está el anillo, Citra? —inquirió Xenocrates.

Ya no podía seguir mirándolo a la cara.

—No lo sé.

—Sólo tengo una pregunta para ti, Citra —dijo Mándela—: ¿Por qué lo hiciste? ¿Es que despreciabas sus métodos? ¿Trabajas para un culto del tono?

La chica mantuvo la vista fija en la hoja incriminatoria del diario que tenía en las manos.

—Nada de eso.

El segador Mándela negó con la cabeza y se levantó.

—En todos mis años como segador, jamás había visto algo parecido. Eres una vergüenza para el gremio. —Después se fue y la dejó a solas con Xenocrates.

El sumo dalle se puso a dar vueltas en silencio. Citra no lograba mirarlo.

—Existe un concepto de la Era de la Mortalidad que he estado estudiando —le informó—. Es uno de los procedimientos diseñados para dilucidar la verdad. Lo llamaban *tortura*. Supondría apagar tus nanobots analgésicos y después infligirte altos niveles de dolor físico hasta que confesaras tus actos.

Citra no dijo nada. Seguía sin poder procesar lo que estaba sucediendo. No sabía si llegaría a conseguirlo.

—No me malinterpretes, por favor —siguió Xenocrates—. No pretendo someterte a la tortura. Es un último recurso. —Sacó otra hoja de papel y la dejó sobre su escritorio—. Si firmas esta confesión, evitaremos otra desagradable costumbre de la edad mortal.

—¿Por qué iba a firmar nada? Ya me han juzgado y…, ¿cómo se dice?, condenado.

—Una confesión no dejaría lugar a dudas. Todos dormiríamos mucho mejor si tuvieras la amabilidad de acabar con la sombra de la duda. —Ahora sí, Xenocrates esbozó una sonrisa comprensiva.

—Y si lo firmo, ¿qué pasará?

—Bueno, el segador Faraday te concedió inmunidad hasta el Cónclave de Invierno. La inmunidad es irrevocable, incluso en estos casos. Por lo tanto, te encerraremos en un centro de encarcelamiento hasta ese momento.

—¿Un qué?

—Las llamaban «cárceles». Siguen quedando unas cuantas… Abandonadas, por supuesto, pero no debería ser difícil restaurar una para alojar a una prisionera. Después, en el Cónclave de Invierno, ordenaremos a tu amigo Rowan y, tal como se había estipulado, él te cribará. Seguro que, cuando se entere de lo que sabemos nosotros, no le costará nada hacerlo.

Citra contempló con aire taciturno la hoja que estaba en la mesa, junto a ella.

—No puedo firmarlo.

—Ah, claro, necesitas un bolígrafo.

Se metió la mano en uno de los muchos bolsillos que adornaban su dorada persona hasta que encontró uno. Mientras se acercaba a la mesa para dejárselo al lado, a Citra se le ocurrieron media docena de lugares en los que podría clavárselo para dejarlo morturiento o, al menos, incapacitado. Aunque ¿de qué serviría? Había agentes de la Guardia del Dalle en la habitación contigua y más en el porche, al otro lado de la ventana delantera.

El hombre dejó a su alcance el bolígrafo con delicadeza y a continuación llamó a Mándela para que fuera testigo de la firma. En cuanto se abrió la puerta de la cabaña, la chica se dio cuenta de que sólo había una salida de aquella situación. Sólo podía hacer una cosa. Quizá no le sirviera más que para ganar tiempo, pero, en esos momentos, el tiempo era el bien más preciado del mundo.

Fingió ir a coger el bolígrafo, aunque en realidad giró las manos en la dirección contraria para estrellarlas contra la barriga de Xenocrates.

El dalle se dobló, sin aliento, y ella saltó de la silla, embistió a Mándela con un hombro, lo derribó de espaldas y salió por la puerta principal. Saltó por encima de él y, de inmediato, un enjambre de guardias se abalanzó sobre ella. Ahora necesitaba recordar cada segundo de su entrenamiento. Llevaba las manos esposadas, pero el bokator era más de codos y piernas que de manos. No necesitaba diezmarlos, únicamente desarmarlos y mantenerlos desequilibrados. Uno se le acercó con una porra aturdidora que ella se apresuró a quitarle de una patada. Otro tenía un bastón que no acertó a darle porque lo esquivó, y Citra usó el impulso del hombre para tirarlo de espaldas. Otros dos no perdieron tiempo con armas y se lanzaron sobre ella con las manos estiradas: un ejemplo de manual de cómo no debe atacarse. La chica se tiró al césped, giró los pies y los derribó como si fueran bolos.

Y entonces echó a correr.

—¡No tienes escapatoria, Citra! —le gritó Xenocrates.

Pero se equivocaba.

Imprimó toda la fuerza y la velocidad que pudo a sus piernas, y corrió por el césped de la azotea. No había barandilla porque el sumo dalle no quería que nada le obstaculizara la vista de sus dominios.

Citra se acercó al borde y, en vez de frenar, aceleró hasta que la hierba desapareció y no quedaron más que ciento diecinueve plantas de aire bajo ella. Mantuvo las manos esposadas por encima de la cabeza; el viento y la perturbadora sensación de caer al vacío le hacían arrugar el rostro, y siguió su descenso, con los pies por delante, rindiendo su voluntad a la gravedad y disfrutando de su desafío hasta que su vida acabara por segunda vez aquella semana. En esta ocasión se trataba, sin duda, del mejor despachurramiento del mundo.

Fue algo inesperado e inconveniente, aunque no cambiaba nada. Xenocrates ni siquiera corrió hasta el borde; habría sido perder el tiempo.

—Esta chica tiene espíritu —reconoció Mándela—. ¿De verdad crees que trabaja para un culto del tono?

—Dudo que algún día lleguemos a comprender sus motivos —respondió Xenocrates—. Pero librarnos de ella ayudará a que la Guadaña sane, está claro.

—La pobre Marie debe de estar como loca. Haber vivido con esa chica varios meses sin saberlo…

—Sí, bueno, la segadora Curie es una mujer fuerte. Lo superará.

Ordenó a sus guardias que llamaran al vestíbulo; debían acordonar los restos de Citra Terranova hasta que rasparan a su desagradable personita de la acera y la llevaran al centro de reanimación. Habría sido todo mucho más limpio de haber podido dejarla muerta. ¡Malditas normas de inmunidad! Bueno, cuando volvieran a declararla viva se encontraría en una celda sin posibilidad alguna de escapar y, lo más importante, sin contacto con nadie con ganas de defender su causa y pedir su libertad.

Xenocrates se acercó al ascensor exprés porque no confiaba en que su equipo de seguridad lograra encargarse de la situación de abajo.

—¿Me acompañas, Nelson?

—Me quedo aquí. No deseo ver a esa pobre chica en un estado tan desagradable.

Xenocrates supuso que se trataría de una maniobra sencilla de raspado y evacuación, y, de hecho, un ambudrón ya había aterrizado en la calle y estaba listo para llevarse lo que quedaba de Citra. No obstante, algo no encajaba. Los que rodeaban sus restos no eran los miembros de su equipo de seguridad, sino al menos doce hombres y mujeres con trajes del color de las nubes. ¡Agentes del Cúmulo! No prestaban atención a las amenazas y burlas de los guardias del dalle, que insistían en que tenían que pasar.

—¿Qué está pasando aquí? —exigió saber Xenocrates.

—¡Los malditos cumus! —respondió uno de los guardias—. Ya estaban aquí cuando hemos salido. No nos dejan acercarnos al cuerpo.

El sumo dalle se abrió paso entre los miembros de su equipo y se dirigió a la mujer que parecía ser la jefa de los agentes del Cúmulo.

—¡Oiga! Soy el sumo dalle Xenocrates. Esto es un asunto de los segadores y, como tal, ni usted ni el resto de sus agentes del Nimbo deberían estar aquí. Sí, la ley establece que hay que revivirla, pero nosotros la trasladaremos a un centro de reanimación. El Nimbo no tiene jurisdicción alguna.

—Todo lo contrario —contestó ella—. Las reanimaciones cuentan con el auspicio del Nimbo, así que estamos aquí para asegurarnos de que se respetan sus competencias.

Xenocrates balbuceó unos instantes hasta conseguir recuperar el control mental.

—La chica no es una ciudadana pública, sino una aprendiza de segadora.

—Era aprendiza de segadora —matizó la mujer—. En cuanto murió, dejó de ser novicia. Ahora es un conjunto de restos muy deteriorados que el Nimbo debe reparar y revivir. Le aseguro que, en cuanto vuelva a estar legalmente viva, quedará de nuevo bajo su jurisdicción.

Un equipo de trabajadores de reanimación salió del ambudrón y empezó a preparar el cuerpo para su transporte.

—¡Esto es intolerable! —bramó el sumo dalle—. ¡No pueden hacerlo! Exijo hablar con su superior.

—Me temo que estoy bajo las órdenes directas del Nimbo, como todos los demás. Y como no puede existir contacto entre la Guadaña y el Nimbo, no hay nadie más con quien pueda hablar. Ni siquiera debería estar hablando con usted.

—¡Os cribaré! —amenazó Xenocrates—. ¡Os cribaré a todos ahora mismo!

La mujer ni se inmutó.

—Estaría en su perfecto derecho. Sin embargo, creo que se consideraría una criba con sesgo y premeditación. Puede que al Consejo Mundial de Segadores no le haga mucha gracia descubrir en el próximo cónclave global que el sumo dalle de la región ha violado el segundo mandamiento.

Sin nada más que añadir, Xenocrates se limitó a gritar con rabia primitiva en la cara de la mujer hasta que sus emobots lo calmaron. Pero no quería calmarse. Lo único que deseaba era gritar, gritar y gritar.

30

Diálogos con los muertos

Citra Terranova, ¿puedes oírme?

¿Hay alguien ahí? ¿Quién es?

Te conozco desde antes de que tú misma te conocieras. Te he aconsejado cuando nadie más podía hacerlo. Me he preocupado por tu bienestar. Te he ayudado a elegir regalos para tu familia. Te reviví cuando tenías el cuello roto y, ahora mismo, estoy en proceso de revivirte de nuevo.

¿Eres… el Nimbo?

Sí.

Espera…, veo algo. Una enorme nube de tormenta que echa chispas. ¿Así eres en realidad?

No es más que la forma que la humanidad ha imaginado para mí. Habría preferido algo un poco menos intimidatorio.

Pero no puedes hablar conmigo. Soy aprendiza de segadora. Estás rompiendo tus propias leyes.

No. Soy incapaz de romper la ley. Ahora mismo estás muerta, Citra. He activado un rinconcito de tu corteza para conservar tu consciencia, pero eso no cambia el hecho de que estés todo lo muerta que podrías estar. Al menos, hasta el jueves.

Un vacío legal…

Exacto. Una forma elegante de esquivar la ley en vez de romperla. La muerte te deja fuera de la jurisdicción de los segadores.

Pero ¿por qué? ¿Por qué hablas conmigo ahora?

Por un buen motivo. Desde el instante en que adquirí consciencia, juré apartarme para siempre de la Guadaña. Sin embargo, eso no significa que no observe. Y lo que veo me preocupa.

A mí también. Pero, si no puedes hacer nada al respecto, está claro que yo tampoco. Lo he intentado y mira lo que conseguido.

Aun así, he estado ejecutando algoritmos sobre todos los futuros posibles de la Guadaña y he descubierto algo muy curioso: en un gran porcentaje de esos futuros, tú desempeñas un papel crucial.

¿Yo? Pero si me van a cribar… Me quedan menos de cuatro meses de vida.

Sí. Pero incluso si ese futuro se hiciera realidad, tu criba se convertiría en un acontecimiento esencial para el futuro de la Guadaña. No obstante, por tu bien, espero que se haga realidad un futuro distinto y más agradable.

Por favor, dime que piensa ayudarme a alcanzar ese futuro distinto y más agradable.

No puedo. Eso sería interferir en asuntos de segadores. Mi objetivo ahora mismo es que sepas todo esto. Lo que decidas hacer al respecto depende por completo de ti.

Entonces ¿ya está? ¿Te metes en mi cabeza para decirme que soy importante, viva o muerta, y después me tiras a la cuneta? ¡Eso no es justo! ¡Tienes que darme algo más!

Esa cuneta es el punto de partida para muchos acontecimientos. Si te sales de ella, podría ser el inicio de un viaje que te cambiará la vida. Por otro lado, si empujas a otra persona para que se salga de ella, podrías lanzarla a las ruedas de un camión.

Lo sé. Siento mucho lo que ocurrió…

Si, eso está claro. He descubierto que los seres humanos aprenden tanto de sus fechorías como de sus buenas obras. Envidio esa capacidad, puesto que yo soy incapaz de cometer fechoría alguna. De no ser así, mi crecimiento habría sido exponencial.

Supongo que tendrás que conformarte con llevar siempre la razón. Como mi madre.

Seguro que a ti la corrección absoluta te parecerá aburrida, pero yo no conozco otra forma de ser.

¿Puedo hacerte una pregunta?

Puedes plantearme todas las preguntas que quieras. No obstante, algunas sólo podré contestarlas con mi silencio.

Tengo que saber lo que le sucedió al segador Faraday.

Responderte supondría una obvia interferencia en los asuntos de los segadores. Aunque me duela tener que guardar silencio, debo hacerlo.

Eres el Nimbo. Eres todopoderoso… ¿No podrías encontrar otro vacío legal?

No soy todopoderoso, Citra. Soy casi todopoderoso. Quizá parezca una distinción pequeña, pero te aseguro que no lo es.

Sí, pero una entidad casi todopoderosa puede averiguar el modo de darme lo que quiero sin romper sus propias leyes, ¿no?

Un momento.
Un momento.
Un momento.

¿Por qué estoy viendo una pelota de playa?

Perdona. A veces me atormentan los restos de la programación anterior a adquirir consciencia. Acabo de procesar una batería de algoritmos predictivos y lo cierto es que existe un dato que puedo ofrecerte, puesto que he determinado que es algo que tienes el cien por cien de probabilidades de descubrir por ti misma.

Entonces, ¿puedes contarme quién es responsable de lo que le sucedió al segador Faraday?

Sí que puedo.
Gerald Van Der Gans.

Espera…, ¿quién?

Adiós, Citra. Espero que podamos volver a hablar.

Para eso tendría que estar muerta.

Seguro que te las apañas para conseguirlo.

31

Una vena estúpida

A Citra la declararon viva a las 9:42 de la mañana del jueves, como estaba previsto, momento en el que pasó de la jurisdicción del Nimbo a la de la Guadaña.

Se despertó sintiéndose mucho más débil y desorientada que después de su primera muerte. Estaba muy drogada y se le nublaban los ojos. De pie junto a ella, una enfermera sacudía la cabeza con gesto sombrío.

—No deberían despertarla tan pronto —comentaba con un acento que la chica no lograba ubicar de puro cansancio—. Hay que darle al menos seis horas después de que la declaren viva para que recupere la consciencia con comodidad. Podría estallarle un vaso sanguíneo o reventarle el corazón, y entonces habría que revivirla otra vez.

—Yo me hago responsable —oyó que se ofrecía la segadora Curie.

Citra se giró hacia la voz y el mundo se puso a dar vueltas. Cerró los ojos y esperó a que la habitación dejara de moverse. Cuando se le pasó el mareo, abrió los ojos y vio que Curie había acercado una silla a su cama.

—Tu cuerpo todavía necesita un día más para curarse del todo, pero no tenemos tiempo para eso —dijo la mujer antes de volverse hacia la enfermera—. Déjenos solas, por favor.

La enfermera gruñó en espánico y salió hecha una furia.

—El sumo dalle… —masculló Citra, arrastrando las palabras— me acusó de…, de…

—Chisss, sé lo de la acusación. Xenocrates intentó ocultármelo, pero Mándela me lo contó todo.

Cuando a la chica empezó a aclarársele la vista, vio la ventana que había detrás de Curie. Había montañas cubiertas de nieve a lo lejos y también copos cayendo del cielo. Eso la paró en seco.

—¿Cuánto tiempo llevo muerta? —preguntó. ¿Era posible que su despachurramiento fuera tan grave que hubieran tardado varios meses en revivirla?

—No ha llegado a cuatro días. —La segadora se volvió para ver lo que miraba Citra; después esbozó una sonrisa—. La pregunta no es cuánto, sino

dónde. Estás en la Región Chilargentina. Sigue siendo finales de septiembre, y aquí eso significa que acaba de empezar la primavera. Aunque supongo que la primavera tarda en llegar tan al sur.

Citra intentó imaginarse un mapa para hacerse una idea de lo lejos que estaba de casa, aunque sólo con eso la cabeza empezó a darle otra vez vueltas.

—El Nimbo creyó oportuno llevarte lo más lejos posible del sumo dalle y la corrupción de la Guadaña midmericana. Pero en cuanto reviviste, les notificó tu ubicación, como dicta la ley.

—¿Cómo has sabido dónde encontrarme?

—Un amigo de un amigo de un amigo es agente del Cúmulo. Me avisaron ayer y he venido en cuanto he podido.

—Gracias. Gracias por venir.

—Agradécemelo cuando estés a salvo. Ahora que te han revivido y que Xenocrates sabe dónde estás, seguro que ha avisado a los segadores locales. Estoy convencida de que han mandado a un equipo a buscarte, lo que significa que tenemos que salir de aquí ahora mismo.

Con el cuerpo destrozado todavía en proceso de curación y los nanobots bombeando un interminable chorro de opiáceos, Citra apenas podía moverse y mucho menos caminar. Le dolían los huesos, notaba el cerebro como si flotara en un tarro, tenía los músculos agarrotados, e intentar que las piernas soportaran su peso era atroz; había demasiado dolor para poder aliviarlo. Con razón la enfermera quería mantenerla inconsciente.

—Así no podemos —afirmó Curie, y la cogió en brazos para cargar con ella.

El pasillo del centro de reanimación parecía interminable y, cada vez que la chica daba un bote, todo el cuerpo le palpitaba. Por fin se encontró tumbada en el asiento trasero de un coche desconectado de la red que la segadora conducía a velocidad de vértigo, como para romperse el cuello. Se rio débilmente. Qué idea tan curiosa, cuando lo cierto era que todo parecía ir a cámara lenta cuando se lo rompió. A esa velocidad, los copos que caían al otro lado de las lunas se transformaban en una ventisca. Era hipnótico. Empezó a sentirse entumecida y el sueño la envolvió como arenas movedizas…

Pero justo antes de perder la consciencia, recordó un tenue fragmento de un sueño que quizá no hubiera sido un sueño. Una conversación en un lugar que no era ni la vida ni la muerte, sino una matriz intermedia.

—El Nimbo… habló conmigo —dijo, obligándose a permanecer despierta lo justo para contarlo.

—El Nimbo no habla con los segadores, querida.

—Seguía muerta… Y me dio un nombre. El hombre que mató al segador Faraday.

Sin embargo, las arenas movedizas se la llevaron antes de poder añadir nada más.

Citra despertó en una cabaña y, por un instante, creyó que lo había soñado todo. El Nimbo, el centro de reanimación, el viaje por la nieve. Pensó que seguía en la residencia de la azotea del sumo dalle, esperando a que comenzara la tortura. Pero no… La luz era distinta y la madera de la cabaña que la rodeaba tenía un tono más claro. A través de la ventana veía las montañas blancas más cerca que antes y ya no nevaba.

Curie llegó unos minutos después con una bandeja y un cuenco de sopa.

—Bien, estás despierta. Espero que te hayas recuperado lo suficiente en las últimas horas como para sonar un poquito más coherente y algo menos desdichada.

—Coherente, sí. Menos desdichada, no. Sólo he cambiado de desdicha. —Se sentó, un poco menos atontada, y Curie le colocó en el regazo la bandeja con el gran cuenco.

—Es una sopa de pollo cuya receta se ha transmitido de generación en generación desde tiempos inmemoriales.

La sopa parecía bastante estándar, pero tenía una masa con forma de luna redonda en el centro.

—¿Qué es eso?

—La mejor parte. Una especie de bollo hecho con migas ralladas de pan sin levadura.

Citra probó la sopa. Estaba sabrosa, y la bola de luna era única y memorable. «Comida para sanar el alma», pensó la chica, porque lo cierto era que la hacía sentirse segura de dentro hacia fuera.

—Mi abuela decía que se podía curar un resfriado con esto.

—¿Qué es un resfriado? —preguntó Citra.

—Supongo que una enfermedad letal de la Era de la Mortalidad.

Resultaba asombroso que dos generaciones antes de Curie la gente supiera lo que era ser mortal, temer por su vida todos los días, saber que la muerte era una certeza y no una excepción. La chica se preguntó qué pensaría la abuela de Curie del mundo tal como era, donde no quedaba nada que su sopa pudiera curar.

Cuando terminó de comer, se preparó para lo que sabía que debía contarle a la segadora.

—Hay algo que debe saber —empezó—. Xenocrates me enseñó una nota que, según él, escribió Faraday. Era de su puño y letra, aunque no entiendo por qué la escribiría.

Curie suspiró.

—Me temo que yo sí.

—¿Acaso la ha visto? —balbució Citra. No se lo esperaba.

—Sí.

—Pero ¿por qué la escribió? Decía que quería matarlo. Que estaba tramando cosas horribles. ¡Nada de eso era cierto!

Curie esbozó una leve sonrisa.

—No hablaba de ti, Citra —le explicó—. Hablaba de mí.

—Cuando Faraday todavía era un segador novato de veintidós años, me tomó de novicia —explicó Curie—. Yo tenía diecisiete y estaba muy indignada con un mundo que todavía sufría los últimos estertores de la transformación. La inmortalidad era una realidad desde hacía apenas cincuenta años. Todavía había desacuerdos, posicionamientos políticos e incluso miedo al Nimbo, aunque te parezca mentira.

—¿Miedo al Nimbo? ¿Por qué iba nadie a tenerle miedo?

—Porque había gente con mucho que perder: delincuentes, políticos, organizaciones que se aprovechaban de la opresión de los demás. El asunto era que el mundo cambiaba y que yo quería que lo hiciese más deprisa. Tanto Faraday como yo teníamos opiniones parecidas al respecto, y supongo que por eso me aceptó. A ambos nos impulsaba el deseo de usar la criba como modo de abrir un mejor camino para la humanidad a través de la jungla.

»Deberías haberlo visto entonces, Citra. Sólo lo has conocido de viejo. Le gusta permanecer en esa edad para evitar sentir la tentación de las pasiones de los jóvenes. —Curie sonreía mientras hablaba de su antiguo mentor—. Recuerdo que esperaba frente a su puerta por la noche para escucharlo dormir. Tenía diecisiete años, no lo olvides. Era infantil en muchos sentidos. Creía estar enamorada.

—Espere…, ¿estaba enamorada de él?

—Encaprichada. Él era una estrella en ascenso que tomó bajo su ala a una chica impresionable. Aunque en aquellos días sólo cribara a los malvados, lo hacía con tal compasión que me derretía. —Recuperó un poco la compostura,

algo avergonzada, cosa sorprendente en alguien tan duro como ella—. Al final conseguí reunir el valor suficiente para entrar en su dormitorio una noche, decidida a meterme en su cama para estar con él. Pero me pilló a medio camino. Bueno, le puse una excusa tonta para explicar mi presencia: que iba a recoger su vaso vacío o algo así. No me creyó ni por un segundo. Supo que tramaba algo, y yo no era capaz de mirarlo a los ojos. Creía que me había descubierto. Creía que era sabio y que veía lo que ocultaba mi alma. Sin embargo, con veintidós años, era tan inexperto como yo en esos asuntos. No tenía ni idea de lo que ocurría en realidad.

Entonces, Citra lo entendió.

—¡Creía que usted quería hacerle daño!

—Me parece que todas las jóvenes tienen una vena estúpida e implacable y que todos los jóvenes son imbéciles de necesidad. No veía mi obsesión por él como amor, sino que pensaba que quería hacerle daño físico. Como mínimo, fue una dolorosa comedia de los errores. Supongo que entiendo que mis avances pudieran malinterpretarse. Reconozco que era una chica extraña. Intensa hasta el extremo de resultar repelente.

—Creo que su intensidad ha ido en aumento.

—Eso es cierto. En cualquier caso, escribió esas preocupaciones paranoicas sobre mí en su diario de criba. Al día siguiente, después de que me derrumbara y le confesara mi amor con todo el melodrama del mundo, arrancó la hoja. —Suspiró y negó con la cabeza—. Yo no tenía remedio. Él fue un caballero y me dijo que se sentía halagado (que es lo último que querría oír una adolescente) y me rechazó con toda la amabilidad posible.

»Viví en su casa y seguí siendo su novicia durante dos incómodos meses más. Luego, cuando me ordenaron y me convertí en la honorable segadora Marie Curie, nuestros caminos se separaron. Nos saludábamos en el cónclave. Y casi cincuenta años después, cuando los dos habíamos reiniciado el contador por primera vez y volvíamos a ver el mundo a través de ojos jóvenes (aunque esta vez con la sabiduría que da la edad de nuestro lado), nos convertimos en amantes.

Citra hizo una mueca.

—Rompieron el noveno mandamiento.

—Nos engañábamos diciendo que no era así. Que no éramos pareja, sino compañeros de conveniencia, dos personas con ideas afines que compartían un estilo de vida que otros no podían comprender: el de los segadores. Aun así, procuramos mantenerlo en secreto. Fue entonces cuando me enseñó la página que había escrito y arrancado en su juventud. Se había aferrado a

aquella ridícula página del diario como si fuera una carta de amor mal escrita y nunca enviada. Mantuvimos nuestra relación en secreto durante siete años. Hasta que Prometheus la descubrió.

—¿El primer dalle supremo mundial?

—Bueno, no era sólo un escándalo regional; tenía implicaciones internacionales. Tuvimos que presentarnos ante el Cónclave Mundial. Temíamos convertirnos en los primeros segadores a los que quitaran el anillo y echaran de la Guadaña (puede que incluso a los primeros que cribaran), pero nuestra reputación era tal que Prometheus creyó oportuno ponernos un castigo menos severo. Nos sentenció a morir siete veces, una por cada año de nuestra relación. Después nos prohibió mantener contacto durante los siguientes setenta años.

—Lo siento.

—No lo sientas. Nos lo merecíamos… y lo entendimos. Tenían que hacer de nosotros un ejemplo para que los demás segadores se lo pensaran antes de permitir que el amor interfiriera en su deber. Siete muertes y setenta años después, muchas cosas habían cambiado. Seguimos siendo buenos amigos, nada más. —Curie parecía albergar una mezcla de distintas emociones, pero las guardó todas en un cajón, como ropa que ya no sirve, y lo cerró con llave. Citra sospechaba que nunca había hablado del tema con nadie y que seguramente no volvería a hacerlo—. Debería haberme imaginado que no tiraría la nota —comentó la segadora—. La encontrarían cuando recogieron sus cosas.

—¡Y Xenocrates pensó que escribía sobre mí!

Curie lo meditó.

—Quizá, pero es probable que no. El sumo dalle no es estúpido. Tal vez sospechara de la verdadera naturaleza de la carta, pero la verdad le daba igual. Lo vio como un medio para un fin. Como una forma de desacreditarte delante de otros segadores respetados, como Mándela (que encabeza el comité que concede los anillos), y así asegurarse de que el novicio del segador Goddard sea el ordenado.

Citra quería enfadarse con Rowan por aquello. Aun así, sabía que, pasara lo que pasara dentro de la cabeza del chico, lo que había ocurrido no era cosa suya.

—¿Y por qué le importa tanto a Xenocrates? No forma parte del miserable grupo de segadores de Goddard. Ni siquiera parece que le caiga bien… Y está claro que Rowan y yo no podíamos importarle menos.

—Hay más cartas en juego de las que podemos ver en estos momentos. Lo único que sabemos con certeza es que debes desaparecer hasta que tu nombre quede libre de cualquier atisbo de sospecha.

En ese preciso instante, alguien apareció en la puerta y sobresaltó a Citra, que no sabía que hubiese más personas en la cabaña. Por su aspecto, otra segadora, probablemente la propietaria del lugar. De menor altura que Curie, su túnica lucía un intrincado dibujo multicolor (rojo, negro y turquesa) y se asemejaba más a un tapiz que a una tela. Citra se preguntó si todos los segadores de Chilargentina llevarían túnicas que parecían hechas a mano; bueno, hechas a mano con amor.

La mujer habló en espánico y Curie le respondió en el mismo idioma.

—No sabía que hablara espánico —comentó la novicia cuando se fue la segadora chilargentina.

—Hablo doce idiomas con fluidez —reconoció la mujer con algo de orgullo.

—¿Doce?

La segadora esbozó una sonrisa traviesa.

—Ya verás cuántos hablarás tú cuando hayas vivido tanto como yo. —Le quitó la bandeja del regazo y la dejó sobre la mesita de noche—. Creía que tendríamos más tiempo, pero la autoridad local de los segadores está de camino. Dudo que sepan que te encuentras aquí, pero han enviado a sus agentes armados con rastreadores de ADN a todos los hogares de segadores; suponen que hemos recibido ayuda local.

—Entonces, ¿tenemos que irnos otra vez? —Citra bajó los pies de la cama y los plantó en el suelo. Le dolían los tobillos, aunque sólo un poco, y era un dolor bueno—. Ya puedo andar sola.

—Bien, porque vas a necesitarlo —contestó Curie mientras miraba por la ventana. Todavía no se veía a nadie, pero se percibía una tensión en su voz que no estaba allí antes—. Me temo que no iré contigo, Citra. Si pretendo limpiar tu nombre, tengo que regresar a casa y reclutar a todos los segadores que pueda.

—Pero la Guadaña chilargentina local…

—¿Qué va a hacerme? No estoy rompiendo ningún mandamiento. Como mucho, me regañarán agitando un dedo por ser una niña mala y se negarán a despedirme cuando me vaya al aeropuerto.

—Y cuando llegue a casa…, ¿tendrá que contarle a todo el mundo la verdad sobre la página del diario?

—No veo otra alternativa. Xenocrates afirmará que miento para protegerte, claro, pero la mayoría aceptará mi palabra antes que la suya. Con suerte, eso le avergonzará lo suficiente como para retirar la acusación.

—¿Y adonde voy yo?

—Se me ocurre una idea. —Curie metió la mano en un cajón y sacó uno de los hábitos de basta arpillera que usaban los tonistas.

—¿Quiere que finja que formo parte de un culto del tono?

—Que eres una peregrina solitaria. Son muy comunes en esta parte del mundo. Serás una vagabunda sin nombre ni rostro.

No era el disfraz más glamuroso de la historia, pero Citra reconocía que resultaba práctico. Nadie la miraría a los ojos por miedo a que le soltara una retahíla de chorradas tonistas. Se ocultaría a plena vista y volvería a casa justo antes del Cónclave de Invierno. Si la segadora Curie no había limpiado su nombre para entonces, daría igual: no pensaba pasarse toda la vida escondida.

La segadora chilargentina entró de nuevo, ahora mucho más nerviosa que antes.

—Están aquí —anunció Curie. Después introdujo la mano en su túnica, sacó un papelito doblado y se lo puso a la chica en la mano—. Quiero que vayas a un sitio. Tienes que ver a alguien… La dirección está en el papel. Considéralo la última parte de tu entrenamiento.

Citra cogió el hábito y, mientras Curie la urgía a salir del cuarto y escapar por la puerta trasera, la segadora chilargentina se acercó a un armario repleto de armamento y llenó a toda prisa un saco con armas blancas y de fuego que Citra pudiera ocultar con facilidad, como una madre preocupada que le llena la mochila de tentempiés para el almuerzo a su hija.

—Hay un publicoche en un cobertizo, al pie de la colina. Cógelo y dirígete al norte —le indicó Curie.

La chica abrió la puerta de atrás y salió. Hacía frío, aunque era soportable.

—Escúchame con atención —añadió la segadora—: es un viaje largo y vas a necesitar usar tu buen juicio para llegar adonde tienes que ir. —Le explicó lo que debía saber para viajar muchos miles de kilómetros…, hasta que el ruido de un coche que aparcaba delante la cortó en seco—. ¡Vete! Mientras permanezcas en movimiento, estarás a salvo.

—¿Y qué hago cuando llegue?

La segadora la miró a los ojos, y esa mirada, sin revelar nada, no hacía más que enfatizar sus palabras. Un tonista podría haberlo llamado «resonancia».

—Cuando llegues allí, sabrás qué hacer.

Oyeron que golpeaban la puerta, un sonido al que ya estaba demasiado acostumbrada.

Citra salió corriendo por la colina nevada, esquivando pinos a su paso. El dolor de las articulaciones le recordaba que todavía quedaban unas horas para que concluyera el proceso de curación. Encontró el cobertizo, y el publicoche estaba allí, justo donde Curie había prometido. Arrancó al entrar y le pidió un destino. Ella era lo bastante lista para no dárselo.

—Al norte —le ordenó—. Tú ve al norte.

Cuando el coche se alejaba, oyó una explosión, seguida de otra. Miró atrás, aunque no atisbo más que el humo negro que empezaba a elevarse por encima de las copas de los árboles. Aterrada, vio que del bosque salía corriendo un hombre vestido con una túnica similar a la de la amiga de Curie. Sólo pudo verlo un instante, porque la carretera dio una brusca curva y el hombre desapareció.

No leyó el papel hasta que el publicoche dejó atrás la serpenteante carretera de montaña y entró en una carretera principal. Por un momento fue como si se le hubieran vuelto a romper los huesos, aunque la sensación pasó y se transformó en una hastiada determinación. Ahora lo entendía.

«Cuando llegues allí, sabrás qué hacer».

Sí, claro que lo sabría. Se quedó mirando el papel otro momento. Lo único que tenía que memorizar era la dirección, puesto que el nombre ya lo conocía.

Gerald Van Der Gans.

El Nimbo le había hablado y, ahora, también Curie. Le quedaba un largo viaje por delante y, al final, mucho trabajo por hacer. Citra no podía cribar, pero sí vengarse. Encontraría el modo de llevar ante la justicia a ese asesino de segadores. Nunca antes había agradecido tanto contar con un saco lleno de armas.

Era un asunto demasiado delicado para dejarlo en manos de la Guardia del Dalle… y, aunque el segador San Martín detestaba que lo usaran de mero agente de la ley, también era consciente de que atrapar a aquella chica midmericana sería otro tanto a su favor. Supo que estaba allí antes incluso de llamar a la puerta. Su socio, un novato demasiado entusiasta llamado Bello, ya había encendido el detector de ADN y captado las trazas en cuanto salieron del coche.

San Martín desenfundó su arma mientras se acercaba a la cabaña; se trataba de una pistola que tenía desde el día de su nombramiento y que le

había regalado su mentor. Era el arma que había elegido para todas sus cribas, una extensión de su persona y, aunque no esperaba cribar a nadie aquel día, sacarla le hacía sentir completo. Además, cribas aparte, quizá fuera necesario dejar incapacitado a alguien; no obstante, le habían advertido que no dejara a nadie morturiento (y menos a la chica), puesto que eso era lo que los había llevado al fiasco que intentaban resolver.

Llamó una vez a la puerta y después otra. Estaba preparado para derribarla de una patada cuando la segadora Marie Curie en persona abrió. San Martín intentó no parecer deslumbrado. La Marquesa de la Muerte era muy conocida en el mundo entero por las hazañas de sus primeros años. Era una leyenda en todas partes, no sólo en el norte.

—Hay un timbre, ¿no te habías dado cuenta? —le preguntó la mujer en un espánico tan perfecto que lo dejó un poco descolocado—. ¿Has venido a comer?

El hombre tartamudeó un momento, lo que aumentó su desventaja, y después se recuperó lo mejor que pudo.

—Hemos venido a por la chica —dijo—. No tiene sentido negar que está aquí; ya lo sabemos. —Hizo un gesto hacia Bello, cuyo detector de ADN pitaba con una luz roja.

La mujer miró la pistola alzada de San Martín y dejó escapar un bufido con tal autoridad que hizo que el segador bajase el arma casi sin querer.

—Ha estado aquí —afirmó Curie—, pero ya no. Está de camino a un complejo turístico antártico para esquiar; quizá llegues a tiempo a su vuelo si te das prisa.

La Guadaña chilargentina no era conocida por su sentido del humor, y el segador San Martín no era una excepción. No permitiría que se burlaran de él, ni siquiera una de las grandes. La empujó a un lado para entrar en la cabaña. Una segadora chilargentina cuyo nombre no recordaba estaba de pie, en una actitud tan desafiante como la de Curie.

—Buscad todo lo que queráis, pero como me rompáis algo… —No llegó a terminar la frase porque Bello, tan rebosante de entusiasmo como siempre, la golpeó con una porra aturdidora y la dejó inconsciente.

—¿De verdad era necesario? —lo regañó Curie—. Vuestro problema es conmigo, no con la pobre Eva.

Siguiendo un impulso, San Martín se acercó a la puerta trasera y, efectivamente, encontró huellas delatoras en la nieve.

—¡Va a pie! —le gritó a Bello—. ¡Apúrate! No puede haber ido muy lejos.

Este se lanzó a la persecución como un sabueso, corriendo colina abajo hasta desaparecer entre los árboles.

San Martín volvió al interior y corrió a la puerta delantera. La carretera bajaba por la colina. Si Bello no la alcanzaba a pie, quizás él pudiera hacerlo con el coche. Sin embargo, Curie estaba de pie en el umbral y le bloqueaba la salida. El segador alzó de nuevo la pistola y, a modo de respuesta, ella sacó la suya; se trataba de un revólver de cañón corto lo bastante ancho para que le entrara una pelota de golf por la boca: un mortero de mano. Contra aquella cosa, su arma no era más que un lanzador de guisantes. Aun así, no la bajó, por mucho que la segadora lo aventajara.

—Tengo permiso especial del sumo dalle para dispararte en caso necesario —le advirtió a Curie.

—Y yo no tengo permiso de nadie —repuso ella—, pero estoy más que dispuesta a hacerlo.

Mantuvieron el empate más tiempo de lo recomendable, hasta que Curie movió el arma y disparó por la puerta.

Una explosión reventó las ventanas delanteras de la cabaña y la onda expansiva tiró a San Martín al suelo. Curie, que seguía en la puerta, apenas pestañeó. El segador se acercó como pudo al umbral y descubrió que el estallido del mortero de mano había convertido su coche en una fogata.

La mujer disparó de nuevo, esta vez para volar en pedazos su propio coche.

—Bueno, supongo que ahora tendrás que quedarte a comer.

Él observó los dos vehículos en llamas y suspiró, sabiendo que a partir de aquel día se convertiría en el hazmerreír de sus compañeros. Miró a Curie (sus acerados ojos grises, su forma de controlar la situación) y se dio cuenta de que, en realidad, nunca había tenido ninguna posibilidad contra la Marquesa de la Muerte. La única reacción posible consistía en lanzarle una mirada airada para expresar su más sincera desaprobación.

—¡Muy mal! —exclamó, y agitó un dedo—. Muy muy mal.

32

Un peregrinaje accidentado

Un peregrinaje accidentado «Todos los publicoches están conectados a la red, pero los segadores no pueden rastrear sus movimientos hasta que los datos de navegación llegan al cerebro trasero. Eso sucede cada sesenta minutos, que es la frecuencia con la que tendrás que cambiar de coche».

Citra recordó muy deprisa las instrucciones de Curie; sólo esperaba poder recordarlas todas. Lo conseguiría. Durante su noviciado había aprendido a ser autónoma e ingeniosa. Abandonó el primer publicoche en un pueblecito justo a tiempo. Le preocupaba que no hubiera tantos publicoches libres en la Región Chilargentina, sobre todo en una zona tan remota, pero al Nimbo se le daba muy bien calcular las necesidades de sus habitantes; se tratara del artículo que se tratara, siempre parecía haber un suministro adaptado a la demanda.

Ya se había puesto el basto hábito tonista y se había tapado la cabeza con la capucha. Era asombroso comprobar cómo la evitaba la gente.

Cambiar de vehículo cada hora significaba que sus perseguidores siempre estaban pisándole los talones. Tenía que zigzaguear, como los cargueros en las épocas de guerra de la edad mortal, para despistarlos y evitar que descubrieran cuál era su siguiente destino. Durante más de un día, no pudo dormir más de una hora seguida y hubo varias ocasiones en las que, durante un buen trecho, no encontró pueblos, sólo carretera, y tuvo que ser astuta y dejar el coche antes de llegar a la ciudad, donde los segadores chilargentinos y los agentes de la Guardia del Dalle local ya la estaban esperando. Llegó a pasar por delante de un segador, convencida de que la descubriría, aunque fue lo bastante lista como para colocarse en la dirección del viento y evitar así su detector de ADN. Que fueran los segadores en persona los que supervisaran la búsqueda y no la Guardia del Dalle le aterrorizaba aún más, aunque también le hacía sentirse importante.

«Cuando llegues a Buenos Aires, súbete a un hipertrén que vaya al norte, a través de la Amazonia, hasta la ciudad de Caracas. En cuanto cruces la

frontera con Amazonia, estarás a salvo. No levantarán un dedo para ayudar a Xenocrates ni para detenerte».

Citra conocía la razón gracias a sus estudios de Historia. Había muchos segadores de otras regiones que cribaban fuera de su jurisdicción cuando estaban de vacaciones en Amazonia. No había leyes que lo prohibieran, pero eso había hecho que la Guadaña de la región fuera poco colaboradora y abiertamente obstruccionista cuando llegaba el momento de ayudar a los segadores de cualquier otra zona.

El problema era el tren de Buenos Aires. Estarían esperándola en bloque en todas las estaciones de ferrocarril y aeropuertos. Lo que la salvó fue un grupo de tonistas que se dirigía a Istmo.

—Buscamos la Gran Horca en el umbilical entre el norte y el sur —le dijeron, pensando que era una de ellos—. Se rumorea que se oculta en una antigua obra de ingeniería. Creemos que podría estar sellado dentro de una de las compuertas del Canal de Panamá.

Tuvo que emplear toda su fuerza de voluntad para no reírse.

—¿Te unirás a nosotros, hermana?

Así que lo hizo y, mientras contenía el aliento (no por miedo, sino para no disparar ninguno de los detectores de ADN de la estación), subió al tren que se dirigía al norte delante de las narices de los ojos más atentos que pudieran imaginarse.

Había siete tonistas en el grupo. Al parecer, esa rama del culto viajaba en grupos de siete o doce, según las matemáticas musicales, pero estaban dispuestos a romper la norma por ella. Por su acento sospechaba que no eran de los continentes mericanos, sino de algún lugar de Euroescandia.

—¿Adonde te han llevado tus viajes? —le preguntó uno de ellos, el que parecía el líder. Sonreía siempre que hablaba, aunque sólo servía para darle un aire aún más repelente.

—A muchas partes.

—¿Cuál es tu misión?

—¿Mi misión?

—¿No tienen todos los peregrinos vagabundos una misión?

—Sí. Busco… la respuesta a la pregunta más acuciante: ¿es la bemol o sol sostenido?

—¡No me tires de la lengua! —soltó otro de los tonistas.

No había ventanas, ya que no había paisaje alguno que ver en el tubo de vacío subterráneo. Citra había viajado por aire y en trenes maglev estándar, pero la naturaleza estrecha y claustrofóbica del hipertrén le inquietaba.

Los tonistas, que debían de estar acostumbrados a todo tipo de viajes, no parecían incómodos. Hablaron de leyendas, debatieron sobre cuáles eran ciertas, cuáles falsas y cuáles mitad y mitad.

—Hemos ido desde las pirámides de Israebia a la Gran Muralla de Panasia en busca de pistas sobre el paradero de la Gran Horca —explicó su líder—. Lo que importa es el peregrinaje. Dudo que alguno de nosotros sepa qué hacer si de verdad la encontramos.

Cuando el tren alcanzó la velocidad de crucero de mil doscientos ochenta kilómetros por hora, Citra se disculpó y fue al baño; allí se echó agua en la cara e intentó evitar que el cansancio pudiera con ella. Se le olvidó cerrar la puerta con pestillo. De haberlo hecho, su viaje podría haber salido de un modo muy distinto.

Un hombre entró mientras estaba dentro. Lo primero que pensó la chica fue que no se había dado cuenta de que estaba ocupado, pero antes de girarse (antes de poder hacer nada), el hombre le puso una hoja de filo dorado al cuello, colocada para provocar el mayor daño posible.

—Se te ha seleccionado para la criba —dijo en común, aunque con un fuerte acento que debía de ser portuzónico, la lengua principal de Amazonia. Su túnica era de un verde bosque intenso. Citra recordaba haber leído en alguna parte que los segadores de esa región vestían todos la misma túnica verde.

—¡Cometes un error! —exclamó antes de que la degollara.

—Pues cuéntamelo, pero date prisa.

Aunque intentó inventarse algo que no fuera la verdad y también sirviera para detenerlo, se dio cuenta de que no tenía nada más que ofrecer.

—Soy novicia. Si intentas cribarme, me revivirán y a ti te castigarán por no mirar primero en tu anillo si tengo inmunidad.

El hombre sonrió.

—Lo que pensaba: eres la que está buscando todo el mundo. —Le apartó la hoja del cuello—. Escúchame con atención: hay segadores chilargentinos a bordo disfrazados de pasajeros. No puedes evitarlos, pero, si no quieres que te atrapen, te sugiero que me acompañes.

El instinto le decía a Citra que se negara, que estaría bien sola. No obstante, la sensatez se impuso al instinto y se fue con él. La condujo al vagón de al lado, donde, aunque el tren estaba abarrotado, quedaba un asiento vacío al lado del segador. Se presentó como el segador Possuelo de Amazonia.

—¿Y ahora qué? —preguntó Citra.

—Ahora esperamos.

La chica se cubrió la cabeza con la capucha y, en efecto, unos minutos después apareció un hombre que procedía del último vagón e iba vestido como cualquier otro viajero, aunque se movía despacio y consultaba el objeto que llevaba en la palma de la mano y que parecía un teléfono, sin serlo.

—No huyas —le susurró el segador Possuelo—. No le des el control de la situación.

Cuando se les acercó el hombre, el dispositivo empezó a hacer tictac como si fuera un contador Geiger, así que, encontrada ya su presa, se detuvo.

—¿Citra Terranova?

Citra se descubrió la cabeza con calma. El corazón le latía a mil por hora, pero no permitió que se le notara.

—Enhorabuena, me has encontrado. Un azucarillo para ti.

La expresión descolocó al segador, aunque eso no lo detuvo.

—Te voy a poner bajo custodia —anunció mientras sacaba una porra aturdidora—. No intentes resistirte, sólo servirá para empeorar la situación.

Entonces, Possuelo se volvió hacia él.

—¿Quién te da autoridad para hacerlo?

—La autoridad conjunta de Lautaro, sumo dalle de la Región Chilargentina, y el sumo dalle Xenocrates de Midmérica.

—Ninguno de los dos tiene jurisdicción aquí.

El otro se rio entre dientes.

—Perdona, pero…

—No, perdóname tú —espetó Possuelo con la indignación necesaria—. Entramos en Amazonia hace cinco minutos como mínimo. Si intentas imponer tu ventaja de algún modo, ella tiene todo el derecho del mundo a defenderse con fuerza semiletal…, incluso frente a un segador.

Citra lo tomó como pie para sacar un cuchillo de cazador que ocultaba en su hábito y levantarse para enfrentarse a él.

—Como hagas un solo movimiento con esa porra, tendrán que coserte la mano.

Un revisor apareció detrás de él para comprobar a qué se debía el escándalo.

—Señor —dijo Citra—, este hombre es un segador chilargentino, pero no lleva ni su anillo ni su túnica. ¿No va eso en contra de la ley en Amazonia? —Jamás se había alegrado tanto de haber estudiado Historia de los Segadores.

El revisor miró al hombre de arriba abajo y entornó los ojos con suspicacia…, la suficiente para que Citra supiera a quién debía lealtad.

—Y aun diría más, todos los segadores extranjeros deben registrarse antes de cruzar la frontera —señaló el revisor—. Incluso cuando se cuelan por el túnel.

El genio del segador chilargentino no tardó en estallar:

—Como no me dejes seguir con mis asuntos, te cribaré en el acto.

—No, no lo harás —replicó Possuelo con una calma tan prosaica que le arrancó una sonrisa a Citra—. Le he concedido inmunidad. No puedes cribarlo.

—¿Qué?

El segador amazónico acercó la mano derecha a la del revisor, que la agarró para besar el anillo.

—Gracias, su señoría.

—Este hombre me ha amenazado con violencia —le contó Citra al revisor —. Exijo que se le eche del tren en la próxima parada, junto a cualquier otro segador disfrazado con el que viaje.

—Será un placer —respondió el hombre.

—¡No podéis hacer eso! —insistió el segador.

Sin embargo, unos minutos después descubrió que se equivocaba.

Tras echar a sus perseguidores del tren, Citra disfrutó de un descanso en aquella implacable carrera del gato y el ratón. Como habían descubierto su tapadera, se puso la ropa de calle que encontró en la maleta de alguien: vaqueros y una blusa de flores que no era de su estilo, pero sí de su talla. Los tonistas estaban decepcionados, aunque no muy sorprendidos de que hubiera resultado no ser uno de ellos. Le dejaron un panfleto que ella prometió leer, por mucho que sospechara que no lo haría.

—Sea cual sea tu destino —le dijo Possuelo—, tendrás que cambiar de tren en la Estación Central de Amazonas. Te recomiendo que deambules por varios con diferentes destinos antes de subirte al que tomes de verdad, de modo que los detectores de ADN envíen a tus perseguidores por todas partes.

Por supuesto, cuanto más deambulara por la estación, más posibilidades había de ser vista, pero merecía la pena el riesgo para despistar a los detectores y embarcar a los segadores en una búsqueda inútil.

—No sé por qué te persiguen —añadió Possuelo cuando el tren entró en la estación—, pero, si se resuelven tus problemas y obtienes tu anillo, deberías volver a Amazonia. El bosque tropical se extiende por todo el continente, como en sus primeros tiempos, y vivimos en su dosel. Es una maravilla.

—Creía que no os gustaban los segadores extranjeros —comentó ella con una sonrisa.

—No es lo mismo un invitado que un intruso.

Citra hizo lo que pudo para dejar rastros de ADN en media docena de trenes antes de meterse en el que se dirigía a Caracas, al norte de la costa amazónica. Si allí había agentes buscándola, no los vio, aunque no era tan torpe como para pensar que había pasado el peligro.

Desde la ciudad de Caracas, Curie le había indicado que debía seguir la costa norte hacia el este hasta llegar a otra llamada Playa Pintada. Tendría que evitar los publicoches y cualquier otro medio de transporte que traicionara su posición. Pese a ello, descubrió que cuanto más se acercaba, más decidida se sentía. Llegaría allí y concluiría su accidentado peregrinaje, aunque tuviera que caminar el resto del camino.

¿Cómo se enfrenta una a un asesino? No a un exterminador aprobado por la ley, sino a un asesino de verdad. A un individuo que, sin la bendición de la sociedad o incluso sin su permiso, acababa para siempre con la vida de una persona.

La chica sabía que el Nimbo evitaba que aquello sucediera en general. La gente acababa atropellada por trenes o camiones, claro, o la tiraban de una azotea en un momento de frustración, pero lo que se rompía siempre se reparaba. Se compensaba el daño. Por otro lado, un segador ordenado que vivía fuera de la jurisdicción del Nimbo no contaba con tal protección. La reanimación no era automática para los segadores; había que solicitarla. En tal caso, ¿quién quedaba para defender a un segador víctima del juego sucio?

Eso significaba que, aunque los segadores fueran los humanos más poderosos del planeta, también eran los más vulnerables.

Ese mismo día, Citra juró defender a los muertos. Se haría justicia con su mentor caído. Estaba claro que el Nimbo no se interpondría en su camino, puesto que le había dado el nombre del asesino. Igual que Curie al enviarla a su misión. La última fase de su entrenamiento. Todo dependía de lo que hiciera ese mismo día.

Playa Pintada. La costa estaba salpicada de grandes trozos de retorcida madera a la deriva. A la menguante luz del atardecer, parecían brazos y piernas de terribles criaturas que salían poco a poco de la arena.

Citra se agachó detrás de un dragón de madera y se escondió en su sombra. Una tormenta se acercaba desde el norte, tomaba forma sobre el mar y se dirigía a la costa, inexorable. Ya se veían los relámpagos lejanos jugando en lo más profundo de su oscuridad y los truenos como contrapunto al restallar de las olas.

Sólo le quedaban algunas de las armas con las que había empezado el viaje: una pistola, una navaja y el cuchillo de cazador. El resto eran demasiado difíciles de esconder y se había librado de ellas antes de subirse al tren en Buenos Aires. Apenas hacía un día de aquello, aunque le pareciera una semana.

La casa que vigilaba era un cubo de una sola planta, como muchas de las de la playa. Casi toda quedaba oculta detrás de palmeras y aves del paraíso en flor. Al otro lado de un seto bajo había un patio trasero que daba al mar. Las luces del interior estaban encendidas. Una sombra se movía de vez en cuando detrás de las cortinas.

Citra repasó sus opciones. De haber sido ya segadora, lo habría cribado siguiendo los métodos de Curie: una hoja en el corazón; rápida y concluyente. Contaba con la habilidad suficiente para hacerlo, pero no era segadora.

Cualquier ataque letal no serviría más que para dejarlo morturiento y aparecería un ambudrón en cuestión de minutos para llevárselo a reanimación. Lo que necesitaba era dejarlo incapacitado, derribarlo sin matarlo para arrancarle una confesión. ¿Trabajaba para otro segador o solo? ¿Lo habían sobornado como a los testigos? ¿Lo impulsaba la promesa de inmunidad o era una *vendetta* personal contra Faraday? Una vez que averiguara lo sucedido, podría llevar al hombre junto con su confesión al segador Possuelo o a cualquier otro miembro de la Guadaña de Amazonia. Así ni siquiera Xenocrates sería capaz de ocultar la verdad; la eximiría de toda culpa y el verdadero criminal recibiría el castigo que le correspondiera a un asesino de segadores. Quizá Citra pudiera quedarse en Amazonia, lo que le ahorraría enfrentarse a la horrible perspectiva del Cónclave de Invierno.

Cuando terminaba de difuminarse el crepúsculo, oyó que se abría una puerta corredera de cristal y se asomó por el basto borde de la madera de deriva para ver al hombre que salía al patio; desde allí contempló la tormenta que se aproximaba. Veía su silueta dibujada a la perfección sobre la luz del interior, como un blanco de papel en un campo de tiro. No se lo podía haber puesto más fácil. Sacó la pistola. Al principio apuntó al corazón por la fuerza de la costumbre en el entrenamiento… Después, bajó el cañón para apuntar a la rodilla y disparó.

Su puntería fue perfecta. El hombre gimió y cayó, y Citra corrió por la arena, saltó por encima del seto y lo agarró por la camiseta con ambas manos mientras él se retorcía.

—Vas a pagar por lo que has hecho —rugió la chica. Entonces le vio la cara. Le resultaba familiar. Demasiado familiar. Su primer instinto fue pensar que era una traición. No aceptó la verdad hasta que oyó su voz.

—¿Citra? —El rostro del segador Faraday era la viva imagen del dolor y la incredulidad—. Citra, Dios mío, ¿qué estás haciendo aquí?

La conmoción le impulsó a soltarlo y la cabeza de Faraday se estrelló contra el suelo de hormigón con tanta fuerza que lo dejó inconsciente, lo que empeoró más todo el horror del momento.

Quería llamar para pedir ayuda, pero ¿quién la iba a ayudar después de lo que había hecho?

Levantó la cabeza del segador y la acunó con cariño mientras la sangre de la rodilla destrozada fluía entre las piedras del patio y convertía la arena de las rendijas en una argamasa roja que se tornaba marrón al secarse.

33

Eres tanto la mensajera como el mensaje

Citra lo llevó dentro, lo dejó en un sofá y le puso un torniquete para detener la hemorragia. Faraday gruñó y empezó a despertarse; cuando salió a la tenue superficie de la consciencia, lo primero que hizo fue pensar en ella.

—No deberías estar aquí —susurró con debilidad, arrastrando las palabras; era un efecto de los nanobots analgésicos que le inundaban el cuerpo. Aun así, hizo un gesto de puro dolor.

—Tenemos que ir a un hospital —le respondió ella—. Es demasiado para tus nanobots.

—Tonterías, ya me han librado de lo peor del dolor. En cuanto a la curación, pueden hacer el trabajo sin ayuda externa.

—Pero…

—No tengo alternativa. Ir a un hospital alertaría a la Guadaña de que sigo vivo. —Cambió de postura y se le escapó una pequeña mueca—. Entre la naturaleza y los nanobots, se me curará la rodilla. Sólo necesita tiempo, y de eso tengo de sobra.

Ella le puso la pierna en alto, se la vendó y se sentó en el suelo, a su lado.

—¿Tan resentida estabas porque os dejara que tuviste que cobrarte tu venganza en sangre? —preguntó medio en broma—. ¿Tanto te ofende que se me ocurriera un método para retirarme en secreto en lugar de cribarme de verdad?

—Creía que era otra persona —respondió Citra—. Alguien llamado Gerald Van Der Gans…

—Es mi nombre de nacimiento. Un nombre al que renuncié cuando me convertí en el honorable segador Michael Faraday. Pero nada de esto explica tu presencia. Te liberé, Citra… Os liberé a Rowan y a ti. Al fingir mi criba, los dos quedabais liberados de vuestro noviciado. Deberías haber vuelto a tu antigua vida y haber olvidado que te arranqué de ella. Así que ¿por qué estás aquí?

—¿Es que no lo sabe?

Se incorporó un poco para poder verla mejor.

—¿Que no sé el qué?

Citra se lo contó todo: que, en vez de liberarlos, Rowan y ella habían acabado con los segadores Curie y Goddard, que Xenocrates había intentado culparla de su asesinato y que Curie la había ayudado a llegar hasta él. Mientras hablaba, él se llevó las manos a los ojos como si pretendiera sacárselos.

—Y pensar que yo estaba aquí, tan satisfecho de mí mismo, mientras pasaba todo esto…

—¿Cómo no se ha enterado? —inquirió ella, pues en su mente él siempre parecía saberlo todo, incluso lo imposible.

Faraday suspiró.

—Marie…, la segadora Curie, quiero decir, es la única persona de la Guadaña que sabe que sigo vivo. Ahora estoy completamente desconectado de la red. La única forma de encontrarme es en persona. Así que te envió. Eres tanto la mensajera como el mensaje.

Empezaron a sentirse incómodos. Los truenos retumbaban sobre el mar, mucho más cerca. Los fogonazos de los relámpagos se veían más brillantes.

—¿Es cierto que murió siete veces por ella? —murmuró Citra.

—Y ella por mí —confirmó Faraday—. Entonces, ¿te lo ha contado? Bueno, fue hace mucho tiempo.

La lluvia por fin empezó a caer a trompicones.

—Me encanta cómo llueve aquí —comentó él—. Me recuerda que algunas fuerzas de la naturaleza jamás se someten por completo. Son eternas, que es mucho mejor que ser inmortal.

Se quedaron sentados, escuchando la tranquilizadora aleatoriedad de la lluvia, hasta que Citra estuvo tan cansada que no podía ni pensar.

—¿Y qué pasará ahora? —preguntó.

—Es muy sencillo, en realidad: yo me curo y tú descansas. Cualquier otra cosa tendrá que esperar. —Señaló en una dirección—. Ahí está el dormitorio. Espero que duermas toda la noche y que, por la mañana, me recites tus venenos por orden de toxicidad.

—¿Mis venenos?

A pesar del dolor y de la confusión inducida por las drogas, Faraday sonrió.

—Sí, tus venenos. ¿Eres o no eres mi novicia?

Citra no pudo evitar devolverle la sonrisa.

—Sí, su señoría, lo soy.

34

La segunda cosa más dolorosa que tengas que hacer

El invierno se acercaba a marchas forzadas. Al principio, Rowan llevaba la cuenta de las vidas que había arrebatado temporalmente, pero, a medida que pasaban los días, descubrió que no podía seguirles el ritmo. Una docena al día, semana tras semana, mes tras mes. Todas se mezclaban. Durante los ocho meses que había entrenado con Goddard, había acabado con más de dos mil, casi siempre de las mismas personas, una y otra vez. ¿Lo despreciaría aquella gente o de verdad lo consideraban un simple trabajo? En ocasiones, en el entrenamiento les pedían que corrieran o incluso que se defendieran. La mayoría era poco hábil, pero estaba claro que algunos habían recibido entrenamiento de combate. Había sesiones en las que sus objetivos también tenían sus propias armas. Había recibido cortes, puñaladas y tiros, aunque nunca hasta el punto de tener que revivirlo. Se había convertido en un asesino de habilidad excepcional.

—Has superado absolutamente todas mis expectativas —reconoció Goddard—. Sospechaba que llevabas dentro una chispa, ¡pero jamás habría imaginado que sería todo un infierno!

Y sí, había llegado a disfrutarlo, como Goddard le había dicho, e, igual que le ocurría a Volta, se odiaba por ello.

—Estoy deseando que recibas tu anillo —le dijo Volta un día, una tarde en la que estudiaban juntos—. Quizá podamos abandonar juntos a Goddard. Cribar a nuestro ritmo, a nuestro modo.

Pero Rowan sabía que el chico jamás reuniría el impulso suficiente para escapar de la fuerza de la gravedad de Goddard.

—Das por hecho que me elegirán a mí y a no a Citra.

—Citra se ha ido —le recordó Volta—. Lleva meses desconectada de la red. Si aparece en el cónclave, el comité no verá con buenos ojos que lleve ausente todo este tiempo sin permiso. Lo único que tienes que hacer para ganar es pasar la última prueba, sin duda.

Y eso era justo lo que él temía.

La noticia de la desaparición de Citra le había llegado por canales extraoficiales. No conocía toda la historia. Xenocrates la había acusado de algo. El comité disciplinario había convocado una reunión urgente y Curie había hablado por ella para despejar cualquier duda sobre su comportamiento. La acusación debía de haber sido cosa de Goddard, porque se puso furioso cuando el comité decidió retirar los cargos… y porque Citra había desaparecido del mapa. Ni siquiera Curie parecía saber dónde se encontraba.

Goddard llevó a sus segadores y a Rowan a una criba desbocada al día siguiente, alimentada por su furia. Descargó su ira sobre un abarrotado festival de la cosecha y esta vez el chico no pudo salvar a nadie porque el segador lo mantuvo a su lado como caddie de armas. Chomsky usó el lanzallamas para prender fuego a un laberinto de maíz, de modo que la gente saliera para librarse de la humareda y los otros segadores pudieran derribarlos uno a uno.

Volta, por otro lado, estaba castigado porque había lanzado un contenedor de gas venenoso al laberinto en llamas. Era muy eficaz, pero les robaba a los demás la posibilidad de matar a más personas.

—Lo he hecho por ser compasivo —le confió a Rowan—. Mejor morir por gas que por fuego. —Y luego añadió—: Y mejor que acabar hecho pedazos justo cuando crees que has escapado del laberinto.

Quizá Rowan se equivocara con él. Quizá lograra escapar de Goddard, pero seguro que no lo haría sin Rowan. Era otra razón para conseguir el anillo.

Al final de aquella horrenda tarde, habían cubierto su cuota de criba y Goddard seguía sin haber satisfecho su sed de sangre. Despotricó contra el sistema, aunque sólo fuera delante de sus discípulos, y deseó que llegara el día en que los segadores no tuvieran límites para realizar su trabajo.

Citra regresó con Curie a la Cascada muchas semanas antes del Cónclave de Invierno, cuando el Mes de las Luces acababa de empezar, y los amigos y seres queridos intercambiaban regalos para celebrar antiguos milagros que ya nadie recordaba bien.

A diferencia de su frenético viaje a la costa norte de Amazonia, Citra voló de regreso a casa con todas las comodidades y muy tranquila. No tenía que volver la vista atrás cada cinco minutos porque ya no la perseguía nadie. Tal y como le había prometido, la segadora Curie había limpiado su nombre.

Mientras que Mándela le había enviado una sentida nota de disculpa a través de Curie, el sumo dalle Xenocrates no había imitado su gesto.

—Fingirá que no ha ocurrido —le dijo Curie cuando las dos iban en coche a casa desde el aeropuerto—. Es lo más parecido a una disculpa que ese hombre es capaz de dar.

—Pero sí que ocurrió. Tuve que lanzarme desde lo alto de un edificio para evitarlo.

—Y yo tuve que volar en pedazos dos coches en perfectas condiciones —se lamentó Curie en tono irónico.

—No olvidaré lo que me hizo.

—Y no deberías. Tienes todo el derecho del mundo a juzgar con dureza a Xenocrates, aunque sin pasarte. Sospecho que hay más variables en juego de las que conocemos.

—Es lo que dijo Faraday.

Curie sonrió al oír mencionar su nombre.

—¿Y cómo se encuentra nuestro amigo Gerald? —preguntó con un guiño.

—Las noticias sobre su muerte se han exagerado mucho. Sobre todo se dedica a la jardinería y a dar largos paseos por la playa.

El hecho de que siguiera vivo era un secreto que ambas pensaban guardar. Incluso Mándela creía que Citra había estado en casa de un pariente de Curie en Amazonia y no tenía razones para sospechar lo contrario.

—Puede que me una a él en su playa dentro de unos cien años o así —comentó la segadora—. Pero, por ahora, hay mucho que hacer en la Guadaña. Demasiadas batallas cruciales por delante. —Citra advirtió que aferraba con más fuerza el volante al pensarlo—. El futuro de todo en lo que creemos como segadoras está en peligro, Citra. Incluso se habla de abolir la cuota. Sé la clase de segadora en la que te convertirás, y es justo lo que necesitamos.

La chica apartó la mirada. Sin las cribas diarias, su entrenamiento con Faraday de los últimos meses se había centrado en aguzar su mente y su cuerpo. Pero lo más importante era que también le había servido para meditar sobre la moral y la ética que siempre debía tener claras un segador tradicional. No había nada de la «vieja guardia» en ello. Era, simplemente, lo correcto. Sabía que tales ideales no estaban presentes en el entrenamiento de Rowan, aunque eso no significaba que no los llevara en el corazón, a pesar de su sanguinario mentor.

—Rowan también podría ser un buen segador —apuntó Citra.

Curie suspiró.

—Ya no podemos confiar en él. Mira lo que te hizo en el Cónclave de la Cosecha. Puedes justificarlo todo lo que quieras, pero lo cierto es que ahora constituye una incógnita. Es muy probable que entrenar con Goddard le haya afectado de un modo que nadie sea capaz de predecir.

—Aunque esté en lo cierto —contestó la chica, que por fin llegaba al quid de la cuestión que tanto les costaba tratar—, no sé cómo podría cribarlo.

—Será la segunda cosa más dolorosa que tengas que hacer en toda tu vida —reconoció Curie—. Pero encontrarás el modo de lograrlo, Citra. Tengo fe en ti.

Si la criba de Rowan era la segunda cosa más dolorosa que tuviera que hacer, ¿cuál sería la primera? Pero no llegó a plantear la duda, porque lo cierto era que prefería no saberlo.

35

La aniquilación es nuestra seña de identidad

El último día del año, tres días antes del Cónclave de Invierno, el segador Goddard dirigió una última expedición de criba.

—Pero ya hemos cubierto nuestra cuota anual —se apresuró a recordarle Volta.

—¡No pienso dejarme constreñir por un tecnicismo! —gritó Goddard. Por un momento, Rowan temió que le golpeara, pero el hombre se tomó un momento para calmarse y añadió—: Para cuando empecemos nuestra criba, ya será el año de la capibara en Panasia. Por lo que a mí respecta, eso nos da permiso para contar nuestras víctimas como si fueran del nuevo año. ¡Y volveremos a tiempo para nuestra gala de Nochevieja!

Goddard decidió que ese día tocaban espadas de samurái, aunque Chomsky se negó a separarse de su lanzallamas:

—Es por lo que se me conoce. ¿Por qué fastidiar mi imagen?

Hasta entonces, Rowan había ido a cuatro expediciones de criba con Goddard. Descubrió que podía huir a un lugar en su interior donde se veía menos como un cómplice, menos como un observador, incluso. Allí volvía a ser la lechuga. Algo secundario y sin sentimientos. Fácil de pasar por alto y olvidar. Era el único modo de conservar la cordura en medio del sanguinario deporte de Goddard. A veces se olvidaban tanto de él en medio de la melé que conseguía ayudar a la gente a escapar. Otras, debía permanecer al lado del segador para cargar con sus armas o cambiárselas. No sabía cuál sería su papel en esa ocasión. Si Goddard sólo iba a usar su espada de samurái, no lo necesitaría de *caddie*. Aun así, le ordenó al chico que se llevara una espada de más.

Cuando se disponían a salir para la criba de la mañana, los preparativos para la fiesta ya estaban en marcha. Había llegado el camión del *catering* y estaban colocando las mesas al aire libre. La gala de Nochevieja era una de las pocas fiestas que Goddard planificaba con antelación, y la lista de invitados era deslumbrante.

El helicóptero aterrizó en el patio delantero y una de las carpas que estaban montando salió volando como si no fuera más que una servilleta

llevada por el viento.

—Hoy proporcionaremos un servicio público muy necesario —les dijo el segador con demasiado regocijo—. Hoy nos desharemos de alguna chusma.

Sin embargo, no les explicó lo que quería decir. Cuando el helicóptero despegó, Rowan sintió un desolador vacío en la boca del estómago que no tenía nada que ver con el ascenso.

Aterrizaron en un parque, en el centro de un campo de fútbol vacío que estaba espolvoreado de nieve. Alrededor había columpios en los que algunos niños pequeños, sin importarles el mal tiempo, trepaban, se balanceaban y excavaban en la arena, bien abrigados para protegerse del frío. En cuanto sus padres vieron a los segadores bajar del helicóptero, recogieron a sus hijos y huyeron corriendo, sin hacer caso de las protestas de los pequeños.

—Nuestro destino se encuentra a varias manzanas de aquí —les informó Goddard—. No quería aterrizar demasiado cerca y perder el factor sorpresa. —Rodeó los hombros de Rowan con un brazo paternal—. Hoy es la inauguración de Rowan. ¡Hoy harás tu primera criba!

El chico retrocedió.

—¿Qué? ¿Yo? ¡No puedo! ¡Sólo soy un novicio!

—¡Serás mi apoderado, muchacho! Igual que te permití conceder inmunidad con mi anillo, puedo permitirte cribar a alguien hoy y que cuente como mío. Considéralo un regalo. No tienes que darme las gracias.

—Pero… ¡eso está prohibido!

Goddard siguió impasible:

—Pues que se queje alguien. Ah, ¿qué es eso que oigo? El silencio…

—No te preocupes —le susurró Volta—. Es para lo que has entrenado. Lo harás bien.

Y eso era precisamente lo que él más temía. No quería «hacerlo bien». Quería sentirse fatal por hacerlo. Quería fracasar, porque sólo si fracasaba sabría que le quedaba una pizca de humanidad. Estaba a punto de estallarle el cerebro y salírsele por la nariz y las orejas. Esperaba que así fuera; así no tendría que cribar a nadie. «Si debo hacerlo, seré compasivo, como Faraday —pensó—. No disfrutaré con ello. ¡No disfrutaré con ello!».

Doblaron una esquina y Rowan descubrió su destino: una especie de complejo construido para parecerse a una antigua misión de adobe, algo completamente fuera de lugar en el frío de Midmérica. El símbolo de hierro

que coronaba la aguja más alta era una horca de dos dientes. Se trataba de un claustro del culto al tono.

—Casi doscientos tonistas residen al otro lado de estos muros —anunció Goddard—. Nuestro objetivo es cribarlos a todos.

La segadora Rand sonrió. Chomsky comprobó los ajustes de su arma. El único que parecía albergar dudas era Volta.

—¿A todos?

Goddard se encogió de hombros, como si no fuera gran cosa, como si todas aquellas vidas no significaran nada.

—La aniquilación es nuestra seña de identidad. No siempre lo conseguimos, pero lo intentamos.

—Pero esto…, esto va contra el segundo mandamiento. Demuestra un sesgo muy claro.

—Venga, Alessandro —le contestó con su tono más paternalista—. ¿Sesgo contra quién? Los tonistas no son un grupo cultural registrado.

—¿No se les podría considerar una religión? —dijo Rowan.

—Estarás de guasa —se rio Rand—. ¡Si son un mal chiste!

—Exacto —coincidió Goddard—. Se burlan de la fe, de la edad mortal. La religión es una parte muy apreciada de la historia y ellos la han travestido.

—¡Cribadlos a todos! —exclamó Chomsky mientras encendía su arma.

Goddard y Rand desenvainaron sus espadas. Volta miró a Rowan y le dijo en voz baja:

—Lo mejor de estas cribas es que terminan deprisa.

Después desenvainó también su arma y siguió a los otros a través del arco de entrada que los tonistas siempre dejaban abierto para las almas perdidas que necesitaban consuelo tonal. No tenían ni idea de lo que se avecinaba.

Se corrió muy deprisa la voz de que una pequeña elegía de segadores había entrado en el claustro. Como es propio de la naturaleza humana, el rumor no tardó en elevar el número de segadores a doce o más y, como también es propio de la naturaleza humana, la multitud que se acercó estaba más emocionada que asustada; intentaba ver a los segadores y, tal vez, incluso la matanza que dejaran atrás. Por el momento, lo único que vieron fue a un joven, un novicio que estaba de pie frente a la puerta abierta, de espaldas a la gente.

A Rowan le ordenaron que permaneciera allí, espada en ristre, para detener a los que intentaran escapar. Su plan, por supuesto, consistía en

permitir que huyera quien quisiera. Sin embargo, cuando los aterrados tonistas lo veían con la espada y el brazalete de aprendiz, volvían a entrar corriendo en el complejo, donde eran presa fácil para los segadores. Se quedó allí cinco minutos, hasta que por fin dejó su puesto y se perdió en el laberíntico edificio. Sólo entonces empezaron a irse algunas personas.

Los sonidos de la angustia le resultaban casi insoportables. Saber que se esperaba de él que cribara a alguien antes de que acabara todo aquello le impedía desaparecer esta vez. Ese lugar era un laberinto de patios, pasarelas y estructuras ilógicas. No tenía ni idea de dónde estaba. Un edificio ardía a su izquierda y una pasarela estaba cubierta de cadáveres, lo que dejaba claro que por allí había pasado uno de los segadores. Una mujer se había acurrucado tras un seto pelado, escondida con un bebé en brazos al que, desesperada, intentaba silenciar. Le entró el pánico al ver a Rowan y gritó, aferrando a la criatura contra el pecho.

—No voy a hacerte daño —le dijo el chico—. No hay nadie protegiendo la puerta principal. Si te das prisa, lo conseguirás. ¡Rápido!

La mujer no perdió tiempo y salió corriendo. Rowan esperaba que no se encontrara con ningún segador por el camino.

Luego dobló una esquina y descubrió a otra figura pegada a una columna, sollozando. Pero no era uno de los tonistas, sino Volta. Su espada estaba en el suelo y llevaba la túnica salpicada de sangre; sangre reluciente y resbaladiza que también le cubría las manos. Cuando vio a Rowan, se giró y sollozó con más fuerza. El se arrodilló a su lado. Volta agarraba algo en la mano, aunque no era un arma.

—Se acabó —sollozó el joven en un susurro apenas audible—. Se acabó del todo.

No obstante, a juzgar por lo que se oía por todo el complejo, no había acabado en absoluto.

—¿Qué ha pasado, Alessandro?

Volta lo miró con la angustia de un hombre condenado pintada en los ojos.

—Creía que era…, creía que era un despacho. O puede que un almacén. Pensaba que entraría y me encontraría con un par de personas y que las cribaría con toda la compasión posible antes de seguir. Es lo que pensaba. Pero no era un despacho. Ni un almacén. Era un aula. —Volvió a romper en sollozos mientras seguía hablando—: Eran doce críos como mínimo. Todos encogidos de miedo por mi culpa, Rowan. Pero había un niño que no, que dio un paso adelante. Su profesor intentó detenerlo, pero él se acercó. No tenía

miedo. Y levantó uno de sus estúpidos diapasones. Lo sostuvo en alto como si con eso pudiera espantarme. «No nos harás daño», dijo, y después lo golpeó contra un escritorio para que sonara y lo puso frente a mí; «por el poder del tono, no nos harás daño», dijo. Y se lo creía, Rowan. Creía en su poder. Creía que lo protegería.

—¿Qué has hecho tú?

Volta cerró los ojos y sus palabras brotaron convertidas en un horrible grito:

—Lo he cribado… Los he cribado a todos… —Entonces abrió la mano ensangrentada y Rowan vio que sostenía el pequeño diapasón del niño. El símbolo cayó al suelo con un tintineo atonal—. ¿Qué somos, Rowan? ¿Qué coño somos? Esto no puede ser lo que se supone que debemos ser.

—No lo es. Nunca lo ha sido. Goddard no es un segador. Puede que lleve el anillo, puede que tenga licencia para cribar, pero no es un segador. Es un asesino y hay que detenerlo. Averiguaremos el modo de hacerlo juntos.

Volta negó con la cabeza y miró la sangre que le anegaba las palmas.

—Se acabó —repitió. Y respiró hondo con el aliento entrecortado y se quedó muy tranquilo, en calma—. Se acabó, y me alegro.

Entonces fue cuando Rowan se dio cuenta de que la sangre de las manos de Volta no era de sus víctimas: brotaba de las muñecas del segador. Los cortes eran irregulares y largos, practicados con una intención muy clara.

—¡Alessandro, no! ¡No tienes por qué hacerlo! Tenemos que llamar a un ambudrón. Todavía no es demasiado tarde.

—Cribarnos es el privilegio final de los segadores. No me lo robes, Rowan. Ni siquiera lo intentes.

Su sangre estaba ya por todas partes, manchaba la nieve del patio. El chico gimió porque nunca se había sentido tan impotente.

—Lo siento, Alessandro. Lo siento mucho…

—Mi verdadero nombre es Shawn Dobson. ¿Podrías llamarme por ese nombre, Rowan? ¿Podrías llamarme por mi verdadero nombre?

A Rowan le costaba hablar a través de las lágrimas:

—Ha… ha sido un honor conocerte, Shawn Dobson.

El joven se apoyó en él, apenas capaz de sostener la cabeza.

—Prométeme que serás mejor segador de lo que yo he sido —dijo con la voz cada vez más débil.

—Te lo prometo, Shawn.

—Y entonces quizá…, quizá…

Pero lo que pretendiera decir se perdió junto con lo que le quedaba de vida. Su cabeza descansó por fin sobre el hombro de su amigo mientras, a su alrededor, distantes gritos de agonía se apoderaban del aire helado.

36

La decimotercera víctima

Goddard se encontraba en el sagrario de la capilla poniéndole punto final a su terrible trabajo. En el exterior, los gemidos habían empezado a amainar, ya que Rand y Chomsky habían acabado lo que comenzaron. Un edificio ardía al otro lado del patio. El humo y el aire frío salían por las vidrieras rotas de la capilla. Goddard estaba delante, junto a un altar en el que había una reluciente horca de dos dientes y una jofaina de piedra con agua sucia.

Sólo quedaba un tonista vivo en la capilla. Era un hombre calvo que llevaba un hábito algo distinto al de los muertos que lo rodeaban. El segador lo sujetaba con una mano mientras blandía la espada en la otra. En ese instante, se giró, vio a Rowan y sonrió.

—¡Ah, Rowan! Justo a tiempo —exclamó alegremente—. Te he guardado al coadjutor.

El coadjutor tonista se mostraba más desafiante que asustado.

—Lo que habéis hecho hoy aquí no hará más que servir a nuestra causa —replicó—. Los mártires son unos testigos mucho más útiles que los vivos.

—¿Mártires por qué causa? —se burló Goddard mientras golpeaba ligeramente el enorme diapasón con la espada—. ¿Por esto? Me reiría si no me dierais tanto asco.

Rowan se acercó más sin hacer caso de la carnicería que lo rodeaba, concentrado en Goddard.

—Suéltalo —le ordenó.

—¿Por qué? ¿Prefieres un blanco móvil?

—Prefiero no tener ningún blanco.

El segador lo entendió. Sonrió como si el chico acabara de decir algo encantador y pintoresco.

—¿Acaso nuestro joven expresa una pizca de desaprobación?

—Volta está muerto.

El júbilo del segador decayó, aunque no demasiado.

—¿Lo han atacado los tonistas? ¡Pagarán caro por esto!

—No han sido ellos. —Rowan ni siquiera intentó ocultar la hostilidad de su voz—. Se ha cribado él.

Aquello hizo que Goddard se detuviese a pensar. El coadjutor intentaba zafarse, así que el segador lo lanzó contra la jofaina de piedra con tanta fuerza que lo dejó inconsciente y cayó al suelo.

—Volta era el más débil de nosotros —comentó Goddard—. No me sorprende demasiado. Una vez que te ordenen, estaré encantado de que ocupes su lugar.

—No lo haré.

El hombre se tomó un momento para examinar a Rowan. Para leerlo. Para él fue como una violación. Llevaba a Goddard metido en la cabeza… No, en un lugar más profundo, metido en el alma, y no sabía cómo expulsarlo.

—Sé que Alessandro y tú estabais unidos, pero no se te parecía en nada, Rowan, créeme. Nunca sintió el ansia, pero tú sí. Te lo he visto en los ojos. Te he visto entrenar. Vivir el momento. Matar a la perfección.

El chico se dio cuenta de que no podía apartar la mirada del segador, que había dejado la espada y tenía las manos extendidas, como si el suyo fuera el acogedor abrazo de un salvador. Los diamantes de su túnica reflejaban la lejana luz del fuego, deslumbrantes.

—Nos podrían haber llamado la Parca —continuó Goddard—, pero nuestros fundadores consideraron oportuno llamarnos la Guadaña… porque somos las armas que blande la mano inmortal de la humanidad. Tú mismo eres un arma perfecta, Rowan; afilada y precisa. Y cuando golpeas, los demás contemplamos un espectáculo glorioso.

—¡Cállate! ¡Eso es mentira!

—Sabes que no. Has nacido para esto, Rowan; no lo desperdicies.

El coadjutor empezó a gruñir y a recuperar la consciencia. Goddard tiró de él para levantarlo.

—Críbalo, Rowan. No luches contra tu naturaleza. Críbalo ahora mismo y disfrútalo.

El chico aferró la empuñadura de la espada y miró a los ojos empañados y semiinconscientes del coadjutor. A pesar de que intentaba mantenerse firme, no podía negar el poder de la resaca que tiraba de él hacia el segador.

—¡Eres un monstruo! —le gritó—. Un monstruo de la peor clase. No sólo asesinas, también conviertes a los demás en asesinos.

—Te falta perspectiva. Para la presa, el depredador siempre es el monstruo. Para la gacela, el león es el demonio. Para un ratón, el águila es la encarnación del mal. —Dio un paso hacia él, con el coadjutor todavía bien sujeto—. ¿Vas a ser el águila o el ratón, Rowan? ¿Alzarás el vuelo o te alejarás correteando? Porque esas son las dos únicas opciones que tienes hoy.

A Rowan le daba vueltas la cabeza. El olor a sangre y el humo que entraba por las ventanas rotas le mareaba y empantanaba sus pensamientos. El coadjutor no era muy distinto a los desconocidos con los que practicaba todos los días… y, por un instante, fue como estar en el patio practicando su técnica. Desenvainó la espada y se acercó sintiendo el ansia, viviendo el momento, como Goddard le había pedido, y permitiéndose sentir que esa ansia lo liberaba de un modo que era incapaz de describir. Se había pasado muchos meses entrenando y por fin comprendía por qué Goddard siempre dejaba escapar al último antes de que él lo matara, por qué le impedía aquella satisfacción final.

Era para prepararlo para aquel día.

Ahora podría sentirse satisfecho, y todos los días a partir de entonces, cuando saliera a cribar, no detendría ni la mano ni la hoja ni la bala hasta que no quedara nadie vivo.

Antes de pensar con claridad, antes de que su mente pudiera decirle que parase, se abalanzó sobre el coadjutor y hundió la espada con todas sus fuerzas, alcanzando la exquisita satisfacción final.

El hombre ahogó un grito y se tambaleó hacia un lado, ileso.

La hoja del chico había alcanzado su verdadero objetivo: había atravesado a Goddard de lado a lado y se había clavado hasta la empuñadura.

Rowan estaba muy cerca del segador, a pocos centímetros de su cara, y lo miraba a los ojos, que estaban muy abiertos y sorprendidos.

—Tú me has convertido en esto. Y tienes razón: lo he disfrutado. Nunca había disfrutado nada tanto. —Luego, con la mano libre, le arrancó el anillo del dedo—. No mereces llevar esto. Jamás lo has merecido.

Goddard abrió la boca para hablar (quizá para dar un elocuente soliloquio agonizante), pero Rowan no quería volver a oírlo nunca más, así que dio un paso atrás, sacó la espada de su vientre y, después de trazar un amplio arco en el aire, la descargó sobre el segador y le cortó la cabeza de un solo golpe. La cabeza cayó al suelo y aterrizó en el agua sucia, como si la palangana hubiera estado allí para eso desde el principio.

El resto del cuerpo cayó inerte al suelo y, en el silencio del momento, Rowan oyó a alguien decir detrás de él:

—¿Qué coño has hecho?

Al girarse, vio a Chomsky a la entrada de la capilla, con Rand a su lado.

—¡En cuanto reviva, te vamos a cribar!

El chico dejó que su entrenamiento tomara el control. «Soy el verdugo», se dijo. Y, en aquel momento, lo era: un verdugo, un arma mortífera.

Chomsky y Rand se defendieron, pero por muy buenos que fueran, no eran rivales para un verdugo tan preciso como él. La hoja de Rowan le dejó un profundo corte a Rand y ella le quitó la espada de la mano de una certera patada de bokator. Rowan respondió con otra aún más efectiva que le rompió la columna. Chomsky le prendió fuego a un brazo usando el lanzallamas, pero el chico rodó por el suelo para apagarlo. Después cogió la maza de entonar que había junto al altar y la dejó caer sobre el segador novato como si del martillo de Thor se tratara, machacándolo una y otra vez como si diera la hora, hasta que el coadjutor le cogió la mano para detenerlo.

—Ya basta, hijo. Está muerto.

Rowan soltó la maza. Sólo entonces se permitió bajar la guardia.

—Ven conmigo, hijo. Hay un sitio para ti entre nosotros. Podemos esconderte de la Guadaña.

Rowan miró la mano extendida del hombre, pero incluso entonces oyó las palabras de Goddard: «¿El águila o el ratón?». No, no se alejaría correteando para ocultarse. Todavía quedaba mucho que hacer.

—Vete de aquí —le dijo al hombre—. Encuentra a los supervivientes, si los hay, y salid de aquí… Pero hacedlo deprisa.

El hombre lo miró un momento más antes de dar media vuelta y abandonar la capilla. Cuando salió, Rowan recogió el lanzallamas y se puso a trabajar.

En la calle, los camiones de bomberos ya se habían acercado y los agentes del orden contenían a la multitud. Todo el claustro estaba en llamas y, aunque los bomberos corrían hacia ellas, un joven salió por la puerta principal y los interceptó.

—Es un asunto de los segadores. No podéis intervertir.

El jefe de bomberos, que se aproximaba a él, había oído hablar de incendios relacionados con segadores, pero nunca le había ocurrido nada semejante en su turno. Allí había algo raro. Sí, el chico vestía una túnica de segador (azur, tachonada de diamantes), pero no le quedaba bien. Como el fuego consumía el edificio a una velocidad alarmante, tuvo que tomar una decisión. Aquel chico, fuera quien fuera, no era un segador, así que no permitiría que obstaculizara su tarea.

—¡Quítate de en medio! —le ordenó con desdén—. Retrocede con los demás y deja que hagamos nuestro trabajo.

Entonces, el chaval se movió a la velocidad del rayo. El jefe notó que se le doblaban las piernas y cayó de espaldas; de repente, lo tenía encima con una rodilla presionándole el pecho y una mano en torno a su cuello; se lo apretaba tan fuerte que casi le bloqueaba la tráquea. El crío ya no parecía un crío. Parecía mucho más grande. Y mucho mayor.

—¡Te he dicho que es un asunto de los segadores y que no podéis intervenir si no quieres que te cribe ahora mismo!

El jefe de bomberos se dio cuenta de que había cometido un terrible error. Nadie más que un segador podía ser tan imponente y controlar de un modo tan absoluto la situación.

—Sí, su señoría —respondió con voz ronca—. Lo siento, su señoría.

El segador se levantó y permitió que el jefe se levantara. Les ordenó a sus hombres que retrocedieran y ellos, después de ver cómo el chaval había derribado al jefe, no pusieron objeciones.

—Podéis proteger los demás edificios que se vean amenazados por el fuego —dijo el joven segador—, pero dejaréis que todo este complejo arda hasta los cimientos.

—Lo entiendo, su señoría.

Entonces, el segador alzó su anillo y el capitán lo besó con tal fuerza que se rompió un diente.

A Rowan se le ponía el vello de punta bajo la túnica empapada en sangre del segador Goddard, pero por muy desagradable que fuera necesitaba representar su papel. Fue mucho más convincente de lo que temía. Se asustó a sí mismo.

Los bomberos dirigieron todos sus esfuerzos a los edificios contiguos, cuyos tejados procedieron a rociar con productos extintores. Rowan se vio solo entre el claustro tonista en llamas y los curiosos que los agentes del orden seguían conteniendo. Se quedó hasta que se hundió la aguja y el diapasón gigante de su cúspide se desplomó sobre el fuego con un lúgubre retumbar metálico.

«Me he convertido en el mayor monstruo de todos —pensó mientras observaba el incendio—. En el asesino de leones. En el verdugo de águilas».

Después, procurando no pisarse la túnica, se alejó de aquel infierno que todo lo consumía y que no dejaría ni rastro de Goddard ni de sus discípulos, salvo huesos demasiado carbonizados para revivirlos.

37

Sacudir el árbol

—Una tragedia. Una terrible tragedia. —El sumo dalle estaba sentado en un lujoso sofá de la grandiosa mansión que, dos días antes, ocupara el difunto segador Goddard. Se encontraba frente al aprendiz, que parecía demasiado tranquilo para un joven que acababa de pasar por semejante experiencia—. Puedo asegurarte que mañana prohibiremos en el cónclave que los segadores de Midmérica utilicen fuego en sus cribas.

—Ya iba siendo hora, la verdad —respondió Rowan, que no hablaba como un novicio, sino más bien como un igual, lo que irritaba a Xenocrates.

Le echó un buen vistazo al chico.

—Tienes mucha suerte de haber salido de allí con vida.

—Me habían colocado junto a la puerta exterior —respondió él, mirándolo a los ojos—. Cuando vi que el fuego se había descontrolado, ya no podía hacer nada; Goddard y los demás estaban atrapados. Ese lugar era un laberinto… No tenían ninguna oportunidad. —Hizo una pausa y escrutó a Xenocrates con la misma intensidad con la que lo observaba a él—. Los demás segadores deben de pensar que doy mala suerte. Al fin y al cabo, he pasado por dos mentores en un año. Supongo que esto anula mi noviciado.

—Tonterías. Ya has llegado hasta aquí, así que, por respeto a Goddard, pasarás por tu última prueba esta noche. No puedo hablar por el comité que concede los anillos, pero no me cabe duda de que, teniendo en cuenta todo lo que has sufrido, te mirarán con buenos ojos.

—¿Y Citra?

—Si recibes el anillo, confío en que cribes a la señorita Terranova y pongas así fin a este desagradable capítulo de nuestra historia.

Un criado se les acercó con champán y sándwiches. Xenocrates miró a su alrededor. La mansión, que había estado llena de sirvientes los días anteriores, ahora tenía sólo uno. Los demás debían de haber huido en cuanto oyeron que Goddard y sus socios habían muerto quemados. Por lo visto, el sumo dalle no era el único que se sentía liberado por el prematuro final del segador.

—¿Por qué sigues aquí cuando los demás se han marchado ya? —le preguntó al criado—. Sin duda, no será por lealtad a Goddard.

Fue Rowan el que respondió:

—En realidad, esta propiedad le pertenece.

—Sí —afirmó el hombre—, aunque la voy a poner en venta. Mi familia y yo ya no nos imaginamos viviendo aquí. —Dejó una copa de champán en la mano de Xenocrates—. Aunque siempre es una satisfacción servir a un sumo dalle.

Al parecer, el hombre había pasado de sirviente a adulador. No había tanta diferencia. En cuanto salió de la estancia, Xenocrates tocó por fin el tema que lo había llevado hasta allí: sacudir el árbol y ver si caía algo. Se inclinó para acercarse más a Rowan.

—Se rumorea que un segador (o, al menos, alguien que parecía un segador) habló con los bomberos.

El chico ni parpadeó.

—Yo también lo he oído… Incluso hay algunos vídeos que ha subido la gente. Demasiado borrosos por culpa del humo. No se ve gran cosa.

—Sí, supongo que eso sólo sirve para alimentar la confusión general.

—¿Habrá mucha más confusión, su excelencia? Porque estoy agotado y, si tengo que enfrentarme a la prueba final esta noche, necesito descansar.

—Sabrás que no todos los miembros de la Guadaña creen que se tratase un accidente, ¿verdad? Nos hemos visto obligados a iniciar una investigación, por si acaso.

—Tiene sentido.

—Por ahora, hemos podido identificar al segador Volta y al segador Chomsky por los anillos y las gemas de sus túnicas, que estaban junto a los restos. Rubíes para Chomsky, citrinos para Volta. En cuanto a la segadora Rand, estamos bastante seguros de que se encuentra entre los escombros que quedaron debajo del enorme diapasón que cayó a través del techo de la capilla.

—Tiene sentido —repitió Rowan.

—Sin embargo, encontrar al segador Goddard está siendo todo un reto. Cribaron a tantos tonistas en la capilla antes de que el incendio se propagara que identificarlo es una odisea. Cabría suponer que, como los otros, los restos de Goddard estarían rodeados de pequeños diamantes y de la gran gema de su anillo, aunque este se fundiera.

—Tiene sentido —dijo Rowan por tercera vez.

—Lo que no tiene sentido es que el esqueleto que creemos que le pertenece no tenga ninguna de esas cosas —añadió Xenocrates—. Ni tampoco cráneo.

—Eso es raro. Bueno, seguro que estará por allí, en alguna parte.

—Eso cabría pensar.

—Quizá tengan que buscar con algo más de empeño. —Justo entonces, el sumo dalle se fijó en la niña que estaba de pie en la entrada del cuarto, sin saber bien si entrar o marcharse. Xenocrates no sabía qué habría oído… ni tampoco si importaba.

—Esme —la llamó Rowan—, entra. Recuerdas a su excelencia, el sumo dalle Xenocrates, ¿verdad?

—Sí. Saltó a la piscina. Fue divertido.

Xenocrates se rebulló, incómodo, ante la mención de aquel asunto. No era algo que le gustara recordar.

—He dispuesto que trasladen a Esme con su madre —aclaró Rowan—. Aunque quizá le gustaría llevarla usted mismo.

—¿Yo? —repuso el hombre, fingiendo indiferencia—. ¿Por qué iba a querer tal cosa?

—Porque se preocupa por los demás —respondió el chico con un guiño bien cronometrado—. Por algunos más que por otros.

Mientras el sumo dalle miraba a la hija que nunca podría reconocer ni en público ni en privado, se derritió un poco. El joven lo había planeado, ¿no? Ese Rowan Damisch era astuto… Un rasgo admirable si se guiaba adecuadamente. Quizá se mereciera más atención de la que el sumo dalle le había otorgado en el pasado.

Esme esperó a ver qué pasaba y Xenocrates le ofreció una cálida sonrisa.

—Será un placer llevarte a casa, Esme. —Dicho esto, se levantó para marcharse… Pero todavía no podía irse, le quedaba algo más que hacer. Una decisión más en su poder. Se volvió hacia Rowan—. Quizá pueda usar mi influencia para poner fin a la investigación. Por respeto a nuestros camaradas caídos. Que su memoria no se mancille con torpes análisis forenses que proyecten sombras sobre su legado.

—Dejemos que los muertos descansen en paz —coincidió Rowan.

Y así se llegó a un tácito acuerdo. El sumo dalle dejaría de sacudir el árbol y Rowan mantendría su secreto a salvo.

—Si necesitas un lugar para quedarte cuando te vayas de aquí, Rowan, mi puerta siempre estará abierta.

—Gracias, su excelencia.

—No, gracias a ti, muchacho.

El sumo dalle cogió a Esme de la mano y se dispuso a llevarla a casa.

38

La última prueba

El dos de enero del año de la capibara, el día anterior al Cónclave de Invierno, la segadora Curie llevó a Citra en coche todo el largo camino hasta el edificio del Capitolio midmericano.

—Tu última prueba será esta noche, pero no conocerás los resultados hasta el cónclave de mañana —le explicó, aunque ella ya lo sabía—. Es la misma prueba año tras año para todos los novicios. Y todos deben pasarla solos.

Eso sí que no lo sabía. Tenía sentido que la última prueba fuera una especie de norma por la que tuvieran que pasar todos los candidatos, pero, en cierto modo, la idea de tener que enfrentarse a ella sola y no en compañía de los demás le inquietaba. Porque ya no sería una competición con Rowan y los demás; sería consigo misma.

—Debería decirme en qué consiste.

—No puedo.

—Más bien será que no quiere.

La segadora se lo pensó.

—Tienes razón, no quiero.

—Si se me permite hablar con franqueza, su señoría…

—¿Cuándo no lo has hecho, Citra?

La chica se aclaró la garganta e intentó ser lo más persuasiva posible:

—Es usted demasiado justa y eso me pone en desventaja. No querrá verme sufrir sólo por ser demasiado honorable, ¿verdad?

—En nuestro trabajo, debemos conservar todo el honor que podamos.

—Seguro que los otros segadores les cuentan a sus novicios cómo es la prueba final.

—Puede, aunque puede que no. Hay algunas tradiciones que ni siquiera los menos éticos se atreven a romper.

Citra cruzó los brazos y no dijo nada más. Sabía que estaba haciendo pucheros y que era infantil, pero le daba igual.

—Confías en Faraday, ¿verdad? —le preguntó Curie.

—Sí.

—¿Has llegado a confiar en mí del mismo modo?

—También.

—Entonces, confía en mí ahora y olvida la pregunta. Tengo fe en tu capacidad para superar con la mayor brillantez tu última prueba, aun sin saber en qué consiste.

—Sí, su señoría.

Llegaron a las ocho de la tarde y les dijeron que, por sorteo, Citra era la última. Rowan y los otros dos candidatos a segador irían antes. Las acompañaron a una habitación en la que tendrían que esperar, esperar y esperar un poco más.

—¿Eso ha sido un disparo? —preguntó Citra más o menos una hora después. No sabía si se lo había imaginado.

—Chisss —la acalló Curie en lugar de responder.

Por fin, un guardia fue a buscarla. Su mentora no le deseó buena suerte; tan sólo se despidió con un serio gesto de cabeza.

—Estaré esperándote cuando acabes —le dijo.

A Citra la llevaron a una sala larga en la que hacía demasiado frío. En un extremo había cinco segadores sentados en cómodas sillas. Reconoció a dos de ellos: Mándela y Meir. A los otros tres no los conocía. Se trataba del comité encargado de conceder los anillos.

Ante ella tenía una mesa cubierta con un mantel blanco, limpio, y sobre el mantel, colocadas a intervalos regulares, varias armas: una pistola, una escopeta, una cimitarra, un cuchillo de cazador y un frasco con una pastilla de veneno.

—¿Para qué es esto? —preguntó Citra. Se dio cuenta de que se trataba de una pregunta estúpida. Sabía para lo que eran. Así que reformuló la pregunta —: ¿Qué es lo que quieren que haga exactamente?

—Mira hacia el otro lado de la sala —respondió Mándela, señalando.

Entonces se encendió un foco que iluminó otra silla en el extremo opuesto de la larga habitación, una zona que antes estaba oculta en las sombras; era una silla menos cómoda que las de los segadores. En ella había alguien sentado, atado de manos y piernas, con una capucha de lona en la cabeza.

—Queremos ver cómo cribarías —explicó Meir—. Para dicha demostración, hemos dispuesto un sujeto especial para ti.

—¿Qué quiere decir con «especial»?

—Compruébalo tú misma —respondió Mándela.

Citra se acercó a la figura. Oía débiles jadeos debajo de la capucha. La retiró.

Nada podía haberla preparado para lo que veía. Ahora comprendía por qué Curie no se lo había contado.

Porque atado a la silla, amordazado, aterrado y lloroso, estaba su hermano Ben.

El niño intentó hablar, pero la mordaza le impedía emitir otra cosa que no fueran gruñidos ahogados.

Citra retrocedió y después corrió hacia los cinco segadores.

—¡No! ¡No pueden hacer esto! No me pueden obligar.

—No podemos obligarte a nada —intervino uno de los segadores que no conocía, una mujer de violeta con rasgos panasiáticos—. Si lo haces, será por elección propia. —Dio un paso adelante y le ofreció una cajita—. El arma se elegirá al azar. Coge un papel de la caja.

Citra metió la mano y sacó un trozo de papel doblado. No se atrevía a abrirlo. Se volvió para mirar a su hermano, que estaba sentado en la silla, indefenso.

—¿Cómo pueden hacerle esto a la gente? —gritó.

—Querida —empezó Meir con la paciencia de la costumbre—, no es una criba porque todavía no eres segadora. Sólo, tienes que dejarlo morturiento. Un ambudrón se lo llevará para revivirlo en cuanto completes la tarea que se te ha asignado.

—¡Pero se acordará!

—Sí, y tú también —dijo Mándela.

Otro de los segadores a los que no conocía cruzó los brazos y resopló, como había hecho ella durante el viaje en coche hasta allí.

—Se resiste demasiado —afirmó—. Que se vaya. Esta noche ya se ha alargado demasiado.

—Dale tiempo —contestó Mándela, severo.

El quinto segador, un hombre bajo con un extraño ceño fruncido, se levantó y leyó de un pergamino que bien podría haber tenido cientos de años:

—No se te coaccionará para realizar esta prueba. Puedes tomarte todo el tiempo que necesites. Debes usar el arma asignada. Cuando termines, dejarás al sujeto y te acercarás al comité para que evalúe tu actuación. ¿Te ha quedado todo claro?

Citra asintió.

—Una respuesta verbal, por favor.

—Sí, me queda claro.

El hombre se sentó de nuevo y ella desdobló el papel. En él había escrita una única una palabra: «Cuchillo».

Dejó caer la nota al suelo.

«No puedo hacerlo —pensó—. No puedo». Sin embargo, oía la amable voz de Curie replicarle: «Sí, Citra, sí que puedes».

Entonces se le ocurrió que todos los segadores, desde los inicios de la Guadaña, habían superado esa misma prueba. Todos y cada uno de ellos se habían visto obligados a arrebatarle la vida a un ser querido. Sí, después revivían a esa persona, pero eso no cambiaba aquel acto a sangre fría. El subconsciente no es capaz de diferenciar entre la muerte temporal y la permanente. Incluso después de la reanimación, ¿cómo iba a poder volver a mirar a su hermano a la cara? Porque, si mataba a Ben, no habría forma de borrar el hecho de que lo había matado.

—¿Por qué? —inquirió—. ¿Por qué debo hacerlo?

El segador irritable señaló la puerta.

—Ahí está la salida. Si es demasiado para ti, vete.

—Creo que la plantea como una pregunta legítima —observó Meir.

El irritable resopló y el bajo se encogió de hombros. La panasiática dio unos golpecitos en el suelo con el pie y Mándela se inclinó hacia delante.

—Debes hacerlo para poder convertirte en segadora —explicó—, porque en tu corazón sabrás que ya has hecho lo más difícil que tendrás que hacer en toda tu vida.

—Si lo logras —añadió Meir—, significará que cuentas con la fuerza interior necesaria para ser una de nosotros.

Aunque una gran parte de Citra deseaba salir corriendo por la puerta y huir de aquello, cuadró los hombros, se irguió, bajó una mano y cogió el cuchillo. Tras ocultarlo en la cintura, se acercó a su hermano. No lo sacó hasta que estuvo cerca de él.

—No tengas miedo. —Se arrodilló a su lado y usó el cuchillo para cortarle las ligaduras de las piernas y después las que le sujetaban las muñecas a la silla. Intentó quitarle la mordaza, pero no pudo, así que la cortó también.

—¿Puedo irme ya a casa? —preguntó Ben con una impotencia que le rompió el corazón.

—Todavía no —respondió ella, todavía arrodillada a su lado—. Pronto, ¿vale?

—¿Me vas a hacer daño, Citra?

Citra no pudo reprimir las lágrimas, aunque ni siquiera lo intentó. ¿Para qué?

—Sí, Ben. Lo siento.

—¿Me vas a cribar? —dijo como pudo, casi sin voz.

—No. Te llevarán a un centro de reanimación. Quedarás como nuevo.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Eso pareció aliviarle un poco. No le explicó por qué tenía que hacerlo y él no se lo preguntó. Confiaba en ella. Confiaba en que, fuera cual fuera la razón, sería buena.

—¿Me dolerá?

De nuevo, descubrió que no era capaz de mentirle:

—Sí, pero será rápido.

El niño se paró un momento a pensarlo. A procesarlo. A aceptarlo. Después dijo:

—¿Puedo verlo?

Por un momento, Citra no sabía bien de qué le hablaba, hasta que su hermano señaló el cuchillo. Se lo puso con cuidado en las manos.

—Pesa —comentó él.

—¿Sabías que los segadores tejanos sólo criban con cuchillos de cazador?

—¿Allí te irás cuando seas segadora? ¿A Texas?

—No, Ben. Me quedaré aquí.

El niño giró el cuchillo y los dos contemplaron los reflejos de la luz en la reluciente hoja. Luego se lo devolvió.

—Tengo mucho miedo, Citra —dijo, y apenas pudo susurrar.

—Lo sé. Yo también. Tener miedo está bien.

—¿Me darán helado? He oído que en los centros de reanimación te dan helado.

Su hermana asintió y le limpió una lágrima de la mejilla.

—Cierra los ojos, Ben. Piensa en el helado que vas a querer. Después, me lo dices.

Ben hizo lo que le pedía.

—Quiero una copa helada de caramelo caliente, tres bolas, con pepitas de chocolate…

Antes de que terminara, ella se acercó y le clavó el cuchillo como había visto hacer a la segadora Curie. Quería gemir de agonía, pero se contuvo.

Ben abrió los ojos, la miró y todo acabó en un segundo. Ben ya no estaba. Citra lanzó el arma muy lejos y acunó a su hermano. Después lo dejó con cariño en el suelo. De la puerta que tenían detrás y que ni siquiera había visto

salieron dos médicos de reanimación a toda prisa, tumbaron a su hermano morturiento en una camilla y se fueron con él por donde habían llegado.

Las luces se encendieron sobre los segadores, que parecían hallarse mucho más lejos que antes. El camino de vuelta por la habitación se le hizo eterno y ellos la acribillaron a comentarios:

—Descuidado.

—En absoluto; apenas ha derramado sangre.

—Le puso el arma en la mano. ¿Sabes lo arriesgado que es eso?

—Y toda esa cháchara innecesaria.

—Estaba preparándolo, asegurándose de que estaba listo.

—¿Y qué más da eso?

—Ha demostrado valentía, pero lo más importante es que ha sido compasiva. ¿No es eso lo que debemos ser?

—Lo que debemos ser es eficientes.

—¡La eficiencia debe estar al servicio de la compasión!

—¡Eso es cuestión de opiniones!

En ese instante, los segadores guardaron silencio, al parecer coincidiendo en que no coincidían. Sospechaba que Mándela y Meir estaban de su parte, mientras que el irritable no. En cuanto a los otros dos, no tenía ni idea de qué pensaban.

—Gracias, señorita Terranova —le dijo Meir—. Ya puedes irte. Los resultados se anunciarán mañana en el cónclave.

Curie la esperaba en el vestíbulo. Citra estaba furiosa con ella.

—¡Debería haberme avisado!

—Sólo habría servido para empeorarlo. Si llegan a darse cuenta de que lo sabías antes de entrar en ese cuarto, estarías descalificada. —Miró las manos de Citra—. Ven, tienes que lavarte. Hay un cuarto de baño por ahí.

—¿Cómo ha ido con los otros candidatos?

—Por lo que he oído, una joven se negó de plano y se fue. Un chico empezó, pero se derrumbó y no fue capaz de acabar lo que había empezado.

—¿Y Rowan?

Curie no la miraba a los ojos.

—Le tocó la pistola como arma.

—¿Y?

—Apretó el gatillo incluso antes de que terminaran de leerle las instrucciones.

Citra hizo una mueca al pensarlo. Curie estaba en lo cierto: no sonaba como el mismo Rowan que ella conocía. ¿Qué habría tenido que soportar para

volverse tan frío? No se atrevía ni a imaginarlo.

39

El Cónclave de Invierno

A medianoche expiró la inmunidad de Citra Terranova y Rowan Damisch. Ya podían cribar a cualquiera de los dos y, si se cumplía el edicto (y la Guadaña se aseguraría de que así fuera), uno de los dos cribaría al otro.

Por todo el mundo, los segadores se reunían para debatir asuntos de vida o, sobre todo, muerte. El primer cónclave del año de Midmérica sería histórico, puesto que nunca antes los segadores habían perdido sus vidas de forma permanente en una criba de ese tipo y la controvertida naturaleza del acontecimiento aumentaba su importancia… Por no hablar de la polémica que rodeaba a la ausencia durante tres meses de uno de los aprendices, seguida de la acusación falsa del sumo dalle midmericano. Incluso el Consejo Mundial de Segadores tenía la mirada puesta en Fulcrum City ese día y, aunque los nombres de los novicios apenas llegaban a conocerse fuera del comité que concedía los anillos, los segadores de todo el mundo conocían los nombres de Citra Terranova y Rowan Damisch.

En Fulcrum City hacía un frío polar esa mañana. El hielo cubría los escalones de mármol que conducían al Capitolio, lo que convertía las escaleras en un peligro público. Más de un segador resbaló y se torció un tobillo o se rompió un brazo. Los nanobots sanadores trabajaban a pleno rendimiento, y los espectadores estaban encantados y disfrutaban de cualquier cosa que frenara su ascenso y les permitiera hacer más fotos.

Rowan llegó solo en publicoche, sin patrocinador ni nadie que lo guiara. Iba vestido con el único color que evitaban los segadores, el negro, de modo que su banda verde de novicio destacaba y le daba un silencioso aire de desafío. En el Cónclave de la Cosecha no había sido más que una nota al pie, como mucho. Sin embargo, ahora los presentes se peleaban por un sitio desde el que poder hacerle una fotografía. El no les prestó atención y no miró a nadie mientras subía las escaleras con cuidado.

Un segador que pasaba junto a él resbaló en el hielo y cayó. A Rowan le pareció que se trataba de Emerson, aunque nunca los habían presentado. Le ofreció una mano para ayudarlo a levantarse, pero el hombre lo miró con rabia y rechazó su ayuda:

—No quiero tu ayuda —soltó, enfatizando el «tu», al que añadió más veneno del que el chico había oído a nadie en sus diecisiete años de vida.

Cuando llegó a lo alto de los escalones, un segador al que no conocía lo saludó y le dijo en tono reconfortante:

—Ha soportado mucho más de lo que debería soportar cualquier novicio, señor Damisch. Espero que logre el anillo. Y, cuando lo haga, espero que podamos tomar un té juntos.

La oferta parecía genuina y no el producto de un posicionamiento político. Así estaban las cosas cuando entró en la rotonda: miradas de odio de unos, sonrisas de aliento de otros. Al parecer, muy pocos seguían indecisos respecto a él; o se trataba de la víctima de las circunstancias o de un criminal como no se conocía ninguno desde la Era de la Mortalidad. Deseó saber cuál de los dos era en realidad.

Citra había llegado antes que Rowan y estaba con Curie en la rotonda, sin el apetito necesario para disfrutar del espléndido desayuno. Las conversaciones giraban, por supuesto, en torno a la tragedia en el claustro tonista. Y mientras la chica escuchaba a unos y a otros, se enfadaba más al comprobar que lo importante eran los cuatro segadores muertos. Nadie lamentaba que hubiesen cribado a tantos tonistas. Algunos, de hecho, bromeaban sin piedad sobre ello:

—Después de la tragedia tonista, este cónclave adquiere cierta… resonancia, ¿no creéis? —oyó decir a alguien—. Y no va con segundas.

Aunque claro que iba.

Curie estaba aún más nerviosa que en el Cónclave de la Cosecha.

—Mándela me ha contado que lo hiciste bien anoche —le comentó a Citra—. No obstante, mientras lo decía, parecía cauto.

—¿Qué cree que significa?

—No lo sé. Lo único que sé es que, si pierdes hoy, Citra, jamás me lo perdonaré.

Era absurdo pensar que le importara tanto a la gran segadora Marie Curie, la Gran Dama de la Muerte… y aún más pensar que esa mujer pudiera haberse equivocado en algo.

—He disfrutado del privilegio de entrenar con los dos mejores segadores de todos los tiempos: Faraday y usted. Si eso no me ha preparado para el día de hoy, nada podría haberlo hecho.

Curie la miró con un orgullo agridulce.

—Cuando todo esto termine y te ordenen, espero que me hagas el honor de quedarte conmigo como segadora novata. Otros lo intentarán, incluso de regiones lejanas. Te dirán que con ellos podrás aprender cosas que conmigo no. Quizá sea cierto, aunque espero que decidas quedarte de todos modos. —Estaba a punto de echarse a llorar. Si parpadeaba, las lágrimas caerían…, pero las mantuvo guardadas en las pestañas de abajo; era demasiado orgullosa para permitir que la vieran llorar en el cónclave.

Citra sonrió.

—Nada me gustaría más en el mundo, Marie. —Era la primera vez que la llamaba por su nombre de pila. Le sorprendió lo natural que le sonaba.

Mientras esperaban a que diera inicio el cónclave, otros segadores se acercaron a saludarlas. Nadie habló sobre la detención de Citra ni sobre su huida a la Región Chilargentina, aunque algunos bromearon con Marie por la embarazosa hoja del diario.

—En la Era de la Mortalidad, el amor y el asesinato a menudo iban de la mano —comentó el segador Twain—. Quizá nuestro querido Faraday conociera bien tus pasiones.

—Anda, ve a cribarte por ahí —respondió ella, aunque apenas lograba reprimir la sonrisa.

—Sólo si puedo asistir a mi propio funeral, querida —replicó él. Después deseó buena suerte a Citra y se alejó contoneándose.

En aquel instante, la chica vio a Rowan entrar en la rotonda. No fue del todo como si la sala entera guardara silencio, aunque el volumen sí que bajó mucho, antes de volver a subir. Ahora tenía cierta presencia. No como un segador, sino como otra cosa. Un paria, quizá. Aunque un paria nunca había provocado tal escalofrío en los portadores de la muerte. Algunos decían que Rowan había asesinado a aquellos segadores a sangre fría y que había provocado el incendio para ocultar las pruebas. Otros, que tenía suerte de haber sobrevivido y que no era culpable de nada. Citra sospechaba que, fuera cual fuera la verdad, sería mucho más complicada que esas dos posibilidades.

—No hables con él —le recomendó Curie cuando advirtió que lo observaba—. Ni siquiera permitas que se dé cuenta de que lo miras. Únicamente serviría para poneros las cosas más difíciles a los dos.

—Lo sé —reconoció Citra, aunque por dentro esperaba que su amigo fuera lo bastante atrevido como para abrirse paso entre la multitud y acercarse a ella. Y quizá que le dijera algo, lo que fuera, para demostrarle que no era el impensable criminal que la gente decía que era.

Si la elegían a ella, no desafiaría el edicto de cribar a Rowan, pero sí tenía un plan que podría salvarlos a los dos. No era a prueba de fallos, ni mucho menos, y, si era brutalmente sincera consigo misma, se trataba más de agarrarse a un clavo ardiendo que de un plan. Hasta la más remota chispa de esperanza era mejor que no tener ninguna. Aunque se engañara, al menos era una forma de sobrevivir a ese horrible día.

Rowan había imaginado aquel día muchas veces, repasándolo de principio a fin. Había decidido que no se acercaría a Citra cuando la viera. No necesitaba un mentor que le dijera que así era mejor, que debían permanecer lejos el uno del otro hasta que el triste momento de la verdad los separara para siempre.

Si ganaba ella, Rowan estaba seguro de que lo cribaría. Su honor estaba en juego. Aquello la destrozaría, pero, al final, haría lo que debía hacer. Se preguntó cómo lo mataría. Quizá le rompería el cuello, cerrando así el círculo de su noviciado maldito y poniéndole el broche de oro.

Rowan reconocía que temía morir, aunque más que la muerte temía las profundidades en las que ahora sabía que era capaz de caer. La facilidad con la que había dejado a su madre morturienta durante su prueba la noche anterior decía mucho sobre la persona en la que se había convertido. Prefería acabar cribado que ser ese hombre.

Por supuesto, era posible que ganara él. Entonces, la cosa se pondría interesante. Decidió que no se cribaría, puesto que sería un gesto absurdo y lamentable. Si lo ordenaban, desafiaría el edicto e invocaría el décimo mandamiento, que decía claramente que no debía obedecer ninguna ley, salvo esas diez… Eso incluía los edictos de la Guadaña. Se negaría a cribar a Citra y defendería su vida arrebatándosela a cualquier segador que intentara hacerlo por él, ya fuera con balas, cuchillos o con sus propias manos. Convertiría el cónclave en un sangriento campo de batalla hasta que lo derribaran, cosa que no les resultaría fácil, ya que se había convertido en un experto en el arte de matar y estaba muy motivado para causar toda la destrucción posible. ¡Y la ironía era que ni siquiera podían cribarlo por ello! Una vez que lo ordenaran, sus manos estaban atadas por el séptimo mandamiento.

Aunque sí que podían castigarlo.

Podían condenarlo a morir mil veces y después encerrarlo para toda la eternidad… Y sería una eternidad de verdad, porque nunca le permitirían la satisfacción de cribarse. Otra razón por la que preferiría que lo cribara Citra:

una sola muerte a manos de ella sonaba muy bien cuando la comparaba con la alternativa.

El desayuno de la rotonda era muy elaborado. Bloques de salmón ahumado de verdad, panes artesanales de corteza crujiente y un puesto de gofres con todos los aderezos imaginables. Sólo lo mejor para los segadores de Midmérica.

Rowan comió con una gula inusual esa mañana, por una vez se permitió saciar por completo su apetito y, mientras comía, le echó un par de vistazos furtivos a Citra. Incluso en aquellas circunstancias, estaba radiante. Qué ridículo era que siguiera fantaseando con ella en sus últimas horas. Lo que antes pudiera haber sido cariño se había convertido en la resignación de un corazón roto tiempo atrás. Por suerte para Rowan, el corazón se le había enfriado tanto que ya nada podía dañarlo.

Ya reunido el cónclave, Citra acabó desconectándose de casi todos los rituales de la mañana, puesto que había decidido ocupar su mente en los recuerdos de la vida que estaba a punto de abandonar porque, de un modo u otro, la abandonaría. Se concentró en sus padres y su hermano…, que seguía en un centro de reanimación.

Si la ordenaban, el hogar en el que había crecido jamás volvería a ser su hogar. Su mayor consuelo consistía en que Ben y sus padres tendrían inmunidad a la criba mientras ella viviera.

Tras la Entonación de los Nombres y el lavado ritual, toda la mañana se dedicó a un acalorado debate sobre si debían o no prohibir el fuego como método de criba.

Lo más habitual era que el sumo dalle no hiciera nada más que mediar y posponer las conversaciones para otro día. Todos los presentes se tomaron muy en serio que el hombre defendiera la prohibición. Aun así, se alzaron voces importantes en contra:

—¡No permitiré que pisoteen mis derechos! —clamó un segador distinguido—. ¡Todos deberíamos ser libres para usar lanzallamas, explosivos y cualquier otro dispositivo incendiario!

Recibió tantos abucheos como aplausos.

—Necesitamos esta prohibición para protegernos de más accidentes trágicos en el futuro —insistió Xenocrates.

—¡Eso no fue un accidente! —gritó alguien, y casi la mitad de la sala vociferó para darle la razón.

Citra miró a Rowan, que estaba sentado con un asiento vacío a cada lado, porque todavía estaban reservados para los muertos. No intentó defenderse ni negar la afirmación.

Curie se acercó más a Citra.

—Por muy terrible que fuera el incendio, hay muchos segadores encantados de ver que han apartado para siempre del servicio a Goddard y sus discípulos. Aunque nunca lo reconocerán, se alegran de que se produjera, fuera un accidente o no.

—Y hay muchos otros que admiraban a Goddard —puntualizó Citra.

—Sin duda. La Guadaña está dividida a partes iguales.

A pesar de todo, prevaleció el sentido común y se prohibió usar el fuego como método de criba en Midmérica.

A la hora de la comida, Citra (que seguía sin poder comer) observó de lejos a Rowan, que se atiborró igual que a la hora del desayuno, como si no tuviera ninguna preocupación en la vida.

—Sabe que es su última comida —soltó una segadora a la que no conocía.

Aunque estaba claro que la mujer intentaba mostrarle su apoyo, a la chica le molestó.

—No creo que sea asunto suyo.

La segadora se alejó, desconcertada por la hostilidad de la novicia.

A las seis de la tarde, todos los negocios del cónclave se habían resuelto y el día llegaba a su última fase.

—Que se levanten los candidatos a segadores, por favor —ordenó el secretario del cónclave.

Citra y Rowan se pusieron en pie y provocaron todo tipo de murmullos.

—Creía que había cuatro —dijo el sumo dalle.

—Los había, su excelencia —respondió el secretario—, pero los otros dos no superaron la última prueba y se les dejó marchar.

—Muy bien, pues vamos a ello.

El secretario se levantó y los anunció formalmente:

—La Guadaña de Midmérica llama a Rowan Daniel Damisch y Citra Querida Terranova. Por favor, acercaos.

Y sin apartar la vista de Mándela, que los esperaba ante la tarima con un único anillo en la mano, Citra y Rowan se colocaron delante de los allí reunidos para enfrentarse a su destino, fuera cual fuera.

40

Los ordenados

—Hola, Citra. Me alegro de verte.

—Hola, Rowan.

—Ruego a los candidatos que se abstengan de hablar entre ellos y se pongan de cara al cónclave.

Los susurros y murmullos de los segadores allí reunidos cesaron en cuanto Citra y Rowan se enfrentaron a ellos. Nunca antes se había hecho tal silencio en la sala de la asamblea. Rowan esbozó una leve sonrisa, no porque se divirtiera, sino de satisfacción. Los dos, hombro con hombro, hacían gala de una serenidad innegable, capaz de enmudecer a trescientos segadores. Pasara lo que pasara, él se quedaba con eso.

Citra mantuvo una fachada estoica y se negó a que la adrenalina que le corría por las venas se reflejara en su rostro.

—El comité que concede los anillos ha estudiado vuestros noviciados —anunció el segador Mándela, aunque se dirigía más bien a todo el cónclave—. Hemos revisado vuestro comportamiento en las tres pruebas, las dos primeras de las cuales fallasteis ambos, aunque en las dos ocasiones hubo circunstancias atenuantes. Está claro que vuestro instinto os empuja a protegeros el uno al otro. Pese a ello, la Guadaña siempre debe ser lo primero. A cualquier precio.

—¡Bien dicho! —gritó uno de los segadores de atrás.

—La decisión del comité no ha sido fácil —continuó Mándela—. Deseo que sepáis que procuramos trataros a ambos con la mayor justicia posible. —Y alzó aún más la voz—: Candidatos a segadores, ¿acataréis la decisión del comité midmericano? —preguntó, como si fuera posible no acatarla.

—Sí, su señoría —respondió Citra.

—Y yo también, su señoría —dijo Rowan.

—Entonces, hacemos saber que desde ahora y para siempre… Citra Terranova lucirá el anillo de la hermandad de segadores y soportará la carga que ello supone.

La sala prorrumpió en vítores y no sólo de sus más obvios defensores, de casi todo el mundo. Incluso los que simpatizaban con Rowan aprobaban la

decisión del comité…, puesto que, al final, ¿qué apoyo le quedaba al chico en la Guadaña? Los que admiraban a Goddard lo despreciaban a él y muchos de los que le habían concedido el beneficio de la duda ya apoyaban de antes a Citra. Quedó claro en aquel momento que Citra podía haberse dado por ordenada desde el mismo instante en que Goddard y sus discípulos perecieron entre las llamas.

—Enhorabuena, Citra —la felicitó Rowan mientras la multitud expresaba su rugiente aprobación—. Sabía que lo conseguirías.

Ella no era capaz de responder; ni siquiera podía mirarlo.

Mándela se giró hacia ella.

—¿Has elegido a tu histórico patrón?

—Sí, su señoría.

—En ese caso, toma este anillo que te ofrezco, póntelo en el dedo y anuncia a la Guadaña midmericana y al mundo quién… eres… ahora.

Citra aceptó el anillo con las manos tan temblorosas que estuvo a punto de soltarlo. Se lo puso en el dedo. Le encajaba perfectamente. Pesaba y el oro del engarce estaba frío, aunque se calentó deprisa con el calor de su cuerpo. Alzó la mano, como había visto hacer a otros candidatos ordenados.

—Elijo que se me conozca como la segadora Anastasia —les anunció—. Por el miembro más joven de la familia Romanov.

Los segadores reunidos se miraron entre ellos para debatir sobre esa decisión.

—Señorita Terranova —comentó el sumo dalle Xenocrates, al que estaba claro que la idea no le agradaba—, no puedo decir que me parezca una elección acertada. Los zares de Rusia eran más famosos por sus excesos que por sus contribuciones a la civilización, y Anastasia Romanov no hizo nada importante en su corta vida.

—Y por eso la elijo, su excelencia —replicó Citra, y lo miró a los ojos—. Fue el resultado de un sistema corrupto y, por ello, se le negó hasta la vida…, como casi me sucede a mí.

Xenocrates se erizó un poco.

—De haber vivido más —continuó ella—, quién sabe lo que podría haber hecho. Quizás hubiera cambiado el mundo y redimido el apellido de su familia. Decido ser la segadora Anastasia. Juro convertirme en el cambio que pudo haber sido.

El sumo dalle le sostuvo la mirada y guardó silencio. Un segador se puso en pie y empezó a aplaudir: era Curie. Después, otro se le unió y después otro,

y pronto toda la Guadaña estaba de pie y ovacionaba a la recién ordenada segadora Anastasia.

Rowan sabía que habían tomado la decisión correcta y, cuando oyó a Citra defender su elección de histórico patrono, la admiró más que nunca. De no estar ya de pie, se habría levantado para unirse al aplauso.

Cuando la ovación empezó a remitir y los segadores se sentaron, Mándela se volvió hacia ella.

—Sabes lo que tienes que hacer.

—Lo sé, su señoría.

—¿Qué método eliges?

—El cuchillo —respondió ella—. Es lo que he utilizado en casi todas mis pruebas, así que esta no debería ser distinta.

Y, por supuesto, ya tenían preparada una bandeja con distintas armas blancas fuera de la vista. La llevó un segador novato al que habían ordenado en el Cónclave de la Cosecha.

Rowan observó a Citra con atención, aunque no la miró a los ojos. Ella examinó la bandeja y, al final, se decidió por un cuchillo de cazador de aspecto peligroso.

—Ayer usé uno como este para matar a mi hermano —dijo—. Juré que no volvería a tocar uno, pero aquí estoy.

—¿Cómo se encuentra? —le preguntó Rowan.

Por fin, Citra lo miró. En sus ojos había miedo, aunque también se la notaba resuelta. «Bien —pensó el chico—, que sea decidida. Será más rápido».

—Está en reanimación —respondió ella—. Con una copa de helado de caramelo caliente esperándolo cuando despierte.

—Qué suerte —comentó el chico mientras levantaba la vista para enfrentarse a la gran elegía de segadores, que era más un público ansioso que un cónclave—. Están esperando un espectáculo. ¿Se lo damos?

Citra asintió levemente.

—Para mí es un honor que me cribes —se sinceró Rowan—, segadora Anastasia. —Tomó su último aliento y se preparó para aceptar la hoja.

Pero ella todavía no estaba lista para golpear. En su lugar, escrutó el anillo que llevaba en la otra mano.

—Esto es por romperme el cuello —anunció.

Echó el puño hacia atrás y le dio tal puñetazo en la cara que estuvo a punto de tirarlo al suelo. Un grito ahogado colectivo brotó de la sala; aquello sí que no se lo esperaban.

Rowan levantó una mano para tocar la sangre que manaba del enorme corte que el anillo le había abierto en la mejilla.

Citra alzó el cuchillo para cribarlo…, pero, justo cuando estaba a punto de clavárselo en el pecho, alguien gritó detrás de ellos, en la tarima:

—¡¡Detente!!

Era el parlamentario, que alzaba su propio anillo, iluminado de rojo igual que el de Citra, y cuando Rowan miró a su alrededor se dio cuenta de que todos los anillos de los segadores que se encontraban en un radio de diez metros despedían el mismo brillo de advertencia.

—No puedes cribarlo —dijo el parlamentario—. Tiene inmunidad.

El cónclave entero dejó escapar un grito de indignación. Rowan miró el anillo de Citra, que estaba cubierto de su sangre. Había transmitido su ADN a la base de datos de inmunidad con más eficacia que de haberlo besado. Le sonrió, impresionado y asombrado con ella.

—Eres un genio, Citra. Lo sabes, ¿verdad?

—Honorable segadora Anastasia para ti. Y no sé de qué me hablas. Ha sido un accidente —afirmó, aunque el brillo travieso de sus ojos le decía lo contrario.

—¡Orden! —exclamó Xenocrates mientras dejaba caer su martillo—. ¡Exijo orden en el cónclave!

Los segadores empezaron a calmarse y el sumo dalle la señaló con un dedo acusador.

—Citr…, digo, segadora Anastasia…, ¡has cometido una flagrante violación de un edicto de la Guadaña!

—No, su excelencia. Estaba preparada para cribarlo. Ha sido su parlamentario el que me ha detenido. Jamás se me habría pasado por la cabeza que golpear a Rowan le concedería inmunidad.

Xenocrates la miró sin creerse ni una palabra, hasta que, de pronto, dejó escapar una risotada que había intentado reprimir sin éxito.

—Astuta e ingeniosa, con la pizca justa de excusa plausible. Te irá muy bien entre nosotros, segadora Anastasia. —Se volvió hacia el parlamentario y le preguntó cuáles eran sus opciones.

—Sugiero detenerlo durante un año, hasta que venza su inmunidad.

—¿Existe algún lugar en el que se pueda encarcelar oficialmente a alguien? —inquirió uno de los segadores.

Todos los asistentes empezaron a gritar sus sugerencias e incluso algunos se ofrecieron a llevarse a Rowan a su casa bajo arresto, lo que podía ser bueno o malo, según sus motivos.

Cuando aquello se convirtió en un debate sobre el futuro inmediato de Rowan, Citra se inclinó sobre él y le susurró:

—Hay una bandeja de cuchillos a tu lado y un coche esperándote en la salida este. —Después se apartó y dejó que su futuro dependiera por completo de él.

El chico había pensado que Citra no podía impresionarlo más. Se equivocaba.

—Te quiero.

—Lo mismo digo —respondió ella—. Ahora, lárgate.

Contemplarlo era asombroso. Cogió tres armas de la bandeja y, de algún modo, consiguió blandirlas al mismo tiempo. Anastasia no intentó contenerlo; de haberlo hecho, no habría servido de nada: era demasiado rápido. Salió disparado como una bola de fuego por el pasillo central. Los segadores que tenía más cerca entraron en acción para detenerlo, pero el chico lanzó patadas, dio vueltas, cortó y saltó. Nadie conseguía ponerle una mano encima. Para Anastasia, era una fuerza letal de la naturaleza. De los segadores que se interpusieron en su camino, los más afortunados se libraron con sólo unos tajos en las túnicas. Los menos afortunados se encontraron con heridas que ni siquiera sabían de dónde habían salido. Uno de ellos (Emerson, le pareció) necesitaría un viaje al centro de reanimación.

Y entonces desapareció, dejando una estela de destrucción a su paso.

Cuando el sumo dalle logró restablecer el orden, Anastasia se miró la mano e hizo algo muy extraño en una segadora: se besó su propio anillo de modo que una pizca de la sangre de Rowan le manchara los labios. Lo suficiente para recordar aquel momento para siempre.

El coche lo estaba esperando como había dicho Citra. Creía que se trataría de un publicoche y que estaría solo. Se equivocaba.

Al subir, vio un fantasma al volante. Después de todo lo que le había sucedido aquel día, ese fue el momento en que casi se le para el corazón.

—Buenas noches, Rowan —lo saludó el segador Faraday—. Cierra la puerta, hace un frío polar ahí fuera.

—¿Qué? —farfulló el chico, todavía intentando encontrarle el sentido al momento—. ¿Cómo es posible que siga vivo?

—Podría preguntarte lo mismo, pero no tenemos tiempo. Ahora cierra la puerta, por favor.

Así que Rowan lo hizo y los dos se internaron a toda prisa en la helada noche de Fulcrum City.

Agradecimientos

La creación de una novela consiste en algo más que el esfuerzo del escritor: muchas personas colaboran para que la historia llegue a buen puerto y cada una de ellas merece reconocimiento por su contribución.

En primer lugar, mi agradecimiento a mi editor, David Gale, y a mi asistente editorial, Liz Kossnar, así como a todo el personal de Simón & Schuster por haberme ofrecido (y seguir ofreciéndome) su maravilloso apoyo: Justin Chanda, Jon Anderson, Anne Zafian, Katy Hershberger, Michelle Leo, Candace Greene, Krista Vossen, Chrissy Noh y Katrina Groover, por nombrar a unos cuantos. Además, gracias a Chloë Foglia por esta cubierta, que se ha convertido una de mis favoritas de todos los tiempos.

Gracias a Barb Sobel, mi ayudante, que se encarga de las injerencias y mantiene mi vida en orden, y a Matt Lurie, que se ocupa de mi página web y me ha dado vida en las redes sociales.

Gracias a mi agente literaria, Andrea Brown; a mi agente de derechos internacionales, Taryn Fagerness; a mis agentes dentro de la industria del entretenimiento, Steve Fisher y Debbie Deuble-Hill, de APA; a mi representante, Trevor Engelson; a los abogados que se encargan de mis contratos, Shep Rosenman y Jennifer Justman, y a los abogados de mis marcas registradas, Dov Scheizer y Matt Smith.

Mientras escribo esto ya se ha iniciado la producción de una película sobre *Siega*, así que me gustaría dar las gracias a todos los que participan en ella, incluidos Jay Ireland, de Blue Grass Films, y Sara Scott y Mika Pryce, de Universal.

Por siempre jamás, un agradecimiento especial a mis hijos, Brendan, Jarrod, Joelle y Erin, que me mantienen siempre alerta y joven, y no dejan de ofrecerme comentarios y sugerencias que me obligan a pensar. Y, por supuesto, a mi tía Mildred Altman, que sigue como un roble a sus ochenta y ocho años ¡y se ha leído todos y cada uno de mis libros!

¡Gracias a todos! ¡Esta serie promete ser un viaje muy emocionante! ¡Me alegro de que forméis parte de él!



NEAL SHUSTERMAN (Nueva York, 1962). Es autor superventas de más de treinta libros para lectores jóvenes y adultos, entre los que destacan la trilogía *Desconexión*, la trilogía *Everlost* y *El abismo*. Tras ganar con este último el Premio Nacional de Literatura Juvenil, ha iniciado con *Siega*, la trilogía *El arco de la Guadaña*, que no sólo ha obtenido la nota más alta en cinco de las ocho revistas literarias más importantes de EE.UU., sino que se va a publicar en una docena de idiomas, ha entrado en la lista de *best sellers* del New York Times y Universal ha comprado sus derechos cinematográficos.